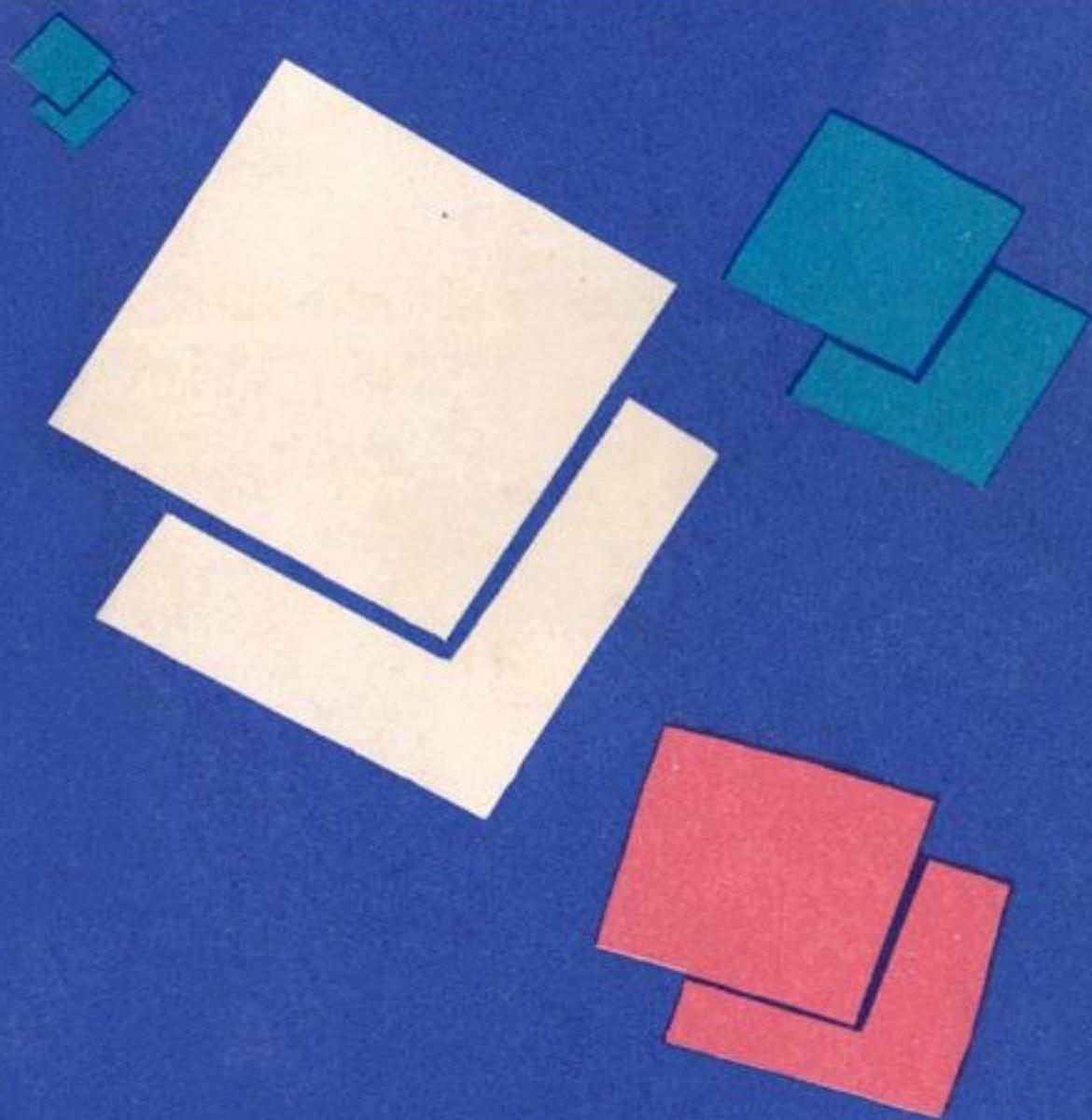


Jaime Campmany

Jinojito el lila



Lectulandia

Jaime Campmany, después de publicar en los años de su adolescencia algunos poemas, cultiva después el cuento, la crítica, la adaptación teatral y, sobre todo, el periodismo. Aquí ensaya por primera vez el relato largo. Estos *Cuadernos de párvulo* son como la inicial entrega de una sucesión de memorias. Pero esas memorias no están escritas al uso general, desde la madurez del hombre y del escritor, sino con la mentalidad, la sintaxis y el vocabulario del niño que narra, en un ejercicio literario al que sería difícil encontrar precedentes. Y además, con el hilo de las primeras sensaciones y experiencias de su propia biografía, Campmany teje una historia conmovedoramente tierna y trágica: la del niño Jinojito, a quien todos llaman el lila, sencillamente porque lo era. Jinojito es un niño —como dice su autor— heroico y pusilánime, rodeado de otros niños, tan crueles y generosos como son siempre los niños. El suceso del relato es, si se quiere, mínimo: apenas el pretexto para contar un pequeño y mágico mundo casi siempre vedado a la penetración y el recuerdo de los mayores, un trozo de vida en el que se pueden encontrar palpitaciones universales, válidas para un tiempo determinado —el de la preguerra civil en Murcia— y para todos los tiempos.

Ese trozo de vida es también un trozo de historia, porque la infancia del niño Jaime Campmany es la infancia de toda una generación y parte sustancial de la sociedad de un país que es el nuestro.

Lectulandia

Jaime Campmany

Jinoyito el lila

(Cuadernos de párvulo)

ePub r1.0

Titivillus 10.03.16

Título original: *Jinujito el lila*
Jaime Campmany, 1977

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi hija Laura, que se llama como la bisabuela y ha salido a ella.

Prólogo

Poco después de que a Jinojito le ocurriera su desgracia, escribí estos Cuadernos que ahora han aparecido entre los viejos libros y papeles de mis primeras letras y entre mis libretas escolares. No sospechaba yo la conservación de los Cuadernos, que durante muchos años he creído perdidos para siempre, y su hallazgo y lectura hoy han producido en mí, más que sorpresa, rubor o admiración, un inexplicable sentimiento de dulce tristeza.

K1 texto de los Cuadernos está tan lleno de tachones, sobreescritos, interlineados, correcciones, raspaduras y enmiendas, que la labor de descifrarlo en su originalidad resulta una imposible tarea paleográfica. Recuerdo perleramente que sobre ese texto original fui, en varias ocasiones, sustituyendo palabras, ordenando frases, civilizando expresiones y tachando escenas hasta hacer desaparecer su lozanía infantil bajo sucesivas capas de pedantes pulimentos gramaticales y deleznable estucos literarios. Mucho de la frescura y la gracia que tal vez tenga lo que yo escribí cuando apenas sabía hacer la o con un canuto, fue salvajemente sacrificado en el altar de la sintaxis que iba aprendiendo en las aulas del bachillerato y en las inútiles normas de la redacción correcta y la escritura elegante.

A pesar de mis tercos esfuerzos, me ha sido de todo punto imposible hallar la manera de recomponer fielmente en toda su integridad el texto original y primero. Se me han escondido muchas palabras bajo los concienzudos tachones, porque los niños, igual que los políticos, tachan en sus escritos las palabras que repudian como si se tratara de vergüenzas inconfesables, y ahí están enterradas para siempre bajo la costra de la tinta, esperando la resurrección del verbo. Otras, no las he logrado descifrar, tal vez escritas en ortografía extraña, o en formas infantiles del lenguaje familiar que ya no reconozco, o en misteriosas abreviaturas, o sencillamente incompletas, sincopadas o apocopadas, en el apresuramiento o desgana de la caligrafía. También puede suceder que mi vocabulario se haya empobrecido con los años, y haya ido sustituyendo palabras vivas del corriente arroyo del lenguaje por otras muertas y vacías, porque he encontrado ciertos vocablos que yo habría jurado ante los Evangelios no haber escrito jamás, y sin embargo están ahí, escritos de mi puño de niño y de mi letra de párvulo. Algunas frases han resultado irrecomponibles, como los relojes cuando se desarman, y han debido ser desechadas por no tener pies ni cabeza. De otras he prescindido con todo el dolor de mi corazón, porque parece que me hubiese llevado la mano el mismo demonio cuando las escribí, y aún no estoy seguro de haber hecho el expurgo necesario. Por añadidura, faltan algunas páginas enteras, que ni siquiera puedo saber cuántas son porque las hojas no vienen numeradas, y sabe Dios en qué lugares se habrán marchitado y muerto o a qué ruines necesidades fueron destinadas.

De una manera o de otra, descifrando aquí y adivinando allá, he logrado reconstruir un texto que me parece el más aproximado al primitivo que se pueda

lograr. Algunos inevitables desgarrones han quedado, y también algún pegote postizo, cicatrices y costuras, pero puedo asegurar que errará de medio a medio quien intente adivinar dónde se encuentran, y tengo para mí la certidumbre de que todos los que lo intentaren hallarían, después de cotejado el original que guardo, motivos de sorpresa, si no de maravilla.

Algunas cosas más han sido sustituidas o cambiadas, sobre todo los nombres propios, muchos de los cuales coinciden con los reales, pero otros he preferido cambiarlos. Hay casos en que estoy seguro de que algún antiguo discípulo podría verse reflejado en el espejo de sus vicios y sus defectos y citado además con su nombre y apellidos. Con todo, más de uno saldrá que crea hallar aquí un retrato suyo en el que aparezca poco favorecido, y ya sólo me cabe esperar que sepa soportarlo con paciencia y que no intente, según la ley que imperaba en mi clase de párvulos, tomarse la venganza a ladrillazos o partirme la boca.

He conservado, sin embargo, el nombre de Jinojito, y eso que un día, leyendo a Alberti, topé en su *Autorretrato burlesco* con un verso en el que se habla de «la berlina inconsciente de San Jinojito el lila», y me entró el escrúpulo de que alguien piense que estoy cayendo en el lugar común de falsificar la vida de los santos y de convertir en leyenda biografías oscuras. No me he molestado en buscar por las páginas del Santoral romano el nombre de San Jinojito el lila, y así no sé en qué clase de cielo habita ni qué especie de santidad angelical y asexuada es la suya. Pero aunque la existencia de San Jinojito el lila no fuese sino una invención místico-poética de Rafael Alberti, habría dejado de serlo desde el momento en que aquel niño desconcertante, heroico y pusilánime, al que nosotros llamábamos Jinojito, vino al mundo, vivió vida real, fue un personaje de carne y hueso, se sentó junto a mí en el banco escolar y conté una parte de su historia antes aún de aprender a coger la pluma sin mancharme los dedos de tinta.

No faltará quien piense que el párvulo que escribió estos Cuadernos se gastaba demasiado desparpajo, cosa que me parecerá natural, porque el desparpajo me viene de antiguo y Dios quiera que nunca me falte, ni para cantar verdades ni para inventar mentiras. Y algunos habrá que se escandalicen de que un niño tan pequeño cuente cosas tan naturales y haga observaciones que casi todos se callan y ocultan incluso a ellos mismos, pero eso es una prueba más de nuestra aterrorizada hipocresía de adultos, que no queremos recordar de mayores algunas curiosidades instructivas que todos los niños saben. Si de mayores no podemos leer sin escándalo aquello que hicimos, dijimos o pensamos cuando éramos pequeños, no es cosa de la que yo tenga la culpa. La culpa será de quien sea, o de lo que sea, y averigüelo Vargas, que ya ha tenido tiempo de terminar la carrera de sociólogo o de hacerse psicólogo infantil.

Si declaro que las páginas de esta historia fueron escritas cuando yo no había pisado el umbral de los diez años, es para que lo creáis o no, según os venga en gana,

y según os veáis empujados a la incredulidad por la admiración o a la credulidad por la malicia. La verdad es que lo que sigue fue escrito por un párvulo llamado Jaime Campmany, para servir a Dios y a usted. También es verdad que yo mismo difícilmente me reconozco en ese niño que escribe, y que a veces me parece donairoso, otras conmovedor, otras imposible, y otras, por fin, merecedor de recibir unas cuantas patadas en los dientes. A quien me diga que es vanidad publicar a mis años algo que se ha escrito antes de cumplir los diez, le contestaré que lo hago más por humildad que por presunción. Y a quien objete que es increíble que un niño, por muy precoz que sea, haya podido escribir estos Cuadernos, que cada cual es muy dueño de su pensamiento, le pido que no fundamente su creencia en mi excesiva precocidad, sino en su propia limitación.

J. C.

San Mateo, 1976.

Cuaderno primero

Al acabarse el curso nos vinimos a la casa de Santo Ángel para todo el verano. A mi madre la llamó don Fulgencio, el director, y le dijo que me habían aprobado en la Cuarta y que me pasaban a la Preparatoria, que nos han pasado nada más que a ocho y yo soy el más pequeño de los ocho, y mi madre, desde entonces, se lo dice a todas las visitas y me llama para que me vean lo pequeño que soy. Los demás tienen que repetir la Cuarta el curso que viene o se tendrán que cambiar a otro colegio, o irse por ahí, Dios sabe adónde, a dar bellotas, como dice don Julio. Que yo me acuerde nos han pasado a Vergara y a mí, los primeros. Lo de que pasaban a Vergara ya se sabía, porque se lo aprende todo muy bien, lo mismo la Historia que la Aritmética, que yo no sé de dónde saca tiempo para aprendérselo, porque le tiene que ayudar a su padre cuando sale del colegio. Portales, que está siempre escupiendo de pura envidia que le entra por cualquier cosa, dice que a mí me han pasado a la Preparatoria porque don Julio me tiene mimado. Y es que él se quedó el noveno, y ya no lo pasaron. A lo mejor es verdad eso de que don Julio me tiene mimado porque me ayuda siempre cuando me atranco al decir las lecciones, pero también es verdad que yo me sé cosas que no se sabe nadie y que sé muy bien la trampa de leer en el libro, cuando me preguntan, con la cabeza levantada como si estuviera mirando a don Julio o a la pizarra, y entonces contesto como si me lo hubiera aprendido de memorieta. Lo que vale es que a mí me han pasado a la Preparatoria, por eso o por lo del mimo, y que se chinche Portales, que se va a pasar el verano rabiando de envidia y escupiendo como los sapos. Después de nosotros, han pasado a la Preparatoria a Igualada, que luego contaré por qué le llamamos el Reales, a Molina, que su padre tiene una botica y siempre lleva en el bolsillo pastillas de brea, y a Campillo, que es mi hermano de sangre, que no quiero que se me olvide contar cómo nos hicimos un día hermanos de sangre. También han pasado de la Cuarta a otros tres, que son Zambudio, Galindo y Primitivo, que ya diré quiénes son, además del Seisdedos, que lo pasaron a mitad de curso porque sabía más que todos nosotros y yo creo que también sabía más que don Julio, leía en el *Quijote* aún más de prisa que Vergara y que yo, y sin equivocarse, y decía de corrido los tiempos de los verbos irregulares, los afluentes del Duero, lo mismo los de la orilla derecha que los de la izquierda, y la lista de los reyes godos y los de cada reino de la Reconquista.

Al chulo del Cutillas lo han dejado en la Cuarta, que ya son cuatro años con éste los que está en la clase y no pasa a la Preparatoria, que me parece que no va a pasar nunca y que no sé lo que le habrá hecho su padre, que es muy bruto, cuando se haya enterado. Tampoco ha aprobado el Jínjoles, que yo creo que lo ha suspendido don Julio por la manía que tiene de estar siempre tirando lirones y los huesos de los jínjoles con el canuto de caña y porque no tiene voluntad de estudiar, que eso es lo que le dice el director; ni Portales que, como se lo come la envidia, que ya lo he dicho, cuando se sabe algo mejor que los demás, lo quiere decir tan de prisa que

termina por equivocarse; ni Manzano, que en lo único que piensa es en comer y que dice don Julio que no sabe hacer más que engordar, que es lo mismo que saben hacer los cerdos; ni el pobre Cabeza, que la tiene muy grande, pero por lo visto llena de serrín, que le dice don Fulgencio que lleva encima de los hombros un saco de virutas. Ahora me da por pensar si en este curso habrían pasado ya por fin a Jinojito a la Preparatoria, y cuando lo pienso se me llenan los ojos de lágrimas porque me acuerdo de todas las cosas que me han pasado que yo no sé cuándo se me va a ir la lástima que me entra cuando se me vienen a la memoria. Cuando más me acuerdo de Jinojito es cuando me pongo antes de comer a bañarme en la balsa, porque se me viene a la cabeza sin poderlo remediar la tarde en que fuimos a bañarnos a la acequia de la Torre de la Marquesa, que no sé si se me quitará la vergüenza de contar todo lo que pasó y la culpa que todos tuvimos, que yo también tuve bastante. También me acuerdo de Jinojito por las tardes, cuando voy a la misma balsa a cazar ranas con un bote de mermelada vacío, atado con un bramante y con el fondo lleno de agujeros como si fuera una zaranda, que se los hago con una púa y un martillo, y con la escopeta de aire comprimido que le quito a mi hermano para tirarles a las ranas y que también sirve para matar gorriones. A ratos se me olvidan las ranas y los pájaros y me quedo mirando el chorro de agua que sale del pozo por el caño y la rueda alta de la molineta cuando da vueltas muy de prisa empujada por el viento del atardecer que baja de la sierra de la Fuensanta, y me pongo a pensar en Jinojito y en lo que me gustaría que pudiera estar aquí conmigo en Santo Ángel para jugar con él. Pero la verdad es que si Jinojito estuviera aquí conmigo no podría cazar ranas matándolas a perdigonazos con la escopeta de aire comprimido y cogiéndolas después con el bote de mermelada que tiene el fondo agujereado para que el agua se escurra; ni hacer caducar a los gorriones escondidos entre las hojas de los almendros o del aramo grande; ni cegar los hormigueros removiéndolos con un palo por el gusto de ver cómo se ponen locas las hormigas quitando granos de tierra para volverlos a abrir; ni apresar a los abejorros cuando se meten a comer dentro de las campánulas azules y moradas como si se metieran de cabeza en un saco, que la bisabuela dice que están libando; ni matar chicharras por las siestas para que no den más el follón, que es muy difícil matarlas porque apenas se ven, y es que tienen el mismo color que las cortezas de los árboles y se callan cuando te acercas, se callan las muy putas, como dice Miguel, el casero; ni cazar sanagustines echándoles encima la mano hueca, para quitarles después las sierras y que no puedan hacer daño; ni buscar grillos por las noches, cuando empiezan a chillar, para meterlos dentro de las jaulas que sabe hacer Salvador, que es el hijo del casero; ni coger mariposas cuando se paran en las flores con las alas dobladas, para clavarlas con un alfiler en una cartulina; ni cazar luciérnagas cuando encienden la pera de luz que tienen en la barriga, y que dice Miguel que les sirve para llamarse los machos y las hembras y saber dónde encontrarse por entre las yerbas. Si Jinojito estuviera aquí no podríamos jugar a nada de eso, porque le entrarían en seguida las lástimas.

Tampoco podríamos bañarnos juntos en la balsa, ni dejarnos caer por la cuesta de los pinos en la bicicleta sin tocar el freno, ni buscar culebras por entre los olivos, ni perseguir sapos de los que andan a saltos por la orilla de los azarbes, y que si te escupen en un ojo te dejan ciego, que dice Águeda, la casera, que lleve mucho cuidado por si las culebras resultan ser víboras de las que pican con veneno y por si los sapos me dejan ciego, que no hay prenda como la vista, y es que ella tiene una enfermedad en los ojos que está siempre parpadeando con mucha prisa. Nada de esto podríamos hacer, porque a Jinojito le entrarían los miedos. Y tampoco podríamos irnos a buscar tesoros con Ángela y a hacer pis debajo de las higueras, porque le entrarían las vergüenzas. Así que no sé yo cómo podríamos divertirnos. Pero yo me acuerdo de Jinojito y se me salen las lágrimas y el moquillo cuando me acuerdo de él, y ahora mismo cuando escribo su nombre en el cuaderno, sentado en el suelo de la terraza de Levante, se me caen las lágrimas en las páginas, que menos mal que no estoy escribiendo con tinta porque se me habría corrido toda la escritura y se me habría llenado la plana de borrones. También me acuerdo de Jinojito por las noches cuando me acuesto y al ponerme a rezar antes de dormirme, y algunas veces se me aprieta tanto la garganta y se me llenan tanto los ojos que tengo que cerrar los dientes con mucha fuerza para no echarme a llorar con ruido y que no vengan mi madre o Felisa a preguntarme que qué me pasa o si es que tengo pesadillas, y que si quiero que me hagan una taza de tila para que pueda dormirme tranquilo.

Mi madre dice que este verano estoy un poco mustio y que eso será porque me he quedado débil de tanto estudiar, que por eso me han pasado a la Preparatoria siendo el más pequeño de la clase.

—A este niño parece que le ha entrado la enfermedad de la tristeza, como a los naranjos. —Y dice algo peor—: Si no se le alegran los ojos con los aires del verano, habrá que llamar al médico para que le recete aceite de hígado de bacalao y le vuelva el apetito.

—Ya verás cómo se le pasa en seguida —le contesta la bisabuela—. Eso es que aquí se acuerda de su abuelo. El pobre hijo es la única persona sensible de esta casa. Porque el abuelo se murió el año pasado mientras estábamos aquí, y porque la bisabuela siempre me defiende y se aprovecha de cualquier cosa para meterse con los demás.

Nadie se da cuenta de que es que me acuerdo de Jinojito, pero cuando le oigo a mi madre lo del aceite de hígado de bacalao me entran los temblores porque ya me lo dieron el invierno pasado y no tiene ninguna gracia, que es muy malo de tomar.

—Felisa, apriétale la nariz —mandaba mi madre.

Y Felisa me apretaba la nariz con dos dedos hasta que yo no tenía más remedio que abrir la boca para respirar, y entonces mi madre me metía una cucharada sopera llena de aceite y levantaba el rabo de la cuchara hasta que no quedaba en ella ni una

gota. Para quitarme el mal gusto me daban después gajos de naranja mandarina o de limón dulce, pero el mal gusto no se me quitaba ni con eso ni con nada y lo tenía todo el día en la lengua y en el paladar, y muchos días, cuando ya me había tragado el aceite, me entraban las ganas de vomitar, tan fuertes que me acordaba del pobre Primitivo, que siempre tiene ganas de vomitar desde que vio cómo se quedó su padre, que ya contaré lo que fue. Pero lo mejor era que me aguantara las ganas, porque si vomitaba me volvían a dar otra cucharada, y así hasta que el aceite de hígado de bacalao se me quedaba en el estómago. Lo que más rabia me daba es que mi hermana se quedaba mirando cómo me lo daban y ponía cara de lástima, porque yo, en vez de que le diera lástima, quería que también se lo dieran a ella, que no se lo daban porque está muy gorda.

—¡Pues no le faltaba a la niña más que eso! —decía la bisabuela—. No, hijo; tómalo tú, que es a quien le hace falta.

Por eso, a media mañana, antes de bañarme, tengo que ir a la cocina para que Felisa me dé un vaso de leche con cacao, y también me dan otro vaso después de comer y otro más después de cenar, de sobrealimento. Por las tardes, para merendar, espero a que Águeda saque el pan del horno, que hay un horno redondo, de yeso, al lado de su casa, y me como casi medio pan recién cocido, untado con aceite y con sal, y pimienta molido por encima, y después me sueltan por el huerto a coger la fruta que quiera de la que haya y más me guste. Aquí en Santo Ángel no pasa como en la ciudad, que allí no queda otro remedio que tomarse la fruta que Felisa trae de la plaza. Aquí se va uno al huerto y puedes coger almendras tiernas, apenas cuajadas, que tienen la corteza verde y agria, y se parten muy bien con las muelas o entre dos piedras. Puedes coger uva rubia o negra, según sea el tiempo, que la rubia se madura antes que la otra, y sobre todo puedes coger racimos de uva de corinto, que es muy pequeña y dulce y no tiene binzas. También, según sea el tiempo, porque cada fruta tiene su tiempo de sazón, como dice la bisabuela, puedes arrancar naranjas de grano de oro, que son tempranas y que se pelan muy fácil porque tienen la corteza casi despegada del gajo, o naranjas sanguinas, que salen después y que tienen hilos de sangre por dentro, como si estuvieran heridas, y limas y limones dulces, que no hay otros árboles que los echen nada más que los de nuestro huerto, y cimbogas y ciruelas y peras y albaricoques de esos harinosos, que Felisa los llama búlidas, y de esos otros gordos, que los llama arrogantes, y melocotones y paraguayas y granadas, que hay que separarles el telo y que te dejan la lengua y los labios morados cuando les muerdes los granos, y membrillos ásperos y manzanas verdes, pequeñas, redondas y ácidas, y jínjoles, que parecen olivas rojizas o cagarrutillas de cabra parda, como dice Portales, y brevas y, por mi santo, por Santiago y Santa Ana, higos verdales, que echan una gota de leche por el pezón cuando los cortas de la rama, y también de los otros, morados, que si te los comes sin quitarles bien la piel te salen boceras, y níspolas, con sus huesos brillantes que se resbalan mucho y que los puedes echar muy lejos dejándolos escaparse por entre los labios apretados a ver si les atinas a los pollos

en la cresta, y los peros amarillos, que dice mi madre que huelen a paraíso y manda que tengan siempre una cesta llena de ellos en el comedor y otra en el vestíbulo. Y lo que quieras.

Aparte de que algunos ratos me dé por pensar en Jinojito, aquí hay muchas cosas que hacer. Este año, además, tengo bicicleta nueva, de esas de dos ruedas solamente, con piñón libre, freno delante y detrás, un timbre y una bomba para inflar las cámaras, que me la ha comprado la bisabuela de premio por haber pasado de la Cuarta.

—La dichosa bicicleta no va a servir nada más que para que te rompas la crisma —dijo Felisa cuando la trajeron.

La verdad es que la crisma ya me la he roto. El otro día me dejé rodar, sin tocar los frenos, por la cuesta de los pinos. La bicicleta se embaló y cuando quise frenar al llegar a la explanada, las ruedas se resbalaron en el suelo de chinarro y fui a dar contra la escalera de la terraza de Poniente. Salté por encima del manillar, caí sobre el borde de un escalón y me abrí una brecha en la cabeza que yo creí que se me iban a salir los sesos. Miguel se fue de prisa y corriendo al pueblo en la tartana y trajo al practicante.

—Se ha hecho una buena descalabradura —dijo el practicante después de abrirme la grieta con los dedos y mirarla mucho rato.

—¡Pues vaya un descubrimiento! —le soltó la bisabuela, con ese tono impertinente que dice mi madre que yo lo he heredado de ella y porque seguramente se creía culpable por haberme regalado la bicicleta—. ¿Eso es todo lo que piensa usted hacer?

El practicante miró a la bisabuela y se mordió los labios; miró después a mi madre, que le guiñó un ojo como para decirle que no hiciera caso, y se puso a lavarme la descalabradura con un algodón mojado en agua oxigenada. Después pidió unas tijeras y me cortó el pelo alrededor de la herida, me afeitó un rodal más grande que el que llevan los curas en la coronilla y dijo que le dieran un palillo de dientes y la tintura de yodo. Mi hermana empezó a llorar y mi madre le dijo que se saliera y que se fuera a llorar a la cocina, que me iba a hacer llorar también a mí, que estaba portándome como un hombre.

El practicante hizo una porra de algodón liándolo a una punta del palillo de dientes y mojándola en el yodo empezó a darme toques en la herida. Después me puso una pomada cicatrizante, me lo tapó todo con una gasa doblada y me puso encima una cruz de esparadrapo.

—Ave María Purísima —dijo la bisabuela—, para un chichón de nada lo ha puesto usted que parece que viene de las Cruzadas.

—Si no le cicatriza así —dijo el practicante sin hacer caso de la bisabuela—, habrá que llamar al médico para que le dé un punto.

—Empiece por dárselo usted en la boca —le contestó la bisabuela. Y se salió de la habitación y se metió sola en el oratorio.

Cuando me vio Miguel, el casero, no dijo que parecía que viniera de las Cruzadas, sino que venía de la guerra de África. Y es que él sí que estuvo en la guerra de África y por las noches me cuenta cosas de los moros y me cuenta también que en el desierto, cuando tenían mucha sed y no encontraban agua, se ponían debajo de los caballos para beberse los orines cuando los caballos hacían.

Hoy ha vuelto el practicante y me ha quitado el esparadrapo y ha dicho que la herida ya está cicatrizada y que conviene que la lleve al aire para que se me seque. Pero todavía se me nota el rodal pelado de la cabeza, y la bisabuela, que sabe palabras que no sabe nadie más en el mundo, dice que parece que tengo alopecia.

Menos mal que me dejan coger otra vez la bicicleta, porque dicen que eso de andar en bicicleta abre las ganas de comer. Ahora tengo que llevar cuidado para no volver a romperme la crisma, y a ver si no hacen que deje aquí la bici cuando termine el verano, porque así, teniéndola en la ciudad, ya no tendrá que llevarme Campillo en el cuadro de la suya, que me lleva porque para eso es mi hermano de sangre, y podré hacer carreras en el huerto de Molina, porque el año que viene ya no podré contar con que Jinojito me deje la suya.

Lo de la bicicleta es muy agradecido, porque además de montarte y bajar embalado por la cuesta de los pinos y pasearte por la explanada, puedes entretenerte en desmontarle las ruedas para engrasarle los cojinetes, y puedes aprender a arreglar los pinchazos, que hay que buscarlos metiendo las cámaras infladas en un lebrillo con agua para ver por dónde se les escapa el aire. Cuando ya has encontrado el agujero hay que limar la goma con un raspador de hojalata, igual que me hicieron a mí al afeitarme el rodal de la cabeza, y se le pega un parche echando en el sitio del pinchazo unas gotas de disolución, que es una cosa que pega mejor que el pegamín o la goma arábica.

Yo me traje de todo para arreglar la bicicleta, porque además de las herramientas que venían en una cartera de cuero colgada detrás del sillín, me dio Vergara muchas otras cosas, que las cogió del taller de su padre, y yo le di a cambio una colección casi entera de nestlés, del álbum de cromos de los animales, y una serie de sellos de Alfonso XIII, de niño, que no faltaba más que el de diez pesetas, que es el más difícil, para tener la serie completa.

Es muy importante que no vuelva a romperme la crisma y que no me haga demasiadas mataduras en las espinillas con los dientes de los pedales, para que me dejen llevarme la bici a la ciudad. Así podré ir a pasearme a la Glorieta y al Malecón y sobre todo participar en las carreras que hacemos los domingos y los jueves por la tarde en el huerto de Molina, que está tan cerca que se puede ir andando, y mucho más cerca si vas en bicicleta.

Y es que con las primeras calmas del verano desaparecen del cielo por las tardes, sobre los terrados, las últimas birlochas y empiezan las bicis. Si no tienes una bici o un buen amigo que te lleve en el cuadro de la suya, estás perdido, porque los demás se van y te dejan solo. A mí me lleva siempre Campillo, que es mi compañero de pupitre y mi hermano de sangre. Lo del pupitre fue pura casualidad, porque don Julio, el de la palmeta, cogió este año la manía de colocarnos en clase por orden alfabético de apellidos y a Campillo le toca delante de mí. Luego, cuando pregunta las lecciones, nos pone de pie, en fila, a lo largo de la pared de los mapas, empezando por la izquierda de la tarima donde está su mesa, y dándole la vuelta al aula; entonces nos pone por orden de clase, el que más sabe el primero y así hasta el último, que siempre es Cutillas. Don Julio le pregunta una cosa al primero, y si se la sabe hace que la repitamos todos los demás, por orden de puestos. Si no se la sabe, se la pregunta al segundo, y si no, al tercero, hasta que uno la dice bien, y entonces ése les echa delante a todos los que no se la han sabido decir, que ya he dicho que yo, al final del curso, me he quedado el segundo, detrás de Vergara.

Lo de hermanos de sangre fue que lo leímos en una novela de indios.

—¿Quieres ser mi hermano de sangre? —me preguntó un día Campillo.

—¿Y eso qué es? —le pregunté yo.

—Es muy fácil. Mira. —Y me enseñó la novela de indios en donde se explica cómo dos amigos se pueden hacer hermanos de sangre.

De todos, Campillo es el que mejor juega al fútbol. Sabe regatear muy bien y sin moverse del sitio, que se pone el balón entre los pies y no hay quien se lo quite porque él empieza a dar vueltas a un lado y a otro y lo guarda con el cuerpo, y por eso le llamamos Chirri, como el del Athlétic de Bilbao, que todos nos sabemos mucho mejor la delantera del Athlétic que la lista de los reyes de Navarra: Lafuente, Iraragorri, Bata, Chirri y Gorostiza. Algunas veces quitan a Bata y se pone Unamuno de delantero centro.

Campillo es delgaducho y moreno. Tiene los ojos que se le mueven para todos los lados y no los deja nunca quietos mirando a un sitio, como hace muchas veces Jinojito. Juega bien a todo, igual que me pasa a mí, y cuando jugamos al frontón de parejas en la pared del derribo no hay en el colegio quien nos gane, ni siquiera cuando se juntan Cutillas e Igualada, que los dos son mayores y casi igual de bestias. También juega bien a las bolas, que las mata a capón desde cuatro metros y más, y al marro, que nunca quieren que vayamos los dos en el mismo bando, porque sabemos quebrar muy bien en la correndilla y no hay quien nos pille, y al trompo, al caliche, al zurriago, a las nueve en raya y al tejuelo. El padre de Campillo tiene una tienda en el barrio del Carmen, donde venden fideos, azúcar, garbanzos, lentejas, azafrán, pimiento molido, café, queso y salchichón, y otras cosas de comer, como olivas, pepinillos en vinagre, almendras y atún en escabeche. Antes, también vendían nestlés, pero el padre de Campillo dejó de traer porque su hijo le quitaba todas las chokolatinas para sacarles los cromos, y como no iba a tirar el chocolate, se lo comía,

y un día le dio una vomitona con angustias muy malas, que le dijo el médico que se le había cansado el hígado de tanto digerir chocolate, y que las angustias le daban para echar fuera la bilis.

—Bueno. Vamos a hacernos hermanos de sangre —le dije, porque al fin y al cabo ya era como si lo fuéramos, que a todo lo de jugar por parejas queríamos ir juntos y además nos sentábamos en el mismo pupitre y nos ayudábamos mucho en hacer los problemas y en no poner faltas de ortografía cuando don Julio nos dictaba del *Quijote*.

Con una toledo de afilar los lápices del Dibujo, quemándole antes el filo a la cuchilla para desinfectarlo y que no se nos enconase la grieta, nos hicimos los dos un corte en la muñeca; juntamos después las heridas para que se mezclasen bien las sangres, y ya estaba. Por cierto que cuando se enteraron en mi casa se llevaron un susto. Mi madre me dijo que podía haberme abiertos los pulsos y desangrarme, y la bisabuela hizo muchos aspavientos y quería que viniera el médico a hacerme análisis, porque decía que eso de mezclar las sangres podía traer enfermedades malas. Ni Campillo ni yo nos desangramos porque nos atajamos el brote de la sangre echándole pimienta molido, que se lo trajo él de la tienda de su padre, y que se hace una masa con la sangre hasta que ya no mana. Tampoco se nos endañó la herida y a la bisabuela, a los pocos días, se le olvidó lo del análisis.

Pero además es que tan importante como no cortarse los pulsos o no coger enfermedades malas era tener un hermano de sangre. Nos hicimos un reglamento con siete capítulos, y lo copiamos los dos en la última hoja del cuaderno del dictado. Para que no hubiera trampas, yo lo escribí con mi letra en su cuaderno, y él con su letra en el mío, y ahora lo voy a copiar también en éste por si se me pierde el otro.

Reglamento de los hermanos de sangre.

Capítulo primero. — El hermano de sangre le tiene que dar al otro todo lo que le pida, si lo tiene él, o aunque se lo tenga que quitar a su padre o a su madre, cuando el otro lo necesita mucho.

Capítulo segundo. — El hermano de sangre tiene que salir a defender al otro si alguno le moja la oreja para un desafío, le sacude una trompada o le tira un ladrillazo, y eso aunque los otros sean más y más mayores.

Capítulo tercero. — El hermano de sangre tiene que apuntarle al otro por lo bajo la lección, si no se la sabe, y tiene que decirle la solución de los problemas y la ortografía en el dictado.

Capítulo cuarto. — Los hermanos de sangre tienen que repartirse las meriendas, y darse la mitad de la suya, aunque la del uno sea más buena que la del otro.

Capítulo quinto. — Los hermanos de sangre tienen obligación de darse los cromos repetidos, si el otro hermano no los tiene y le hacen falta para la colección, y las calcomanías, y las canicas, cuando a uno se le acaban porque las pierda todas, y no puede darle con el trompo capones al del otro para partírselo a mala idea.

Capítulo sexto. — Los hermanos de sangre no pueden nunca acusarse a don Julio,

ni a don Fulgencio, el director, ni a nadie, y antes tienen que acusar a cualquier otro chiquillo aunque sea mentira.

Capítulo séptimo. — El hermano de sangre tiene que llevarte en el cuadro de la bici si tú no tienes o está rota o se te ha pinchado la rueda, y no tiene obligación de pagarle al otro las apuestas.

Por eso es por lo que Campillo me tiene que llevar siempre en su bici, de buenas o de malas. Dos hermanos de sangre que se entiendan bien se hacen los amos de la clase y hasta del colegio, lo que pasa es que hay muchos que hacen un reglamento y luego no lo cumplen.

De la clase, los que tienen bicicleta son Vergara, porque su padre las vende en el garaje; Molina, porque es rico, que ganan mucho dinero con la botica; el Jínjoles, que es del campo, y Galindo, que es de la huerta, y tienen que venir en ellas desde su casa al colegio; Campillo, que me lleva a mí, y Manzano, que le tiene que inflar mucho las ruedas por lo gordo que está. Jinojito también tenía bicicleta, una bicicleta preciosa, con dos frenos, cambio de piñón, bocina, farol, portaequipajes y hasta matrícula, que no la lleva ninguna de las otras. Pero como él no sabía montar bastante bien ni tenía fuerzas para llevar a otro en el cuadro, Igualada le llevaba a él.

Me da pena decirlo ahora, pero Jinojito era una calamidad, una desdicha de criatura, como diría la bisabuela. Unas veces porque le entraban los miedos, otras veces porque le entraban las lástimas y, cuando no, porque le entraban las vergüenzas, no se podía contar con él para nada, ni para las carreras de bicis, ni para los partidos de fútbol, ni para cazar pollos con el tirachinas, ni para robar naranjas, ni para las pedreas, ni para bañarnos en la acequia de la Torre de la Marquesa o en el codo del río, más arriba de las Cuatro Piedras, que cubre poco y hay poca corriente. Por eso le decíamos todos que era lila. Y no es que siempre se lo dijéramos aposta para cabrearlo, que él no se cabreaba, pero se entristecía, sino porque de verdad, de verdad, era lila. Yo estoy seguro de que en el fondo todos le queríamos un poco, hasta el chulo del Cutillas, que es el que más se metía con él y el que más burla le sacaba, pero ¿qué le íbamos a hacer nosotros si era lila?

Me acuerdo de que aquella tarde, la primera después de dar punto en el colegio, fuimos al huerto de los Dátiles. El huerto de los Dátiles es del acusica de Molina, que todos le tenemos tirria por bocón; pero en el huerto nos podíamos hinchar de jugar a lo que quisiéramos, porque nadie nos decía nada, ni nos llamaban nunca, ni siquiera para merendar; nos dejaban sueltos toda la tarde y además el casero se subía a las palmeras, con los pies descalzos y una correa atada al tronco y a su cintura, y nos cogía uvas de dátiles cuando estaban maduros, y que están dulces, dulces, como el almíbar, mucho más que esos que venden en la datilería y que están madurados con vinagre según dice Felisa.

Cuando llegamos al huerto, Cabeza se aplicó a los dátiles y ya no lo dejó hasta

que nos fuimos. Los comía muy despacio, mordiéndole la carne al dátil con mordiscos pequeños que después chupaba mucho tiempo, dándoles vuelta en la boca antes de masticarlos. Mientras chupaba, movía la cabezota a un lado y a otro y siempre con el mismo compás, como el péndulo del reloj de la sala.

—Ya está Cabezón diciendo que no —y Portales nos lo señalaba extendiendo el dedo índice, que la bisabuela dice que es un gesto de malísima educación.

Se aplicaba él también a los dátiles, porque a Portales le da envidia de cualquier cosa que ve hacer a otro, y lo quiere hacer todo al mismo tiempo para no perderse nada. El Jínjoles, como se le habían acabado los que llevaba y no podía estar sin comerlos, cogió viento y se fue a buscar un jinjolero que le dijo Molina que hay en el huerto de al lado. Luego, llegó con la blusa llena de sietes, que se la había desgarrado en los espinos de alambre que habían puesto entre huerto y huerto, pero con los bolsillos llenos. Portales se dejó en seguida los dátiles porque ya quería jínjoles, pero él, después de comerse la molla de ellos, le tiraba a Portales los huesos soplándolos por el canuto de caña, que llevaba siempre varios de diferente grueso, y le sacaba a Portales la envidia a los ojos, que le brillaban, y a las manos, que se le ponían temblonas como las de los viejos.

Portales, para darle asco al Jínjoles, le decía:

—Cochino, te estás comiendo cagarrutas de cabra parda. Además, todavía están verdes y se te van a agriar en las tripas.

Pero el Jínjoles seguía comiéndolos como si nada y le hacía jeribeques y se chupaba los labios y chasqueaba la lengua para que el otro entendiera que estaban dulces y ricos. Al pobre Portales se le venía la boca en agua, y empezaba a escupir. Don Manuel, el portero del colegio, dice que es de mucho escupir por lo que Portales está tan amarillo, casi verde, y que el verde es el color de la envidia.

Igualada se puso a subirse a los árboles a buscar nidos, y no encontraba ninguno con pájaros o con huevos, como no fueran los vacíos del año pasado, hasta que Jenaro, el hijo del casero del huerto, que sabe mucho de eso, casi tanto como Salvador, el hijo del casero de Santo Ángel, le dijo que todavía no era el tiempo de encontrar nidos llenos, que los nidos saldrían cuando fuera más verano, y se rió de él porque parecía no saber nada de nidos.

—A mucha honra —le contestó Igualada—, porque mi padre es talabartero, y tú no tendrás nunca un cinturón como el mío. —Y le enseñó su cinturón ancho, de cuero, y con reales de níquel cosidos, de esos que tienen un agujero en medio. Y después sacó el tirachinas de goma de cámara de bicicleta, reforzado también con cuero, y se fue por los árboles del lado de Poniente a cazar pájaros, que por allí bullían, volaban y piaban como en una pajarería.

Los demás organizamos carreras de bicis en el paseo de las palmeras, poniendo premios para los primeros con las cosas que apostábamos todos. Jinojito me dejó a mí su bicicleta para las carreras, y gané con ella tres veces seguidas, porque como lleva cambio de piñón tenía ganancia en las cuestas. Gané cuatro calcomanías, dieciocho

chinas, cuatro cristalinas de colores y dos trompos. Pero eso fue hasta que se dieron cuenta, que el que primero se la dio fue Vergara, y me obligaron a darles ocho palmeras de ventaja. Y ya no volví a ganar.

Menos mal que una carrera la ganó Campillo y no tuve que darle nada del premio, porque los hermanos de sangre no tienen que pagarse las apuestas, y solamente perdí, de todo lo que había ganado, una calcomanía, cuatro chinas, una cristalina de aguas y uno de los trompos, que estaba ya rajado y a punto de abrirse como las brevas maduras, de los capones que le habían metido.

Jinojito se fue con Cachita. Cachita es la hermana de Molina. Tiene el pelo amarillo, de un pajizo muy fuerte como el de los dátiles ásperos antes de madurar del todo o como el pelo de las panochas antes de granar. Tiene unos ojos muy grandes y muy claros y unas manos muy chicas. Habla mucho y muy de corrido y siempre está preguntando cosas raras, que muchas veces son tonterías que no sabe uno cómo contestarlas.

—¿Sabes por qué las palmeras son más altas que los otros árboles? ¿Sabes cantar como las ranas? ¿Sabes saltar la acequia por lo más ancho a pies juntillas? ¿Sabes por qué las pasionarias tienen los tres clavos con que clavaron al Señor? ¿Sabes dividir por tres cifras y que las tres sean nueves? ¿Sabes tocar el violín o la armónica? ¿Sabes decir muy ligero tengo una cabra seca, reseca, pilonga, hética, famélica, esquelética, pelética, perlebrética y peluda, que tiene unos cabritillos secos, resecos, pilongos, héticos, famélicos, esqueléticos, peléticos, perlebréticos y peludos; si mi cabra no fuera seca, reseca, pilonga, hética, famélica, esquelética, pelética, perlebrética y peluda, los cabritillos no serían secos, resecos, pilongos, héticos, famélicos, esqueléticos, peléticos, perlebréticos y peludos? ¿Sabes ser monaguillo? ¿Sabes andar como los canguros? ¿Sabes por qué las mujeres les tienen miedo a los ratones? ¿Sabes lo que quiere decir no fornicar?

Ninguno queremos ir con ella por lo preguntona que es y porque como tiene una pierna más delgada y más corta que la otra, por la parálisis infantil, no puede correr ni jugar a nada bonito. Yo les veía desde el paseo de las palmeras a Cachita y a Jinojito, sentados los dos en los escalones de la puerta de la casa, venga a hablar, venga a hablar, sin jugar a nada, que se conoce que Cachita le estaba preguntando a Jinojito todas las preguntas que se sabe. Algunas veces me daba una vuelta por donde estaban para decirles cómo iban las carreras, sobre todo cuando gané yo las tres veces primeras, no por nada, sino porque se enterara Cachita y presumir con ella de saber montar bien en bicicleta.

—¿No te cansas? —me dijo una vez de ésas.

—No.

—Siéntate aquí con nosotros, ¿quieres?

—No.

—¿Aunque te sientes a mi lado?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—¿Y por qué no te cansas de montar en bici?

—No lo sé. Porque no me canso.

—¿Le vas a dar a Jinojito lo que has ganado con su bicicleta?

Jinojito me miró como pidiéndomelo, porque seguramente se lo quería regalar a Cachita.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque es mío. Lo he ganado yo.

—Pero ha sido con su bicicleta.

—¿Y a ti qué te importa?

—Pues me importa.

—Pues te aguantas.

Y así. Lo que yo digo, que ninguno queremos estar con ella por lo preguntona y meticona que es y por lo pesada que se pone. El único que quería estar con ella en cualquier momento era Jinojito, que le contestaba siempre a todo lo que le preguntaba con mucha paciencia. Cuando Cachita me pidió que me sentara a su lado, Jinojito me miró con una envidia dulce, que no era la envidia cochina de Portales, y a ella la miró con un rencor sumiso, como dice la bisabuela que miran los perros cuando se les pega, y parecía que le quería echar en cara con mucha ternura que no se quisiera quedar sola con él, que le contestaba a las preguntas y que hacía siempre lo que quería ella que hiciera.

Cuando nos cansamos de las bicis empezamos a jugar al pijotón. Dimos china y se quedó Vergara, que tuvo que agacharse, y la cabeza, para la olla. Saltábamos sobre él por turno y todo fue bien hasta la de ocho. A la una, la mula. A las dos, la coz. A las tres, por el revés. A las cuatro, martillazo. A las cinco, te la hinco. A las seis, te la daré, con la mano y con el pie. A las siete, salto y pongo el copete. A las ocho, salto y quito mi mocho.

A las ocho, perdió Cutillas, porque quiso darle tan fuerte a Vergara que casi le hunde el espinazo, y por eso no pudo quitarle el mocho. Pero como Cutillas es un chulo que siempre se aprovecha de que es mayor que nosotros, no quiso caducar y allí se acabó el juego. La verdad es que también estábamos todos hartos de jugar, y empezamos a chotearnos por cualquier cosa. Vergara, que tiene fama de buen trompeador, y que un día le saltó dos dientes de un puñetazo a uno de la Preparatoria, se le engalló a Cutillas, que había venido en su bici, y le dijo que a la vuelta le iba a llevar en el cuadro su padre.

Cutillas, con aquello que le dijo Vergara, se suavizó mucho y después se puso hasta pelotillero con él, que daba asco de verlo hacerle la pelotilla. Pero como tiene mala sangre de por sí, se fue a tomarla con Jinojito, que sabía que se aguantaba todas las burlas y los choteos.

—Eso es —nos dijo, subiendo la voz para que lo oyeran Cachita y Jinojito—, las niñas con las niñas y los niños con los niños.

Después, se acercó a Cachita y le preguntó:

—¿Por qué vas con éste? ¿Es que no sabes que es lila?

—No es lila —saltó Cachita.

—Sí que es lila —repitió Cutillas.

—No es lila. Y además no es burro y chulo como eres tú. —Se volvió a Jinojito y le dijo, casi gritando—: Anda, dile que no eres lila. Dile que eres igual que los otros niños. Dile que él es un chulo y un zopenco y que en su casa no comen nada más que boniatos.

Jinojito no dijo nada. Miró a Cutillas y bajó los ojos hasta ponerlos en las puntas de sus sandalias. Cutillas se sonrió burlándose, y fue y le mojó la oreja a Jinojito, y entonces Cachita se puso furiosa.

—¡Dile que no eres lila! ¡Dile que se vaya de este huerto, que es mío! ¡Dile que no eres lila, o ya no te quiero!

Jinojito se puso pálido, casi tan blanco como la pared de yeso de la casa. Empezó a temblar y a apretar los dientes, aguantándose la rabia. Luego, subió los ojos hasta los de Cachita y le preguntó muy triste:

—¿Y ya no querrás ser mi novia?

Cutillas soltó la risa. Los demás habíamos hecho corro alrededor de los tres.

—No —contestó Cachita—. Ya no quiero ser tu novia porque será verdad que eres lila.

Entonces Cutillas se puso a sacarle burla a Cachita y a hacerle el paso mientras cantaba, poniendo la voz de flauta, eso que cantan las niñas cuando juegan a pata coja en el jardín de Santo Domingo:

*Desde chiquitita
me quedé, me quedé
algo resentida
de este pie, de este pie.
Y como andar
es cosa muy bonita,
disimular
que soy una cojita.*

Jinojito apretó los puños como si se fuera clavar las uñas en las palmas, y le echó

un reojo a medio ladrillo que había al pie de la escalera. Despacio, sin que ninguno se pudiera dar cuenta de lo que iba a hacer, se fue hacia la escalera y cuando estaba ya cerca del ladrillo, lo cogió de repente, lo levantó en la mano y se fue corriendo para donde estaba Cutillas riéndose aún. Cuando Cutillas vio a Jinojito con el medio ladrillo en la mano, que nunca se había puesto así ni había hecho nada parecido, se volvió de espaldas lleno de miedo y metiendo la cabeza entre los hombros para guardarla del ladrillazo. Parecía que Jinojito le iba a atizar el ladrillazo a Cutillas, pero entonces él miró a Cachita con mucha tristeza, aflojó la fuerza de las manos, dejó caer el ladrillo, se le mojaron los ojos, dio la vuelta muy despacio y se fue a donde estaban apoyadas las bicicletas. Cutillas sacó su canuto de caña, se echó un lirón a la boca y se lo tiró a Jinojito, por la espalda, a traición, con más fuerza que una bala, porque los tira tan fuerte que no se huelen. Le dio a Jinojito en el cogote. Jinojito, sin volver la cara, se rascó el sitio con la mano y siguió andando lo mismo de despacio. Cutillas fue a agacharse para coger el medio ladrillo que había soltado Jinojito, seguro que con la intención de tirárselo, pero entonces Campillo, que estaba a mi lado, agarró el medio ladrillo antes de que pudiera agarrarlo el otro, y se lo escalfó a Cutillas en mitad de las narices, que empezaron a manar tanta sangre que daba miedo vérsela salir.

En seguida empezaron los trompazos. Portales, el Jínjoles y Molina, a pesar de ser hermano de Cachita, se pusieron de parte de Cutillas, porque es mayor. Vergara e Igualada se pusieron de parte de Campillo, porque le tenían rabia al grandullón de Cutillas, y porque no tenía razón. Yo también tuve que meterme, porque para eso soy hermano de sangre de Campillo y tenemos el reglamento. Por cierto, que el Jínjoles me arreó un directo a la boca que me partió el labio contra los dientes. Todavía me noto, cuando quiero, con la punta de la lengua, la bolilla de carne que me creció en la cicatriz. A Campillo le hincharon un ojo, que después se le puso negro, y después amarillo, hasta que se le quitó, y le arrancaron de un tirón todos los botones de la camisa. Él se puso una perra gorda encima del ojo, porque el cobre es muy bueno para las hinchazones, y se ató el pañuelo alrededor de la cabeza. Yo me puse un papel de fumar en el labio para atrancarme la sangre, porque no teníamos allí pimienta molida, y que me lo dio el casero del huerto, que hasta que él no llegó no se acabó la pelea.

Cuando volvíamos en la bicicleta, casi de noche ya, veníamos callados y pensando en lo que nos iban a decir en nuestras casas al vernos llegar así. De pronto se me ocurrió preguntarle a Campillo:

—¿Por qué lo has hecho?

—Bueno, pues porque alguien tenía que defender a Jinojito, que ninguno quiere ser su hermano de sangre.

—¿Y por qué será tan lila?

—No sé. Mi madre dice que como no tiene hermanos y como además se cría sin padre y no hay en su casa más que mujeres...

—¿Y qué tiene que ver eso? ¿Es que si te crías sin padre y sin hermanos y nada más que con mujeres te vuelves mujereta?

—No lo sé. Mi madre es eso lo que dice. Y cállate, que preguntas más que Cachita.

Nos quedamos callados otra vez. Estábamos en la ciudad y había que andarse listos y meterse por los callejones, porque los guardias del Ayuntamiento te quitan las bicicletas que no llevan farol o no han pagado la matrícula.

Cuaderno segundo

Por la mañana, aquí en Santo Ángel, cuando te cansas de la bicicleta, sí que puedes buscar nidos por las cruces de los almendros, y puedes encontrar, con un poco de suerte, algún nido de cardelinas, que cantan muy bien y que dice Salvador que se pueden cruzar con los canarios, o algunos huevos de verderol. También te puedes ir con Salvador a cazar gorriones con liga o con red. Para cazar con liga tienes que embadurnar los mimbres o los espartos y esperar a que lleguen los gorriones a comerse lo que les pongas, granos de trigo o migas de pan, y para cazar con la red, que se llama manganeta, tienes que extenderla sobre los sembrados y cuando está llena de pájaros tirar con fuerzas de la cuerda para que se cierre y se queden dentro los gorriones. Así se cazan muchos, porque por el lado del aramo grande y por los bancales de almendros bullen los pájaros a manta de Dios, como dice Miguel, y Salvador, después, se los come fritos y los vende en los ventorrillos de la Alberca y del Verdolay. Pero a mí no me gusta cazarlos de esa manera; me gusta más espiarlos cuando se posan en las ramas, descubrirlos cuando se esconden entre las hojas y tirarles con la escopeta de aire comprimido, o con el tirachinas cuando no le puedo quitar a mi hermano la escopeta.

Si le doy a alguno y cae al suelo y allí empieza a temblar porque está aún vivo, me acuerdo de Zambudio, el Funerario. A Zambudio le gusta ver sufrir a los demás y a los animales, y ver a los muertos, lo mismo si son personas que si son bichos, que en eso no le pasa lo que a Primitivo, que en cuanto ve un muerto le entran las ganas de vomitar. Si nos encontramos, por ejemplo, un perro muerto, a Primitivo le entran las bascas y se pone a vomitar, que echa hasta la primera papilla, como dice don Manuel; pero Zambudio se le acerca al perro y lo toca con el pie y después con la mano, y le abre la boca y los ojos y le mira el culo a ver si ya tiene gusanos, sin importarle nada que eche esa peste que echan los perros cuando llevan muertos dos o tres días. Y lo mismo hace con un gato o con un animal cualquiera. Zambudio se divierte también cazando moscas, que las caza con tanto saber que algunas veces caza dos al mismo tiempo, en un vuelo sólo de la mano. Y una tarde, de una sola vez, cogió cuatro, porque había dos parejas bastante juntas, una mosca encima de la otra, como se ponen de vez en cuando, que yo no sé para qué será, como no sea que les guste jugar a ir a costaletas. Algunas veces se las mete en la boca y después las escupe soplando con fuerza, como si fueran lirones o huesos de aceituna. Pero otras veces no se las mete en la boca, y lo que hace es meterles por el culo medio papel de fumar El Quijote o La bicicleta, que son los que cuestan más barato, y así las deja luego para que vuelen. Un día hizo eso lo menos con treinta moscas en la sala de estudio, y cuando don Fernando, el pasante, levantó la vista del libro que estaba estudiando y vio volar las moscas con el rabo blanco puso una cara igual que si hubiese visto a Manzano, el gordo, volar por encima de los pupitres convertido en mariposa o en caballito del diablo. Don Fernando abrió las ventanas y con un

periódico empezó a espantar moscas, y cuando las había espantado todas, preguntó que quién era el inventor. Ninguno quisimos decirlo, que Zambudio, mientras preguntaba don Fernando, parecía que se hubiese quedado de piedra, porque don Fernando tiene malas pulgas y te da unos raspones en la coronilla con el nudillo del dedo corazón que parece que te va a hacer una carretera en la cabeza. Al final, el que le dijo a don Fernando que el inventor había sido Zambudio fue el acusica de Molina, y Zambudio se quedó toda la tarde en la sala de estudio, de rodillas, de cara a la pared y con los brazos abiertos sosteniendo en una mano el diccionario de latín y en la otra el atlas grande que usan los del bachillerato. Y de vez en cuando, don Fernando llegaba por detrás y le hacía una carretera en la coronilla.

Le gusta cazar pájaros nuevos de los que aún no saben volar bien, y les corta las puntas de las plumas de las alas y de la cola para que prueben a escaparse y no puedan. Otras veces les ata un hilo bramante o una cinta a la pata y les pasa el pájaro por delante del hocico a los gatos que encuentra, que hay muchos por el derribo, y que los gatos dan unos saltos para cogerlos que llegan más alto que la cabeza de Zambudio, pero él tira fuerte del hilo o de la cinta y quita el pájaro del alcance del gato. Otras veces no puede remediar que el gato enganche al pájaro con las uñas y con los dientes, y ya no hay manera de quitárselo y hay que dejar que se lo coma.

Y una cosa igual hace también con los ratones.

Cuando al Jínjoles se le muere un animal de los que tiene siempre en el cajón del pupitre, Zambudio llega en seguida y le pide el cadáver, que por eso le llamamos el Funerario. El Jínjoles se lo da, porque a él le interesan nada más que los animales vivos, y Zambudio se pasa las horas enteras mirándolo y tocándolo. Después, con la toledo de sacar punta a los lapiceros, los abre para verlos también por dentro, y les saca las tripas y les arranca el corazón a los que lo tienen, que, por ejemplo, los gusanos no tienen. Y también le gusta mucho mirarles el sitio por donde los animales hacen sus necesidades, que el Jínjoles dice que les mira la matrícula para ver si son machos o hembras.

Pero más que ver a los animales muertos, le divierte mirar cómo se mueren. Y también cómo se pelean hasta que se matan el uno al otro. Lo mejor que puede regalársele a Zambudio es un canario muriéndose o cualquier otro animal que ya haya entrado en la agonía, y también dos animales que se presenten lucha, que es muy raro encontrarlos, porque hay muchos que no se hacen caso o que se huelen y después se va cada uno por su lado.

Por la tarde, cuando se recogen los gorriones, no quedan volando más que las golondrinas, y algunas veces les tiró a ellas, que vienen todos los veranos a hacer sus nidos de barro y de paja en los aleros de la casa o los pegan en las colañas de la cochera. Pero a las golondrinas es muy difícil atinarles porque vuelan muy de prisa y casi nunca se están quietas, y cuando se posan se ponen muy altas. Además, no puede

nadie verme matar una golondrina porque todos me riñen, y después esconden la escopeta de aire comprimido y me quitan el tirachinas, que es una lata tenerte que hacer otro. Miguel dice que no se debe matar a las golondrinas porque se comen a los mosquitos y a otros bichos dañinos o inútiles. Y la bisabuela dice que tirarles perdigonazos a las golondrinas es un grandísimo pecado y que me va a castigar Dios, porque son pájaros sagrados.

—Cuando al Señor lo crucificaron los judíos, llegaron las golondrinas al anochecer y, una a una, le quitaron las espinas de la corona. Entonces el Señor las hizo más libres que a ningún otro pájaro de la creación, y les mandó a los hombres que no las mataran y que ni siquiera las metieran en jaulas, porque, cuando están cautivas, no pueden volar a su gusto y no quieren comer de nada de lo que se les dé, y terminan por morirse de la enfermedad de no tener la libertad que les dio el Señor cuando estaba en la cruz, para irse a un sitio en verano y a otro en invierno, igual que hacemos los de la casa.

Eso, al menos, es lo que dice la bisabuela. En cambio, a los gorriones sí que hay que cazarlos, porque se comen las simientes y pican las frutas, sobre todo los higos, que les deben de gustar mucho y que si no los coges por la madrugada, apenas maduran, se pudren en seguida de los picotazos de los gorriones, y después por esos agujeros se meten las hormigas. Por eso, cuando empiezan a estar maduros, Salvador los llama higos pajareros.

El año pasado cazaron viva una golondrina que se metió en la alcoba de la bisabuela, y entonces ella le puso un lazo de cinta rosa en una pata y la echó otra vez a volar, y está empeñada en que este año tiene que volver la golondrina, porque dice que las golondrinas vuelven siempre, todos los veranos, al mismo sitio donde tenían el nido el año pasado, y que eso es porque son aves que emigran y por eso tienen muy buena memoria para los lugares, y que además, como son pájaros sagrados, son muy fieles, y no como algunas criadas, que después de estar comiendo y durmiendo en la casa cuatro o cinco años, se van por ahí, y si te he visto no me acuerdo.

Y dice que eso pasa también con algunos hijos, que se van y ya no vuelven a casa de los padres y que tú no lo hagas nunca jamás, hijo mío, y cuando yo le pregunto que por qué me dice eso, me contesta que por nada, pero que yo no lo haga nunca y que me acuerde siempre de lo que hacen las golondrinas. Y además de decirme todo eso, se empeña en que me aprenda de memoria una poesía que empieza diciendo:

*Volverán las oscuras golondrinas
de tu balcón los nidos a colgar,*

que ya me la sé casi entera, y que me la aprendo para darle gusto a la bisabuela, que yo la quiero mucho y que ella dice que me quiere más que a nadie de esta casa, sobre todo desde que se murió su hijo, que era mi abuelo.

Después de beberme el vaso de leche con cacao que me prepara Felisa al mediodía, puedo ya irme a bañarme a la balsa. Para poder bañarme en la balsa tiene que haber bastante agua, porque a veces se queda seca cuando Miguel ha regado el huerto y hay que esperar a que sople el viento que hace trabajar a la molineta y salga agua del pozo, porque todavía no le han puesto bomba de motor. Si el agua está baja, uno se tira y ya no puede salir, como no sea que venga el casero con la escalera que usan los albañiles para arreglar los tejados y que sirve también para que Miguel se suba a las higueras que tienen la cruz alta, o me traiga Felisa el perigallo de la cocina, que le sirve para colgar los morcones y las longanizas del techo de la despensa.

Como la balsa no es muy grande, no se puede nadar bien, porque das cuatro brazadas y llegas en seguida a la pared de enfrente, pero se está fresco dentro del agua, se te quita el sudor de la bicicleta y de la caza, te entran las ganas de comer y siempre te puedes divertir intentando coger con la mano esas mariquitas que tienen unas patas muy largas y que corren muy rápidas por encima del agua o viendo volar a los caballitos del diablo, con sus colores verdes, azules, rojos o amarillos. Yo aprendí a nadar en esta balsa y después ya podía bañarme en las acequias grandes o en los remansos del río. Cuando era más pequeño, que todavía no había aprendido a sostenerme en el agua, me tiraron en medio de la balsa entre mi hermano y Salvador, y yo no podía salir y me quedé allí en medio, dando saltos para sacar la cabeza fuera del agua y poder respirar. Por fin, tuve que pedir socorro, que eso era lo que me daba rabia, y Salvador se tiró al agua para sacarme. Después empecé a bañarme echando siempre al agua una cámara hinchada de aire del Chevrolet del abuelo, y así, apoyando las manos en la cámara, me enseñé a nadar.

La balsa está en la mitad de la finca. Más arriba están los olivos y los pinos, que no hay que regarlos y que sólo se mojan cuando llueve, y abajo de la balsa está el huerto, con una parte, que tampoco se riega, donde están los almendros y el aramo grande, y otra parte donde crecen los naranjos y los limoneros, los parrales, todos los demás árboles de la fruta, las higueras y el jinjolero. Y también las flores, que hay de todas clases, rosas y clavellinas, geranios, dalias, alelíos, peonías y flores pequeñas, como pensamientos y violetas. También hay árboles y plantas que dan mucho olor, como el galán de noche, el heliotropo y el dondiego, que es una planta que tiene nombre de médico, Y la verdolaga, que se la comen los pájaros.

Entre la balsa y el huerto, está la casa. La casa de Santo Ángel es la órdiga de bonita. Tiene tres terrazas, una por donde sale el sol, otra por donde se pone, y otra, que es la que hay delante de la puerta principal y enfrente del huerto. Desde allí se ven los naranjos y los demás árboles de fruta, la rosaleta y los bancales de claveles. De la terraza sale el camino que se mete por las sombras del huerto y que lleva hasta el cenador, que está cubierto y rodeado de parrales y que tiene cuatro poyos de azulejos y una mesa en medio también de azulejos, para cenar en las noches de

mucho calor. La terraza tiene cuatro escalones por donde se sube al vestíbulo de la casa. La puerta está rodeada de jazmineros y de buganvillas y de una planta que se sube por las paredes y que llega hasta los balcones, que da unas flores moradas y azules que parecen trompetas y que no sé cómo se llama. Algunas tardes mi madre me llama para que le coja un ramillete de jazmines y ella se lo prende en el pecho con un espetón. Los cuatro escalones por donde se entra a la casa están llenos de macetas con hortensias, begonias, geranios y azaleas. También hay tiestos de alábega, que llena las manos de olor con sólo tocarla o menearla un poco, y que Águeda los riega todas las tardes. Encima de los poyetes que hacen el cuadro de la terraza ponen las macetas de clavellinas.

La terraza de Poniente es más pequeña y a ella dan las ventanas del comedor y de la biblioteca. Enfrente, está la explanada, que por un lado da a la puerta grande, de hierro, por donde entran el Chevrolet, la berlina y la tartana, y por el otro lado es por donde empieza el camino en cuesta que se mete por los pinos y que termina en la puerta de atrás, que casi nunca se abre. La terraza de Levante está justo en la otra parte de la casa y desde allí se ven la balsa y la molineta, los olivos por arriba y los naranjales por abajo, que ahora están llenos de naranjas pequeñas y verdes porque ha cuajado el azahar. Más allá está el camino de la Fuensanta, que sube por entre los olivos y es por donde traen a la Virgen los días de la romería. Cuando traen a la Virgen, Águeda se sale al borde del camino, con un cántaro y vasos, y vende agua fresca del aljibe a los que vienen acompañando a la Virgen andando desde la ciudad, que algunos de ellos se ponen a subir la cuesta de rodillas hasta que llegan al santuario, y hay mujeres que terminan de subir con las rodillas despellejadas y chorreando sangre y en el atrio se las lavan con agua de sal y vinagre. También se ve, desde la terraza de Levante, la Cresta del Gallo, que es el monte más alto de los que hay por aquí y que parece propiamente la cresta de un gallo, que por eso se llama así.

El vestíbulo de la casa es muy grande. Al entrar, a la derecha, está el oratorio, donde dicen misa algunos domingos y yo le ayudo al cura a decirla, que ya me he aprendido todos los latines, hasta ese que es el *suscipiat*, y que es el más largo y el más difícil de toda la misa. Yo prefiero que no venga el cura a decir misa en el oratorio, porque así me llevan al pueblo en la tartana o en el coche de caballos, y de vez en cuando Miguel me deja que lleve un rato las riendas. Después está la alcoba de la bisabuela y más allá la del abuelo, que sigue cerrada desde que él se murió y ya no duerme nadie en ella. A la izquierda, según se entra, están la biblioteca y el comedor y, al fondo, por un pasillo, se va a la cocina, a la despensa, a la habitación de las criadas, al patio donde está la cochera y, más allá, la casa de los caseros.

En el piso de arriba están las alcobas y la terraza en cuesta que recoge el agua de la lluvia para llenar el aljibe. En la cochera, que también tiene cuadra, se guardan la tartana, la berlina, los caballos, las bicicletas y el Chevrolet. Al lado, están los corrales donde recogen por la noche a los animales, los pavos, los patos, las gallinas y los cerdos, y también están las conejeras. Por el día dejan sueltas a las aves, y yo me

entretengo muchas veces viendo a las gallinas picotear por los bancales, o venir corriendo cuando Águeda las llama, pili, pili, pili, y les echa el panizo o les pone el amasijo de salvado, o viéndolas acocharse en los nidos para poner los huevos, que los ponen calientes y que da gusto aplicárselos uno a los párpados. Todos los días, Águeda les mete a las gallinas el dedo por el culo para ver si tienen huevo, y me ha enseñado que lo haga yo, que se nota muy bien cuándo lo tienen porque la punta del dedo tropieza con el cascarón. Y también me divierto mirando a los pavos comerse la mierda, que se comen la mierda del perro, la de los caballos, la de los cochinos y la de ellos mismos.

Cuando me estoy entreteniendo con los animales en seguida me acuerdo del Jínjoles. De todos los de la clase, el Jínjoles es el que le tiene más tirria a Zambudio, el Funerario, porque al Jínjoles le gustan mucho los animales, pero no para hacerles sufrir ni para matarlos, que lo que le gusta es darles de comer y encerrarlos en jaulas, en botes o en cajas de cartón. Sabe curarles las enfermedades y arreglarles las patas cuando se les quiebran atándoles una caña con hilo de coser, si son animales pequeños como los pájaros, por ejemplo, o una tabla con hilo bramante, si son animales grandes, como los perros. Lo que pasa es que algunas veces se le mueren sin saber por qué, o se le ponen tan tristes que no quieren comer ni beber, y entonces tiene que dárselos a Zambudio porque es el único capaz de darte alguna cosa a cambio de un animal que se esté muriendo. En el cajón del pupitre tiene siempre algún animal, que se lleva ranas, grillos, pájaros, crías de gato o de perro, saltamontes o gusanos de seda, que se pasan la vida comiendo hojas de morera, durmiendo y haciéndose el capullo para encerrarse dentro de él y salir luego convertidos en mariposas blancas.

Una vez, el Jínjoles se llevó al colegio un alacrán, que se lo había encontrado debajo de una piedra en un pedregal que hay en el campo, cerca de donde él vive. El alacrán es un bicho que no se puede coger con la mano porque tiene veneno y cuando pica, lo suelta, y da mucho dolor y corre uno peligro de morirse envenenado por la picadura. El Jínjoles dijo que lo había podido coger gracias a que llevaba en el bolsillo una pinza de las de tender la ropa y lo metió, sin tocarlo, en una caja, que no se había atrevido a abrirla. Dijo también que él sabe las trampas para no morirse del picotazo del alacrán, y es sorberle a uno la sangre con mucha fuerza por el sitio de la picadura, igual que se hace cuando te muerden las víboras, y también echarse aceite en el que hayan estado todo un invierno muchos alacranes muertos, y con este unguento ya no te mueres. En cambio, cuando te pican las avispas, que se te hincha el sitio por donde se mete el aguijón, lo mejor es ponerse un pegote de barro o de greda. El alacrán es una cosa así como una araña grande, pero más alargada y con unas patas que tienen forma de peine, o como un cangrejo de los de río, pero más delgado y además de un color amarillo que da asco, que yo no sé explicarlo mejor.

Zambudio, el Funerario, dijo que él conocía una forma estupenda de matar alacranes, y es dejar al alacrán dentro de un redondel hecho con gasolina y meterle fuego a la gasolina, y que entonces el alacrán se pica él mismo en la cabeza, volviendo hacia arriba el rabo donde lleva el veneno, y así se mata.

—¿Y se mata él mismo? —preguntó el Jínjoles, que no llegaba a creerse lo que decía Zambudio.

—Sí que se mata, imbécil —contestó el Funerario—, y a eso se llama suicidarse, y es lo mismo que ha hecho don Anastasio, que era el cajero del Banco donde trabaja mi padre.

—¿Y por qué lo sabes?

—Porque don Anastasio vivía en el piso de abajo de mi casa, solamente que don Anastasio se mató con el gas y no como los alacranes.

Al principio, el Jínjoles no quería, pero después dijo que sí, que bueno, que lo hiciéramos, porque al fin y al cabo el alacrán es un bicho dañino y venenoso, y que su padre del Jínjoles dice que a los animales venenosos hay que matarlos sin tenerles ninguna compasión. Y además que él no había visto nunca eso de suicidarse los animales, que lo más que había visto algunas veces es a las madres matar a los hijos, por ejemplo, los periquitos, y que quería ver si es verdad lo que decía Zambudio. Vergara se trajo la gasolina del taller de su padre, que está enfrente del colegio, al lado de la carpintería, y que es un sitio donde arreglan los coches, las motos y las bicicletas. Hicimos un redondel con algodón, que Molina se lo trajo de la botica, en el suelo de cemento del patio, lo empapamos en gasolina y le pegamos fuego después de sacar el alacrán de la caja con la pinza de la ropa y ponerlo en medio. Pero no pasó nada, porque se conoce que la circunferencia nos había salido demasiado grande y el alacrán se quedó en el centro esperando tranquilamente a que se apagase el círculo de fuego. Probamos otra vez haciendo un redondel más pequeño, que Vergara tuvo que volver al taller de su padre a robar otro botellín de gasolina, y Molina, a la botica a por más algodón, y entonces el alacrán quiso salir por un lado y, luego, por otro, y por fin se picó en la cabeza y se murió envenenado con su mismo veneno, que era mucha verdad lo que nos había dicho Zambudio.

El Jínjoles, como siempre está con los animales, estudia muy poco y es uno de los que dice don Julio que nunca pasarán a la Preparatoria, que ya he dicho que tampoco ha pasado este año. Pero él dice que no le importa, porque lo que le gusta es vivir en la huerta con su padre y que no quiere hacerse un señorito. Del Jínjoles ninguno sabe muchas cosas porque no vive en la ciudad, que ya lo he contado antes, y no hemos ido nunca a su casa, y no puedo contar nada de su padre ni de su madre, ni de sus hermanos, que sólo sabemos que tiene nueve, pero que ninguno viene al colegio. Sabemos nada más que un hermano suyo, mayor que él, que se llama Florencio, estudia para cura y va al Seminario, y el Jínjoles dice que ése sí que es listo y que estudia mucho y que sabe muchas cosas y que habla en latín. Pero del Jínjoles no puede uno fiarse mucho en eso de los estudios.

Lo mejor que se puede hacer después de comer, que los mayores se acuestan a dormir la siesta, es venirse a la terraza de Levante, que está fresca porque siempre sopla un poco de aire, y aquí me siento a leer los cuentos de la colección Araluce o las novelas de Julio Verne o de Emilio Salgari, o a mirar las estampas de la colección encuadernada de Blanco y Negro, que trae cosas de las batallas de la guerra de África, o de La Ilustración Española y Americana, que hay que cogerlas a escondidas de la biblioteca que era del abuelo y que no nos las dejan tocar a los niños. O me pongo a escribir en el cuaderno lo que estoy escribiendo, y que lo escondo, para que nadie lo lea, en la covacha que hay debajo de la escalera del vestíbulo, donde se guardan cosas viejas que nadie busca nunca, aparte del espolsador y de la escoba, y donde me encierran cuando me castigan. Al rato de estar aquí, llega Ángela, la hija menor del casero del huerto de arriba, que ya tiene diez años y empieza a preguntarme que qué hago, como si no se viera lo que hago, y a dar vueltas alrededor de mí como si fuera una avispa, y a proponerme aventuras.

—¿Qué estás haciendo?

—Ya lo ves. Estoy leyendo.

—Hola.

—Hola.

—¿Y qué lees?

—Una novela de piratas.

—¿Qué son los piratas?

—Los piratas son los piratas que roban tesoros por los mares.

—¿Y qué tesoros hay en los mares, tú?

—Pues los cofres de los tesoros que llevan los barcos y los que hay en las islas desiertas.

—Ah.

Ángela está muy morena de tanto como le da el sol porque vive todo el año en el huerto. Lleva un vestido muy fino y debajo no se pone enagua ni saya como se ponen las mujeres, ni el viso que le hace mi madre a mi hermana, y lleva la falda muy corta, por muy encima de las rodillas, que Águeda dice que toda la ropa se le ha quedado pequeña porque ha crecido mucho esta primavera y se ha puesto muy hermosa, y que ya le podía hacer su madre ropa nueva. Tiene los ojos pequeños, pero casi tan vivos y movidos como los de Campillo, mi hermano de sangre, y las mejillas coloradas, y su madre la peina con una trenza atrás que le llega hasta la cintura.

—¿Quieres que vayamos a buscar avisperos?

—¿Para qué?

—Para removerlos con un palo.

—No, que el otro día removí uno y se pusieron furiosas las avispas y me picó una, y Felisa tuvo que sacarme el aguijón y echarme greda.

—Eso es que tienes miedo. Mi padre dice que si te estás quieto no te pican las

avispas.

—Pues que se esté quieto tu padre. Yo no voy.

—Entonces vamos a coger piñones, a ver si hay piñas llenas debajo de los pinos.

—Bueno.

—O mejor, vamos a buscar tesoros por los bancales y por alrededor del cenador.

—Lo que quieras.

—Lo que quieras tú.

—No. Lo que quieras tú.

—Anda, vamos.

Escarbando por los bancales y por los alrededores del cenador encontramos siempre muchas cosas. Por ejemplo, encontramos trozos de tazas y de platos rotos, que ella se guarda en una bolsa de tela, pasada con un cordón, que lleva siempre colgada de la muñeca, para jugar con ellos a las casicas, porque no tiene vajillas ni cocinas de juguete como tiene mi hermana; encontramos también cabezas y piernas y brazos de muñecos, y ella se los guarda lo mismo, y dice que son para jugar a los hospitales en el invierno, que se queda sola y que se aburre mucho cuando yo me voy; o pedazos de vidrios de colores, que son de botellas, de vasos o de quinqués que se rompieron. Y algunas veces encontramos camisas de culebra, que parecen una manga de seda transparente y que se deshacen cuando las coges; o nidos caídos de los árboles, que ella sabe siempre qué clase de pájaros los han hecho; o pelotas de goma o de trapo de las que se habían perdido otros años.

Cuando nos cansamos de buscar tesoros, nos vamos a las higueras a jugar al columpio. El columpio se hace encontrando una rama horizontal y atándole un cordel gordo de los que hace Miguel con hebras de esparto, que se ata por los dos cabos para que se quede la comba de manera que no te rocen los pies en el suelo cuando te sientas. En el lugar donde se hace la comba hay que poner una almohadilla, o un cabecerón, o una manta, para que no se te claven las puntas del esparto en las piernas y en el culo. Casi siempre es Ángela la que se sube para columpiarse, y a mí me pide que le empuje por detrás para tomar impulso.

—Anda, abrízame.

—No se dice abrízame, que se dice brízame, que me lo ha dicho mi bisabuela.

—Pues como se diga. —Y luego, cuando ya está columpiándose, me grita—: Más fuerte. Más.

—Bueno, pero luego me empujas tú a mí.

—Sí. Más fuerte.

Cuando me toca a mí mecarme y le digo que se baje ya, ella me dice que si quiero brizarla ahora por delante en vez de por detrás. Y yo me conformo, porque poniéndome delante de ella y empujándole por las rodillas en vez de por el culo, como se le llena la falda de aire y se le sube hasta la cintura, yo le miro los muslos y las bragas. Si se cansa de columpiarse, al venir por el aire hacia donde yo estoy, abre las piernas y las estira, que entonces sí que le veo bien las bragas, y me engancha con

los muslos por el cuello, que yo tengo que dar dos o tres pasos muy largos para no caerme al suelo de boca, y se me queda la nariz metida en su barriga, que eso le da mucha risa porque se conoce que le hago cosquillas, y a mí también me da gusto sin saber por qué.

Ayer tarde andábamos buscando piñas abiertas y llenas por debajo de los pinos. Estábamos lejos de la casa y no podía vernos nadie.

—Espera, que me han entrado ganas —me dijo de repente.

—¿De qué te han entrado ganas?

—De eso.

—¿De hacer pis?

Ella me dijo que sí con la cabeza y se escondió detrás de un pino.

—Tú no mires, que si miras me voy más lejos. Vuélvete de espaldas.

Yo me volví de espaldas, pero cuando ella desapareció detrás del árbol, me acerqué por la espalda, poco a poco para no hacer ruido, que era imposible no hacer ruido porque cada vez que apoyaba un pie en el suelo crujían las hojas secas de los pinos. Pero ella no se fue más lejos, y yo vi cómo se levantaba la falda y cómo se bajaba las bragas, que se las bajaba muy despacio como si no tuviera prisa, ni le diera vergüenza de que pudiera verla, y después se puso en cuclillas, y yo pude verle el culo, que lo tiene muy redondo y menos moreno que las piernas, y pude ver también la forma de salir el chorrillo. Antes de que terminara de hacer, me puse enfrente de ella y me agaché yo también para verle lo de delante y entonces se enfadó conmigo.

—Quítate de ahí. Quítate de ahí, o llamo a mi madre. Pero yo no me moví, y ella no llamó a su madre, que de todas formas no la iba a oír, porque su casa queda bastante lejos de nuestro huerto.

—Quítate, o lloro.

Pero tampoco se le ponía cara de echarse a llorar. Cuando terminó de mear se puso de pie y, sin dejar de mirarme, se subió las bragas, también muy despacio, y se bajó la falda.

—¿Es que tú no tienes ganas? —me preguntó.

Y entonces me tocó a mí hacer pis delante de ella. Me saqué la pilila por debajo del pantalón, porque llevaba un pantalón muy corto y no le habían hecho bragueta, y empecé a hacer fuerzas porque la verdad es que no tenía muchas ganas. Ángela hizo como si se tapara los ojos con las manos, que no se los tapó del todo, y como si le diera vergüenza de verme, pero luego quitó las manos y se quedó mirándome hacer pis casi muerta de risa.

—¿Por qué los hombres no os ponéis en cuclillas para mear?

—No sé. Porque no somos mujeres.

—Anda, guárdatela ya, que ya has hecho. No seas cochino.

—Es que me parece que tengo más gana. ¿No quieres tocármela un poco?

—No.

—Nada más que un poco, tonta.

—Que no.

Entonces yo le cogí la mano y me la puse ahí para que me la tocara un poco. Ella quitó la mano en seguida, y yo creo que los dos nos pusimos algo colorados porque seguramente teníamos vergüenza de verdad, y no nos atrevimos a mirarnos a los ojos en un rato. Después nos cogimos de la mano, sin hablar, y seguimos buscando piñones y tesoros, pero ya sin gana.

—Mañana, ¿vamos a mear otra vez juntos? —le pregunté.

Ella no contestó nada. Se soltó de mi mano y echó a correr hacia su casa.

Pero esta tarde ha venido otra vez a buscarme a la terraza de Levante y nos hemos ido a los pinos a hacer lo mismo.

Cuando lo pienso, me entra el remordimiento de enseñarle la pilila a Ángela, y no solamente porque estoy seguro de que lo que estamos haciendo es un pecado muy grande, que no voy a poder confesarme hasta que llegue otra vez al colegio y me confiese con don Vicente, que es sordo y no se entera casi nunca de los pecados que le confieras, sino porque me da rabia tener la pilila más corta que la tiene Cutillas, que es el grandullón de la clase y ya tiene cumplidos los doce años. Y también la tengo más pequeña que la de Vergara, que es el que sabe mear más lejos y más alto, aunque no tiene más que nueve años. Lo de hacer pis delante de Ángela también hace que me acuerde de Jinojito, que ahora lo contaré.

Después de Cutillas, era de los mayores de la clase, porque había cumplido los once, pero como no había crecido, colaba muy bien como de ocho. No es que Jinojito fuera tonto. Tonto, lo que se dice tonto, lo es Cabeza, que no hay dios que le haga meterse en ella la lista de los reyes godos, y eso que la tiene tan gorda que don Julio dice mucho que cuando le corten el pelo tendrá que ir al barbero en bicicleta. Cutillas se ríe tanto de este dicho de don Julio que termina por ganarse unos palmetazos. Tampoco es que Jinojito hiciera novillos con nosotros los días del mercado para oír los discursos de los charlatanes y comprar higos secos, avellanas finas y nueces mollares en los puestos de cascajo. Ni que se quedara después del recreo a jugar al guá con los hijos del carpintero de enfrente, que salen antes de clase porque van a la Graduada, y con los mellizos Matías, que no van a ninguna escuela y que se pasan el día en el derribo esperando a que llegue alguien que quiera jugar con ellos a cualquier cosa, que saben jugar a todo. O que llegara a clase por las mañanas a la hora de los panecillos, como dice don Julio cuando alguno llega tarde a la escuela.

No era nada de eso. Lo que le pasaba a Jinojito es que era lila. El miedo le tenía siempre pintadas unas ojeras moradas así de grandes y parecía que se le salía el susto por los ojos. Porque Jinojito se asustaba de todo y además le entraban las lástimas por cualquier cosa. Un día se puso a llorar en la clase porque le entró la lástima de don Favila, que se lo comió un oso, y a Cutillas le daba muchas tardes su merienda, que lo engañaba diciéndole que en su casa son tan pobres que no tienen de qué darle para merendar.

Jinojito no hacía novillos nunca, llegaba siempre temprano por las mañanas y

muchas veces no salía al recreo y se quedaba en la sala de estudio con el libro delante aprendiéndose las lecciones, así que se las sabía mejor que nadie, hasta mejor que el maestro, porque don Julio tiene que mirar algunas veces en el libro para ver si lo que contestamos no son trolas, y en cambio Jinojito, cuando alguno se atrancaba a medio decir la lección, se lo apuntaba sin tener necesidad de leerlo antes. Pero cuando lo llamaba don Julio para preguntarle, con la palmeta en la mano, le entraba un pasmo y un tembleque que empezaba a tartamudear como si no se lo supiera nada. Por eso no podían pasarlo de la Cuarta aunque ya tenía once años. Don Fulgencio decía que si eso le pasaba con don Julio, que le estaba dando clase y palmetazos cuatro años seguidos, qué no le pasaría con los catedráticos del Instituto, que no los había visto en su vida.

Jinojito tenía el pelo claro, casi del color mismo de la miel, y los ojos también claros y muy tristes, que parece que se los estoy viendo ahora mientras lo escribo. Como se pasmaba de todo, los abría mucho, para mirar como miran los conejos arrinconados cuando les acercas la mano para cogerlos por las orejas, que por cierto las tienen siempre calientes como si les hubiesen dado muchos tirones. Cuando miraba así, se le metían las cejas rubias debajo del flequillo y se le caía la cola de los ojos. Don Fernando, el pasante, que nos vigila cuando estamos en la sala de estudio, le decía muchas veces que tenía cara de besugo, y yo miro siempre al besugo cuando lo ponen de comer en mi casa para ver si le saco el parecido con Jinojito, y no se lo saco, pero de tanto mirarlo he terminado por aborrecerlo y tomarle asco, que no me lo puedo comer sin vomitarlo después.

Le dejaban crecer el pelo por la frente y por el cogote, así que llevaba flequillo por delante y melena por detrás. Pero desde que un día el Jínjoles se trajo al colegio unas tijeras grandes, que dijo que eran las que tenía su padre para tresquilar a los perros en verano, y le cortó por detrás los rizos, ya no volvió a llevar melena; lo peinaron con la raya en medio, pero dejándole el flequillo. Nosotros nos reíamos de él y le sacábamos burla diciéndole que le cortaba el pelo la peluquera de su madre y que todavía no lo llevaban a las barberías de los hombres. También le hacíamos burla de los chalecos de punto atados con cintas por debajo de la garganta, que llevaba en invierno, y de los cuellos redondos de las blusas, que no tenían puntas y que eran como los que llevan los mandiles blancos de las niñas de la Graduada. Y de la chalina ancha color de rosa que le ataban por debajo del cuello y que le caía sobre la pechera como una mariposa muerta.

Llevaba pantalones sin bragueta, y como eran muy largos, que le llegaban hasta las rodillas, se los tendría que bajar para hacer pis, igual que hacen las niñas, o se los tendría que arreglar no sé yo de qué manera. Pero lo corriente es que siempre llevara el pantalón mojado por la entrepierna, porque le daba vergüenza pedirle permiso a don Julio para ir al retrete, seguramente para que no le vieran y terminaba por hacérselo encima. Nosotros nos dábamos cuenta de cuándo se lo hacía porque, antes de hacerse, Jinojito se ponía a mover las piernas a mucha marcha, como si fuese

montado en una de esas bicicletas del tiovivo que no llegan al suelo con las ruedas, o como si le hubiese entrado el baile de San Vito. Después, cuando ya había empezado a soltar el chorro, se quedaba muy quieto, moviendo sólo los ojos de conejo, espiándonos a todos y a don Julio para ver si le mirábamos, y luego, poco a poco, iba extendiendo el charco por debajo del pupitre con la punta del zapato, o echaba hojas que arrancaba del cuaderno o el papel secante del dictado, para que se empaparan los orines.

Cuando don Julio se daba cuenta, le hacía presentar la mano con la palma abierta y le iba sacudiendo palmetazos, que Jinojito aguantaba mordiéndose los labios y sorbiéndose con mucho ruido los mocos y las lágrimas. Nosotros contábamos en voz alta y a coro el número de palmetazos: uno, dos, tres, cuatro, cinco... Cuando pasaban de cinco contábamos con voz más fuerte y con más alegría, y algunos nos reíamos tan a gusto que ahora me da tristeza cuando me acuerdo. Jinojito era el que soltaba más el llanto y el que hacía más melindres a la hora en que don Julio le daba meneo a la palmeta. Pero nunca le vimos que escondiera la mano, ni que le dijera a don Julio que ya no le pegara más porque se lo iba a decir a su padre o a su madre, como hacen otros que pasan por más valientes; a éstos, tiene don Julio que cogerles las puntas de los dedos para que no escondan la mano en el momento de sacudir el palmetazo, que se queda la palmeta temblando en el aire y zurriendo como un abejorro.

Si nos reíamos mucho mientras íbamos contando los palmetazos, don Julio se enconaba más contra Jinojito, y le daba los palmetazos más fuertes y más seguidos. Pero Jinojito seguía sin quitar la mano y sin pedir perdón ni nada, echando lágrimas por los ojos, moquillos por la nariz y babas por la boca, que se lo sorbía todo junto, cada vez con más fuerza.

De vez en cuando nos miraba a alguno de los que él más quería con una mirada tan dulce y tan triste que se nos quedaban quietos los labios, a medio abrir, en el canto de llevar la cuenta de los palmetazos y en la risa que nos daba por lo que estaba pasando. Y entonces, al ver que uno cualquiera de nosotros le tenía compasión, él le sonreía por entre las lágrimas, o al revés, rompía a llorar fuerte con mucho desconsuelo, que era lo que esperaba don Julio para acabar de darle palmetazos y para que se le pusiera en la cara un gesto de haber ganado una apuesta.

Otras veces era peor, porque Jinojito se aguantaba las ganas de hacer lo que don Julio llama aguas mayores, y entonces nos íbamos lo más lejos que podíamos de su lado y nos sentábamos apiñados en los pupitres más lejanos, y lo dejábamos solo, mientras hacíamos aspavientos y nos apretábamos la nariz con la punta del dedo índice y del dedo gordo. Todo esto digo yo que le pasaba a Jinojito porque, al mismo tiempo que la gana, le entraban las vergüenzas de pedir permiso, o porque no quería que nadie lo viera sin pantalones, que los retretes no tienen pestillo para encerrarse por dentro y cualquiera puede pillarte cagando, y prefería aguantarse y sufrir hasta que se lo hacía encima, antes que decir algo de que tenía alguna necesidad o levantar

el dedo como hacen los más finos, por ejemplo, Molina.

Aquella tarde era de lunes, porque nos tocaba leer en el *Quijote*. Mientras Vergara leía lo del yelmo de Mambrino, que ninguno sabemos lo que pueda ser, ni siquiera don Julio, le dio la angustia a Jinojito y se cayó al suelo desde el pupitre. Llamaron en seguida a don Fulgencio, le desabotonaron la blusa, le hicieron aire en la cara con un cuaderno y le echaron por la nuca el vaso de agua que tiene don Julio encima de la mesa; pero no terminaba de ponerse bueno y se llevaba las manos a la punta de la barriga como si fuese allí donde tenía el mal. Entonces don Julio fue y le bajó los pantalones, y vimos que se había puesto una cinta atada con un lazo muy fuerte en el pellejo de la punta de la pilila, para no hacerse encima. La cinta era de seda y de color de rosa, y yo creo que era una tira que la había desgarrado de la chalina. Debajo del nudo tenía una bola hinchada como una bufeta, que estaba llena de pis.

Cuando don Julio soltó el nudo, brotó un chorro que estuvo en un tris que no le diera en toda la cara. Jinojito entró otra vez en su conocimiento y don Fulgencio dijo que no le regañara don Julio y que nosotros, punto en boca, y a seguir haciendo lo que estuviésemos haciendo. Vergara siguió con la lectura de lo del yelmo de Mambrino, pero como le daban ataques de risa, que se ponía colorado, después morado y luego casi negro, que parecía que se iba a morir de asfixia, dijo don Julio que lo dejáramos para el lunes siguiente y que nos podíamos ir si le prometíamos antes que saldríamos del aula sin armar escándalo y que bajaríamos despacio por la escalera, y no como las caballerías, para que no se enterara el director, que tiene el despacho al lado de la entrada, junto al rellano.

Salimos uno a uno, bajamos los escalones de puntillas y cuando nos juntamos en el derribo nos pusimos todos a hacer lo mismo que había hecho Jinojito, que él fue el único que se quedó sentado en un banco del patio esperando a que vinieran a por él, que algunas veces venía un ama gorda y lo tomaba de la mano para llevárselo a casa. Cutillas se ató un trozo de bramante. Vergara, una tira de venda que llevaba tapándole un panadizo. Cabeza, el cordón de la bota. Zambudio se puso una de las gomas que siempre lleva en el bolsillo y que se las da su padre, que las tiene en el Banco para atar los billetes. Igualada le arrancó a la Enciclopedia la cinta para dejar la señal de la lección que toca estudiarse. Y yo me puse una pinza de madera, de esas para sujetar la ropa tendida a secar, que me la dio el Jínjoles y que yo creo que era la misma con la que había cogido el alacrán, y que cuando me acuerdo me parece que todavía me duele.

Cuaderno tercero

Me parece que ya es hora de que diga que Jinojito no se llamaba Jinojito, que ése es un mote que le pusimos y ya se quedó con él. De verdad, se llamaba José Luis, aunque nadie le llamaba así, tampoco don Julio, que se acostumbró a llamarle Jinojito menos cuando pasa lista para poner falta o lee las notas que hemos sacado en los ejercicios. Ya habéis visto que allí en la Cuarta casi todos los de la clase tenemos nuestro mote. Don Manuel, el portero, nos está repitiendo siempre que eso de poner apodos es una costumbre muy fea, y es que a él le llamamos Berenjena, por lo de las narices, que las tiene muy gordas y siempre están moradas y además tienen forma de berenjena.

A mí, antes, me llamaban Quisquilla, porque era inquieto y coleante como un alevín, según dice la bisabuela, y delgaducho y movido como rabo de lagartija, que es lo que dice Felisa. Después, cuando me pasaron a la Cuarta con don Julio el de la palmeta, me bautizaron Chilindres, que ya contaré por lo que fue, si no se me olvida. También contaré luego por qué a Igualada le llamamos el Reales. Lo del Jínjoles no necesita mucha explicación, que se comprende en seguida, y lo del Funerario, que se lo pusimos a Zambudio, ya lo he contado. A Vergara le llamamos el Mañicas, y a Molina, el Boticario, por lo de su padre, pero muy pocas veces, porque lo normal es que los llamemos por sus apellidos. Cabeza es que da la casualidad que se llama así y que la tiene muy grande, y por eso le llamamos Cabezón o Cabezota o Cabezudo, y además le cantamos eso de

*Cabeza gorda,
Napoleón,
mata a un chiquillo
de un coscorrón.*

A Campillo, mi hermano de sangre, le llamamos Chirri. También tenemos puestos otros motes, porque a Galindo le llamamos el Santabárbara, que luego explicaré el por qué, que da mucha risa, y a Manzano le apodamos Michelín.

En la Cuarta se atrancan muchos, que no adelantan más, que ya he dicho que este curso hemos pasado nada más que ocho. El director no quiere pasarlos a la Preparatoria porque dice que son como bancales para calabazas. Y algunas veces también les pone motes, y les llama calabacines, alcornoques, tarugos y zoquetes. El director, cuando se cabrea porque no sabemos algo de lo más fácil, nos llama unos nombres muy raros, que a nosotros nos dan mucha risa aunque no entendamos lo que quieren decir. Nos llama, por ejemplo, que yo me acuerde ahora, cacasenos, majagranzas, tuturutos, mamelucos, mastuerzos, badulaques y mamacallos.

Lo de mamelucos salió luego en el libro de Historia, que trae un grabado de una batalla con un letrero debajo que dice Carga de los mamelucos; pero después de mirar la estampa muchas veces y de leer la página entera yo me quedé tan en la higuera como antes, porque no acertaba a saber qué tenían que ver aquellos tíos del grabado con los alumnos tontos que no pasan de la Cuarta. Lo de badulaque se lo dice también mi bisabuela a un primo mío, respondón además de gandul, que como no le gusta ir al colegio, dice la misma bisabuela que estudia la carrera de asno. A mí me parece que la bisabuela tiene razón, y como es muy terca, que dice mi madre que yo me parezco a ella en eso y en lo impertinente y en lo resabido y en otras cosas más, yo creo que a ella no le va a dar por morirse hasta que se salga con la suya y vea cómo le crecen a mi primo las orejas hasta que se le pongan como las de los burros.

Pero lo de mamacallos nos hace más gracia que todo lo demás. Una vez se lo llamé yo a mi hermano delante de mi madre, y mi madre me facilitó un pescozón de los de nudillo, me dijo que eso lo dicen los golfos y nadie más, que dónde aprendía yo esas palabras malas, y me hizo pedirle perdón a mi hermano de rodillas. Yo no entendí a qué venía aquella regañina, y repliqué que se lo había oído decir a don Fulgencio, el director de mi colegio, y que no sería una palabra tan mala cuando la decía el director. Mi madre le pidió a mi hermano el diccionario y lo estuvo mirando y luego se quedó callada como pensando en no sé qué, y ya no me volvió a decir nada. Pero yo me quedé con el pescozón, que ya no me lo quitaba nadie, y habiéndole pedido perdón a mi hermano de rodillas, que era lo que más rabia me daba.

Los que no pueden pasar de la Cuarta se quedan en ella hasta que tienen catorce o quince años, y un día ya no vienen. Seguramente que se cansan de oír las mismas cosas sin aprenderlas nunca. Cuando de la clase desaparece algunos de éstos y ya no viene más, le preguntamos a don Julio que qué hace Fulano que no viene a clase, y que dónde está, y don Julio nos contesta siempre lo mismo:

—Dando bellotas.

Yo, la primera vez que lo oí, me creí lo de las bellotas, que aún me pongo colorado de vergüenza cuando me acuerdo.

A Jinojito le duró muchos días el bochorno de que lo hubiéramos visto con los pantalones bajados y con la cinta atada en donde se la puso. Y es que nunca lo habíamos podido ver en pelota, porque también para eso tenía melindres, y seguramente más melindres que para cualquier otra cosa. Cuando salimos al recreo, que el que más y el que menos sale con ganas de regar, como dice el Berenjena, en vez de bajar a los retretes del sótano, que tienen el suelo como el de las cuerdas y se te hunden los pies hasta el tobillo, nos vamos todos a la pared alta del derribo, que también sirve para jugar al frontón, uno contra uno o por parejas, y allí apostamos a ver quién echa la mancha más alta, y siempre es Vergara, que está a todas horas bebiendo agua para hacer ganas y tiene un método muy perfeccionado, difícil de

explicar así, contándolo solamente, muy parecido al que tienen los regadores para echar más lejos el agua con la mangarriega. Pero Jinojito, como era lila, nunca quería jugar a eso y se iba solo, muy lejos, para que ninguno le viese cuando hacía su pis, porque no quería que supiésemos cómo tenía la pilila.

Cutillas le decía que era una niña, y que si no, que lo demostrase, y él mismo le daba ejemplo abriéndose la bragueta y otras veces bajándose los pantalones y los calzoncillos sin pizca de vergüenza, porque como es el mayor de todos nosotros está muy orgulloso y nos saca envidia con lo que tiene. Jinojito, entonces, apretaba los dientes, bajaba los ojos y se cogía muy fuerte la tirilla de los pantalones, como para decirnos que él no quería demostrar nada, y mientras tanto se le iban poniendo colorados los carrillos y se le venían las lágrimas a los párpados. Y si veía que alguno se acercaba a él, le entraba el miedo de que quisiéramos desnudarlo a la viva fuerza, o hacerle lagarejo echándole agua y tierra en la entrepierna, y escapaba corriendo, que era peor, porque entonces todos nos poníamos a perseguirlo. Cuando lo perseguíamos, mientras corría, daba gritos y chillidos igual que los dan las niñas del colegio de las monjas cuando corremos detrás de ellas por el jardín de Santo Domingo para levantarles la falda con la regla de Dibujo.

Después de lo de la angustia, Jinojito casi no nos hablaba. Cuando nosotros bajábamos al recreo, él se quedaba en la sala de estudio y prefería no estar con nosotros aunque tuviese que sentarse delante del libro y aguantar que don Fernando le dijera lo de la cara de besugo. En la clase se sentaba en el pupitre de los castigados sin que nadie se lo mandara, si es que no había algún niño que tuviera que cumplir castigo, y que está separado de los demás, casi pegado a la tarima de la mesa de don Julio y al otro lado de las ventanas. Desde allí no se ve la calle, que siempre te puedes entretener mirando lo que pasa y viendo trabajar al carpintero, que se sale a la puerta, con el oficial y los aprendices, a sacarles viruta a los tablones, o al padre de Vergara cuando está arreglando motos o bicicletas. Ni siquiera se puede ver el derribo, que como está más lejos se le ve desde los pupitres del otro lado sin necesidad de levantarte del asiento ni de estirar el cuello hacia las ventanas.

Allí en el derribo están siempre los hermanos Matías, que no van a ningún colegio, que me parece que ya lo he dicho, y que siempre están haciéndonos señas desde abajo para que bajemos pronto y nos pongamos a jugar a lo que sea, y todos los días nos dicen que hagamos novillos y nos quedemos a jugar con ellos, y que si no lo hacemos, de Lorca. Por cierto, que siempre se me olvida preguntarle a la bisabuela, que es la que lo sabe todo en mi casa, por qué razón es tan malo ser de Lorca, que los chiquillos lo dicen mucho, pero ninguno sabe decir por lo que es.

Los hermanos Matías son mellizos. Los dos son rubios, golfos y pobres, además de un poco ladrones y muy mal hablados. Don Manuel, el portero, o sea el Berenjena, dice que los mellizos Matías son malas compañías. Pero también él va con malas

compañías, que se lo dijo el director un día que lo pilló en el Café Moderno jugándose al dominó los cuartos que había cobrado de nuestros recibos del mes. Y esto es verdad, que no es levantar falsos testimonios, porque me lo dijo a mí Juanita, la criada de doña Gertrudis, que por eso lo sé.

Antes de que empiece a contar cosas de Juanita y de doña Gertrudis, seguiré diciendo lo de los mellizos Matías. Son tan parecidos que no se diferencian en nada, ni siquiera en los trajes, que los llevan siempre iguales, y por eso el uno puede echarle al otro todas las culpas de las cosas malas que hace él, y nosotros nos quedamos sin saber cuál de los dos nos ha quitado las canicas o el balón, o nos ha sacudido una pedrada o un tirachinazo.

Aunque son tan parecidos, luego, cuando se les conoce bien, se nota que sí que se diferencian en una cosa, y es la de que uno es más listo que el otro; pero, como muchas veces el listo se hace el tonto para que nosotros creamos que él es su hermano, no sabemos nunca de verdad quién es un Matías y quién es el otro. Esto pasa cuando están separados, porque cuando están juntos se ve muy claro que el Matías tonto, y lo de tonto es un decir porque los dos son listos como el hambre, hace siempre sin replicar lo que el listo le dice que haga.

No es que los dos se llamen Matías. Uno, desde luego, se llama Matías, pero no nos hemos llegado a enterar nunca de cuál es el nombre del otro, que yo creo que me moriré sin saberlo. Cuando están juntos y uno cualquiera de nosotros grita ¡Matías!, los dos vuelven la cabeza al mismo tiempo. Y también entre ellos se llaman siempre Matías. Por ejemplo, cuando jugamos al fútbol, que ellos van siempre en el mismo equipo porque se entienden muy bien en los pases, dice uno:

—¡Cambia, Matías!

Y el otro le pasa el balón y le contesta:

—¡Toma, Matías!

Si en vez de jugar al fútbol jugamos a las bolas, hay que llevar mucho cuidado con los mellizos Matías y no quitarles el ojo de encima. Ya se sabe que a las bolas se puede jugar al gua o al cuadro. Para jugar al cuadro se hace un cuadro en la tierra marcando las rayas con un palo o una caña o una piedra que tenga punta, y se hace también una cruz dentro del cuadro. En cada cruce de las rayas se pone una canica, que cada uno de los que juegan pone las mismas, y con otra bola se van sacando las canicas del cuadro, y el que las saca, para él. Los mellizos Matías se ponen cerca del cuadro, como a vernos jugar, y cuando estamos descuidados hacen la rana, que se hace agachándose muy ligero y cogiendo todas las canicas, así que el que lo hace se pone con la forma que tienen las ranas. Luego, echan los dos a correr, y ya no sabes si quien ha hecho la rana ha sido un Matías o el otro Matías. Y te quedas sin las canicas y sin saber a quién reclamárselas.

Como siempre que jugábamos, ellos, los mellizos, hacían la rana, tomamos la costumbre de poner a uno de nosotros haciendo guardia al lado del cuadro. Casi siempre poníamos de guardia a Igualada, a Vergara o a Cutillas, que los tres saben

sacudir buenos trompazos, y ya los mellizos Matías no se agacharon más para hacer la rana. Pero lo raro es que las bolas desaparecían igual que antes, como si se hubieran ido rodando ellas solas o se hubieran evaporado por arte de birlibirloque, que es lo que dice la bisabuela cuando se le pierde algo sin saber cómo, hasta que nos dimos cuenta de que los mellizos se hacían agujeros en la suela de los alpargates, y con esa trampa ponen los pies encima de las bolas, las hacen meterse en el agujero de la suela y las enganchan con los dedos de los pies. Lo malo de eso es que después no pueden correr porque se les clavan las canicas en los dedos o en las plantas y da risa ver cómo se escapan andando muy ligeros y apoyándose sólo en los talones, que por eso nos dimos cuenta de que se las llevaban en los pies. Hay gente que tiene mucha habilidad en los pies, y yo me acuerdo de que el año pasado, en la feria de septiembre que levantan en el parque, entré en una caseta, que me costó la entrada tres perras, que se las había sisado a mi madre cuando me mandó al Gato Blanco a comprar tres carretes de hilo, dos metros de galón negro, un sobre de agujas del 5 y seis bobinas de La dalia. Allí, en medio de la caseta, enseñaban a la gente una mujer gorda, que no tenía brazos, y que sabía escribir, dibujar y hacer ganchillo con los dedos de los pies. Y, por ejemplo, tengo la habilidad de sentarme en la cama por la mañana cuando me levanto y coger los calcetines y las sandalias con los dedos de los pies, y así no tengo que agacharme a cogerlos con las manos.

Un día, don Vicente, el cura sordo que nos pregunta el *Fleury*, estaba explicándonos el misterio de la Santísima Trinidad, que ya se sabe que no se puede terminar de explicar bien. Nos explicaba don Vicente que el Padre es el Padre, y que el Hijo es el Hijo, pero que el Padre también es el Hijo, y el Hijo también es el Padre, porque son dos personas distintas, pero también son una sola esencia y un solo Dios verdadero. Y entonces saltó Vergara:

—¡Anda!, como los mellizos Matías.

Nos entró la risa a todos. Menos mal que don Vicente no se enteró, que ya be dicho que está sordo como una pared.

Don Julio estaba aquella tarde de mal café, como dice el Berenjena, y apenas llegó a la clase empezó a preguntar, por orden de lista, los ríos de España, y cuando alguno se comía el nombre de un río, le facilitaba un palmetazo.

Don Julio está muy gordo y tiene una barriga muy grande, que se ata los pantalones con un cinto de cuero muy ancho por debajo del ombligo. Está siempre muy colorado y se le ven en la cara unos hilillos de sangre, como los de las naranjas sanguinas, que a mí me parece que es que tiene sangre de más y que le podían hacer una sangría poniéndole sanguijuelas en las venas del brazo como hace el practicante con mi tío Celestino, que las sanguijuelas se enganchan allí y chupan la sangre hasta que se ponen muy gordas. También sacan la sangre los vampiros y el tío Sacamantecas, que roba niños para darle su sangre a un hijo que tiene tuberculoso,

que cuando nos lo contó Igualada le entró mucho miedo a Jinojito. Pero esto no tiene nada que ver con lo que estaba contando.

Don Julio seguía preguntando los ríos de España y le tocó el turno a Portales. Portales, que además de estar siempre escupiendo se come las uñas porque ha nacido envidioso, se comió también el Guadiana, y cuando don Julio le arreó el palmetazo que le correspondía, él empezó a sacudir la mano como si se la hubiera quemado, y dijo muy fuerte:

—¡Ordigaaaa!

—¡Guadiana es lo que hay que decir, tarugo! —saltó don Julio, y le mandó repetir desde el principio la lista de los ríos, empezando por el Miño en adelante.

Pero Portales se volvió a comer el Guadiana, que se conoce que se le había atrancado el nombre, y entonces don Julio ya no le dio el palmetazo, pero le dijo que era peor que los asnos, porque los asnos nunca tropiezan dos veces seguidas en la misma piedra, y lo mandó con el libro de Geografía al confesonario para aprenderse bien los ríos y además los afluentes, que casi ninguno se los sabe bien del todo porque vienen en letra pequeña. El confesonario es el pupitre de los castigados, que lo llamamos confesonario porque se sienta en él don Vicente, el cura, cuando se pone a confesar los sábados por la tarde a los que quieren comulgar el domingo.

Jinojito, que estaba sentado allí, tuvo que dejarle el sitio a Portales, y Portales se sentó con tanto gusto y con tanta risa en el pupitre que yo creo que se había comido el Guadiana aposta para que lo castigaran así, porque le daría envidia de ver a Jinojito sentado en aquel lugar aparte, y solo, aunque fuera el banco de los castigados. Portales tiene la cara verde y está muy seco, con tan pocas carnes que se le notan los huesos de todas las partes, y don Vicente dice algunas veces que se puede rezar el rosario llevando la cuenta de las avemarías en los nudos del espinazo. Se le hunden los ojos hasta muy dentro de la cabeza, como si ya estuviera muerto, y te mira de una manera que muchas veces te da asco sin saber por qué. Ya he dicho que está siempre escupiendo, que yo no sé de dónde puede sacar tanta saliva, pero sobre todo escupe cuando ve al Jínjoles comérselos, o cuando ve a Igualada morderle al bocadillo de tocino magroso que se toma siempre a la hora del recreo por la mañana, o cuando Jinojito llevaba un juguete nuevo, que tenía muchos porque en su casa lo criaban muy mimado y le compraban todo lo que quería, o cuando yo me zampo, por la tarde, el pan y sobrasada que me da doña Gertrudis, y que es lo que le dan de merendar a los internos, y yo soy el único de la clase que tiene esa ventaja porque doña Gertrudis me quiere mucho y me tiene por su preferido.

Cuando no está escupiendo se corta las uñas con los dientes, que las lleva tan rapadas que yo no sé cómo no le duelen las puntas de los dedos. El Berenjena dice que Portales tiene dentro del cuerpo el demonio de la envidia y que es la envidia cochina la que no le deja medrar. Algunas veces se le pone amarillo el blanco de los ojos, que da miedo mirárselos, y también se le pone amarilla la carne del cuerpo, de un color igual al que me sale a mí en el pecho y en la espalda cuando me los pintan

con tintura de yodo y me ponen encima una plancha de algodón por delante y otra por detrás, para curarme el resfriado, después de que han pasado cinco o seis días y el yodo se hace viejo. Él dice que lo que pasa es que padece de tiricia, que es eso que da cuando se rasca un plato con el cuchillo y se ponen los dientes largos, y después me enteré que no se dice tiricia, que se dice ictericia, porque lo encontré por casualidad en el diccionario de mi hermano una vez que estaba buscando lo que significa ictiófago, que es una palabra nueva que don Fulgencio se la dijo a Primitivo una vez que llegó al colegio echando mucho olor a sardinas saladas.

Para aprenderlo mejor se lo pregunté a la bisabuela y ella me dijo que Portales es un ignorante porque es verdad que se dice ictericia, y que es una enfermedad que te da cuando se te sale la bilis de su bolsa y por eso se pone amarillo el blanco de los ojos y el pellejo del cuerpo. También me explicó la bisabuela que los que se ponen malos de esa enfermedad se la tienen que curar viendo correr el agua, y se van al puente a ver pasar por debajo la corriente del río, o se sientan delante de una fuente como la que hay en el parque para mirar cómo sube el chorro y luego cae sobre la taza y resbala al fondo, o se ponen a mirar un reloj de agua, que es un reloj que inventaron cuando no se habían inventado todavía ni los de muñeca ni los de bolsillo, y sólo había los relojes de sol, y que los inventaron para poder saber la hora que es también por la noche, cuando se pone el sol y salen la luna y las estrellas. Aquí en Santo Ángel hay un reloj de sol, pero Miguel no lo necesita porque siempre sabe la hora que es mirando lo alto que está el sol en el cielo o viendo por dónde va la sombra de los árboles, de la casa o de la molineta. Como yo no he visto aún ningún reloj de agua, me explicó la bisabuela que es un aparato en el que siempre está pasando el agua de un tubo a otro, y que ese aparato se llama clepsidra, que para que me aprendiera bien la palabra me la hizo escribir treinta veces en un cuaderno, y eso lo hace mucho la bisabuela para enseñarme palabras nuevas que no sé. Pero esto tampoco tiene nada que ver con lo que estaba contando. Portales no se llama Portales de primer apellido, sino de segundo. De primer apellido se llama García, pero nosotros no le llamamos García porque había en la clase tres que se llamaban García. Uno es él. El otro es Primitivo. Y el otro era el Seisededos, que ya he contado que lo pasaron a la Preparatoria a mitad del curso, y que tiene un dedo de más, muy pequeño, pero con una uña y todo, encima del dedo gordo de las dos manos.

Cuando Jinojito le dejó el sitio a Portales en el pupitre de los castigados y se sentó entre nosotros, Cutillas y el Jínjoles se quisieron pasar en seguida al banco de detrás de él, aprovechando que don Julio estaba descuidado liando un cigarro, que tarda mucho tiempo en liarlos porque tiene los dedos gordos y torpes como si se los hubieran hecho de trapo como los de los muñecos de mi hermana, y que usa una esterilla hecha con palillos cosidos poniendo encima el papel de fumar, que es de la marca Bambú. Para pasarse de banco, Cutillas y el Jínjoles tenían que cambiarse con

Primitivo y con Cabezón, porque aquella tarde no nos habíamos sentado por orden de apellidos, sino por orden de lista. Primitivo se cambió por las buenas con Cutillas, porque le tenía miedo, pero Cabezón se puso terco y no quería dejar su sitio al Jínjoles por si se daba cuenta don Julio y le daba el palmetazo.

—Cabezón, como no me dejes el sitio, te echo la rana por dentro de la blusa para que te pongas a dar saltos. —Porque el Jínjoles tiene siempre el cajón del pupitre lleno de animales y aquel día se había llevado una rana y la tenía metida dentro de un bote grande de filetes de caballa en aceite, sin caballa, pero con agua y con la tapadera de hojalata puesta para que no se escapara la rana.

—Bueno, y a mí, ¿qué? —dijo Cabezón, encogiéndose de hombros—. Como las ranas no muerden...

—Pues mañana me traeré un sapo para que te escupa a los ojos y te quedes ciego —le avisó el Jínjoles. Cabezón, sin volver la cara para que no lo notara don Julio, pasó la mano derecha por debajo del brazo izquierdo y le hizo al Jínjoles la higa. Entonces, el Jínjoles le dijo lo del hurón, que a los que lo oímos nos entró la curiosidad y el pobre Jinojito se puso a temblar de miedo:

—Déjame el sitio, o saco el hurón de la jaula y te lo pongo en la oreja para que se te enganche.

Cabezón dio un bote en el banco y empezó a mover la cabezota, que parecía que ya tenía el hurón colgándole de la oreja como un pendiente. Ninguno habíamos visto el hurón del Jínjoles, y muchos decían que era trola y que no se había traído al colegio ningún hurón porque nunca quería enseñárnoslo. Pero podía no ser trola porque el Jínjoles tiene siempre animales de muchas clases en el cajón de su pupitre; como vive en el campo, se trae todos los días la comida al colegio en una fiambra de aluminio de ésas que usan los albañiles para llevarse la comida al trabajo, y don Fulgencio, el director, le deja que tenga el cajón del pupitre cerrado con un candado para que nadie le pueda quitar la comida, y por eso no podemos saber nunca los animales que de verdad tiene dentro del cajón. Allí guarda los libros, los jínjoles y los animales. Los libros, ni los abre. Los jínjoles se los está comiendo a cualquier hora, sin hartarse nunca, que por eso le llamamos el Jínjoles, que yo creo que tenemos razón de llamárselo, y los animales se le mueren muchos, seguramente de no poder respirar en el cajón cerrado, pero él trae más de las dos cosas al día siguiente. Y a lo mejor, se había traído también el hurón, porque dice que en su pueblo hay muchos, que sirven para cazar conejos, echando el hurón dentro de la madriguera, y entonces los conejos salen de ella corriendo, y allí los esperas y los cazas. Y eso sí que es verdad, que me dijo mi tío que en ese pueblo hay muchos conejos y los cazan con hurones.

Por si acaso no era trola lo del hurón, Cabezudo le dejó por fin el sitio al Jínjoles, pero antes de dejárselo le pidió un puñado de ellos, y el Jínjoles le dio siete, escogiendo los que estaban más verdes y los que eran más pequeños, que es lo mismo que hace cada vez que le da jínjoles a alguno, porque no es gilí ni está bien educado.

Don Julio se había cansado de preguntar los ríos de España y de dar palmetazos, porque todos nos comíamos algún río. Yo me comí el Guadalquivir, que seguramente fue por la preocupación que tenía de no comerme el Guadiana, como le había pasado a Portales, y eso que yo me sé muy bien todos los ríos que empiezan por Gua, que casi todos son afluentes del Guadalquivir, como el Guadalmellato, el Guadiamar, el Guadajoz, el Guadaiva, el Guadiato y el Guadiana Menor, que aunque se llame Guadiana no es afluente del otro Guadiana, como lo es, por ejemplo, el Guadajira; y también me sé el Guadalentín, que he pasado por encima de él y lo he visto yo mismo, porque es afluente del Segura, y el Guadalhorce, y el Guadalete, que está donde perdió don Rodrigo la batalla de Guadalete contra los moros.

Por eso fue mala suerte que yo me comiera precisamente el Guadalquivir, y que me ganara también mi palmetazo. Pero, por lo que sea, aquella tarde todos nos comimos un río, menos Cabezón, que se comió cuatro, de los ocho que teníamos que decir, y no supo decirlos todos ni siquiera leyendo los nombres en el mapa grande de la pared, y eso que se los iba señalando don Julio con el puntero. Parecía que Vergara los iba a decir todos de corrido, pero a lo último se comió el Júcar, con la prisa por terminar, y también se ganó su palmetazo. Cuando falló Vergara, don Julio se dio por vencido; nos dijo que repasáramos aquella pregunta y que además nos aprendiéramos los afluentes y los ríos más pequeños, que vienen en letra menuda, y él se puso a leer el periódico, que siempre lee *El Liberal*. Y entonces empezó el choteo.

Igualada y Primitivo jugaban a los cromos, que se juega poniendo tres o cuatro nestlés cada uno boca abajo, y hay que volverlos boca arriba levantándolos de la mesa con la mano hueca. El que vuelve uno, se lo queda para él, y cuando se terminan los que se han puesto, se vuelve a empezar. Ganaba Igualada, porque sabe una trampa para volver los cromos, que no la aprendí yo hasta después de perder con él más de medio álbum, y es que se echa el vaho en la palma de la mano, y como los cromos tienen goma por el revés para poder pegarlos en el álbum, se le pegan un poco y los vuelve del derecho sin fallar ni una vez. Pero hay que saber hacerlo, echarse en la mano muy poco aliento y tocar el cromo por una esquina para darle la vuelta en el aire con mucha ligereza y que el otro no se dé cuenta, porque si se da, empiezan las reclamaciones, primero, y las morradas, después. Galindo le pidió permiso a don Julio para ir a mayores y ya no volvió a entrar. Molina y Campillo jugaban a cara o cruz con perras, que se las pagaban de verdad. Vergara y yo hacíamos guerrilla de lirones, que nos los tirábamos soplándolos por un canuto de caña verde, que se cogen en la orilla del río, y escondíamos la cara detrás del atlas empinado sobre el pupitre como un parapeto. Portales nos miraba desde el confesonario deshecho de envidia, y escupía tanto que ya había un charco grande de saliva debajo del pupitre, y es que ya quería estar otra vez con nosotros.

Ya he dicho antes que el mayor de la clase es Cutillas y el menor soy yo. Todos dicen que Cutillas es un chulo y que yo soy un chotica, porque me gusta mucho

chotearme de los demás, que lo mismo le pasa a mi bisabuela, y yo reconozco que tienen razón, que sí que me gusta el choteo, que no lo puedo remediar por mucho que hago.

El padre de Cutillas tiene una taberna en el barrio de San Juan. Nosotros le guardamos temor a Cutillas, pero más temor le guardamos a su padre. Vergara nos había dicho muy en secreto, pero con palabra de honor, ni engaño a la Virgen ni engaño al Señor, ni a los angelitos que hay alrededor, que el padre de Cutillas había estado en la cárcel porque se había peleado con un borracho que dijo que el vino de aquella taberna estaba bautizado, y entonces el padre de Cutillas lo había matado de un botellazo en la cabeza con el frasco de vino tinto lleno de vino, y que lo último que le dijo fue:

—¡Toma bautizo!

Molina, como no puede tenerse nada callado, que es el más acusón de todos, le contó eso a Cutillas y le preguntó que si era verdad que su padre había matado a un borracho y había estado en la cárcel. Cutillas se puso furioso y contestó que no había sido un borracho, que la verdad es que era un ladrón, y que no había dicho que el vino de la taberna estaba bautizado, que lo que pasó fue que había querido llevarse los dineros de la caja, y que había sacado una navaja cabriterera y había querido él matar a su padre, y que en el juicio había dicho el abogado que eso era en su propia defensa y lo sacaron en seguida de la cárcel. Después cogió a Molina por el cuello, lo tiró al suelo, le puso el pie encima de las narices y le dijo que se tragara lo que había dicho, y que si no se lo tragaba, le aplastaría la cabeza como se hace con las culebras. Molina se tragó lo que había dicho, que todos sabíamos antes que seguro que se lo iba a tragar, le pidió perdón tres veces de rodillas y con las manos juntas como nos ponemos después de comulgar y besó el suelo otras tres veces en el mismo sitio donde Cutillas había echado un escupitajo para que le diera más asco besar el suelo. Entonces, Cutillas le preguntó que quién había sido el baboso que le contó eso del borracho.

Molina no quiso decir que había sido Vergara, porque Vergara, que tiene pocas palabras, sacude en cambio unos trompazos tan fuertes que le guardan el respeto hasta los que ya han aprobado el ingreso, y por eso mintió y dijo que había sido Primitivo. El pobre Primitivo se puso pajizo como la cera, que yo creo que empezaron a entrarle las ganas de vomitar, y contestó que eso era mentira.

—¡Eso es mentira podrida!

Y dijo después que él no había dicho nada, que él no sabía nada de nada y que lo juraba por sus muertos, que todos sabemos que se le han muerto su padre y su madre, pero tampoco quiso acusar a Vergara, por lo mismo que no había querido acusarlo Molina.

Cutillas se acercó a Primitivo y antes de que ninguno nos diéramos cuenta de lo que iba a hacer le mandó un directo a la barriga que el pobre Primitivo se dobló para adelante como un muñeco de los que aporrea Cristobita en el guiñol, y echó por la

boca y por las narices todo lo que había comido aquel día, que se vio muy bien que había sido arroz y habichuelas con pimientos verdes.

Y ya con eso se quedó tranquilo el chulo de Cutillas. Nosotros conocíamos al padre de Cutillas porque un día fue al colegio a llevar él mismo a su hijo. Eso pasó una vez que Cutillas llevaba una semana entera faltando a clase, que todos nos creíamos que estaría malo en la cama o que ya no iba a ir más. El Berenjena fue a la taberna, que se lo había mandado don Fulgencio, el director, a preguntar a su padre que qué le pasaba a Cutillas que hacía una semana que no aparecía por el colegio.

A la tarde de ese mismo día, que era miércoles porque nos tocaba Dibujo, llegó Cutillas, que lo traía su padre agarrado de una oreja, y así entraron los dos en la clase, y detrás de ellos el Berenjena, que como le tiene tirria a Cutillas porque se lo llama en su misma cara, no quería perderse la parranda. El padre de Cutillas le dijo allí mismo y delante de nosotros muchas cosas a su hijo, igual que las que les dicen los padres a los hijos cuando hacen una golfería muy gorda, pero peores, y soltando muchas palabrotas, y cagándose muchas veces en el sol y en la luna, que no sé yo cómo podría hacerlo, y en San Pedro y en la Virgen, y hasta en Dios. Luego, le dio un soplamocos del revés, un puntapié en el trasero, y se fue, pero después de haberle dicho a don Julio que tenía que hacer de su hijo un hombre de provecho, y que si no podía sacarle punta, que lo deslomaba, que no se entendió bien si a quien iba a deslomar era a su hijo o a don Julio.

El Jínjoles y Cutillas se habían cambiado ya de banco con Primitivo y Cabezón. Y entonces empezaron a mortificar a Jinojito, que estaba sentado en el pupitre de delante. Le daban papirotazos en las orejas, de esos que duelen más cuanto más frío hace; le sacudían pescozones al disimulo, mirando hacia otra parte, a las ventanas o a los mapas, cuando Jinojito volvía la cabeza para saber quién había sido; le escribían lila con tiza en la espalda del chaleco; le pinchaban en el culo con un espetón como si le pusieran inyecciones, y le daban latigazos en el cuello estirando mucho y soltándola de repente una de las gomas finas que se lleva Zambudio al colegio y que ya he contado que se las da su padre, que trabaja en el Banco y que son de las que sirven para atar los montones de billetes. Cutillas le dio una vez muy fuerte con la goma, al mismo tiempo que el Jínjoles le metía medio alfiler en las nalgas, que yo creo que le llegó al hueso porque Jinojito tenía muy pocas chichas, y entonces fue cuando se le escapó el grito:

—¡Ay! —Jinojito cerró los labios en seguida y se quedó quieto para que don Julio no notara que había sido él quien había gritado, sin atreverse a llevarse la mano ni al cogote ni al trasero. Y los demás, aguantamos la risa como pudimos.

Pero don Julio le había conocido la voz en el grito, que la tenía muy fina y como de niña, y le preguntó que qué le pasaba.

—Nada —dijo Jinojito bajando los ojos como hacía siempre que echaba un

embuste.

Don Julio dejó *El Liberal* encima de la mesa y tomó la palmeta. Sin bajarse de la tarima, preguntó otra vez:

—Bueno, ¿qué tripa se te ha roto?

—Ninguna —volvió a mentir Jinojito, aunque era verdad que no se le había roto ninguna tripa.

Cutillas y el Jínjoles ponían caras de inocentes, y los demás esperábamos que pasara algo, porque algo tenía que pasar. Don Julio llegó hasta donde estaba Jinojito:

—Dime lo que te ha pasado. No tengas miedo.

Pero Jinojito no dijo nada. Don Julio levantó la palmeta, le cogió los dedos de la mano, poniéndole la palma hacia arriba y siguió preguntándole cada vez con más cabreo. Pero Jinojito no sacaba una palabra del cuerpo.

—Si no me dices por qué has gritado, te llevas tú los palmetazos. Anda, habla, di qué te han hecho, no seas memo.

Como Jinojito seguía sin hablar, empezó don Julio a darle gusto a la palmeta, y le dio cinco palmetazos en la mano derecha. Cuando iba a empezar con la izquierda, Jinojito ya estaba llorando, pero seguía sin decir nada. Entonces se levantó el acusón de Molina:

—Don Julio, han sido Cutillas y el Jínjoles, que le estaban gibando a Jinojito.

—Eso es mentira. Y yo no me llamo Jínjoles, que me llamo Ruiz.

Cutillas cerró el puño y se lo enseñó a Molina por debajo del pupitre como para decirle que cuando lo pillara le iba a partir la boca. Yo aproveché el cisco para tirarle a Vergara, que estaba descuidado y había bajado el parapeto del atlas, un lirón con el canuto, pero tuve tan mala suerte que el lirón se me escapó con la prisa y le dio a don Julio en el cogote mientras estaba dándoles capones a Cutillas y al Jínjoles, uno a uno y otro al otro.

Don Julio se llevó la mano al pescuezo como si le hubiera picado una avispa, y entonces Molina me señaló a mi:

—Ha sido ése.

Don Julio me quitó el canuto y lo chafo con el pie contra el suelo, que la caña chilló como si le doliera; me quitó también los lirones que me quedaban y los tiró por la ventana; me largó un cocotazo que di con la nariz en la mesa, y me dejó castigado sin salir hasta las ocho. Al Jínjoles le quitó todos los que tenía y fue también a tirarlos por la ventana, pero después pensó lo que pensó y se los guardó en el bolsillo de la chaqueta. Luego, le hizo abrir el cajón del pupitre y también tiró por la ventana el bote de caballa con la rana dentro, cuatro gusanos de seda que tenía en una caja de cartón llena de hojas de morera, una jaula con dos grillos y cuatro mariposas de colores pinchadas con alfileres en un pedazo de cartulina, y dijo que se había cerrado el zoológico. El hurón no apareció por ninguna parte, que tenían razón los que decían que era trola.

Al chulo del Cutillas lo cogió por las dos orejas y así lo levantó en peso a pulso lo

menos tres veces, y después se lo entregó al Berenjena para que le ayudara a regar el patio y a barrer los retretes.

A todo esto dieron las seis en el reloj de la catedral, y don Julio dijo que se podían ir todos menos yo y menos Cutillas hasta que no lo soltara don Manuel. Y él se fue el primero. Molina salió cortando, sin despegarse del lado de don Julio, que ni le dio tiempo a recoger los libros, para que no le pescara el Jínjoles por su cuenta ni yo por la mía, que si lo pillamos le ponemos entre los dos el morro como el de los cochinos, con perdón, como dice Galindo, que así lo dicen en la huerta.

Se fueron todos y me quedé solo en la clase. Pero Jinojito volvió a entrar, estuvo un rato en la puerta mirándome, se acercó después a mí muy despacio y, sin hablar nada, me dejó sobre el cuaderno de las copias, que lo tenía abierto encima del pupitre, una tiza amarilla, otra verde, un tirachinas de goma buena y horquilla de acero, y una cristalina de colores, que debía de ser todo lo que llevaba en los bolsillos. Después me dio un beso en un carrillo y se fue, con los ojos casi llenos ya de lágrimas, porque se conoce que le había entrado la lástima de que me hubiesen castigado.

Las dos horas del castigo se me pasaron pronto. Desde la ventana tiraba los huesos de los jínjoles, que había muchos por el suelo, por el lado del pupitre de Ruiz, con el tirachinas que me había dado Jinojito. Con uno, hice caducar un gorrión que estaba posado en un hilo de la luz. Con otro le acerté en el lomo al gato que estaba durmiendo en el balcón del practicante, y que dio un maullido como para morir y pegó un salto que por poco no salta la barandilla. Con otro rompí el cristal de la farola de la esquina. Con otro, le atiné en las orejas al caballo de una galera que pasaba por la calle, y que empezó a cocear como si se hubiera vuelto loco.

Y con otro le di en la panza a la criada de Vergara, que vive enfrente del colegio, cuando bajó al portal de la casa para hablar con el lechero, que venía todos los días al anochecer en una bicicleta y que ya la estaba esperando. La criada de Vergara empezó a quejarse, que la oía yo agachado debajo de la ventana y asomándome sólo hasta las cejas, y a frotarse por el sitio del ombligo. El lechero empezó a decir palabras malas y a soltar unas blasfemias que ni siquiera las dicen los mellizos Matías. Pero después se callaron, se metieron más adentro en el zaguán, y cuando yo salí a las ocho todavía estaban allí, muy juntos, como pegados con goma, pero ni siquiera se dieron cuenta.

Por cierto, que ahora me acuerdo de que me dijo Vergara el día antes de dar punto en el colegio que habían echado de la casa a su criada porque decía el padre de Vergara que era una golfa y que le estaba engordando mucho la barriga. Y yo no le conté nada, pero tengo el remordimiento de que la barriga se le haya inflamado del golpe con el hueso del jínjol, y que la culpa de la inflamación la tenga el tirachinas de Jinojito.

Cuaderno cuarto

Por las noches, si hace calor, sacan a la terraza del vestíbulo los sillones de mimbre y las mecedoras, y allí se sientan mi madre y mis tíos y la bisabuela, y se ponen a hablar de las cosas de los mayores y de lo mal que va la política desde que vino la república, porque en mi familia todos son monárquicos y el abuelo había ido a Cartagena a despedir al Rey el día que se fue de España. Algunas veces también se sale a la terraza Felisa y viene Águeda, la casera, que las dos se sientan en sillas bajas de enea, y nos llaman a los niños para que todos recemos el rosario por el alma del abuelo, que se murió el año pasado porque le dio un ataque a la cabeza mientras estaba en un pueblo echando un discurso. Otras veces me dicen a mí que recite poesías, y tengo que ponerme de pie en medio del corro y recitar las que me sé de memoria, que son, por ejemplo, esa que explica la historia de la reina Isabel, que se casó con don Fernando, no el pasante, sino el Católico, y que empieza diciendo:

*Ésta es la historia, señores,
de la princesa Isabel;
ésta es la historia que deben
chicos y grandes saber.
Érase una princesita
de las pocas que se ven,
que cara y alma tenía
más de ángel que de mujer.
Por verla vino a Castilla
un príncipe aragonés
que enamorado no vino
y enamorado se fue.
¡Caballeros de mi corte,
dijo el príncipe al volver,
corred, corred a Castilla
y a la princesa Isabel
mi corazón y mi reino
de rodillas ofreced!*

Cuando termino de recitar, Felisa me coge y me da muchos besos, de esos que se dan con mucho ruido, porque me quiere mucho, tanto como la bisabuela, que dicen que me vio nacer y desde ese día, que fue el 10 de mayo, me tomó en brazos y ya no me soltó, como si fuera suyo, y me dice que soy su rey, y su lucero, y su corazón, y su vida, y su cariño de col, que yo no sé lo que tiene que ver la col con el cariño que me

tiene Felisa. También tengo que recitar «El misericordioso», de Jara Carrillo, que viene en un libro que se llama *El aroma del arca*, y que tuve que recitarla en el Teatro Romea el día del homenaje a Fernández Caballero, que no sé quién será, pero que se me quedó en la memoria el nombre, y que desde entonces todas las visitas le dicen a mi madre que yo soy un niño prodigio. El misericordioso es una poesía de mucho llorar, porque es la historia de un niño del hospicio que no lo dejan subir a ver a su madre, que está de criada en una casa de marquesas, porque va vestido con el traje gris que llevan los misericordiosos, que yo los veo cuando los sacan de paseo algunos domingos y cuando salen en las procesiones de Semana Santa, en la de la Virgen o en la del Corazón de Jesús. Al terminar la poesía es cuando más se llora, porque el niño se muere, y cuando está muriéndose le dice a la monja que está al lado de su almohada cuidándole, y que ya tiene preparado el traje para ponerle la mortaja:

*No me pongas esas ropas de hospiciano
cuando yo me muera.
Ponme las que traje
cuando vine a esta casa con ella.
No me pongas las ropicas grises,
hermanica buena.
Quiero ver a mi madre allá arriba,
y me temo, cuando vaya a verla,
que si voy con esa ropica
no me van a dejar que la vea.*

Yo también pongo voz de llorar cuando digo la poesía, y además lloro de verdad, que tengo mucha facilidad para que me salgan las lágrimas aposta, aparte de que a mí también me da lástima lo del niño de la Misericordia, que dicen que en lo fácil que tengo el llanto me parezco a mi tía Magdalena, que llora por cualquier cosa. La que más llora es Felisa, y también mi hermana, y sobre todo Águeda, la casera, porque como tiene la manía de estar siempre abriendo y cerrando los párpados con mucha prisa, como si estuviera todo el día guiñando los ojos, se le salen las lágrimas a chorro.

Cuando me hacen recitar poesías, todas las noches tengo que terminar con «La modestia», que es una poesía en la que sale un rey, que es el clavel, y que va buscando novia por el jardín, y al final se casa con la violeta, que es la flor que más se esconde y la más modesta de todas, que por eso la poesía se llama «La modestia», y que no quiero copiarla aquí entera, porque es muy larga y con La cuna vacía, que ésa es muy corta y que solamente dice que los ángeles bajaron a llevarse a un niño que estaba en la cuna, y el niño se fue con ellos y por eso, a la mañana siguiente, apareció la cuna vacía. Las dos poesías son de José Selgas, que era tío carnal de la

bisabuela, hermano de su madre, y que tiene una estatua en el parque de Ruiz Hidalgo, donde levantan la feria de septiembre, que por cierto las palomas se paran en su cabeza y la estatua está siempre llena de las cagadas de las palomas. Por eso de que las poesías son del tío de la bisabuela, que tiene todos los libros de poesías que escribió y que ya están muy viejos de tanto como los lee, fue ella la que me las enseñó hasta que me las aprendí de memoria y supe decirlas con el tono que hay que decirlas para recitarlas bien, que cada una hay que recitarla con un tono diferente.

La bisabuela me enseña muchas cosas. Cuando se me escapa algún traque, como ella dice, que algunas veces se me escapa alguno sin poderlo remediar, o lo suelto yo creyendo que no va a hacer ruido y luego lo hace, me enseña otra poesía de José Selgas, que no está escrita en ninguno de los libros, pero que dice la bisabuela que su tío se la enseñó a ella cuando era pequeña y también se le escapaba algún traque como a mí.

*No hay duda alguna, yo soy poeta;
tengo en el ano una trompeta.
En este instante pita que pita,
aire corrupto se precipita.*

Entonces yo me acuerdo de Galindo. No he dicho todavía que Galindo es sordo, igual que don Vicente, el cura, pero nada más que de la oreja izquierda, y fue que hace dos años le había salido un grano muy gordo, de esos que se llaman forúnculos, que yo tuve uno en el muslo que me lo tuvo que reventar el practicante, pero a él le salió en el mismo oído, por dentro, y cuando lo tenía lleno de pus le cagó encima la mosca azul, y lo tuvieron que operar en el hospital de San Juan de Dios. Pero además de sordo, Galindo es también pedorro, y todos los vientos que echa son de los que hacen mucho ruido, que muchas veces parece que estás rasgando una tela, como hace mi madre con las sábanas viejas para sacar trapos de quitar el polvo, y otras veces parecen truenos, y por eso nosotros le pusimos de mote el Santabárbara, que es lo que le dijo don Julio una vez que se tiró tres cuescos tan grandes que parecía que se acercaba una tormenta. Cada vez que el Santabárbara empieza a tronar, siempre hay alguno que le llama cochino o puerco o cerdo o marrano, o cosas así, pero él se queda tan fresco y contesta que su padre le tiene dicho que no se aguante la gana de tronar nada más que en misa, porque si se la aguanta le puede venir una enfermedad maligna, y que si hace eso es porque está más sano que una manzana, y no como Portales, que está siempre escupiendo, o como Primitivo, que vomita cada dos por tres, o como Jinojito, que no esponja de los melindres que tiene. Y que su padre le dice también que es mucho mejor hacer eso que el aguantarse la gana y tener luego que dejarse los cuartos en la botica, que Molina le contesta que no sabe por qué tiene que tener el padre de Galindo esa manía de no ir a la botica a dejarse los cuartos.

Cuando yo era más pequeño también tenía el mal de criar muchos aires en la barriga, que no podía echarlos ni por arriba ni por abajo, y dice la bisabuela que me ponía llorón y angustioso. Entonces ella se daba cuenta de lo que me pasaba y me tomaba en brazos, me ponía boca abajo y me daba palmadas en la espalda. Y mientras tanto me decía una especie de conjuro para que echara los aires:

*Sanica, sanica,
tírate un pedico
por la ventanica,*

que ya se comprende cuál es la ventanica por la que tienen que salir los aires en el conjuro de la bisabuela.

Y yo, en seguida, me tiraba el pedico y me quedaba descansado y dormido como un querubín, que así lo dice la bisabuela.

La bisabuela me cuenta también historias de la guerra carlista y dice que en aquella guerra había gente que no tenía nada que comer, y se comían los perros, los gatos y hasta las ratas, y se sabe muy bien el nombre de todos los generales de la guerra, y me cuenta lo del abrazo de Vergara, que entonces ella no vivía, pero que se lo había oído contar a su padre, que era médico en aquella guerra, y curaba a los heridos, y que es una historia que no tiene nada que ver con Vergara, el Mañicas, el hijo del dueño del garaje, sino que fue que se acabó la guerra cuando los dos generales enemigos se abrazaron en un sitio que también se llama Vergara. Me cuenta cosas del cantón de Cartagena, que es como si Cartagena fuera de grande como una nación entera, y de un huertano que mandaba entonces allí, que había nacido en un pueblo que está cerca de Santo Ángel, y que se llamaba Antonete Gálvez, y se hizo famoso, además de por eso, porque mandó hacer unos duros de plata que tenían más plata que los que hacía el Banco de España, aunque fueran esos del tío sentado, que dicen que son los que más plata tienen y los que más valen, y por eso la bisabuela se los va guardando hasta que ya no le quedan otros y los tiene que cambiar.

La bisabuela me enseña a jugar al tute, que a ella le gusta mucho jugar a la baraja y le gana siempre a mi madre y a mi tío y a don Diego, el médico, cuando viene algunas tardes a merendar a la casa, y a todo el mundo, y cuando juega conmigo siempre me deja capote porque hace las últimas ocho bazas, que adivina yo no sé cómo todas las cartas que me quedan en la mano. Quiere que me pase las tardes jugando con ella porque, desde que se murió el abuelo, ya casi nunca juegan los mayores al tresillo, que jugaban todas las tardes y las perras que ganaban se las daban a los pobres, y entonces ella se aburre, porque no va a estar siempre leyendo los libros de José Selgas ni los otros que hay en la biblioteca del abuelo.

Yo tengo que escaparme cuando puedo para irme a la terraza de Levante a escribir esto que estoy escribiendo y otras cosas más que escribo para mí solo, o a leer

cuentos, o a mirar las estampas de las colecciones de las revistas, y sobre todo a buscar tesoros con Ángela y a hacer pipí juntos, porque si algún día no voy ella se enfada y está dos o tres tardes que dice que no tiene ganas de hacer pis y que tampoco quiere que yo me haga delante de ella, que me cuesta mucho trabajo convencerla.

Todas las noches, la bisabuela entra en mi cuarto y desarrima mi cama de la pared, que yo no sé cómo puede desarrimarla, y más estando yo dentro, porque la pobre ya tiene pocas fuerzas de lo vieja que es. La cama me la desarrima por si acaso se cae el cuadro del Ángel de la Guarda que está colgado encima de la cabecera o se prende fuego a los hilos de la luz que están clavados a la pared y se me queman las sábanas y yo también. Mi madre le dice que cómo se le ocurre que el Ángel de la Guarda, que está para eso, para guardarme, se va a caer encima de mi cabeza para dejarme lisiado, pero la bisabuela contesta que no se sabe nunca lo que piensan los ángeles, que son seres espirituales, y que a ella se le llevaron a un hijo de cinco años, y que Dios dice que guárdate y te guardaré. Aunque me desarrima la cama del cuadro, me hace rezar oraciones y otras cosas que ella llama jaculatorias y que también están en verso. Me hace que me ponga de rodillas en la cama, mirando al cuadro, y rezar una cosa que dice

*Ángel de la Guarda,
dulce compañía,
no me desampares
ni de noche ni de día.*

Y otra oración que dice

*Cuatro angelitos
tiene mi cama,
cuatro angelitos
que me acompañan.*

Y también me hace decir el Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía, y rezar un padre nuestro y un avemaría y un réquiem por el abuelo, aunque ya hayamos rezado el rosario, porque me dice que yo voy a ser como él, y que eso lo sabe ella desde que yo nací, porque yo nací el mismo día que el abuelo y a la misma hora, pero con diferencia de cincuenta años justos.

Otras veces me enseña jaculatorias nuevas y cosas que no tienen nada que ver con los ángeles ni con los santos, que sabe muchas, sobre todo las que los niños le dicen a la luna.

Ésas son cosas que me enseña la bisabuela. En cambio, Águeda, la casera, y

Encarna, que es la criada que lava la ropa y que le ayuda a Felisa a hacer las camas y la comida, me enseñan coplas y adivinanzas, y se ríen de mí cuando no acierto lo que tengo que acertar.

*Adivina, adivineta,
¿qué tiene el rey en la bragueta?
Dos balas y una escopeta.*

Y después me dicen:

—Anda, a ver si tienes tú en la bragueta lo mismo que tiene el rey.

Y entonces Felisa les dice que se callen ya, que por qué no voy a tener yo en la bragueta lo mismo que tiene el rey, y más precioso todavía de lo que lo tenga él.

Hoy he tenido una carta, que la ha traído el cartero del pueblo montado en su bicicleta.

La carta es de Cachita y la voy a copiar aquí en el cuaderno por si se me pierde.

Me ha dicho mi hermano que ya estás en Santo Ángel y que te iban a regalar una bici nueva como la de Jinojito, que a lo mejor puedes ganar con ella todas las carreras que hagáis. Nosotros nos hemos venido a San Javier y yo voy todas las mañanas en una tartana a bañarme en el Mar Menor, porque dice el médico que a lo mejor con los baños se me cura lo de la pierna. Le he preguntado a mi padre que si cuando volvamos los dos me dará permiso para ir con mi hermano y contigo al huerto de los Dátiles, y me ha dicho que sí. Dime si vas a querer venir. No le enseñes esta carta a nadie. Aquí debajo te pongo mis señas para que me contestes. Cachita.

Yo no le voy a enseñar la carta a nadie, pero ya mi madre me ha preguntado que por qué no se la enseño para leerla ella, pero lo malo es que si el acusica de Molina se ha enterado, se lo habrá acusado ya a su padre y se lo dirá luego a todos los niños del colegio. Y también iré al huerto de los Dátiles a hacer carreras de bicicletas, pero entonces Cachita va a querer que me pase la tarde con ella contestándole a todas sus preguntas. Le voy a rezar esta noche un avemaría a Santa Rita, que dice la bisabuela que es la abogada de los imposibles, para que a Cachita se le cure lo de la pierna, porque hay que tener buenos sentimientos.

Lo que más rabia me da de Cachita, además de lo preguntona que es y de que no se puede jugar con ella a nada de correr o saltar, es que sea hermana del acusón de Molina, que tengo que contar muchas cosas de él. Se lleva al colegio pastillas de goma, verdes, coloradas, blancas y amarillas, que llevan azúcar pegada, y otras de leche de burra, que de éstas no hay más que blancas y que están muy dulces, que las dos clases de pastillas hay que dejarlas que se vayan deshaciendo en la boca para sacarles bien el dulzor. También se lleva unas hierbas que dan mucho perfume y que

cuando las masticas te dejan frescor en la boca como si fueran caramelos de menta, pero que no me acuerdo de los nombres. También se lleva unas cajas pequeñas y redondas, de hojalata, con unas pastillas negras que echan gusto a brea y que se llaman juanolas, y que cuando se deshacen en la boca se pone la lengua manchada y también salen manchas en el borde de los labios y se te hacen boceras. Molina está siempre chupando las juanolas y además chupa barras de brea y tiene la mala costumbre de chupar la punta de los lápices de tinta antes de escribir, y por eso lleva negras la lengua y la boca a todas las horas, que no se sabe si es de la tinta que sueltan los lápices o del jarabe que sueltan las pastillas y las barras, o de las dos cosas al mismo tiempo.

Cuando se entera de algo, no se lo puede tener callado, que se le sale de la boca sin poderlo remediar, aunque algunas veces se la tapa él mismo con la mano para no decirla. Por eso no se le puede contar ningún secreto y hay que esconderse de él para hacer algo de lo que no quieras que se enteren los mayores. Ese vicio de ser chivato le cuesta muchas morradas, porque cuando a alguno lo castigan por culpa de que él lo haya acusado, lo esperamos después en la calle para partirle la boca. Y algunas veces se la partimos de verdad, y se va a su casa echando sangre por las narices o por las encías. Cuando le partimos la boca, llega al día siguiente al colegio con los labios llenos de azul de metileno, que se lo echan en la botica de su padre y que sirve para curar los cortes de la boca, las llagas y las boqueras, y como él no deja por eso de chupar juanolas ni de mojar en la lengua la punta del lápiz de tinta, se le pone la boca como una carbonera.

Otras veces no le rompemos la boca y lo perdonamos, porque como de todas maneras sigue siendo acusica y no escarmienta, nos cansamos de darle tantas morradas.

Y además, que también nos acusa de eso, y es el cuento de la buena pipa o de la flauta de Bartolo, que siempre vuelven a empezar por donde mismo terminan. Lo que sí hacemos es pedirle cosas de la botica de su padre a cambio de no sacudirle morradas, y él nos las da, unas veces sí y otras no, según vea más cerca o más lejos el peligro del morreo. Le pedimos sierras de acero, de esas que sirven para cortar el cristal de las ampollas de las inyecciones; peras de goma para lavativas, que sirven para tirar disparos de agua en el recreo, en la sala de estudio cuando nos deja solos don Fernando, o en clase cuando se sale don Julio, que también él tiene que hacer alguna vez menores o mayores, y una vez, que se conoce que fue a mayores, volvió a entrar en la clase con el cinturón colgado alrededor del cuello. Y terminamos calados hasta los huesos. También le pedimos dediles de goma para ponértelos en el dedo y que no se te endañen las grietas y para taparte los sabañones y los uñeros, y papeles secantes, que por un lado sirven para secar los borrones que caen en las planas escritas del dictado y por el otro traen anuncios de reconstituyentes.

Además de la botica, el padre de Molina tiene también una droguería, que está al lado de la botica, en Santa Catalina, y de allí coge él la fucsina para hacer tinta de

colores, que sirve para pintarnos la cara como los indios y jugar a las guerras y a las mortificaciones, y que después, para quitármela, me tienen que fregar la cara en mi casa con estropajo y jabón del Lagarto, que no es de olor, y que hace saltar mejor las manchas. Molina fue el que me dio a mí, que los cogió de la droguería de su padre, unos botes de pintura de esmalte que me sirvieron para fabricar con Campillo, mi hermano de sangre, las canicas de barro, que falsificamos muchas y nos costó una pelea que terminamos los dos en la Casa de Socorro y que luego contaré como fue.

A pesar de todo lo que nos da, Molina es un asqueroso, y no solamente porque sea chivato, sino porque además de chivato va siempre a dos velas, que le dan mucho asco a Primitivo, y que también lo contaré luego, y tiene lombrices por dentro de la barriga, que siempre se está rascando ya se sabe dónde, o sea, en el mismísimo ojete, y un día me confesó que su madre se las tiene que sacar metiéndole por el culo una horquilla larga de las que llevan las mujeres viejas en el moño. Digo yo que las lombrices le saldrán de tanta pastilla que chupa y de que es muy goloso, que todas las perras que coge se las gasta en caramelos y entra en los cafés a pedir, de parte de su padre, terrones de azúcar; pero no sé si las lombrices le saldrán por eso o porque las cría de por sí. Tampoco sé si voy a contestarle a Cachita o si voy a romper la carta y tenerla todo el verano esperando la contestación, según la idea que me dé. Pero me ha dado mucho gusto que me escriba Cachita, porque es la primera carta que recibo de una niña.

Ahora ya estoy mejor, pero me he pasado tres días malo en la cama y bastante jodido, como dice Miguel, el casero. Por un lado, me dio una tos rebelde que me duele todavía la garganta de tanto toser y que mi madre se asustó porque dijo que si podría ser la tos ferina, que me entraban sofocos cuando me daban los ataques y me ponía a punto de asfixiarme. Por otro lado, pillé un atranque que estuve una semana sin hacer caca, que por mucho que me sentaran en el retrete o en el orinal y por muchas fuerzas que hacía y por mucho que apretaba no me salía nada. La tos tuve que cogerla una mañana que me bañé en la balsa y después estuve mucho tiempo sin vestirme aunque tenía frío, y por la tarde me quedé dormido en la terraza cuando soplaba bastante fuerte el viento de Levante, que dice la bisabuela que es el que trae las gripes y los catarros. Y el atranque lo debí de pillar otra mañana que me comí para desayunar por lo menos dos docenas de higos de pala, que me los va pelando Felisa después de quitarles las pinchas con un mocho y de rociarlos con agua, y que, como siempre me da todo lo que yo quiero, estuvo dándome chumbos hasta que ya se me salían por la boca, que me los podía tocar con el dedo.

Tuvieron que llamar a don Diego, que vino desde la ciudad en la berlina porque mandaron a Miguel a traerlo, y don Diego dijo que no era la tos ferina, pero que estaba a punto de agarrar una bronquitis mala, que tenía muy inflamado el tubo ese que sale de la garganta y que no me acuerdo cómo dijo que se llama, y que me dieran

ponches calientes para sudar, jarabe para que se me calmaran los ataques de tos y que me aplicaran un parche de Santa Rita. Para curarme el atranque dijo que me dejaran a dieta, que me purgaran con aceite de ricino y que me pusieran lavativas con jabón o aceite de oliva. Me aplicaron el parche y me dieron los ponches, que en seguida me puse a sudar como un pollo, como dice Águeda, que se conoce que los pollos sudan mucho, y cada tres horas me daban una cucharada de jarabe que a mí no me gusta nada tomarlo aunque está dulzarrón. Las lavativas me las ponía Felisa metiéndome el pitorro por el culo, que lo mojaba antes en aceite para que entrara bien, y echaba en la vasija agua templada para que no se me enfriara el vientre, y después tiene que levantarla con la mano todo lo que el tubo de goma da de sí y que baje el agua con fuerza para que me entre en la barriga, cuanto más adentro, mejor. Pero yo, al poco, echaba toda el agua sin lograr que saliera ningún zurullo. Por fin, mi madre cogió la lavativa y la llenó con dos litros de agua y le echó una taza entera de aceite.

—¡Ay!, que se me llena mucho la barriga.

—Pues aguanta.

Y me tuvo un rato sin sentarme en el orinal y diciéndome que apretara bien el culo para que no se me saliera nada. Al cabo de ese rato me pusieron, y entonces hice tres orinales llenos y después de que me dieran retortijones de mucho dolor, eché unos zurullos muy gordos que se veía muy bien que estaban llenos de esas binzas grandes que tienen los higos de pala. Por cierto, que el orinal donde me sientan aquí en Santo Ángel no es como el que tengo en la casa de la ciudad, que me lo dejan siempre debajo de la cama; este orinal es de porcelana blanca y tiene dibujos de colores por dentro y por fuera, y por dentro tiene pintado un ojo muy grande con un letrero debajo que dice: Que te veo. Antes de ponerme la lavativa me había obligado mi madre a tragarme media onza de aceite de ricino, que me dio en seguida la gana de devolver, y que cada vez que me daba me decía mi madre que me lo volviera a tragar, y como me daban ganas de vomitar, una vez que cerré la boca para que no se me saliera el aceite se me salió por las narices, me acordé mucho del pobre Primitivo.

Porque lo malo de Primitivo es cuando le entran las ganas de vomitar. Tiene siempre cara de angustia, que se le pone del mismo color de la ceniza, y no puede ver la sangre, ni las boñigas, ni los animales muertos, ni el pus, ni las plastas de las vacas, ni los gusanos de la seda cuando se les abre por en medio para sacarles la hijuela, ni las dos velas que le caen a Molina desde las narices sobre el labio del bigote hasta la boca, y que se le bajan y se le suben con la respiración, y le entran y le salen en las cuevas de la nariz como el cuerpo de los caracoles, hasta que se las sorbe muy fuerte o se las come limpiándoselas con la lengua doblada hacia arriba. El ver todo eso le saca la comida del estómago, o por lo menos lo pone con bascas, y hay que tenerle la frente sujeta con la mano abierta, para ayudarle, pero teniendo mucho cuidado de ponerse por detrás de él para que no te rocíe los pantalones y las piernas y las

sandalias con el vomitado. Tampoco puede mirar a Campillo cuando se vuelve los párpados poniéndose las pestañas para arriba, que lo sabe hacer muy bien, ni a Zambudio cuando se mete en la boca las moscas que caza y te las echa después, soplando, en toda la cara. La verdad es que a Zambudio le gusta mortificar, porque tiene malos sentimientos, pero lo que no le gusta es dar la cara a los que le pueden, porque no es valiente. Se lleva al colegio las gomas que le coge a su padre, pero casi siempre se las da a Cutillas para que sea Cutillas el que nos dé los latigazos por detrás en el cogote.

Primitivo no tiene padres. El padre, que era maestro albañil, se le había muerto porque se cayó desde el tejado de su casa al patio, que se había subido para poner una teja y tapar una gotera que caía mismamente en medio de la cama donde dormían los tres, Primitivo, su padre y su madre. Primitivo se acordaba de que era de noche y de que estaba lloviendo. La gotera caía encima de su madre, que era la que dormía en medio, y su padre corrió la cama a un lado hasta que tropezó con la pared; pero entonces la gotera caía encima de él mismo. Empujó la cama hasta la otra pared, pero la gota le caía entonces al pobre Primitivo, que aquel año iba a cumplir los siete. Su padre se cabreó, cogió unas cuantas tejas y se subió para el tejado. La madre de Primitivo le dijo que no subiera, que el tejado estaría resbaloso con la lluvia, que la noche estaba muy oscura y que se podía caer al patio. Pero el padre dijo que qué leche, que prefería caerse al patio a dejar así la gotera toda la noche siendo él maestro albañil y estando harto de saber poner tejas y de tapar goteras, que en eso tenía razón.

Primitivo me contó una tarde que me lo llevó a mi casa a merendar porque no había probado nunca el chocolate cocido, con picatostes, y yo quería que lo probara, que él había visto a su padre despanzurrado en el patio, que me parece que lo estoy oyendo cuando me lo contaba y que se conoce que lo había contado ya tantas veces que ni siquiera lloraba ni le daba sentimiento el contarle.

Su madre se le murió al año siguiente, cuando Primitivo iba a cumplir los ocho, y él dice que se le ha muerto porque se puso muy delgada del poco comer, que todo se lo daba a Primitivo, y de quedarse por la noche hasta muy tarde cosiendo camisas y calzoncillos para los albañiles amigos de su padre y poder pagar con lo que ganaba los recibos del mes y no tener que sacarlo del colegio, y que eso lo sabía él porque se lo ha dicho su abuela, que se llama Florentina, y que es con la que vive Primitivo desde que su madre se murió. También le explicó su abuela que las ganas de vomitar se le han quedado a Primitivo desde la noche en que vio a su padre despancijado en el suelo del patio.

Primitivo es muy bueno, no se mete nunca con nadie y todos lo queremos mucho y le tenemos lástima, menos el chulo del Cutillas, que tiene mala sangre, y sobre todo Jinojito, que le deja su libro para que se estudie la lección porque él no tiene libros, que su abuela no se los compra, y también le da algunas hojas que arranca de su libreta y otras veces la libreta entera sin escribir, y los lápices, y los palilleros, y las plumas de la Corona, que son las mejores y las que hacen la letra más bonita, más

fina por unos trazos y más gorda por otros, como quiere don Julio que la hagamos, y perras, y bolas, y otros juguetes. Pero otras veces también con él se nos olvida la lástima, y empezamos a sacarle las ganas de vomitar con la primera cosa que se nos ocurre de todas las que le dan asco.

Mientras he estado malo, o mi madre o mi bisabuela se quedaban siempre al lado de mi cama, contándome cuentos, leyéndome libros, enseñándome poesías y poniéndome el gramófono para que me tomara bien el jarabe y sobre todo para que no me diera la pataleta cuando me iban a poner la lavativa. Y por la noche se queda conmigo Felisa, que le han puesto un catre al lado de mi cama, y que se deja encima de la mesilla una mariposa encendida dentro de una taza de aceite, que dice que sirve para ver por la noche sin necesidad de encender la luz para que yo no me despierte y para que las ánimas del Purgatorio me pongan pronto bueno. Felisa, cuando ya se han ido todos a dormir, me pasa a su catre para despertarse en seguida cuando me da el ataque de tos y ponerme muchas veces la mano en la frente para ver si me entra la fiebre. Cuando me acuesto con ella, mete mi cuerpo dentro del hueco que hace con el suyo y así me da calor para que me ponga a sudar como un pollo y se me vaya el catarro con el sudor, y me da besos y me hace caricias y me dice mucho que prefiere mil veces que Dios le mande a ella una enfermedad antes de ver que yo me pongo malo.

Ya estoy bueno y me como el pan con corteza, como dice Felisa. Así que por fin me he levantado hoy, aunque no me dejan salir del cuarto, y me he podido entretener escribiendo en el cuaderno todo esto que escribo y viendo los árboles y las flores y volar los pájaros desde detrás de los cristales del balcón. También desde aquí veo a Ángela, que se pasa mucho tiempo debajo del balcón y me hace señas de que si voy a bajar ya, porque se conoce que se aburre mucho sola y está deseando que me ponga bueno. Lo que más me fastidia es que estos días está haciendo viento, que veo la molineta dando vueltas como loca, y como la balsa se llena en seguida Miguel aprovecha para regar los bancales, que lo veo echar los tablachos y hacer caballones con el legón, que cuando riega se remanga los pantalones hasta cerca de la rodilla. Como hace viento podría probar a echar una birlocha, que Salvador las sabe hacer muy bien, y tengo miedo de que cuando me dejen salir de casa se haya calmado el Levante y ya no puedan subir las birlochas. Por eso, mientras miro cómo el viento meneaba las copas de los árboles y mueve la molineta, me he acordado de lo que pasó el día de la pelea de las birlochas, que lo voy a contar.

Hasta que pasan San Blas y la Candelaria no viene a menos la temporada de gua y entonces empieza la temporada de las birlochas. Ya se sabe que San Blas cae a primeros de febrero y hacen fiesta en el barrio de Santa Eulalia, porque en la iglesia de este barrio es donde está la estatua del Santo, y en los puestos que sacan a la calle con faldones que son la bandera republicana, además de otras muchas cosas, como

rosquillas y garbanzos de petardo y mixtos de trueno, venden samblases de barro pintados de colores con una borla debajo y un cordón de seda para colgárselos al cuello como una medalla o como el cinturón de don Julio cuando se le olvida ponérselo después de ir a mayores, porque dicen que San Blas te libra de los males de la garganta. Por cierto, que a mí me han puesto uno, que se lo guardó Felisa desde el día de San Blas por si acaso pillaba yo el catarro, y que lo llevo aún para que se me vaya la última tos que me queda y no me entre en el pecho la bronquitis mala.

Cuando llega la temporada de las birlochas pasa que las canicas de barro, los cilindres de acero que se sacan de los cojinetes de las bicicletas y de los patines, las chinas que hay que tilintearlas en los dientes para comprobar su ley, y las cristalinas de aguas de colores, bajan mucho de valor, y cualquiera te cambia tres bolas por una barra de brea, o una chilindrina lisa y sin picar por dos nestlés repetidos. Aprovechando la baja de valor hice yo un buen cambalache: por cuatro sellos de la serie de Goya y dos láminas de calcomanías, una de animales feroces y la otra de aves zancudas, me dio Igualada veintitrés bolos de acero de distinto tamaño, con bolsa y todo, que era una bolsa de cuero como esas que sacan los buscadores de oro en las cintas del Oeste, que se la había hecho su padre porque para eso es talabartero, y que todavía la tengo. Con los veintitrés bolos que me dio Igualada y con otros veintinueve que yo tenía, me junté con cincuenta y dos, que nunca había tenido tantos ningún niño del colegio, ni siquiera los niños de los maristas, que son los más ricos. Fue por eso por lo que me bautizaron Chilindres, que todavía me lo dicen.

En cambio, a Igualada le llamamos el Reales. A Igualada se le ha muerto su madre el verano pasado, que aún va con el luto, como Primitivo. Lleva unos pantalones negros que le vienen muy anchos, y el forro de los bolsillos casi se le sale por debajo de las perneras, porque se los hacen de los que desecha su padre. Lleva también una camisa negra con dibujos blancos, un chaleco de lana también negro y una boina azul marino. Como los pantalones le vienen tan anchos, no lleva tirantes como llevo yo y otros más de la clase, y tiene que sujetárselos con un cinturón. Es un cinturón de cuero, casi tan ancho como el que lleva don Julio, con doble hebilla, y en el cinturón se clava monedas de real, que tienen un agujero en medio y están hechas de níquel, y no de cobre como las de perra gorda, las de perra chica y algunas que quedan todavía que son de dos céntimos.

Todos los de la clase, y yo creo que casi todos los del colegio, le tenemos envidia a Igualada por lo del cinturón, que se lo ha hecho su padre en la talabartería, que la tiene en el Puente Viejo. Igualada le ayuda a su padre en la talabartería, después de las clases, y dice que por eso muchas veces no se sabe la lección. Pero eso no le vale como excusa, porque también Vergara le ayuda a su padre en el garaje y es el primero de la clase. Un domingo sí y otro no le da su padre a Igualada un real de los de níquel, y él, en vez de gastárselo en regaliz, en monas con huevo, en chicle o en el cine, se pega el real al cinturón. Cada dos semanas viene con un real más, que ya está a punto de darle toda la vuelta al cinto, y nosotros le llevamos la cuenta de los que

tiene, que ya tiene más de un duro y empezamos a llamarle el Reales.

Pero tengo que seguir contando lo de las birlochas.

Aunque en febrero ya se echan birlochas, son birlochas de mierda, que no suben ni a las torretas de la cárcel donde hacen vigilancia los soldados, que los que viven por allí cerca dicen que por la noche se les oye darse el alerta y tienen que contestar ¡alerta está! Esas birlochas caducan en seguida, como los gorriones nuevos que se salen del nido antes de tiempo. Hay que esperar hasta los aires de marzo, que llegan casi siempre antes que las lluvias y mucho antes que las golondrinas. Pero pasado San Blas se puede empezar ya a preparar las jiscas del esqueleto de la birlocha, los papeles de color y los retales de trapo para la cola. Hay que gastar mucho tiempo y tener mucha paciencia para encerar bien el bramante y ovillararlo sobre las cañuelas, proyectar el polígono, medir los tirantes y los vientos y disponer los flecos de papel y las campanillas.

La temporada de las birlochas termina con las lluvias de abril, que ya no se puede echarlas al remonte, porque empieza a chispear y se te rompe en seguida el papel, o con las procesiones de Semana Santa, porque a todos nos llevan a verlas y hay procesiones casi todos los días, que ya lo contaré. Luego, vienen las bicis, con el buen tiempo, y también los desafíos de fútbol y las peleas en los derribos. Más tarde, cerca ya del verano, vienen los baños en la acequia de la Torre de la Marquesa y en el río, y el asalto a los huertos para robar la fruta. Y después, terminamos el colegio y damos punto.

Cutillas es el que más sabe de birlochas. Yo no sé cómo se las arregla para que los tirantes le salgan iguales al hacer los nudos, cuando la birlocha es una bola o una estrella, y para darles el largo justo a los vientos y que luego el cometón se encabrite en el aire con poderío. Los jueves por la tarde, que no tenemos colegio, si no me voy con mi madre a La alegría de la huerta a comprar algo porque ese día regalan globos a los niños, hacemos las peleas de las birlochas. Nos juntamos en la plaza del Ensanche y allí van también los del San Antonio, los del Carmen y los de la Academia. Algunos jueves del otro año fueron también los de los maristas, que yo los conozco en seguida porque van mejor vestidos y los pequeños están casi todos gordinflones y colorados, mientras que los mayores están chupados como sequillos, pajizos y ojerosos, casi como está Jinojito. Pero desde un día en que la cosa terminó en trompazos y en pedrea, ya no han vuelto por el Ensanche. La culpa la tuvo Galindo el Santabárbara, que fue y le dijo que ellos eran de mantequilla y que todos parecían monfloritas.

—¡Que me troncho, que me derrito! ¡Jesús, qué olas, si lo sé no me embarco! — les dijo. Y después de burlarse así de ellos fue y le mojó la oreja al mayor de todos, levantó la pierna, volvió el culo y se soltó tres pedos seguidos en sus mismas narices.

Los trompazos y la pedrea terminaron, como es natural, con la retirada de los de

los maristas a la desbandada.

Siempre nos toca a los de nuestra clase, desde que íbamos a la Segunda, el echar las birlochas a la pelea con la de los otros colegios, porque las mejores birlochas del San Juan Evangelista son las que hacemos los de la Cuarta, que eso lo tienen que reconocer hasta los mayores que ya han logrado aprobar el ingreso en el Instituto.

Este año nos dijeron que los del San Antonio estaban construyendo un barrilete de esos que suben casi rectos, y que se iba a tragar ocho ovillos de los de cincuenta. Y Cutillas aunque dijo que eso era trola empezó a preocuparse, porque su cometa no se tragaba más que seis ovillos, y si se le daba más había que recortarle en seguida el hilo para que no cabeceara con peligro de caducar.

Como era tan lila, todos nos reímos de Jinojito cuando dijo que él traería una birlocha que subía más que el barrilete de los del San Antonio, porque podía tragarse diez ovillos y más.

—Anda, cállate, imbécil —le dijo Cutillas—. Cuando digan bacín, di servidora, so lila.

Jinojito no dijo nada y se alejó haciendo pucheros porque ninguno le habíamos creído la palabra. Pero el jueves de la lucha de birlochas, víspera de San José, llegó el primero al colegio, que es donde nos reunimos para ir todos juntos al Ensanche, antes aún de lo que llegó Vergara, que como vive enfrente es el que primero llega. Cuando llegamos los demás, nos lo encontramos en la puerta. Casi no se le veía detrás de una birlocha de bacalao, alta y fina, con una traza de tomar altura que daba gloria.

Yo creo que aquel momento fue el más feliz de Jinojito, porque nosotros, que nunca le hacíamos caso por aquello de que era lila, nos pusimos todos a su alrededor y no había uno que no quisiera tocar la birlocha, tentar los tirantes y hacer vibrar el papel y los flecos y las campanillas, que llevaba siete, al agitarla en el aire cogiéndola por la cruz de los vientos. Jinojito sonreía como nunca, y había perdido ese aire de pato que siempre tenía en la cara. Nos dejaba a todos que tocáramos la birlocha por un lado y por otro, aunque no parara de decirnos que llevásemos cuidado para no romperle el papel, que era verde, rojo y amarillo.

Cabezón, que aquella mañana le había dicho don Julio que si su cabeza fuera pan, haría falta un sable para untarla de mantequilla, le preguntó a Jinojito que quién se la había hecho, la birlocha.

—La he hecho yo —le contestó Jinojito bajando los ojos y subiéndosele el pavo.

Cabezón se le quedó mirando con la boca muy abierta, y Portales, comido de envidia se le echó a reír en las narices y le hizo la higa. Pero aquel día todos le defendimos a Jinojito y Portales se ganó un buen trompazo que le atizó Vergara, que yo no sé cómo no empezó a echar sangre por la boca. Cuando llegó Cutillas con su birlocha, que no le llegaba a la de Jinojito ni a la cruz de los carrizos, todos nos reímos de él y le dijimos que ya se podía meter su cometa en el culo, porque aquella

tarde íbamos a echar a la pelea la que había traído Jinojito.

—Ese bacalao no lo ha hecho el lila este —nos decía Cutillas—. Se lo habrán traído de Algezares, que es donde mejor hacen las birlochas.

Pero ninguno le hacía caso, ni siquiera el pelotillero de Molina, y se quedó solo, fuera del corro que hacíamos alrededor de Jinojito.

Las voces y los empujones empezaron cuando hubo que decir quién iba a echar la birlocha en el desafío, porque Jinojito no sabía hacer bien el remonte, y cada uno de nosotros quería echarla él. Por fin se acordó que lo dijera Jinojito, que para eso era suya la birlocha, y él señaló a Cutillas. Pero Cutillas nos salió con que si no echaba la suya, no echaba ninguna, y entonces se le nombró a Vergara, que tiene mucho pulso, que por algo le llamamos el Mañicas.

Cuando llegamos a la plaza del Ensanche, estaban allí todos: los de San Antonio, los del Carmen y los de la Academia. Los del San Antonio nos recibieron en grupo, muy orgullosos con su barrilete delante, como si fuera un estandarte para la guerra, azul y blanco, con los flecos amarillos y seis campanillas. Pero al ver el bacalao nuestro, se acercaron a mirarlo de cerca y a querer tocarlo. Después de medir los bramantes para que no hubiera trampas, empezaron las apuestas. Yo me aposté una boquilla de fumar con cuatro tubos que se metían el uno dentro del otro, y que cuando se sacaban se hacía muy larga, que apareció en el desván de mi casa entre las cosas de mi tío José Luis, el que se murió, contra una caja de acuarelas. Cada uno se apostó lo que tenía, menos Cutillas que no quiso apostarse nada. Y Jinojito se apostó su monedero de malla de plata y la estilográfica buena que le habían echado los Reyes Magos.

Hicimos una señal en el suelo con adoquines y ladrillos, y empezó la pelea. Las birlochas de los del Carmen y la Academia se remontaron bien, al primer tirón, y se apoyaban bastante en el viento, que se veía que eran bravas. Pero como eran pequeñas, no podían admitir mucho hilo porque en seguida perdían altura. El barrilete de los del San Antonio llevaba muy poca cola, y nosotros creímos que por eso iba a cabecear en cuanto se remontara un poco, por falta de peso; pero como subió pronto, casi tan derecho como un cohete, el hilo que se tragaba le iba sirviendo de peso para mantenerse sereno. Vergara estaba un poco nervioso y le temblaban las manos, porque era el primer año que echaba la birlocha a la pelea. Dos veces se le cayó el bacalao, pero lo pudo sujetar a tiempo recogéndole hilo a mucha marcha con brazadas muy largas. Menos mal que la birlocha no llegó a besar el suelo, porque si lo besa, habríamos perdido, que ése es el reglamento. Por fin logró remontarlo, con tirones que hacían cantar a las campanillas, pero los otros nos habían sacado mucha ventaja, sobre todo el barrilete blanquiazul, que se estaba tragando ya el cuarto ovillo de bramante. Cuando la birlocha de Jinojito les pasó a las de la Academia y el Carmen, se armó la gritería. Los sanantonianos animaban a su barrilete con saltos y vivas, que parecía que le estaban empujando con el jaleo que armaban. Nosotros no parábamos de decirle a Vergara que le diera más hilo a nuestro bacalao, pero Vergara

había encontrado su pulso e iba soltando hilo muy poco a poco, y antes de soltarlo daba siempre un tirón suave con el dedo índice hasta que el puño le tropezaba con el pecho.

Cuando terminaron siete ovillos, ya no le echaron más los del barrilete; estaba tan alto que casi no se le veía, y escocían los ojos al mirarlo, porque como era azul y blanco se confundía con el color del cielo. Pero Vergara le seguía largando hilo a nuestra birlocha, y entonces probaron a echarle ocho, y con algunos apuros los admitió, pero ya no pudieron darle más, porque empezaba a cabecear y estuvo a punto de caducar dos o tres veces. Nosotros gritábamos como endemoniados, respirando o dejando de respirar a cada brazada que se echaba o que se recogía. Cuando Vergara acabó el noveno ovillo de bramante, la birlocha estaba ya casi tan alta como las nubes, y Cabezón dijo que a lo mejor podía llegar a la luna. Hasta los del Carmen y los de la Academia empezaron a aplaudir y se vinieron de nuestra parte. Había que mantener la birlocha en el aire hasta que dieran las siete en el reloj de la catedral. Como era tan grande y de colores tan vivos, se la veía aún, serena y quieta, como un globo cautivo de los que echan en feria, en lo alto del cielo.

Jinojito se acercó a Vergara y le pidió que lo dejara tenerla un poco. Vergara nos miró a nosotros, porque no se fiaba de dejársela y tampoco quería decirle que no. Nosotros no dijimos nada, y Vergara le dio la cañuela, porque Jinojito lo pedía con tanta ilusión que no se le podía decir que una mierda para él. Y además, que para eso era suya la birlocha.

Fue entonces cuando llegó Cutillas por detrás y con una cuchilla de afeitar cortó el hilo y salió después zumbando, que ninguno habríamos podido pillarlo. Vergara, que estaba más cerca, echó a correr para alcanzar el hilo, pero la birlocha, libre, cabeceó un momento y después tomó más altura hasta perderse de vista. Todos nos quedamos mirando cómo se iba empequeñeciendo hasta que desapareció y ya no la vimos. Luego, comenzó la discusión por las apuestas, porque ninguno queríamos pagar lo que nos habíamos jugado, y decíamos que no valía. Jinojito fue el único que pagó sin rechistar. Se le puso la cara más triste que nunca, dio su monedero de plata y la estilográfica de los Reyes Magos, y se fue a su casa, muy despacio, sorbiéndose las lágrimas y otra vez con su culipaveo de pato abandonado. Ninguno nos quisimos ir con él, menos el tonto de Cabezón, que le echó la mano por encima del hombro, y que iba moviendo la cabezota para un lado y para otro. Los demás estábamos ya liados a pedradas con los sanantonianos.

Aquel jueves lo perdimos todo, el desafío, la birlocha y la pedrea. Cuando ya vimos que íbamos a perder y que saldríamos todos descalabrados, yo saqué el pañuelo como si fuera la bandera blanca para pedir la paz y les grité que si quería venir el capitán de ellos a darnos el abrazo de Vergara. Pero cuando ya estaba cerca de sus parapetos, me sacudieron un cantazo en la frente y me abrieron una brecha en la ceja, y Molina tuvo que llevarme a la botica de su padre, que allí me la desinfectaron y me la taparon con un tafetán para que no tuviera que llegar a mi casa

echando sangre y se creyera mi madre, al verme entrar, que me habían dejado tuerto y que había perdido el ojo.

Cuaderno quinto

En la ciudad hay por lo menos cuatro colegios, que yo sepa, además de la Graduada, que no es de pago, y que a ella van los niños más pobres, como los hijos del carpintero, aunque hay otros más pobres todavía que no van a ningún colegio, como los mellizos Matías. El de los más ricos es el de los maristas, que está en la calle de la Merced. Tiene un patio muy grande con un pozo en medio, que siempre está tapado para que no puedan asomarse los niños y caerse dentro, y alrededor tiene unas columnas redondas y muy altas y unas galerías muy anchas, lo mismo en el bajo que en el primer piso. Tiene también unas aulas que son de grandes como dos o tres de las nuestras y todas tienen balcones o ventanas a la calle y un letrero encima de las puertas con el número del aula. Por detrás, hay un campo de fútbol, y algunas veces vamos a jugar allí cuando hacemos desafíos y campeonatos entre los colegios, porque ningún otro colegio tiene campo de fútbol, y menos mal que nosotros tenemos el derribo.

A mí me llevó mi madre a los maristas, pero no quisieron admitirme porque aún no había cumplido los cinco años, que ya he dicho que yo los cumplo, los años, en el mes de mayo. Me acuerdo de que aquel día me puso mi madre el traje de terciopelo negro con encajes en la pechera, que es el que me ponen para ir a las visitas y que tengo un retrato vestido así, y estuvieron peinándome y repeinándome el remolino de la coronilla más de media hora, que no se me quedaba aplastado ni untándolo mucho con el fijapelo de mi tío, que gastó Felisa más de medio bote. Cuando llegamos, nos pasaron a mi madre y a mí a una sala que tienen para las visitas y allí hay un sofá y dos butacas en cada lado de la pared y así una visita no puede oír lo que está diciendo la otra. Nos hicieron esperar un rato, que mi madre se puso nerviosa y empezó a mirar el reloj, porque ella es muy puntual para todo y no le gusta que le hagan esperar y qué le tomen el pelo. Después salió un marista, que hablaba muy despacio y arrastrando las eses, y llevaba una sotana negra y un babero blanco, muy tieso, que se conoce que se lo habían almidonado mucho, como hacía Felisa con los puños y con los cuellos de las camisas del abuelo, y ahora con los del tío. Y mi madre le dijo al marista que quería que yo empezara a ir al colegio aquel mismo año.

El marista me miró de arriba a abajo. Yo estaba sentado en el sofá, que los pies no me llegaban al suelo y poniendo esa cara de bueno que mi madre me había dicho que pusiera antes de salir. Me dijo el marista:

—Ven aquí, niño. —Porque él estaba sentado en un sillón.

Yo fui allí y me quedé parado delante de él. Me acarició la cabeza, que se llenó la mano de fijapelo del tío y que, como me lo quitó, se me empezaría a levantar otra vez el remolino de la coronilla.

—¿Cómo te llamas?

—Jaime. ¿Y tú? —No me hizo caso a la pregunta.

—Ah, Jaime. O sea, Santiago.

—No. Santiago, no. Me llamo Jaime.

Entonces le explicó mi madre:

—Se llama Jaime porque mi marido es catalán, y ya sabe usted que en Cataluña se dice Jaime.

—Bueno, bueno, pero en Castilla se dice Santiago, que es un nombre muy hermoso. ¿Y cuántos años tienes ahora?

—Tengo cuatro, que los cumplí en mayo. ¿Y tú? —que tampoco me hizo caso a la pregunta.

—Claro, claro, por eso eres tan chiquitín.

Yo di la vuelta, me fui al sofá, y de un salto me quedé sentado otra vez al lado de mi madre, con los pies en el aire.

El marista le dijo a mi madre que yo era todavía muy pequeño; que lo sentía mucho, pero que no podían admitirme; que es imposible, señora, porque lo prohíbe el reglamento.

—Pero el niño es muy despabilado —replicó mi madre—, y ya casi ha aprendido a leer él solo, mirando la cartilla de su hermana. Además, tiene muchos deseos de saber y es un niño muy inquieto que necesita tener una obligación, y yo estoy segura, hermano, de que si ustedes lo admiten...

El marista no dejó terminar de hablar a mi madre.

—Señora, compréndalo, es imposible. Este colegio es muy serio y el reglamento es muy riguroso en este punto.

A mí se me quedaban las palabras en la memoria, que parece que las estoy oyendo todavía.

—Perdone que insista, hermano. Si ustedes pudieran hacer una excepción... Mi sobrino viene a este colegio, podrían venir los dos niños juntos y no quiero verme obligada a mandar a mi hijo a otro sin estar segura de que le van a dar una buena educación, y sobre todo una educación religiosa. Yo soy hija de...

—Lo sé, lo sé. Pero es imposible. Tenga un poco de paciencia hasta el curso próximo.

—En el curso próximo tendrá el niño más de cinco años, y ya me hace preguntas que yo no sé cómo contestar. Necesita enseñanza, y disciplina, y ocupación...

—Todo lo encontrará aquí, pero a su hora.

—Por favor, hermano...

—No perdamos más el tiempo, señora. El niño no puede ser admitido.

—Pero yo conozco algún caso en que han hecho ustedes una excepción.

—Casos extraordinarios, señora. No nos vaya a decir cómo debemos reglamentar la vida del colegio.

Mi madre se puso de pie como si de repente se hubiese soltado un muelle del sofá. Yo salté al suelo y le di la mano a mi madre, que me entraron muchas ganas de irme pronto de allí.

—Yo no esperaba... —empezó a decir mi madre—. De todas maneras, muchas

gracias por haberme recibido. Buenas tardes, hermano.

—Adiós, hasta el año próximo —dijo el marista.

—Ya veremos —contestó mi madre.

El marista nos abrió la puerta de la sala. Le sonrió a mi madre como si quisiera enseñarle todos los dientes y a mí me movió la cabeza de un lado a otro, apretándome los carrillos con una mano sola. Yo me solté con un tirón de la cabeza y, sin poderlo remediar, que ahora me da la risa cuando me acuerdo, le saqué la lengua todo lo que pude, como cuando don Diego, el médico, me hace que la saque para ver si la tengo sucia por el empacho. El marista se quedó mirándome como si hubiera visto un fantasma, un vampiro o un demonio con su rabo y su tenedor, y apretó los dientes y los puños, que se conoce que le entró la soberbia y le dieron ganas de darme una buena galleta, pero que se las tuvo que tragar las ganas de dármele porque estaba allí mi madre. Mi madre se dio cuenta de lo de la lengua y de la cara que puso el marista, pero hizo como que no se daba. Tiró de mí hacia la calle, me dio un pellizco retorcido en el brazo y me dijo que cuando llegáramos a casa arreglaríamos cuentas. Y que ya no me admitirían nunca más en ese colegio.

Pero luego, en casa, no me dijo nada. Habló con el abuelo y con el tío, y al día siguiente me matricularon en el San Juan Evangelista, y en cuatro años ya me han pasado a la Preparatoria. Mi primo sigue yendo a los maristas, y allí estudian en unos libros, encuadernados en azul y que todos llevan en la pasta de la cubierta las letras F.T.D., y yo me río de él porque le digo que esas letras quieren decir Feo, Tonto, Desaplicado. Fue mi primo el que me dijo después que el hermano que habló con mi madre se llama hermano Escolástico, que a lo mejor no quiso decirme el nombre por lo feo y raro que lo tiene, y le dio envidia de que yo lo tenga tan bonito.

Además de feos, tontos, desaplicados, los de los maristas son tan finústicos que algunos parecen monfloritas. Los del San Antonio, que el colegio se llama así porque está en la calle de San Antonio, son unos cagones. Los del Carmen, unos piojosos. Y los de la Academia, casi tan golfos como los de la Graduada. Por lo menos, eso es lo que decimos nosotros, los del San Juan Evangelista. Lo que pasa es que ellos dicen eso mismo de nosotros, y otras cosas peores. Casi ninguno de los maristas aparece por los derribos, ni por el Ensanche, ni por el parque, ni por el jardín de Santo Domingo, ni por la Torre de la Marquesa, y es muy difícil hacer con ellos pedreas porque van a esperarlos sus criadas a la salida del colegio o van acompañados de sus hermanos mayores, y además se conoce que sus padres les tienen dicho que no se metan en peleas, y ellos son tan gilís que les hacen caso, así que en cuanto ven que se puede armar la guerrilla echan a correr y se van a su casa.

Para las guerrillas, los más temibles son los de la Graduada, que todos ellos saben disparar pedradas sin levantar el brazo, sino que lo echan hacia atrás, lo impulsan después hacia delante con mucha fuerza y sueltan la piedra cuando la muñeca les

tropieza en el hueso de debajo de la cintura, que salen los cantos que no se huelen. Les siguen en valor los del Carmen, que tienen el colegio en el barrio del Carmen, al otro lado del río. Los del San Antonio y los de la Academia no cuentan, porque son pocos, aunque algunas veces hacen alianza entre ellos para ayudarse los unos a los otros, y entonces forman una banda que puede aguantar cualquier desafío. Nosotros tenemos mucho apoyo en Cutillas y en Vergara, sin contar con los mayores de la Preparatoria y los que ya han hecho el ingreso, pero, aparte del caso perdido de Jinojito, por ejemplo, Molina, Cabezón y Manzano son una calamidad para las pedreas, y en seguida se baten en retirada. Ni Campillo ni yo, que ya he dicho muchas veces que somos hermanos de sangre, tenemos mucha fuerza, pero, en cambio, tenemos mucho tino para tirar las piedras y mucha habilidad con el tirachinas y con la honda, aunque, de verdad, el que mejor sabe manejar la honda es el Jínjoles, que como vive en el campo, aprendió de pequeño a manejarla para guardar los rebaños de cabras y de corderos que tienen en su casa. El Jínjoles es el que nos lleva al colegio las hondas para las pedreas, que las hace con un cordel de esparto que tiene un ojal en el medio, donde se pone la piedra. Lo malo que tiene hacer las pedreas con honda es que no puedes esconderte detrás de cualquier cosa que te sirva de parapeto, y tienes que ponerte de pie y estar al descubierto, y corres el peligro de que mientras tú estás dándole vueltas a la honda para tirar la piedra, te sacudan una pedrada a ti y te descalabren. Pero por otro lado tiene la ventaja de que cuando la sabes manejar bien puedes tirar desde más lejos.

Cuando tenemos desafío para una pedrea importante, lo mejor es avisar a los mellizos Matías, que siempre se ponen de nuestra parte si les das algo a cambio, y que saben muy bien la manera de esconderse para dar la vuelta y atacar por la espalda, y además cogen rehenes y amenazan a la otra banda con mortificar a los prisioneros y quitarles todo lo que lleven en los bolsillos, y los libros, y los chalecos, y hasta los pantalones, si no se rinden. Y los de la otra banda casi siempre se rinden, por compañerismo. Entonces los mellizos Matías piden el precio por el rescate, así que salen ganando por los dos lados. Cuando yo le cuento algo de esto a la bisabuela, ella levanta la ceja izquierda, que la sabe levantar sin mover la otra, y que la levanta siempre que va a decir una impertinencia o va a hacer un desprecio, y dice que esos mellizos son unos mercenarios.

En lo de las bolas, lo mismo el gua que el cuadro, los que mejor jugamos somos Vergara, Campillo y yo. Campillo, porque juega bien a cualquier cosa, y yo, también. Vergara, porque tiene mucho pulso y mucha maña, que por eso le llamamos el Mañicas, y que yo creo que la ha aprendido en el garaje de su padre. Lleva siempre en el bolsillo una navaja con muchas hojas, unas más grandes y otras más pequeñas, y que sirve al mismo tiempo de sacacorchos, de destornillador, de punzón, de abrelatas, de lima y de no sé cuántas cosas más. Le abultan mucho los bolsillos, que los lleva todos los días llenos de cosas de mucha utilidad, como alicates, pinzas, hilos de alambre, papel de lija, carretes de hilo, cinta aislante, parches, gomas de cámara de

bicicleta, barras de estaño que se derriten con el calor del fuego y que sirven para soldar, y un día se llevó a la clase de catecismo una bocina, que la tocamos todos sin que don Vicente, el cura, se enterara, porque ya he dicho que está sordo como una tapia y nunca entiende los pecados que te confiesas, hasta que subió el Berenjena y se acabó el concierto.

En lo de los estudios, los mejores son los de los maristas, aunque les digamos que son feos, tontos, desaplicados, que lo tengo que reconocer aunque me dé rabia el reconocerlo, porque le hacen aprenderse todos los días las preguntas de memoria y al que no aprueba dos años seguidos lo expulsan del colegio, y además no pierden tanto el tiempo por la calle como nosotros lo perdemos jugando y haciendo golferías. Y en lo de la religión, también, porque tienen que ir todos los domingos por la mañana al colegio para oír misa, y si no van tienen que llevar una tarjeta de sus padres dando la justificación de que van con ellos a misa y de que no se han quedado sin oírla. Y además les obligan a rezar el rosario, a hacer novenas, a llevar estampas de la Virgen o de los Santos, a confesarse todos los sábados y a hacer ejercicios espirituales. En cambio, en el San Juan Evangelista no dicen misa, ni en ningún otro colegio tampoco, y por eso algunos domingos me quedo yo sin oírla, aunque tengo que asomarme a la iglesia para ver de qué color lleva el cura la casulla, que luego mi madre me lo pregunta y si no lo sé, me sacude el polvo del culo con el espolsador. Y en vez de ir a misa, me voy a la Glorieta o al Malecón.

Jinujito estuvo yendo a los maristas tres años, que entró a los cinco y se salió a los ocho, que yo no sé si es que lo echaron porque no aprovechaba, o que se salió él, o que le tomó manía algún hermano, o al revés, porque le tomara demasiado cariño, que dicen que algunas veces pasa eso, y que yo se lo he preguntado muchas veces y él siempre se calla, y si le aprieto mucho para que me lo diga me contesta que por favor no le pregunte más, que no quiere acordarse de aquello.

En el San Juan Evangelista también tenemos patio, pero es más pequeño que el de los maristas y no hay un pozo en medio, que lo que tiene en medio es un sumidero por donde se mete el agua cuando lo riega el Berenjena. A los lados, hay bancos de azulejos, que son blancos con estampas del *Quijote* en azul y en amarillo, igual que hay en las paredes, y cuatro maceteros vacíos, sin macetas. Tampoco tiene columnas altas y redondas como las que tiene el colegio de la Merced, pero hay un porche debajo de las galerías estrechas que tienen los tres pisos de la casa. Abajo, en el patio, está la sala de estudio, con don Fernando, el pasante, y una escalera pequeña por donde se sube a las clases de los mayores. Enfrente está la escalera ancha, que por allí se va al primer piso, y que luego se hace más estrecha para subir a los otros dos. En el primer piso están todas las clases de los párvulos y también la Preparatoria, el despacho del director, la alcoba de doña Gertrudis y el cuarto del mirador, que también sirve para comer. Los internos viven en el segundo piso, que tienen allí las

habitaciones, el comedor para ellos y la biblioteca de don Fulgencio, que les deja coger los libros que necesitan para estudiar, además del retrete. En el segundo piso está también la cocina y las habitaciones de la cocinera y de la camarera de los internos, que las dos son viejas y siempre están peleándose aunque son hermanas, y que yo no las conozco bien ni me acuerdo de cómo se llaman. Juanita, la criada de doña Gertrudis, duerme arriba del todo, en el piso donde está el desván, la despensa, los gallineros, la terraza con las pilas para lavar la ropa, la habitación de Juanita y el cuarto de la plancha. A Juanita sí que la conozco, que tengo que contar cosas de ella.

Los retretes están en el sótano, y también hay uno en el primer piso, pero a ése no pueden entrar los niños porque sólo es para doña Gertrudis y don Fulgencio, y también entra Juanita, porque doña Gertrudis no quiere que entre en el de los internos. El Berenjena está siempre en la puerta, sentado en una silla, o paseándose por el patio. Ya he dicho que el Berenjena se llama don Manuel y es el portero. Don Manuel no vive en el colegio, que se va a su casa a dormir todas las noches después de pasarse mucho rato en el Café Moderno jugando al dominó. Yo no sé para qué hace falta portero en este colegio, porque la puerta está abierta siempre y puede uno entrar sin llamar a la campanilla como hay que hacer en el de los maristas. Pero también es verdad que lo que hace el Berenjena es vigilar para que no se escape ningún niño en las horas de clase. Durante el recreo se sale con nosotros al derribo, y se sienta allí a tomar el sol mientras nosotros jugamos a las bolas, al fútbol o al frontón. Cuando se arma alguna trifulca, que es casi todos los días, el Berenjena interviene y le sacude una resma de pescozones a los que se están peleando. También tiene el encargo de ir por las casas de los niños cobrando los recibos del mes, y cuando alguno de nosotros se pone malo lo manda don Fulgencio a su casa a preguntar que cómo está de la enfermedad.

No se pone nunca corbata, pero lleva una bufanda muy larga cruzada por debajo de la chaqueta. El Berenjena está lleno de pelos por todas partes. Lleva barba y bigote, tiene las cejas muy grandes, casi como las de don Pedro Boluda, que ya contaré quién es, y que casi no dejan que se le vean los ojos, y además le salen pelos por las cuevas de la nariz y por el hueco de las orejas. También tiene muchos pelos en el revés de las manos. En el único sitio donde no tiene pelos es en la cabeza, que por eso lleva siempre una gorra de visera que no se la quita ni para saludar a don Fulgencio, ni siquiera cuando entra o cuando sale del colegio don Vicente, que como es cura no se le puede saludar llevando algo en la cabezaje tienes que descubrirtela aunque estés calvo.

A don Manuel le llamamos el Berenjena por la manera cómo tiene hechas las narices, chatas por arriba y muy gordas por la punta, o sea, que tienen forma de berenjena, y además siempre las lleva muy coloradas, y algunas veces, sobre todo en invierno, se le ponen de color morado como el de la tinta que nos ponen en los tinteros del pupitre o como las túnicas de los nazarenos de la procesión del Viernes Santo por la mañana. Le gusta mucho regañarnos, porque se conoce que quiere tener

autoridad con alguien, y cuando coge a uno por su cuenta le echa unos sermones mucho más largos que los que nos echa don Fulgencio. Es el que mejor nos conoce a todos, y cuando alguno hace una perrería y no se sabe quién ha sido, siempre es él el que lo adivina, y luego resulta que tiene razón.

De vez en cuando desaparece de la portería, y es que se va a la tasca del Trinquete a beber tinto, que se toma los vasos de un trago y se vuelve corriendo, que digo yo que será para que no lo eche en falta don Fulgencio. Nosotros, los de todas las clases de párvulos, o sea, los que no han pasado todavía a la Preparatoria, salimos a las seis, pero el colegio se queda abierto hasta las ocho, porque a esa hora es cuando terminan todas las clases y cuando se van los mayores y les dan suelta a los internos, que yo saldré también a las ocho desde el curso que viene. El Berenjena tiene que quedarse en la portería hasta que ya no queda nadie. Cuando se acercan las ocho, empieza a ponerse nervioso, que no hace otra cosa que sacarse el reloj del bolsillo del chaleco, que lo lleva atado al botón con una cadena, y mirar la hora que es, que yo lo he visto hacer eso todas las tardes que me he quedado castigado. Apenas sale el último alumno, él cierra la puerta del colegio y se va, andando muy de prisa, al Café Moderno y se sienta en una mesa de mármol a tomarse copas de anís Machaquito y a jugarse los cuartos al dominó. Algunas noches yo me voy con él y me siento a su lado a verlo jugar, porque dice que le doy la suerte, pero cuando va perdiendo se cabrea mucho, y entonces me echa:

—Anda, mono, vete a tu casa a estudiarte las lecciones, o date un borneo por la Glorieta, que esta noche me estás secando. ¡Joder, con el angelito, que no pierde de ojo el seis doble!

Y los otros que juegan con él se ríen, que no sé bien si se ríen de él o de mí, o de los dos al mismo tiempo.

Los retretes del sótano están siempre hechos una pocilga. A la derecha y a la izquierda tienen una pared de cemento donde se mea, y abajo hay una canaleta que recoge los orines. Pero como todos nos meamos fuera, cuando entras se te encharcan los pies. En frente hay tres cuartos con medias puertas de muelle de esas que se cierran solas sin tener que empujarlas, como las puertas de las tabernas que salen en las películas del Oeste, y que son para ir a mayores. Los retretes esos no tienen sitio donde sentarse, como tiene el de mi casa, que Felisa dice que está uno sentado en el trono. Tienen un agujero en el suelo y dos resaltes para poner los pies, así que tienes que agacharte, con los pantalones cogidos y con el culo en el aire. Y además tienes que atinar a echar la mierda por el agujero, que casi ninguno atina, y en cuanto te descuidas te emplastas las sandalias y los pies hasta los tobillos. Por eso, en medio de las cosas que escriben los mayores en las paredes, que escriben muchas y todas son marranerías, hay una que dice que

Caga tranquilo,

*caga contento,
pero hijoputa
cágate dentro.*

Y a pesar de ese buen consejo ellos siguen cagándose fuera.

Como las puertas no tienen pestillo ni se pueden cerrar con llave, tienes también que llevar cuidado no sea que alguno entre con urgencia y al empujar la puerta te dé con ella en toda la cara y te caigas de culo, porque entonces te escagarrucias de arriba a abajo. Nunca hay papel para limpiarse y tienes que llevarte de tu casa, o cortar una hoja del cuaderno, o dejar que se te quede el palomino en los calzoncillos, que cuando me pasa a mí, dice Felisa que ya les he puesto el sello para echarlos al correo y que le lleguen a la lavandera. Cuando cagamos en la huerta, por lo menos te puedes limpiar con una hoja de higuera o con una piedra lisa, si la encuentras. Pero en los retretes del colegio, ni con eso.

Los mayores, mientras ensucian o mientras hacen tiempo para no volver a la clase, se entretienen haciendo dibujos en las paredes, y pintan unas pichas mucho más grandes que la del chulo de Cutillas, y también pintan mujeres desnudas, que se les ven las teresitas y que les ponen en el sitio de abajo un montón de pelos como si hubieran pintado la barba del Berenjena. Escriben también palabras malas como hijoputa, cabrón y maricón el que lo lea. Se insultan unos a otros, y algunas veces es como si se escribieran cartas sin firmar, porque se contestan cosas, que las escriben unas debajo de las otras. Por ejemplo, se dicen que el Fulano es un marica, y el Fulano contesta debajo que más eres tú, hijoputa, y el otro que y yo me cago en tu madre, y el Fulano le dice que y yo me cago en todos tus muertos. Y así hasta que ya no queda pared.

También escriben en las paredes cosas en verso, que yo me aprendo algunas, como esa que dice

*En este lugar sagrado
donde entra tanta gente,
hace fuerza el más cobarde
y se caga el más valiente.*

Y hay otro verso que dice que

*Aquí se caga,
aquí se mea,
y aquí el que quiere
se la menea.*

Yo no me he atrevido a preguntarle lo que eso significa a la bisabuela, que es a quien yo le pregunto todas las cosas que no comprendo bien, porque me figuro que será una cosa mala, y porque cuando le pregunto algo así, ella me dice que eso son picardías nada edificantes y que lo que tengo que hacer es aprenderme otra poesía de José Selgas. Y además, porque me da miedo de que me cambien de colegio y de que quieran llevarme otra vez a ver si me admiten los maristas.

Me parece que he contado ya quiénes son casi todos los niños de mi clase. Pero no quiero que se me olvide decir algunas cosas de Zambudio y por qué a Manzano le apodamos Michelín ni lo que me pasó con la madre de Cabezón.

Zambudio, que ya he dicho que le llamamos el Funerario, organiza en el derribo y en el patio carreras de caracoles, que los coge en la huerta o en los jardines cuando salen después de las lluvias, seguramente para ver el arco iris, y carreras de cucarachas, que las caza en la cocina de su casa, por la noche, encendiendo la luz de repente y echándoles muy rápido la mano encima porque se escapan en seguida y se meten por cualquier agujero donde tienen su madriguera. Dice que a las cucarachas se las comen las tortugas y también que se las comen los gatos, y que el caparazón de la cucaracha cruje mucho entre los dientes de los gatos cuando las mastican. Las carreras de caracoles o de cucarachas o de hormigas se organizan pintando un círculo con tiza en el suelo del patio o haciéndolo en el derribo con un palo o una piedra, y se echan allí los caracoles o las cucarachas o cualquier otro animal así y se hacen apuestas a ver cuál es el que primero se sale del círculo. Para poder saber qué cucaracha o qué caracol es el tuyo o es el del otro, les pintamos una raya de color diferente con un pincel de acuarela o mojando un rollito de papel en la fucsina que se trae Molina de la droguería de su padre. Si el animal a favor del que él juega pierde la carrera, Zambudio se cabrea mucho y entonces empieza a mortificarlo hasta que lo mata con cualquier procedimiento, que sabe muchos para matarlos despacio y que sufran.

Dice Zambudio que en su casa tiene un camaleón, que cambia de color y se hace marrón o verde o gris según el sitio donde se para y que no se le vea, y que saca una lengua muy larga, como la de las serpientes, para cazar los mosquitos, que se alimenta de ellos. Y también dice que un día tenemos que ir a cazar murciélagos, que son animales ciegos y que en vez de tener el sentido de la vista tienen otro sentido muy misterioso que no tiene ningún otro animal, para poder volar sin tropezar con las paredes ni con los árboles ni siquiera con los cables de la luz eléctrica. Según Zambudio, los murciélagos echan maldiciones cuando los clavas en la pared o los pinchas con alfileres, y son como vampiros o sanguijuelas, que chupan la sangre a los otros animales. Y nos cuenta también cosas de los picabueyes, que son unos pájaros que siempre van montados encima del lomo de las vacas, y las vacas los dejan montarse y se lo agradecen que se monten porque los picabueyes les van buscando

los piojos con el pico y se los quitan y se los comen. Y dice que las lechuzas se beben el aceite, y que entran a las iglesias, de noche, para beberse el aceite de las mariposas que dejan encendidas para alumbrarle al Señor.

Cuando Zambudio encuentra una tela de araña, caza moscas, que ya se sabe que las caza con mucha habilidad, y las tira en la tela para que se queden enredadas en ella y después espera y espera, casi sin respirar de gusto, hasta que ve cómo viene la araña descolgándose por un hilo que hace ella misma y se la come poniéndose encima de la mosca y cerrando las patas, porque dice que las arañas tienen la boca en la barriga, que no sé si será verdad.

Me acuerdo de que ya he dicho antes que Cabeza es tonto, tonto, lo que se llama tonto. Es tonto de nación. Tiene la cabeza tan grande como la bola del mundo que hay en la sala de estudio y don Julio le está siempre sacando burla por eso. Le dice que como se haga un sombrero de paja, tendrán que estar los burros tres meses a chocolate, y que si se hace un traje de marinero, le podrán escribir en la cinta de la gorra los nombres de todos los barcos de la flota inglesa. También le dice que como un día se caiga de coco, hará un aljibe en el suelo, y otras cosas más que ya las he dicho o que ya las diré conforme me vaya acordando. Quitando a Jinojito, es con el que más nos metemos en las bromas. Cutillas le da capones en la cabezota y luego se huele los nudillos para acertar lo que ha comido ese día, pero eso también nos lo hace a los demás, que nos tenemos que aguantar porque es mayor que nosotros y nos puede, y por eso nos chulea y nos chotea todo lo que le da la gana, o todo lo que le sale de los huevos, como él suele decir.

Cabezón vive al lado de mi casa. Su padre es representante de comercio y está siempre viajando. Su madre va de luto, con un manto negro muy largo, porque en el mismo año se le murieron dos hijos y una hermana, y muchos días llega al colegio a protestar y a decir que le pegamos a su hijo, y que no hay derecho a que nos metamos con él porque tenga la desgracia de tener la cabeza gorda, que bastante trabajo le costó nacer, y que tampoco es para tanto, y que además su hijo es muy bueno y no se mete con nadie, que eso sí que es verdad y no porque lo diga su madre, y que qué educación es la que nos están dando en este colegio. Un día fue también a mi casa a decirle a mi madre que yo le doy cogotazos y papirotazos a su hijo, y mi madre le contestó que me castigaría, pero que le extrañaba mucho porque yo soy un niño de muy buenos sentimientos y de buen corazón, que se ve que mi madre no me conoce bien del todo. Yo oí lo que decían escondido detrás de la puerta de la sala, que estaba a medio abrir. Cuando se fue la madre de Cabeza, la mía me largó tres tapabocas seguidos que todavía me acuerdo y desde ese día no he dejado ni siquiera uno de darle algún mojicón a Cabezota y hay días que le doy uno por la mañana y otro por la tarde, para que aprenda a no ser acusica y a no mezclar a las madres en nuestros asuntos.

Cabezón está siempre rascándose la cabeza como si la tuviera llena de piojos, que para quitárselos necesitaría una bandada de picabueyes, y a lo mejor sí que tiene piojos porque unos días antes de dar las vacaciones de Navidad llegó al colegio pelado al rape y oliendo a petróleo, y entonces sí que daba gusto meterle macocas y tirarle con el canuto lirones a la coronilla.

Manzano es el que está más gordo de todos nosotros, mucho más que el Jínjoles y que Galindo y que Igualada, que ya es difícil, porque Igualada se come unos bocadillos tan grandes que parece que está tocando la trompeta. Manzano está tan gordo que no puede correr y tiene que andar con las piernas abiertas porque se le rozan los tocinos que cría en los muslos. La gordura de Manzano no es una gordura natural, que es una enfermedad que tiene toda su familia, y al pobre se le han muerto ya tres hermanas de tanto engordar, que se conoce que el pellejo no les dio más de sí y estallaron como los globos cuando los inflas demasiado y te explotan en las narices.

Está gordo por todas partes y no se le nota la cintura. Le cuesta mucho trabajo escribir por culpa de la gordura de los dedos y tiene los carrillos de la cara como si siempre estuviera soplando o se le hubieran inflamado las muelas, y los del culo como si se los hubieran hinchado metiéndole por el ojete una bomba de las de hinchar las ruedas de los coches.

A Manzano le hemos puesto muchos moteles, que todos se los sacamos a lo gordo que está. Le llamamos, verbigracia, el Bomba, el Faty y el Morcón, pero lo que más le llamamos es Michelín, porque tiene el cuerpo que parece hecho de ruedas de goma como el hombre de los anuncios de las ruedas Michelin. No puede jugar a las bolas porque le cuesta mucho trabajo agacharse, ni a nada de correr, ni al fútbol, como no sea de portero, porque jugando de portero no tiene que moverse y como está tan ancho tapa casi toda la portería y detiene con la panza todos los pelotazos. Otras veces, si los pelotazos van muy fuertes, se vuelve de espaldas porque le da miedo, y entonces no los para con la panza, pero algunos le rebotan en el trasero, y así salva muchos goles.

Al comienzo del curso había otros niños en la clase, porque cuando empezamos éramos veintitrés en total. Al final, sin contar a Jinojito, quedamos trece: Vergara y yo, que somos los primeros. Campillo, que se quedó el tercero, detrás de mí, que seguramente fue por lo que yo le ayudaba en las lecciones, en los problemas y en el dictado. Igualada y Molina, que han sido el cuarto y el quinto. Zambudio, Galindo y Primitivo, que también han pasado a la Preparatoria, que yo me alegré mucho por el pobre Primitivo, por lo que conté que su abuela no podía comprarle los libros, ni los cuadernos, ni los lápices. El Jínjoles, Portales y Manzano, que ya no pudieron pasarlos, y Cabezón, que se hubiera quedado el último si no hubiera estado Cutillas, que nunca adelanta un puesto porque no se sabe ninguna pregunta y se queda el último desde el primer día y por eso Cabezón ha sido el penúltimo.

Ya he dicho que al Seisdedos, que era uno de los tres que se llaman García lo pasaron en seguida a la Preparatoria. A Díaz, que sus padres le habían puesto de nombre Rodrigo para que se llame como el Cid Campeador, se lo llevaron al campo porque le entró la tuberculosis y se puso tísico y echaba sangre por la boca sin necesidad de que le rompieran las muelas. Aguirre se fue del colegio porque trasladaron a su padre, que era de Hacienda. A Verdú lo han metido interno en los jesuítas de Orihuela, porque dijeron que se estaba haciendo un golfo. Bello, que se llama Felipe y nosotros le pusimos de apodo Felipe el Hermoso, se ha pasado a estudiar a los maristas. Y los otros han dejado de venir al colegio sin que sepamos por qué, y yo no los he vuelto a ver por la calle, ni en el derribo, ni en el cine, ni en el Malecón, que no sé si siguen estudiando o no, o si se presentarán al Ingreso y me los encontraré en los exámenes del Instituto, o si están dando bellotas, o si se les ha muerto su padre o su madre, o si leerán alguna vez esto que yo estoy escribiendo ahora.

Se me ha curado la tos y se me ha pasado el atranque del vientre, que ya hago caca todos los días, así que ya me dejan salir de la casa y bajar al huerto, aunque todavía no puedo bañarme en la balsa y me han dicho que no monte en la bicicleta y que no debo correr para no acalorarme. Por eso, algunos ratos me aburro y escribo en los cuadernos más renglones de los que antes escribía por las siestas en la terraza de Levante. La verdad es que yo tampoco tengo muchas ganas de nadar ni de darle a los pedales ni de pasarme el día corriendo por el huerto y por los pinos, que se ve que la enfermedad me ha dejado un poco flojo y como sin ansias, y dice la bisabuela que esto no se me pasará hasta que no coma mucho y me reponga y me den seis o siete frascos de Ceregumil.

Hoy he encontrado un hormiguero de hormigas bastante grande en el patio que hay delante de la cochera. Me he sentado en el suelo y me he pasado mucho rato mirando cómo las hormigas iban y venían desde el hormiguero hasta yo no sé dónde, haciendo una fila muy larga. Las hormigas, por lo general, andan muy de prisa como si siempre tuvieran ganas de trabajar sin que nadie les riña. Las que salen del hormiguero van de vacío, pero las que vienen traen en la boca pajillas, migas de pan, cachos de boñiga, animalillos muertos, granos de trigo y hasta de panizo, de los que les echan a las gallinas, que yo no sé cómo pueden tener fuerza para acarrearlos hasta el hormiguero. Cuando traen una carga muy grande, cogida con la boca como con unas tenazas, andan para atrás, igual que los cangrejos, en vez de andar para adelante, que se conoce que así pueden hacer más fuerza y acarrear mejor el cargamento. Si alguna hormiga ve que otra no puede arrastrar lo que lleva o que se atranca la carga en los granos de tierra o en el chinarro, entonces se para a ayudarle, pero eso sucede muy pocas veces. Se ve que cada hormiga tiene un recado diferente que hacer y cada una va a lo suyo sin perder tiempo en mirar a las otras cómo trabajan, que es lo que

hacen muchos niños y muchos hombres también cuando se quedan mirando la manera que tienen de trabajar los albañiles de una obra, o los carpinteros, o los que arreglan las bicis, o los que riegan las calles.

Me he cansado de mirar la fila de hormigas ir y venir, y entrar y salir por la boca del hormiguero, porque cuando ya las has mirado un rato largo, te aburres, que siempre hacen lo mismo. Entonces, con la punta de una caña, me he entretenido en quitarles de la boca la carga que arrastraban o en matar a algunas, y ellas se quedan sin comprender cómo ha sido, dando vueltas en el mismo sitio y muy extrañadas, o sea, patidifusas, que es lo que dice la bisabuela cuando te llevas una sorpresa por algo que no te lo puedes explicar. Y a mí me ha dado por pensar, que no sé si será pecado, que eso que yo hago con las hormigas es lo mismo que Dios hace con nosotros, que nos quita las cosas y que se lleva a las personas que conocemos y que son nuestros amigos o de nuestra familia, igual que hizo el año pasado con el abuelo, aunque no debe de ser lo mismo porque todos me dicen que Dios hace siempre lo que más nos conviene, y yo les hago a las hormigas algo que no les conviene nada, que es quitarles la comida que se llevan a su despensa.

Cuando también me he cansado de hacer eso, con la punta de la caña he cegado el hormiguero, y he metido por la entrada el montoncillo de tierra que ellas habían sacado, que estaba allí al lado de la boca, puesto en forma de pirámide, que no sé cómo aciertan a hacerla tan bien hecha y tan pareja. Entonces, las hormigas se han puesto como locas y más patidifusas todavía. Las que llegaban al hormiguero y no encontraban la puerta empezaban a buscarla con mucha angustia y cuando se convencían de que la entrada estaba cegada se volvían por la fila con mucha prisa, paraban a las demás que venían o que se iban, se ponían una delante de otra y cruzaban los bigotes como si se lo estuvieran contando al oído. Unas, echaban a correr, a seguir diciéndoselo a las que todavía no lo sabían, y otras se volvían a la puerta del hormiguero y se aplicaban a desatrancarlo, quitando la tierra grano a grano y volviendo a hacer el montón con forma de pirámide, hasta que lo abrían de nuevo y entonces han seguido arrastrando sus cargamentos. También se han puesto a buscar a las hormigas que yo había matado y se las llevaban adentro, que no sé si es que se las comen, como hacen los caníbales, que son antropófagos, o que no quieren dejarlas en medio de la fila porque les dé asco de verlas, o porque también ellas tengan la obligación de hacer la obra de misericordia que manda enterrar a los muertos.

Cuando se lo he contado a la bisabuela, ella me ha dicho que ya no haga más eso, que cegar los hormigueros es cosa que hacen los que tienen malas entrañas, y que los hombres deberíamos aprender de la diligencia de las hormigas, que ya se sabe que es lo contrario de la pereza, cuando llega un terremoto que tira las casas, o descarga una tormenta de granizo que rompe las ramas de los árboles y tira al suelo la fruta, o suben las aguas con la inundación, que los huertanos se lo avisan tocando las caracolas, o pasa un huracán que arrasa la tierra, o viene una guerra de mucha destrucción y muchas muertes. La bisabuela siempre dice estas cosas tan buenas y da

estos consejos de tanto valor, pero lo que pasa es que eso que hacen las hormigas no es tan fácil de hacer, porque yo pienso en el trabajo que me costaría a mí, por ejemplo, escribir otra vez estos cuadernos que llevo escritos si alguien me los quitara, o se me perdieran, o se me quemaran en un incendio, o me los rompiera mi madre por algunas cosas que cuento.

Me he pasado otro rato muy divertido viendo salir del cascarón a los pollos de la gallina que se quedó llueca. Águeda me ha dado el aviso, porque hoy hacía tres semanas justas desde que le echaron los huevos, que le echaron veinte, y dice Águeda que los pollos de las gallinas tardan tres semanas en salir, y que los de pava, como son más grandes, tardan cuatro. Entre los huevos que le echaron a la llueca hay uno de pato, que ya lo he pedido yo para mí, y mi madre me ha dicho que sí, que me lo da, y estaba deseando ver la cara que pone la gallina cuando note que le sale un pato en vez de un pollo, porque a lo mejor nó le hace caso, o lo mata, o se lo come ella.

La llueca se ha pasado las tres semanas sin moverse apenas del nido, agachada encima de los huevos para darles calor, y de vez en cuando los revuelve con las patas, que me ha explicado Águeda que eso es para darles la vuelta y que les llegue el mismo calor por todos lados, lo mismo por arriba que por debajo, como cuando ella le da vueltas a la comida en la lumbre. Me he pasado mucho tiempo mirando hasta que por fin la gallina se ha levantado y ha empezado ella también a mirar los huevos, que parecía que supiera que se habían pasado ya las tres semanas sin necesidad de tener almanaque como tiene Águeda para señalar el día en que les echa los huevos a las lluecas. Y en seguida ha salido un pollo.

El pollo ha salido rompiendo el cascarón desde dentro y se veía muy bien los golpes que le daba con el pico hasta que le ha hecho una especie de estrella en la coronilla como hago yo con la cuchara cuando me tomo un huevo pasado por agua, que para que salga bueno, ni muy duro ni muy blando, Felisa reza tres Credos mientras hierve y después lo pone debajo del grifo para que le caiga el agua fría. Cuando ya ha hecho esa estrella, el pollo ha salido por ella como si fuera una ventana. Estaba muy mojado, con las plumas pegadas al cuerpo, como si lo hubieran peinado echándole mucho fijapelo del bote que tiene el tío, igual que hicieron conmigo el día que me llevó mi madre a los maristas. Pero en cuanto se le han secado las plumas, se ha puesto más gordo y más redondo, y se ha visto que es de color amarillo y da mucho gusto cogerlo entre las manos y acercártelo a la cara, porque está suave y caliente.

La gallina, como es su madre, se ha puesto muy contenta cuando ha nacido, o por lo menos a mí me ha parecido que se ponía, y ha empezado a mirar el pollo desde muy cerca y a tocarlo con el pico por todas partes y como a darle empujones con el mismo pico, aunque muy flojos para no hacerle daño. Después han ido saliendo más, y ha salido también el pato, que la gallina lo ha mirado más tiempo que a los pollos y

lo ha tocado más veces con el pico, pero no lo ha matado ni se lo ha comido y le ha hecho más caso todavía que a los demás, que yo me he puesto a pensar en cuál será más madre del pato, si la pata que puso el huevo, pero no se quedó llueca, o la gallina que le ha estado dando calor con el buche tres semanas seguidas. Se lo he preguntado a Águeda, y Águeda ha empezado a abrir y cerrar los párpados más de prisa que lo hace siempre, y ha dicho Jesús y qué cosas pregunta este zagal, y por fin me ha explicado que la gallina es la madrastra del pato, pero que es una madrastra muy buena, y no como la que ella tuvo, que le pegaba sin razón y no le daba de comer cuando le pedía, y estaba deseando que se casara con Miguel o con el que fuera para que se marchara de su casa. De los veinte huevos que le echaron a la clueca no han nacido más que dieciocho pollos, contando al pato, que se conoce que los otros dos han salido gárgoles. Cuando han terminado de nacer todos, Águeda les ha abierto el pico apretándoselo por los lados con los dedos y les ha echado por la garganta un grano de pimienta a cada uno, que dice que eso es para que se les pongan fuertes las tripas y puedan digerir bien el amasijo y lo que se coman, porque la gallina no puede darles de mamar y es que las gallinas no tienen tetas, y que además así se despabilan los pollos, y después les ha soplado en el culo para ver si son machos o hembras, que se ha puesto muy contenta porque ha dicho que hay seis pollos y once pollas, además del pato, que también es pata.

El que no ha aparecido por el nido es el gallo que sea padre de los pollos, ni siquiera cuando estaban todas las aves sueltas, aunque la verdad es que la gallina no dejaba acercarse a nadie al nido y se ponía furiosa si quería acercarse un gallo o cualquier otra gallina. Yo no sé por qué tiene que ser la gallina sola la que caliente los huevos y cuide los pollos, mucho más porque es ella también la que tiene que poner los huevos, que yo sé que en otros animales son los machos los que tienen los huevos, como los burros y los caballos, y como los tengo yo mismo debajo de la pilila, aunque no los vayamos dejando por ahí en los ponedores metidos en un cascarón. Se lo he preguntado a Águeda y ella ha vuelto a decir que Jesús y qué preguntas hace este puñetero zagal, y entonces me ha explicado que las gallinas nunca saben quién es el padre de sus pollos, porque no se casan por parejas, que se casan cada noche con el primer gallo que llega, y que eso también le pasó a una prima suya que dice Miguel que es más puta que las gallinas, y que se fue a servir o a lo que sea, a Barcelona, después de que la deslomara su padre de una paliza.

Cuando me he puesto a pensar en que los pollos se crían sin que el gallo esté con ellos, me he acordado mucho de Jinojito, que Campillo me contó un día que le había dicho su madre que Jinojito se criaba sin padre, y me ha dado mucha lástima. También me ha dado lástima por mí mismo, que a mi padre lo tengo enfermo desde hace cuatro años y no puede vivir con nosotros, y por todos los niños que se les ha muerto su padre, como Primitivo, o que tienen que criarse sin él porque se van, como los gallos, a buscarse cada noche otras gallinas porque no quieren casarse por parejas.

Aparte de no poder montar en bicicleta, ni de jugar a juegos de correr mucho, ni de ir a bañarme a la balsa, ni de bajar al pueblo en la tartana con Miguel, tampoco puedo entrar en la casa de los caseros, porque lo tengo prohibido desde un día del verano pasado. Vivía aún el abuelo y acababa de entrar la república, que mucha gente se puso muy contenta, pero que a las personas de mi familia no les hizo ni pizca de gracia. Yo estaba aquella noche en casa de Miguel y de Águeda, y estaban también los padres de Ángela y de su hermana mayor, que se llama Rosario, como su abuela, que tengo que contar luego una cosa de ella que también me la tengo que confesar con don Vicente. Le había pedido permiso a mi madre para cenar allí, porque Águeda había hecho migas de harina, que a mí me gustan mucho, y mi madre me lo dio. Águeda hace las migas de chuparse los dedos, mejor todavía que Felisa y que nadie en el mundo, y yo me comí un plato muy grande, lleno hasta el borde y con copete, y una sardina de bota que se comen después de que Miguel las pone dentro de un papel de estraza y las chafa con el quicio de la puerta de la entrada, porque dice que así se ablandan y se empapan bien en el aceite que sueltan. Y también dos ñoras fritas y un racimo de uvas, que Águeda me dijo que aquella noche no me iba a desmayar.

Después de cenar vinieron unos amigos de Miguel, que son caseros de las fincas de al lado de la nuestra, los de Cisneros, los de don Juan, los de don Isidoro y el guarda del huerto de la Virgen, porque la Virgen tiene un huerto, como si fuera una persona igual que cualquier otra, que lo administran los canónigos de la catedral, y que dice Felisa que menuda vida se rapan los canónigos con la administración del huerto de la Virgen, porque administrador que administra y enfermo que enjuaga, algo traga. Se tomaron algunas láguenas y muchos vasos de nazarenos, que se llaman nazarenos porque se hacen mezclando el anís y el vino tinto, y toman el color morado, igual que las narices del Berenjena, y en seguida empezaron a hablar de política, pero no como hablan en la terraza mi madre, mis tíos y la bisabuela, sino al revés, diciendo que la república está muy bien y que ya estaban hasta los cojones de aguantar a los jodidos señoritos, a los curas y a los militares. Entonces, el guarda del huerto de la Virgen dijo que él de quien más estaba hasta los cojones era de los curas, o sea de los canónigos de la catedral, que no le quitaban el ojo de encima mientras estaba pesando en la romana la oliva y la almendra de la cosecha. Después miró a Miguel y en seguida me miró a mí, como diciéndome que yo me iba a chivar, que yo me di cuenta porque no soy jilipollas, pero Miguel se echó a reír y dijo:

—Éste es de los nuestros —y me subió encima de la mesa, después de apartar las botellas y los vasos—. Anda, échanos un discurso republicano. —Y me largó una láguena diciéndome que a ver si era hombre para tomármela de un trago, que yo me la tomé y sí que fui hombre. Y Miguel dijo que joder con el crío.

Eché el discurso, que sabía echarlos, aunque el año pasado era más pequeño que este año, y después me puse a gritar que ¡Viva la República! y terminamos todos por cantar eso de si los curas y frailes supieran la paliza que les van a dar, y otra canción que todo el mundo, menos los mayores de mi familia y otros señores, cantaba aquel

verano:

*¡Viva la media naranja,
viva la naranja entera,
vivan los republicanos,
aúpa,
muera don Juan de la Cierva!*

De repente se abrió la puerta y apareció mi abuelo. Todos echaron a correr, menos Miguel y Águeda, que tuvieron que quedarse allí. Los otros caseros y el guarda del huerto de la Virgen se escaparon por la puerta del patio. Salvador se fue a su cuarto, y Ángela se quedó acurrucada en un rincón, que no quería que la viesan, pero que se conoce que le daba lástima por lo que pudiera hacerme el abuelo. Yo estaba encima de la mesa, , callado, sin atreverme a bajar ni a decir nada. Mi abuelo le dijo a Miguel que mañana hablaremos de esto y que ya podía ir buscándose otro huerto de algún republicano que fuera su amigo para trabajar y robarle la fruta, y entonces Águeda se puso a llorar y a hacer aspavientos, y a decir que este hombre, con su manía de la política, iba a traer la perdición a su casa. El abuelo me agarró de una oreja y me hizo bajar de la mesa de un salto y así cogido me llevó hasta la cama, que nunca me había hecho nada parecido, y me dijo que como él se enterara de que volvía a poner los pies en casa de los caseros, me ponía él el culo como un tomate maduro. Y yo, aunque el abuelo ya se ha muerto, no he vuelto a poner los pies allí, porque me entra el respeto y creo que si no le obedezco me va a castigar Dios, mucho más por que ya no está aquí él para ponerme el culo como un tomate maduro.

Ni siquiera me atrevo a ir por allí a ver si ha venido Ángela en la hora de la siesta, y lo que hago es que la espero tranquilamente, sentado en la terraza de Levante, hasta que ella llega y nos vamos al huerto y a los pinos a buscar tesoros y a hacer pipí juntos debajo de las higueras y que se harte de manosearme la perinola, que es como llama la bisabuela a la picha de los chiquillos.

Cuaderno sexto

La más miedosa de mi casa es mi hermana, que por la noche le da miedo irse a la cama porque tiene que subir sola las escaleras del vestíbulo, cruzar el pasillo y meterse en la habitación vacía. Por eso, muchas veces sube con ella Felisa y se queda en el cuarto hasta que ya se queda acostada y durmiéndose. A mi madre le da rabia que sea tan miedosa, que yo me río de ella y le digo que tiene más miedo que Jinojito, y la manda sola para que se cure de los pavores y se le quiten los melindres y las tonterías. Entonces voy yo y me escondo en el hueco que queda entre la pared y el armario del pasillo para darle un susto cuando pase.

Ella sabe que yo estoy allí y que le voy a dar el susto porque es lo que hago siempre, pero aunque lo sabe le da miedo y no se atreve a pasar.

—Sal del rincón, que sé que estás ahí y que me vas a dar el susto.

Yo me quedo callado y contengo la respiración para que no me la oiga.

—Pues como sé que estás ahí, ahora paso y no me asusto.

Pero yo sigo callado como si no estuviera. Al cabo de un rato se atreve a pasar, y entonces yo salgo, doy una patada en el suelo, le digo ¡uh!, y ella se asusta lo mismo, y se va a su cuarto corriendo y dando gritos. Y eso se lo hago siempre y ella no deja de asustarse aunque es mayor que yo, que me lleva unas veces dos años y otras veces tres porque cumple los años en febrero.

Es verdad que es la más miedosa de todos, y la bisabuela dice que esta niña es demasiado medrosa y asustadiza, pero también es verdad que es la más buena de los tres hermanos, que también la bisabuela dice que eso es muy natural porque los niños son siempre más revoltosos y díscolos que las niñas.

Los dos nos queremos mucho y jugamos juntos a muchos juegos, que algunos los voy a contar, y en cambio a mi hermano, como se pasa los inviernos con mi abuela la de Lérida y se cría igual que un hijo único, le gusta más jugar solo, o, como ya es mayor, se va con sus amigos cuando estamos en la ciudad y con Salvador cuando estamos en Santo Ángel como ahora. Pero mi hermana es más buena conmigo que yo con ella, que cada uno tiene una manera distinta de quererse, y dicen que mi manera de querer es la de hacer rabiar, porque me gusta ser impertinente y mortificante como es la bisabuela. Siempre que me va a pegar mi madre porque he hecho alguna diablura, que se me ocurren muchas, mi hermana se pone de mi parte y le dice a mi madre que si he hecho algo malo ha sido sin querer. Mi madre no hace caso y me suelta un par de soplamocos o me sacude el culo con el espolsador, que muchas veces me da con el rabo de madera y entonces me hace más daño. Cuando mi madre me pega así, mi hermana se viene a mi lado, y se agarra a mí y dice que quiere que también le peguen a ella. Otra que me defiende mucho cuando me pegan es Felisa, que se pone entre mi madre y yo y me cobija metiéndome entre su falda, que muchas veces se lleva ella los espolsadorazos que me sacude mi madre, y empieza a decir sin parar que déjelo usted ya, que lo va a lisiar de mala manera, que es todavía muy

pequeño y no tiene conocimiento.

La bisabuela también se pone a mi favor, pero sólo de palabra, sin moverse del sillón o de la mecedora. Levanta la ceja y le dice a mi madre que eso de los azotes no es un buen sistema de educación, que el lenguaje de los palos no lo entienden más que las caballerías, y que para conseguir que yo no haga barrabasadas hay que utilizar el convencimiento y la persuasión, que aunque yo no sé lo que significa esa palabra, ya entiendo que lo que quiere decir la bisabuela es que me digan las cosas por las buenas en vez de castigarme por las malas. Y es verdad que por las malas me cuesta mucho trabajo arrepentirme, y en lugar de enmendarme empiezo a pensar en otras diabluras más gordas. Luego, por la noche, la bisabuela viene a mi cama a consolarme, y a decirme que en esta casa es ella la única que me entiende y que si fuera hijo suyo haría de mí un niño muy dócil y muy cariñoso, porque mi abuelo era lo mismo que yo cuando tenía mi edad, y después ha sido un hijo muy bueno y se hizo doctor en derecho a los veintidós años y alcalde a los veintiséis, y diputado a Cortes y director general y todo lo demás.

A mi hermana no le tienen que pegar nunca porque es muy obediente menos en lo de estudiar, que prefiere sentarse al lado de mi madre a hacer cadeneta con la aguja de ganchillo o a bordar bodoques o punto de cruz con el bastidor, en vez de aprender el curso del río Ebro desde que nace en Reinosa, provincia de Santander, hasta que muere en el mar Mediterráneo por Tortosa, o lo de las batallas de Almanzor, que atacaba dos veces cada año, y lo del destierro del Cid, que lo desterraron por un año y él se desterró por cinco. Como le gusta mucho la casa y está muy enmadrada, no quiere ir a ningún colegio, que es muy buena pero muy terca, y mi madre le ha puesto una profesora particular que va a la casa todas las tardes a darle lección y que se llama doña Fuensanta.

Doña Fuensanta es hermana de un cura muy viejo, que se llama don Félix, y que también va a la casa a confesar a la bisabuela. Don Félix tiene muy negros los pocos dientes que le quedan, que está muy mellado como los niños cuando cambian los dientes de leche, y que yo me he enterado de que los tiene tan negros del mucho fumar, y lleva una sotana remendada llena de caspa por los hombros y por la espalda. Se pasa mucho tiempo confesando a la bisabuela, que no sé yo qué pecados podrá tener como no sea el de ser impertinente y lo que tiene, según dice mi madre, son demasiados escrúpulos de conciencia y que le gusta confesarse siempre de las mismas cosas aunque ya se las hayan perdonado don Félix y Dios. Cuando terminan de confesar, la bisabuela me llama para que le abra su armario y saque dos duros de la caja de plata, y se los da a don Félix para que él los reparta entre sus pobres y aplique misas por su marido, el bisabuelo, y por sus hijos, que tuvo cinco, y ya se le han muerto todos, que el último que se le ha muerto ha sido el abuelo.

Doña Fuensanta va siempre de luto desde los pies a la cabeza y además lleva un

manto negro que le tapa la frente hasta las cejas y que le llega más abajo de las rodillas. Lleva también luto en las uñas, que se le ve un ribete muy grande en cada una, y yo creo que también lleva luto en la cara porque tiene las orejas llenas de roña y muchos puntos negros en la frente, en las narices y alrededor de la boca, que debe de ser porque no quiere lavarse por lo del luto. Aunque ella no se lave le está dando siempre la tabarra a mi hermana para que se enjabone las manos cuando se mancha los dedos de tinta y para que se cepille bien las uñas. Yo le dije un día a mi hermana que le contestara a doña Fuensanta que la que lleva las uñas sucias es ella, y mi hermana no quería contestárselo, pero luego la convencí, porque hace casi siempre lo que yo le digo que haga, y ella fue y se lo dijo. Doña Fuensanta le llamó a mi hermana descarada y deslenguada, que yo estaba oyéndolo desde detrás de la puerta para ver si se lo decía y lo que pasaba; le puso en la cabeza un gorro con orejas de burro que lleva siempre en el bolso y la castigó a pasarse media hora, de rodillas y con las orejas de burro, en el balcón, para que la vieran así todos los vecinos y se rieran de ella. Cuando se enteró mi madre, le preguntó que a quién se le había ocurrido lo de darle a doña Fuensanta esa contestación, que una cosa así no se le podía haber ocurrido nada más que a mí, pero mi hermana le dijo que no, que yo no tenía nada que ver, porque como es tan buena conmigo no quiso acusarme por si me sacudían el culo con el espolsador, y la bisabuela dijo que doña Fuensanta, además de no tener letras, porque es una analfabeta, es una farota y una desaseada, y que no le cepilla la sotana a don Félix desde la pérdida de Cuba, y que a quien se le hubiera ocurrido decirle eso, se le había ocurrido con mucha razón.

—¿Quieres que juguemos hoy a los médicos?

—Bueno.

—Y los enfermos son tus muñecas y tus muñecos.

—Bueno.

—Y les vamos a hacer una operación.

—¿Es que no hay más remedio que hacerles una operación?

—Para que se pongan buenos hay que hacerles la operación.

—Entonces, bueno.

—Pues trae los muñecos.

—¿Todos?

—Claro. Todos.

—¿El grande también?

—El grande es el que está peor, que se está muriendo. —¿Sí?

—Sí.

—Bueno.

Mi hermana trajo todos sus muñecos, que cada uno tiene su nombre, y el más pequeño se llama Jinojito. Yo saqué la cuchilla de afilar los lápices y cogí el botellín

del yodo, el algodón, el esparadrapo y un alfiler largo.

—Tú trae una aguja y un carrete.

—¿Para qué?

—Para coserlos después de la operación.

—Bueno.

—Y saca la tijera del costurero de mamá.

—Bueno.

—Ah, y coge del tocador de su alcoba las pinzas de depilarse las cejas.

—Bueno.

Colocamos los muñecos en fila acostados en el suelo. Primero, con el alfiler, les puse la inyección en el culo. Después, con la cuchilla, les rajé el trapo por el sitio de la barriga, y empecé a hurgarles por dentro con las pinzas y a darles tijeretazos por un lado y por otro, que se les salió el serrín o la viruta del relleno. Mi hermana me enhebró la aguja y yo los cosí haciéndoles costurones y repulgos. Les eché tintura de yodo en los corcusidos y les pegué encima la cinta de esparadrapo.

Mi hermana me miraba muy interesada, que casi no se atrevía a respirar, poniendo ojos de mucha admiración, como cuando se ve hacer una cosa muy difícil o de mucho peligro. Me miraba con un poco de miedo y otro poco de confianza, como se mira a los médicos de verdad. El que peor se quedó fue Jinojito, porque como era tan pequeño se le había salido casi todo el serrín y aunque yo quise volvérselo a meter y coserlo bien, se quedó el pobre hecho un guiñapo casi vacío y desinflado, como si estuviera muerto.

Cuando mi hermana empezó a darse cuenta de cómo se le habían quedado los muñecos, se le fue poniendo la cara muy triste, se le mojaron los ojos, apretó los labios con ganas de llorar y se quedó mirando sus muñecos con mucha ternura y con mucho desconsuelo. Por fin, rompió a llorar y a gritar, con la boca muy abierta que apenas se entendían las palabras, que ya no iba a jugar más a los médicos conmigo, y que no quería que los muñecos se le pusieran malos, ni que tuviéramos que hacerles ninguna operación. Los abrazó a todos con mucho cariño, sobre todo a Jinojito. Se los llevó a su cuarto, los metió en la cama y se quedó a su lado sin querer hablarme. Al cabo de un rato, viendo que no se cansaba de estar al lado de la cama y llorando y tapando a los muñecos, le pregunté:

—¿Se te ha pasado ya el enfado?

—No.

—¿Y se te va a pasar dentro de un rato?

—No lo sé. Me has matado los muñecos.

—Entonces, ¿ya no me quieres? ¿Es que quieres más a los muñecos que a mí?

—Quererte sí que te quiero.

—¿Y vamos a ser otra vez buenos hermanos?

—Sí.

—¿Se lo vas a contar a la mamá?

—No. No se lo contaré para que no te pegue con el espolsador.

—¿Y vamos a jugar mañana otra vez?

—Con los muñecos, no. A los médicos ya no quiero jugar más. Me los has matado.

—Y a otra cosa, ¿querrás jugar?

—Bueno.

—Entonces, ¿hacemos las paces?

—Bueno.

—Pues dame un beso.

—Bueno.

Me dio un beso y ella se quedó allí mucho rato, junto a la cama, llorando por los muñecos muertos. Después, antes de acostarse, los metió todos en una caja grande, los tapó con tres o cuatro pañuelos y guardó la caja en el fondo de su armario. Hasta que yo no vi cómo los guardaba, no me entraron los remordimientos, porque me parecía que estaba enterrándolos para siempre, como cuando a la caja de muerto del abuelo le pusieron la tapa encima y se la llevaron al cementerio.

Aquella tarde nos fuimos a la glorieta para buscar a don Pedro Boluda y ponerle una condecoración. La condecoración nos la hizo mi hermana con cuentas de collar, que están atravesadas por un agujero para pasarles el hilo, y con lentejuelas de las que cosen en los refajos de los trajes de huertana, y con madroños de seda, que ella los sabe hacer muy redondos y tiene la paciencia de recortarlos muy bien con la tijera de las puntas curvadas. Don Pedro Boluda se pasa las tardes en la glorieta paseándose y tomando el sol. Tiene unos bigotes blancos muy grandes y unas cejas, también blancas, y mucho más anchas que las del Berenjena. Es muy famoso porque lleva siempre en las solapas de la chaqueta unos colgajos que él dice que son condecoraciones que le han dado el zar y Alfonso XIII y el marajá de la India y el emperador del Japón y el emir de Damasco y el Papa y muchos personajes más que no me acuerdo o que no sé cómo se escribe su nombre. Se cree todas las cosas que le dice la gente aunque sean embustes muy gordos y nos cuenta a los chiquillos y a todos los que le preguntan cuáles son los ministros y los embajadores que vienen a verlo y los reyes que le escriben cartas y la condecoración que le ha dado cada uno de los que vienen. Dice poesías que se las saca de su cabeza y hace una poesía cada vez que se casa un vecino suyo para que lo inviten a la boda o cada vez que hay un bautizo de un niño de padres que él conoce. Yo me metí una vez en un bautizo, que me harté de peladillas y pillé tres perras de las que el padrino tiró a los chiquillos a la salida de la iglesia, y don Pedro Boluda hizo una poesía para brindar:

Y brindo por el señor Norberto

*y por la señora Pilar,
y brindo por el niño experto
que acaban de bautizar,*

que yo me creí algún tiempo que eso de experto era el nombre que le habían puesto al niño, y que después me dijo la bisabuela que eso no es un nombre de niño, que es un ripio de la poesía. También hace una poesía cada vez que quiere contar algo de lo que le pasaba en el hospital, porque él trabaja allí de practicante, aunque ahora le dejan que no vaya nunca, nada más que cuando quiere, y que se quede tomando el sol en la glorieta. Yo me sé otra poesía suya donde cuenta lo que le pasó una vez que una mujer no dejaba el culo quieto para que pudiera ponerle una inyección:

*En vez de un pinchazo
tuve que darle dos
porque no se estaba quieta
ni pa Dios.*

Y también me sé otras más largas. Lo que le pasa a don Pedro Boluda es que está loco. Dicen que se volvió loco porque los gitanos le robaron un hijo pequeño para sacarle el saín, y ya no volvió a verlo, ni vivo ni muerto, que no se sabe si lo enterraron en el monte o lo tiraron al río con una piedra atada al cuello para que no saliera fuera del agua, como les pasa a los ahogados, que primero se hunden y después salen hinchados como zepelines.

Y desde entonces le quedó la manía de hacer poesías, de ponerse condecoraciones y de hablar con el Papa y con los reyes y, ahora, con el presidente de la república. Cuando encontramos a don Pedro Boluda le dijimos que le íbamos a dar la gran cruz del Calzón Caído, porque se le bajan mucho los pantalones, y le presentamos a Jinojito, que es el más fino de todos nosotros, como si fuera el príncipe de Gales. Don Pedro se colgó la condecoración que había hecho mi hermana y le dio la mano a Jinojito como la cosa más natural del mundo. A Jinojito le empezaron a entrar las lástimas y dijo que no debíamos burlarnos así de don Pedro Boluda, que se había vuelto loco por lo de su hijo y que era muy bueno y siempre quería estar hablando con los niños. Pero ninguno le hicimos caso y Cutillas le dijo que no fuera gilí ni aguafiestas. Nos sentamos todos en un banco de la glorieta, que están hechos de azulejos como los del patio del colegio y que no tienen brazos, que parecen poyetes. Y entonces empezamos a jugar a parir la gata, que se juega empujando mucho los de un lado hasta que el primero que está sentado en el otro lado se cae del banco y si no se anda listo para ponerse de pie de un salto se da la culada y se hace daño en la corcusilla.

A don Pedro lo sentamos en medio. El primero por una punta se sentó Molina, después Galindo y después Igualada. Al lado de don Pedro pusimos a Jinojito, después se sentó Cutillas y el último yo. Los demás se quedaron de pie, haciendo corro, porque ya no cabíamos más en el banco. Yo y Cutillas empezamos a empujar y en seguida saltó Molina, que vino a sentarse a mi lado y a empujar él también. Galindo duró casi tan poco como Molina. Igualada se resistió bastante, porque está gordo y fuerte, pero al fin cayó también, y se vino a la otra punta a seguir empujando. Se quedó en la esquina don Pedro, que, sin que le importara nada el juego, le estaba preguntando al príncipe de Gales que cómo estaban su padre y su madre y que si había venido en tren o en barco hasta Cartagena, que Jinojito no supo qué contestar y dijo que a él lo habían traído y que no sabía nada más. A todo esto, Cutillas le empujaba a Jinojito, y Jinojito le empujaba a don Pedro, y don Pedro estaba ya con medio culo fuera del banco, pero aguantando lo que podía para no salirse del todo y no darse la culada.

—No jodas, príncipe —le dijo a Jinojito.

A Jinojito le aumentó la lástima, y nos dijo que no empujáramos más y que no tuviéramos mal corazón. Pero entonces Cutillas pegó un empujón tan fuerte, que aunque Jinojito se encogió todo lo que pudo, don Pedro se salió del banco y se pegó la culada. Se levantó como pudo, que no le ayudamos ninguno, nos miró a todos muy serio y después, sin que nadie se lo esperara, le arreó un trompazo al príncipe de Gales y se fue a pasear sin volverse a mirarnos. Jinojito se llevó la mano a la nariz y se la quitó llena de sangre. Le cayó también la sangre en la chalina y en el chaleco y él se la taponó con el pañuelo. Después echó a andar para su casa, llorando, como un príncipe que hubiera perdido su reino, igual que lo que nos cuenta don Julio de Boabdil cuando perdió el reino de Granada y su madre le dijo eso de que llorara como una mujer. Lo dejamos irse solo. Nosotros nos aplicamos a ponerle rabos, con tiras de papel y alfileres doblados, a las niñas que se paseaban, a las criadas, a don Pedro Boluda, a las parejas de novios y a los guardias municipales.

Aunque todavía soy pequeño, ya he visto a tres mujeres desnudas, que no se me quita la curiosidad por saber cómo son las mujeres cuando están en cueros vivos, y aunque haya visto a una quiero ver a otra, y cuantas más pueda ver, mejor.

La primera de todas fue la bisabuela y de eso hace ya bastante tiempo. No sé si he contado ya otro día que la bisabuela se pasa mucho tiempo metida en su cuarto, encerrada con llave, lavándose y arreglándose. Todas las mañanas le pide a Felisa que le traiga dos o tres ollas grandes de agua bien caliente y que le entre a la alcoba una bañera pequeña que tiene para ella sola, que se puede llevar de un sitio a otro, y que cuando nos venimos a Santo Ángel siempre dice que no se olvide echarla al carruaje en el que vienen las maletas.

A mí me entró mucha curiosidad por saber lo que hacía la bisabuela en todo el

tiempo que se pasaba metida en su cuarto con la bañera y el agua caliente, y una mañana me colé en la alcoba sin que ella se diera cuenta y me escondí debajo de la cama. Como la colcha que tiene la bisabuela en su cama llega hasta el suelo, tenía que levantarla un poco para poder asomar la cabeza.

La bisabuela echó en la bañera las dos ollas de agua caliente, aunque la segunda olla no la vació entera y guardó un poco de agua, tapando después la olla para que se conservara el calor. Cogió un frasco que tiene en el tocador y que está lleno de unos polvos de color malva, se puso en la mano un buen puñado de ellos y después los echó a la bañera y movió el agua, que en seguida se hizo espuma y se llenó la alcoba de muy buen olor, parecido al de las violetas, como si hubiera echado agua de colonia. Cogió también una esponja amarilla y una pastilla de jabón Heno de Pravia, que nunca quiere usar jabón de otra marca, y en seguida vino lo emocionante. Se quitó la bata, se recogió el pelo con horquillas, que lo tenía muy blanco y muy ondulado como lo sigue teniendo ahora, y empezó a remangarse el camión, que era blanco del todo y le llegaba hasta los tobillos. La bisabuela tiene las piernas flacas, y los muslos también, como si se le hubieran descolgado las carnes, y además tiene el pellejo muy blanco, que es como transparente y se le notan las venas, y muy fino. Desde debajo de la cama y levantando muy poco los flecos de la colcha para que ella no se diera cuenta de que yo estaba allí, le vi el culo a la bisabuela y también le vi lo de delante, que le han salido allí unos pelos blancos, casi tan blancos como los que tiene en la cabeza, pero sin ondular, y que se conoce que les salen a todas las mujeres, y por eso los mayores las pintan así en las paredes del retrete del colegio. También le vi las tetas, que le salen de muy abajo y que le llegan casi hasta la barriga, y no son como las de mi madre, o como las de Felisa, que nunca he podido vérselas enteras, pero que se ve que les salen desde más arriba.

La bisabuela se metió en la bañera con mucho cuidado y allí estuvo mucho tiempo dándose jabón con la esponja por todos los sitios del cuerpo. Cuando terminó y se salió, volví a verla en cueros, y se puso encima el albornoz, que está hecho con tela de toalla. Después se fue al tocador, se sentó enfrente y empezó a cepillarse las uñas, que se las cepilla arañando antes la pastilla de jabón, que por eso se le acaban tan pronto, y a lavarse la cabeza con el agua caliente que le había sobrado, y a peinarse muy despacio poniéndose horquillas en las ondas y en el moño, y a darse polvos de arroz en la cara, que por eso dicen que la bisabuela es una vieja muy aseada, y no como doña Fuensanta, y da gusto estar con ella y darle besos porque siempre huele a limpio y a jabón Heno de Pravia, que eso es muy verdad. Como la bisabuela tardaba tanto, y ya aquello tenía tan poca emoción, yo me quedé dormido debajo de la cama.

Por lo visto me estuvieron buscando por toda la casa y llamándome a gritos, y como yo no aparecía por ningún sitio, mi madre se asustó porque creyó que me había caído al patio, o por el hueco de la escalera, o desde el balcón, o que me había ido solo a la calle, con el peligro de que me pillara un coche. Cuando me desperté, salí de

la alcoba de la bisabuela sin que nadie me viera y, cuando me encontraron, me preguntó mi madre muchas veces que dónde había estado metido, y yo contesté que no sabía, que no había estado metido en ninguna parte, porque, aunque era muy pequeño, ya me daba cuenta de que había hecho una cosa mala, y no quise confesar que me había escondido debajo de la cama de la bisabuela para verle el culo.

Al prepararme para hacer la primera comunión, que la hice el día de mi cumpleaños del año pasado, que era también la fiesta de la Ascensión, sí que tuve que confesarme de eso, pero como me confesé con don Vicente, yo creo que no se enteró, porque además yo se lo dije muy abónico para que él no lo oyera, y porque me puso muy poca penitencia para un pecado tan grande. Por eso estoy seguro de que lo de haber visto en cueros a la bisabuela no lo sabe nadie y que es un secreto mío sólo. Lo que pasa es que después estuve mucho tiempo que me daba vergüenza de verla porque me la figuraba siempre remangándose el camisón, y además pienso que Dios sí que lo sabe y que me va a castigar por haberle hecho eso a la bisabuela, que me quiere tanto. A mí no me importa que me castigue, pero que no me castigue mucho, y que no mande, por ejemplo, que se me muera mi madre, o mi hermana, o Felisa, o la misma bisabuela, porque yo prefiero que Dios mande que me muera yo antes de que se mueran ellas.

La segunda mujer que vi en cueros fue una bailarina del Bar Gloria, que está en la esquina de la plaza de Fontes, y eso ha pasado este mismo año. Yo tengo que pasar por la puerta del Bar Gloria cuando voy y cuando vengo del colegio, que también tengo que pasar por el Horno del Paso, que es un horno que está en medio de un callejón y que al pasar se ve cómo entran y sacan el pan del horno, y cómo lo amasan y cómo les ponen por encima, con un pincel grande, huevos batidos a las monas antes de meterlas para que se cuezan, que yo me compro una todas las mañanas cuando paso al colegio.

A los niños no nos dejan entrar al Bar Gloria, que allí no pueden entrar nada más que los mayores, y además tiene todas las ventanas tapadas con maderas para que desde fuera no pueda verse lo que está pasando dentro. He oído que dicen en mi casa, los mayores, que lo del Bar Gloria es un escándalo, y que eso pasa porque ha entrado la república, que no pasaría si todavía mandara en España la monarquía. Al Bar Gloria no entran más que los hombres porque no se atreven a entrar las mujeres, y no entran más mujeres que esas que se ponen a bailar en cueros delante de los hombres y otras, que no bailan, y que la bisabuela las llama pelanduscas, que yo creo que lo que quiere decir es que son putas. Yo no me sé bien lo que significa puta, pero sí sé que es una cosa mala y de lo que estoy seguro es de que son las madres de los hijos de puta, que es una palabra que no te pueden decir sin que le sueltes a quien te la diga una mano de morradas y le partas la cara, o le atices un ladrillazo que le rompas la crisma. O haces eso, o eres tan lila como Jinojito. Pero tampoco estoy muy seguro de que las

putas sean las madres de los hijos de puta, porque una vez oí a don Manuel el portero cómo le decía a un interno que su madre sería una santa, pero que él era un hijoputa. Así que esto es un lío.

Una noche que se me hizo muy tarde para volver a mi casa porque me había entretenido en el Café Moderno viendo al Berenjena jugar al dominó, que ganó mucho y que no quiso que me moviera de su lado, pasé por el callejón donde están las ventanas del Bar Gloria. Al pasar se oía la música que estaban tocando dentro y las palmas y los gritos que pegaban los hombres y entonces me entró la curiosidad.

Con una navaja de muchos usos que le había ganado a Vergara en una carrera de bicis, empecé a hacer un agujero en una rendija entre dos tablas de las que tienen tapando las ventanas. Las tablas eran muy blandas, que se conoce que están viejas, y el agujero se hizo pronto lo bastante grande para que yo pudiera pegar a él un ojo y ver lo que pasaba dentro. Había un escenario mucho más pequeño que el del Teatro Romea y con muchas luces, y en frente un salón con mesas de mármol y de botellas, y muchos hombres sentados y otros, detrás, de pie, y todos estaban apretados y juntos, como piojos en costura, que es una frase que repite mucho la bisabuela cuando quiere decir que en un sitio pequeño se ha metido mucha gente.

En el escenario había una mujer en cueros, o casi en cueros, porque llevaba unos zapatos colorados con el tacón muy alto y unas plumas en la cabeza que parecía que se las hubieran arrancado al pavo real que tenemos aquí en Santo Ángel cuando abre la cola y se pone a hacer la rueda alrededor de las pavas. Aunque estaba desnuda, no se le veían pelos en el sitio de abajo, que se conoce que a las bailarinas no les salen, o que yo no se los veía desde allí. Movía mucho el culo para bailar; y las tetas, que le salían desde mucho más arriba que a la bisabuela y que las tenía muy gordas y más tirantes, se le subían y se le bajaban cuando se movía al compás de la música. Además de bailar, también cantaba y cuando yo me asomé por el agujero estaba cantando una canción que me acuerdo que dice:

Te tengo aquí, en el pensamiento,

y al cantar eso se tocaba en ese sitio de entre las piernas como si no se supiera que el pensamiento no se tiene ahí, que se tiene en la frente, y por eso la bisabuela dice que los tontos, que no piensan en nada porque no saben pensar, es que no tienen ni dos dedos de frente.

Cuando ella cantaba y hacía eso de tocarse ahí, los hombres empezaban a decirle cosas a gritos y a hacerle palmas y a soltar palabras malas. A todo esto, dio la casualidad de que pasó por allí mi tío y me dio un cogotazo que me aplastó la nariz contra las tablas de la ventana, me agarró por un brazo y me llevó a la casa casi en peso, sin soltarme, y diciéndome que estaba hecho un golfo y que lo que yo necesito es que me sienten la mano o que me metan interno en un colegio de frailes, que se

conoce que en un colegio de frailes no hay manera de ver a una mujer en cueros ni te dejan que te vayas a la calle por si acaso te pones a mirar por las rendijas de las ventanas del Bar Gloria.

Ya he contado en otro cuaderno que a Ángela le veo el culito y lo de delante cuando nos vamos a hacer pis juntos debajo de las higueras. Pero nunca la he visto en cueros vivos y solamente a culo pajarero. Algunas mañanas ella viene a bañarse conmigo en la balsa y como no tiene bañador se baña con una bata vieja que le pone su madre. Cuando se sale del agua la bata se le pega a la carne y se hace transparente, que por debajo de la tela se le nota todo el cuerpo, pero como se baña sin quitarse las bragas no es lo mismo que verla como vi a la bisabuela y a la bailarina del Bar Gloria, además de que es muy pequeña todavía. Pero en cambio sí que he visto a su hermana Rosario, que es mucho mayor que ella porque ya tiene quince años, y esto ha sido este mismo verano, que ahora explicaré cómo fue.

La habitación donde duerme Rosario tiene una ventana pequeña y muy baja, que se puede uno asomar muy bien, y que da a la parte de las oliveras por encima de nuestro huerto. Una noche estaba yo por allí buscando un grillo que gritaba mucho y que por fin lo encontré y lo pude cazar. Por cierto que, después de lo de Rosario, me llevé el grillo a la casa y lo metí dentro de una caja de cartón de las que compra la bisabuela con pastillas de clorato, que curan los males de la boca, y le puse un cacho de tomate para que pudiera comer y no se me muriera de hambre. A la mañana del otro día, cuando me levanté, lo primero que hice fue ir a buscar al grillo, que había dejado la caja encima de la mesilla de noche, al lado del vaso de agua que me entra Felisa por si me despierto con sed. El grillo había hecho un agujero con forma de media luna, en la pared de la caja, que encontré dentro de ella un montoncito de raspaduras de cartón, todas iguales, que se vé que el grillo había abierto el boquete a mordiscos para escaparse.

Del tomate no quedaba nada, y sólo se veía una mancha colorada en el suelo de la caja. Cuando se levantó la bisabuela estaba de un humor de perros y más impertinente que nunca, y dijo que no había podido pegar ojo en toda la noche porque se había metido un grillo en su alcoba.

La ventana del cuarto de Rosario tiene una tela metálica para que no puedan entrar bichos, una hoja de cristal que no la cierra para que pase el fresco, y una cortina partida por la mitad hecha con una tela pintada de flores y que está muy descolorida. Cuando acababa yo de cazar el grillo, que lo llevaba en la mano bien cerrada para que no se me escapara, vi que se encendía la luz de la habitación y a Rosario que estaba abriendo el embozo de la cama y sacando el camisón de debajo de la almohada. Me acerqué muy despacio y de puntillas para no hacer ruido. Rosario corrió las dos partes de la cortina, pero no se juntaron del todo y por en medio se veía muy bien todo el cuarto. Lo primero que hizo Rosario fue quitarse las horquillas,

soltarse el moño y mover la cabeza de un lado a otro para que se le desenredase el pelo, que también se lo desenredó metiéndose los dedos como si fueran un peine. Después se quitó el vestido sacándoselo por la cabeza, y lo mismo hizo con el viso, que era blanco, y se quedó con el sostén, que es una cosa que llevan las mujeres para no enseñar las tetas, y con las bragas, que el sostén era negro y las bragas eran amarillas. Dobló el vestido y el viso y se quitó las alpargatas sin agacharse, pisándose el talón de uno con los dedos del otro pie.

Se arrodilló al lado de la cama, se persignó y juntó las dos manos como para ponerse a rezar. Pero de pronto pensó lo que pensó, se levantó, se quitó el sostén y se puso a mirarse en un espejo pequeño colgado de la pared encima de un palanganero de hierro con una jofaina. Se miró la cara por un lado y por otro echándose el pelo para atrás, y se miró también las tetitas, y empezó a tocárselas subiéndoselas con las manos y a hacerse caricias en los pezones, que los tiene pequeños y color de rosa, y que se le pusieron en seguida redondos y colorados como las bolillas que echan las matas del baladre, y que no se pueden masticar porque son venenosas. Después de eso, descolgó el espejo y lo dejó en el suelo apoyado en la pared. Entonces se quitó las bragas y se agachó un poco para mirarse también lo de delante. Eso que tienen delante las mujeres es lo que Cutillas y los hermanos Matías y otros chiquillos golfos llaman el chocho, y por eso los niños más finos, cuando compramos un cartucho de chochos, que también se llaman chochos de monja, no podemos decir esa palabra y tenemos que pedir un cartucho de altramuces.

Iba diciendo que Rosario se miraba el chocho, que también ella tenía pelitos por ahí, y empezó a tocárselo, primero restregándose con las dos manos, y después con una sola y haciendo unos movimientos como si le entraran escalofríos. De repente, colgó otra vez el espejo, se puso el camisón, se metió en la cama y apagó la luz. Y yo me fui a la casa con el grillo en la mano.

Desde aquella noche, cada vez que puedo escaparme de rezar el rosario por el abuelo en la terraza principal o de irme a la cama temprano porque mi madre me haya castigado, me voy a cazar grillos por en frente de la ventana. Pero lo de cazar grillos es una excusa, porque ya no he vuelto a cazar ninguno y lo que quiero es ver si Rosario se deja la cortina mal corrida y puedo ver cómo se desnuda, que eso es otra cosa que me tengo que confesar con don Vicente, si no se me olvida cuando haga examen de conciencia.

La pelea empezó jugando a los cromos. Igualada se echaba el vaho en la mano y volvía un cromo, sin fallar, cada vez que le tocaba jugar a él. Cuando yo llevaba perdidos ya veintisiete cromos repetidos y ocho de los que guardaba para pegar en el álbum, que todavía no ha querido comprármelo mi madre porque cuesta un duro, le dije a Igualada que no fuera tramposo y que no se echara el vaho en la mano, y que ya puedes estar devolviéndome todos los cromos porque me los has ganado con

trampas.

—Y un jamón con chorreras te voy a devolver también, pinchaúvas —me contestó.

Sacó una cartera de cartón hecha con pastas de libro y dos cintas cruzadas, se guardó los nestlés, que por lo menos había tres muy difíciles, y se puso a hacer como si estudiaba para no hablar más de lo de devolverme los cromos.

—Si no quieres, no me los devuelvas todos. Pero devuélveme los ocho cromos que no tenía repetidos, hombre, anda, no tengas mala sangre.

Era sábado por la tarde y estábamos con don Vicente, y en aquel momento se confesaba con él Jinojito, que se confiesa todos los sábados y que tarda mucho, aunque menos de lo que tarda la bisabuela en confesarse con don Félix, y es que, como no quiere gritar para que los demás niños no oigamos los pecados que le dice, se los repite muchas veces, hasta que don Vicente los oye, o hace como si los oye, o hasta que Jinojito se cansa de repetirlos y se va solo a un pupitre del fondo del aula y los escribe en una plana del cuaderno que se la da a don Vicente.

Cuando don Vicente ya ha leído la plana, la parte en muchos pedazos y los tira a la papelera que tiene don Julio al lado del sillón, para que nadie pueda leer los pecados de Jinojito y que no se rompa el secreto de confesión. Esa tarde ninguno de la clase ponía atención a la confesión de Jinojito porque ya sabíamos los pecados que tiene. El sábado de la otra semana, Jinojito los había escrito en una plana del cuaderno y cuando se fue don Vicente, mientras Jinojito estaba de rodillas, de cara a la pared, rezando la penitencia, cogimos los pedazos de la papelera. Cuando se fue don Vicente nos quedamos en la clase Cutillas, Vergara, Igualada, Molina, Portales, Primitivo y yo. El Jínjoles y Galindo se fueron en seguida porque tenían que ir a su casa en bicicleta y no querían que se les hiciera de noche porque no llevaban farol.

Y Cabezón, Michelín, Jinojito y Zambudio se fueron también, igual que Campillo, que vive en el Carmen, al otro lado del río.

Yo llevaba, plegadas dentro del catecismo, algunas tiras de papel de goma, de esas que tienen alrededor los pliegos de los sellos de correos y que yo las pido cada vez que paso por la puerta de la tercena, que está en la Trapería, y allí me las dan porque no las quieren nada más que para pegar los billetes rotos y les sobran muchas, que las tiran sin aprovecharlas para ninguna otra cosa. Vergara, que es un mañicas, se puso a juntar los pedazos de la plana como si estuviera componiendo un rompecabezas, y después de un rato los juntó todos, que se leían muy bien los pecados que había escrito Jinojito.

Que el otro día tiré el vaso de leche en el cubo del lavabo y engañé a mi madre diciendo que ya lo había bebido. Que el domingo pasado me distraje en misa en el momento de alzar y no me di los golpes de pecho.

Que quiero ser novio de Cachita, la hermana de Molina, sin que lo sepa su padre, ni su hermano, ni mi madre, ni nadie.

Que le tengo mucha envidia al Chilindres cuando veo que le hace cara a los

mayores y cuando lo mima doña Gertrudis y se lo sienta con ella en el mirador y lo invita a la merienda que le dan a los internos.

Que el jueves no recé nada antes de acostarme, y por la tarde no quise dejarle la bicicleta a Primitivo, que mg la pidió con mucha ilusión y en su casa son pobres y no pueden comprarle una.

Que cuando me pega don Julio con la palmeta, algunas veces me entran ganas de que Dios mande que se quede manco.

Que la otra noche soñé que le daba a Cutillas ladrillazos en la cara y que él me pedía que no le diera más, y yo le seguía dando aunque estaba a punto de morir.

Y ya no me acuerdo de más, padre.

Cuando terminamos de leer los pecados de Jinojito, Molina dijo que le iba a decir a su padre lo de Cachita y a don Julio lo de quedarse manco. Primitivo dijo que era verdad lo de la bicicleta, pero que también era verdad que otras tardes sí que se la dejaba, y todos nos dimos cuenta de que tenía ganas de llorar, y después nos dijo que lo que habíamos hecho era una herejía y que estábamos en pecado mortal porque habíamos roto el secreto de la confesión y que ninguno podíamos comulgar mañana.

Y Cutillas dijo que Jinojito era maricón y un hijoputa y que los ladrillazos se los iba él a dar el lunes y que se los iba a estar dando hasta matarlo de verdad, como hizo su padre con el ladrón que entró a robar en su taberna, aunque fuera a la cárcel hasta que se hiciera viejo.

Yo no sé si Molina le dijo a su padre lo de Cachita, pero a don Julio no le dijo nada, porque seguramente tuvo miedo de que don Julio también le sacudiera palmetazos a él por haber hecho lo de enterarnos de los pecados de Jinojito, o de que don Fulgencio nos expulsara a todos del colegio. Primitivo dijo que él no diría nada a nadie y que ya no volvería a pedirle la bici a Jinojito, que si salía de él dejársela, que bueno, y que si no, que se pasaría los jueves por la tarde sin montar en bicicleta.

Yo no dije nada. Y Vergara, que no le iba ni le venía la confesión de Jinojito, se cabreó de pronto, se encaró con el chulo de Cutillas y le dijo que el responsable de esto soy yo porque he sido el que ha compuesto la plana para leer los pecados, y que como el lunes le des un ladrillazo a Jinojito te vas a ver las caras conmigo, chulo de mierda, y te voy a abrir la cabeza con la barra de hierro del gato que tiene mi padre en el garaje para levantar los coches. Y llegó el lunes, y el chulo de Cutillas no hizo lo de los ladrillazos y tuvo que tragarse su palabra y meterse en el culo todo lo que había dicho.

No estoy seguro de que Igualada tenga o no tenga mala sangre, pero la verdad es que no quiso devolverme los cromos que me había ganado con trampas. No me contestó y siguió haciendo como que estudiaba poniendo mucha atención al libro. Yo le pedí los cromos tres veces más de muy buenas maneras, sin cagarme en su padre, ni en sus muertos, ni en nada, sino con mucha educación y pidiéndoselos por favor.

Pero él siguió sin hacerme caso. La boina le asomaba por el bolsillo del pantalón y yo fui sacándosela, poco a poco, sin que se diera cuenta, mientras lo entretenía pidiéndole los cromos, que es una cosa que sé hacer muy bien porque muchas veces le saco a mi madre las perras del bolsillo del delantal mientras la entretengo contándole las cosas que me han pasado ese día en el colegio, que no se las cuento todas, o inventándome cualquier historia en la que yo quedo como si fuera un niño muy bueno y de muy buen corazón.

—Bueno, pues si no me devuelves los cromos, no te doy tu boina.

Igualada dio un salto y se llevó la mano al bolsillo donde antes tenía metida la boina, y al ver que no la llevaba allí se puso muy furioso, que cualquiera en su lugar se habría puesto lo mismo.

—Trae la boina o, a la salida, te quito las muelas y vuelves a tu casa chorreando sangre hasta por los ojos.

Yo, que si los cromos. Él, que si la boina. Yo, otra vez que si los cromos. Él, que me iba a tragar los dientes cuando saliéramos a la calle. Yo, que cuando saliéramos a la calle, que me echara un galgo, y así hasta que me llamó marica.

En ese momento Jinojito había terminado de confesarse, que después de él no nos confesábamos ninguno más porque don Vicente lo deja para lo último por lo mucho que tarda, y don Vicente estaba ya rezando en voz alta el avemaría que rezamos siempre antes de que se vaya. Cuando vi que Igualada me llamaba marica, me entró la rabia, que en esos momentos hago lo primero que se me viene a la cabeza. Capé la boina, la dejé encima del pupitre de Igualada, teniendo buen cuidado de guardarme el rabo para que no se lo pudieran coser otra vez, le di cuatro puñetazos en la cara, izquierda y derecha, izquierda y derecha, y antes de que pudiera levantarse del pupitre salí corriendo, que al salir tiré al suelo al pobre Jinojito que estaba arrodillado en el suelo cumpliendo la penitencia. Igualada salió zumbando detrás de mí, que si me coge desde luego que me rompe las muelas, porque llevar una boina capada quiere decir que uno es un cagón, un gilí, o un mantecas, y por eso si te capan la boina es peor todavía que si te mojan la oreja. Igualada venía corriendo detrás de mí por el pasillo, gritándome que ahora te voy a capar yo a ti igual que has hecho tú con mi boina. Me refugié en el cuarto del mirador buscando a doña Gertrudis, que abrí la puerta de golpe sin pedir permiso porque si me entretengo en educaciones y en remilgos, me engancha Igualada, que le cerré la puerta en las mismísimas narices. Doña Gertrudis tenía visita, que también es mala suerte, porque tiene visitas muy pocas veces. Estaban con ella tres señoras que son hermanas y que se llaman Tina, Tana y Tona, que yo las conozco porque algunas veces, cuando van al colegio, me llama doña Gertrudis para que me vean y para decirles que soy el vivo retrato de su hijo Pepito. Doña Gertrudis me había explicado una tarde que a esas señoras les gusta llamarse con esos nombres porque son casi iguales, y tienen esa manía porque las tres son solteras, viven en la misma casa, que entre las tres tienen un estanco, y se quieren mucho y van siempre juntas a todos sitios sin separarse nunca. Tina se llama

Celestina, Tana se llama Cayetana, y Tona se llama Antonia. Pero se dicen siempre entre ellas Tina, Tana y Tona, que cuando se ponen a hablar con doña Gertrudis, como hablan mucho y todas a la vez quitándose las palabras de la boca y llamándose por el nombre en cada frase, parece que están diciendo un trabalenguas.

Bueno, pues Tina, Tana y Tona y hasta doña Gertrudis se pegaron un susto como los que yo le doy a mi hermana cuando entré en el cuarto del mirador, que doña Gertrudis, a pesar de quererme tanto como me quiere y de tenerme mimado, me dijo que era de muy mala educación entrar en las habitaciones sin pedir permiso y sin llamar antes a la puerta. Yo le expliqué lo que me pasaba con Igualada y entonces ella llamó a Juanita y le dijo que me tuviera con ella en su cuarto hasta la hora de la cena, y que si a esa hora estaba todavía esperándome el niño ese que quería pegarme, ella se lo diría a don Fulgencio o me llevaría a mi casa la misma Juanita.

A mí no me dio ni chispa de gusto tener que decirle a doña Gertrudis que le tenía miedo a Igualada, mucho más porque estaban delante las tres señoras de la visita, que en seguida empezaron a decir que es que hay padres que no educan bien a sus hijos y mujeres que no debían casarse, y que el Igualada ese necesitaría un buen cinturón. Entonces yo les dije que cinturones tiene Igualada muchos porque su padre es talabartero y que tiene uno con reales de níquel pegados, que por eso le llamamos el Reales, y que lo que necesitaba Igualada no eran cinturones sino correazos, y ellas se rieron mucho y doña Gertrudis dijo que yo soy el niño más listo del colegio. Eso es una cosa que doña Gertrudis dice muchas veces, y a mí me parece que tiene razón, mucha más razón que cuando dice que soy el vivo retrato de su hijo Pepito. Tampoco me dio gusto de que se enterara Juanita de lo del miedo que le tenía a Igualada, pero no me quedaba otro remedio porque Igualada, con esos bocadillos de tocino que se atiza por la mañana y por la tarde, pega unos trompazos que te salta las muelas y te pone los ojos como ñoras, y ni siquiera Cutillas se atreve muchas veces a meterse con él.

Cuando Juanita y yo salimos del cuarto del mirador, ya no estaba Igualada en la puerta, pero miramos por los ventanales de la galería y le vimos, que estaba en el patio esperando a que yo bajara, que se le notaba muy bien que estaba de mala leche. Y entonces me subí con Juanita al tercer piso y entramos en su habitación, que lo que allí hicimos me va a dar seguramente vergüenza de contarlo, pero que a lo mejor lo cuento.

Cuaderno séptimo

Me da rabia que hayamos perdido el campeonato, pero lo que más rabia me da es la forma de perderlo. Nos hicieron una trampa que no hay derecho, palabra.

El campeonato lo organizaron los maristas, que se aprovechan de que son los únicos que tienen campo. El campo de los maristas está detrás del colegio y es bastante grande, aunque no tiene yerba. Pero tiene porterías de madera, con su red y todo, y así no tenemos que poner un montón de ladrillos, o los libros, o los abrigos para señalar la portería como si fueran los palos, y además se ve muy bien cuándo ha sido gol o no, porque el balón entra o no entra. Cuando nos entrenamos en el derribo, como allí no tenemos palos ni red, siempre decimos que si ha salido alto o que ha pasado rozando el poste, que es muy fácil de decir porque no hay poste ninguno, y en seguida empiezan las discusiones y luego los trompazos y a lo último las pedradas.

El campeonato que organizaron los maristas tiene tres grupos, uno para los que no hemos llegado al ingreso, o sea, para los párvulos; otro para los que están en el ingreso y en los primeros cursos del bachillerato, y otro para los mayores que ya lo están terminando. Y ellos se han quedado campeones de los tres grupos, que hasta lo pusieron, para presumir, en *La Verdad*, que dice la bisabuela que es el periódico católico, y el Berenjena que es la hoja parroquial de los curas y de la gente de iglesia. Además de los maristas, entraron en el campeonato todos los demás colegios, el San Antonio, los del Carmen, los de la Academia y nosotros, el San Juan Evangelista. La Graduada entró en el primer grupo con los párvulos y el Instituto en los dos grupos de los mayores, o sea, que en total nuestro grupo tenía seis equipos. El campeonato empezó después de las vacaciones de Navidad y terminó en las vacaciones de Semana Santa. Duró tanto porque no había partidos nada más que algunos jueves por la tarde y todos los domingos por la mañana, y también las fiestas de guardar.

No lo jugamos como se juega la copa de España, porque si te eliminan a la primera te aburres mucho y ya no te interesa aquello y no va nadie a ver los otros partidos. Lo organizaron jugando todos contra todos, y si ganas te apuntan dos puntos, y si empatas te apuntan uno, y si pierdes, te apuntan un rosco como el que le pone don Julio a Cutillas en todas las planillas del dictado. En el tablón de anuncios del colegio de los maristas, que tiene una puerta de cristal cerrada con llave y la llave la guarda siempre el hermano Escolástico, que es el jefe de estudios, pero que manda mucho más que don Fernando manda en nuestro colegio, ponen unos papeles con la clasificación de los equipos. No se puede elegir el nombre del equipo y te ponen, por obligación, nada más que el nombre del colegio. Nosotros queríamos llamarnos el Atlético de San Juan, o el Rácing Evangelista, que nos daba lo mismo uno que otro, pero no nos dejaron y en el papel del tablón de anuncios pusieron nada más que grupo primero, párvulos, la Merced, que es el de los maristas, San Antonio, San Juan Evangelista, porque fuimos los terceros en matricularnos y después todos los demás.

La verdad es que nosotros no teníamos un buen equipo. Todavía iba a clase

Verdú, que no se lo habían llevado aún a los Jesuítas de Orihuela, y que jugaba bien de medio centro. Y estaban Cutillas, Igualada, el Jínjoles, Galindo, Zambudio, yo, y sobre todo el Chirri, o sea Campillo. Pero Manzano no puede correr por lo gordo que está. A Primitivo, en cuanto le pegan un rodillazo en la barriga, le entran las ganas de vomitar y hay que sacarlo del campo. Portales nunca quiere pasar el balón porque le da envidia de que sea otro, en vez de él, el que meta un gol. Cabezón no atina a darle al balón ni con la cabeza a pesar de que la tiene tan grande que don Julio le dijo un día que un piojo eléctrico no podría darle la vuelta entera ni en ochenta días. Molina, con eso de que su padre es boticario, se pone aprensivo en cuanto le dan un codazo en el estómago o le ponen una zancadilla, y empieza a decir que le traigan el linimento, o que le pongan una venda, o una rodillera, porque si no, se tiene que retirar lesionado. Y Vergara dice que no quiere entrar en el equipo porque nos vamos a quedar los últimos y porque, además, como el árbitro es siempre marista, nos van a hacer trampas y él se va a cabrear y que no responde. Y a Jinojito ni lo nombramos.

Por fin, después de los últimos entrenamientos, dijimos que Manzano jugara de portero; Verdú, de medio centro; Cutillas, que es el más alto y el más chulo, y el más bestia, de delantero centro para rematar por alto y para tener encontronazos con la defensa. Y convencimos a Vergara para que jugara de defensa derecho porque los maristas tienen un extremo izquierdo que corre muy bien la línea y tiene mucha habilidad para el regate, y Vergara es el único que lo podía agarrar por su cuenta y que no hiciera un escape para la portería cada vez que cogiera el balón. A mí me pusieron de extremo izquierdo, para que me combinara con mi hermano de sangre, que jugaría de interior, y metimos en el equipo a los mellizos Matías, que se entienden muy bien, dándoles a cambio todo lo que nos pidieron y un premio más si nos quedábamos campeones, que como no van a ningún colegio, nadie se iba a dar cuenta de que tampoco van al nuestro.

Y la alineación titular quedó hecha así: Manzano; Vergara, Igualada; Zambudio, Verdú, Jínjoles; Matías I, Matías II, Cutillas, Chirri y Chilindres. Y Galindo de suplente.

Y fuimos y nos matriculamos, que ya se nos habían adelantado los cagones del San Antonio.

El primer partido nos tocó con los del Carmen y les metimos la burra en la posada, porque ganamos por cinco a cero. Cutillas metió un gol por alto, de cabeza, saltando por encima de los dos defensas, que al mismo tiempo que el balón entraba en la portería ellos se pegaron coco contra coco y se quedaron tendidos en el suelo sin conocimiento, que hubo que echarles agua en la cara para que revivieran. Otro gol lo metió Chirri, en jugada muy individual y después de regatearle al interior derecho, al medio centro, a los dos defensas y al portero, que se quedó solo delante de la portería y que hizo la chulería de esperar un rato con el balón parado antes de empujarlo para

que entrara. Y los otros tres goles los metió Matías II, aunque también pudo meterlos Matías I, porque se cambiaban de puesto a cada jugada y no se sabía cuál era el extremo y cuál era el interior. Yo creo que los tres goles los metió el Matías más listo, fuese el primero o el segundo, pero igual pudo ser el menos listo, porque los tres goles los metió de la misma manera, y fue que su mellizo empezó a regatear y todos los del Carmen se fueron para él y entonces le echó el balón a su hermano, que se había quedado solo, y que no tuvo más que chutar.

—*¡Toma Matías!*

—*¡Echa Matías!*

Y así metió los tres goles.

Los de los maristas les ganaron a los de la Academia y los del San Antonio a los de la Graduada, a pesar de que los hijos del carpintero, que jugaban los dos en el equipo y que muchas veces los dejábamos que se entrenaran con nosotros, metieron dos goles, uno cada uno.

A los de la Academia no les metimos cinco goles, que les metimos seis. En la primera parte no habíamos podido meter ninguno, porque estaban todos replegados delante de la puerta y no había quien pasara. Pero en el segundo tiempo Vergara y Verdú se vinieron para adelante y pegaron dos chutazos por bajo que el portero ni los olió. Y ya se desmoralizaron. Cutillas ese día metió dos y Chirri metió el suyo, además de otro penalty, que siempre hay que contar con que meta uno por lo menos en cada partido. Los Matías no mojaron, porque los de la Academia daban leña y ellos soltaban el balón en cuanto se lo pasabas. Los maristas les ganaron también a los de la Graduada, aunque sólo por uno a cero y casi al final del partido, y los del San Antonio a los del Carmen. Por eso en la clasificación general íbamos nosotros, el San Antonio y la Merced empatados con cuatro puntos, y la Graduada, la Academia y el Carmen con un roscó cada uno.

A los de la Graduada también les ganamos, pero sólo por dos a uno. Ellos marcaron primero y fue porque Manzano se volvió de culo, que lo engañaron como si fueran a chutar, y cuando estaba vuelto, se lo colaron flojo y por el ángulo. Campillo, o sea Chirri, se quitó las botas y empezó a jugar descalzo, como hace García de la Puerta en el Real Murcia, que así domina mejor el balón y en seguida metió su gol de regateo individual. Cutillas le gritaba:

—*¡Pasa, macho, no regatees!* —pero él no le hizo caso y marcó su gol. Y el otro lo metí yo, que me lo puso en bandeja Vergara con un pase cruzado desde el otro lado y desde muy atrás, y que ya tenía ganas de estrenarme. Los del Carmen empataron con los de la Academia, porque los dos equipos son igual de malos, y ¡viva!, los del San Antonio también les empataron a cero a los de los maristas. Así que nos pusimos en la cabeza de la clasificación con seis puntos y detrás los de la Merced y el San

Antonio con cinco. Los demás ya no contaban porque no quedaban partidos para que pudieran salir de la cola.

El San Antonio también nos empató a nosotros, que jugaron como leones para quedarse, por lo menos los segundos. Su delantero centro entró al remate con tanta fuerza que se metió en la portería con el balón, con Igualada y con Michelín al mismo tiempo. Empató Chirri, a la media vuelta, rematando un balón que le pasó un Matías y que lo soltó como si quemara porque se le venían encima los dos defensas que parecía que lo iban a sacar del campo con la fuerza del despeje. Pero volvieron a desempatar ellos, con un centro de su extremo derecho que se le coló a Manzano porque le faltó vista y creyó que iba alto. Cutillas se había lesionado porque al sacar un córner entró al remate como ciego y en vez de darle al balón, le dio al poste, que casi lo parte, y se partió él una ceja. Salió Galindo, de suplente, pero ya no era lo mismo. Tuvo que subir otra vez Vergara, que soltó un chutazo desde el borde del área y no lo olió el portero.

Y en seguida acabó el partido.

Los de la Merced les habían ganado a los del Carmen.

Y la Graduada le ganó a la Academia. En la cabeza de la clasificación, que la puso el hermano Escolástico en el tablón de anuncios, íbamos los de los maristas y nosotros, con siete puntos, y el San Antonio con seis. El Reglamento que había hecho el hermano Escolástico decía que en caso de empate entre dos equipos, ganaba el que hubiese vencido al otro, y si el partido entre ellos había terminado con empate, la copa se la llevaría el equipo propietario del terreno, o sea, el amo del campo, que era de los maristas, que también se aprovechaban de eso. Llegó el día de la final del campeonato, que era domingo de ramos y que Jinojito nos animó diciendo que se podía decir que si ganábamos y nos quedábamos campeones nos iban a recibir como al Señor lo recibieron en Jerusalén, con palmas y olivos, que en seguida se mordió los labios por si lo que había dicho era pecado.

Nos dijeron que el partido era a las diez, y nosotros estuvimos todos allí antes de las nueve y media. Jinojito me dejó a mí para jugar ese partido sus botas, sus medias y sus espinilleras, y yo se las quise dejar a Campillo, que para eso es mi hermano de sangre, pero él dijo que no, que me las pusiera yo, que a lo mejor lo que él hacía era jugar descalzo como García de la Puerta.

Los maristas empezaron ya por decirnos un embuste, que yo no sé para qué mierda son frailes si echan embustes como las personas corrientes, porque a las diez no era el partido que era la misa. Nos metieron a todos en la capilla, que también estaban las familias de algunos niños de los maristas. Sobre todo de los que jugaban. Nos pusieron una palma en la mano a cada uno y nos hicieron ir alrededor de la capilla en procesión. El coro cantó una canción que repetía mucho hosana, hosana, hosana, y un hermano muy viejo tocaba el armonio, que se conoce que lo tienen para eso porque ya no servirá para ninguna otra cosa. Tuvimos que comulgar todos, que algunos no nos habíamos confesado, pero como toda la fila pasaba por el

comulgatorio daba vergüenza de salirse. Corpus domine nostri yesucristi, y quisieras o no, a tragarse la forma, aunque no te hubieras preparado para recibir al Señor. Cutillas, que ya podía jugar aunque llevaba un esparadrapo en la ceja, le dijo por lo bajo a Jinojito, que iba a su lado en la fila, que esa hostia que le habían dado se la iba él a devolver a alguno en el partido, y Jinojito se persignó muy ligero, bajó la cabeza y juntó mucho las manos, seguramente para que le perdonara Dios haber oído esa blasfemia.

Cuando salimos al campo, todos los chiquillos de los maristas, los pequeños y los grandes, que eran muchos, le aplaudieron a los suyos, y las familias que se habían quedado a ver el partido, también. En cambio a nosotros nos metieron una silba con pitos de árbitro que todos se habían comprado aposta para ese día. Iba a hacer de árbitro el hermano Fermín, que es navarro, joven, y corre mucho y juega muy bien al frontón y al fútbol y a todo lo que sea juego de fuerza. El hermano Fermín, después de sortear el campo, se remangó la sotana y se la ató a la cintura, que debajo llevaba unos pantalones como todos los hombres, y dio con el silbato la señal para empezar, que le tocó sacar a Cutillas.

Antes de empezar, los mellizos Matías nos habían salido con que los de los maristas habían querido comprarlos si jugaban al empate, y les daban un balón de reglamento de la doble T. Cutillas cogió a un Matías por el cuello y casi lo ahoga, y Vergara les dijo que como jugaran al empate los desafiaba en el derribo, uno a uno o los dos juntos, y a lo que quisieran, a trompazos, a lucha libre, con el tirachinas, con la honda o a navajazos. Pero el problema lo resolvió Jinojito, que les dijo que si ganábamos el partido les daría él su balón de reglamento, que también era de la doble T. Y los mellizos dijeron que así que bueno, y que luego nos enteramos de que nadie de los maristas había querido comprarlos, que eso fue una trola de ellos para sacarle a Jinojito su balón.

El partido fue la órdiga de emocionante. Los de los maristas, como los estaban mirando todos los niños del colegio y además sus familiares, jugaban mejor que nunca. El medio centro le pasaba siempre el balón al extremo izquierdo para que corriera la línea, y el pobre Vergara echaba el bofe para cogerlo. Los Matías, por su parte, jugaban como lagartijas, muy rápidos y escurridizos, pero la defensa de ellos empezó a dar leña y no podían llegar a la portería; les habían cogido el truco y cuando uno de los Matías llevaba el balón, siempre había uno de los de la Merced que se ponía al lado del otro Matías para que no pudieran combinarse, que se conoce que los había aleccionado bien el hermano Fermín. A Chirri tampoco lo dejaban avanzar, porque tenía siempre a un medio y a un defensa pegados como lapas y le era difícil hacer los regates y lograr meter su gol de jugada individual.

Y a Cutillas le pusieron en frente a un medio centro nuevo que era más alto que él y que yo creo que debe de haber hecho ya el ingreso y que lo alinearon con trampa.

La primera parte terminó cero a cero. En la segunda parte, los Matías se pusieron más valientes y se metían más. Chirri se quitó las botas y se quedó descalzo y empezó

a chotear con los regates al medio y al defensa de ellos. Vergara se acercó al extremo izquierdo y le dijo por lo bajo que como se le colara una vez le pisaba los hígados cuando se lo encontrara por la calle, que ya no volvió a correr bien la línea. Y Verdú empezó a repartir balones a los extremos y a venirse adelante para reforzar el ataque.

Cutillas recibió un pase muerto de un Matías y fue a chutar a bocajarro, pero el medio centro nuevo le puso la zancadilla por detrás y le hizo besar el suelo que se le despellejó la nariz y los carrillos y la frente. Y entonces Cutillas cumplió la palabra que le había dado a Jinojito y le soltó la hostia al medio centro. El hermano Fermín lo expulsó del campo y tuvo que salir a jugar Galindo. La cosa se puso muy fea, porque Vergara no se podía venir para adelante por no dejar solo al extremo izquierdo. Y ya no teníamos a nadie que se metiera entre la defensa a rematar de cabeza en un centro o en un córner.

Fue entonces cuando Chirri bajó a por el balón hasta la defensa, y, descalzo, se regateó al interior y al medio derecho, después al medio centro nuevo, que le pegó un quiebro que por poco le rompe la cintura, se pasó después al defensa de su lado, y soltó un tiro muy suave, cruzado y con la zurda, que se coló hasta la red. El hermano Fermín pitó gol y los chiquillos de los maristas se quedaron callados como muertos. El hermano Escolástico, que presidía la tribuna del público sentado en un sillón que le habían sacado al campo, llamó al hermano Fermín y no sé lo que le diría porque el hermano Fermín abrió los brazos como diciendo que ya no tenía remedio.

Y se volvió al campo y siguió el juego.

Nosotros nos animamos con el tanto y los mellizos Matías hicieron una combinación de las suyas y Matías II metió otro golazo. Pero entonces el hermano Fermín lo anuló porque dijo que Matías estaba en orsai. En seguida avanzaron los de los maristas y en cuanto el balón entró en el área y fue a despejarlo Igualada, el árbitro pitó un penalti. Nosotros nos pusimos a protestar, pero el hermano Fermín se llevaba a la boca unas veces el dedo índice y otras el silbato, para que nos calláramos y seguía señalando el penalti. Él mismo midió los once pasos, que los dio muy cortos, y el pobre Manzano se puso casi a llorar de ver la responsabilidad que le tocaba. El penalti lo tiró el medio centro nuevo y aunque Michelín no se volvió de culo, el balón entró por bajo y por un lado, que el pobre Manzano se pegó un panzazo que no le sirvió de nada. Y en cuanto sacamos del centro, el hermano Fermín señaló el final del partido. El hermano Escolástico, enseñando mucho los dientes, le entregó la copa al capitán de ellos, que es el extremo izquierdo. Vergara nos dijo que ya nos avisó él de lo que iba a pasar, y que ya habíamos visto que tenía toda la razón; se vistió muy cabreado y se fue el primero de todos sin esperarnos y despidiéndose a la francesa. Cutillas empezó a llamarles maricones a los de la Merced y el hermano Fermín lo sacó a viva fuerza hasta la puerta, le dio una patada en el culo y lo puso en la calle. Los mellizos Matías dijeron a coro que con los frailes y con los ricos no se podía ir ni a la gloria, y que les podían ir dando, a los unos y a los otros, o sea, a todos, por donde amargan los pepinos. Y Jinojito los consoló diciéndoles que aunque no

habíamos ganado el partido, al día siguiente les llevaría al derribo su balón de reglamento de la doble T, porque ellos no se habían vendido ni habían jugado al empate.

Ahora voy a contar lo de Juanita aunque todavía me da vergüenza de contarlo.

Cuando vimos que Igualada me estaba esperando en el patio con cara de mala leche, nos metimos los dos en su cuarto y a mí me pareció que ella me miraba como si le diera risa el que yo le tuviera miedo a Igualada, y me dijo que no te preocupes, que ya te harás un hombre y no le tendrás miedo a nadie.

—Tú haz lo que quieras mientras no se va ese golfo, que yo voy a leer. —Se echó en la cama y se puso a leer un libro pequeño que sacó de debajo del colchón, y, yo me quedé allí sin saber qué hacer.

Juanita es de Monteagudo y tiene diecinueve años, que esto lo sé porque le dice don Fulgencio que como nació en el año de la guerra por eso ha salido tan brava y tan levantisca. Yo le pregunté a la bisabuela que cuál había sido el año de la guerra en que podía haber nacido Juanita, y ella me dijo que sería la guerra del Catorce, y entonces yo eché la cuenta y me salió diecinueve. Es bastante fea, sobre todo porque es bizca, que el Berenjena le gasta bromas diciéndole que mira siempre contra el gobierno, y además tiene partido el labio de arriba, y del costurón que se le hizo lo lleva levantado, y aunque no se ría está siempre enseñando los dientes de en medio. Doña Gertrudis se cabrea con ella porque algunas veces le da por pintarse los labios, y le dice que eso no lo hacen más que las golfas y las cabareteras y que como mejor puede ir una muchacha decente es con la cara lavada, oliendo a jabón y con la bata bien planchada y el delantal limpio. Otras veces le dice que cuando se pinte los labios que por lo menos se lave los dientes, porque se le ponen muy amarillos y parece que lleva en la boca la bandera monárquica.

Los internos dicen que, aunque Juanita sea tan fea, que está buena, y que ellos lo saben muy bien eso porque algunas noches la ven desnudarse mirando por el ojo de la cerradura de su cuarto. Los internos son nueve, todos ya mayores, que unos están terminando el bachillerato, otros la carrera de comercio, uno va a la universidad y dos están estudiando para ser maestros de escuela. Ninguno de nosotros puede ver a los internos y les tenemos tirria porque cuando ellos quieren jugar al fútbol o al frontón nos echan del derribo, y cuando no tienen balón para jugar nos quitan el de Jinojito o la pelota con la que estamos jugando nosotros, y encima nos dicen que callaros, cagones.

Juanita estaba encima de la cama leyendo y yo me había quedado al lado de la puerta, de pie, y sin saber a qué podía jugar o cómo podía entretenerme, y como no tenía otra cosa que hacer empecé a mirarla sin decirle nada porque la bisabuela me tiene dicho que a las personas que están leyendo no se les debe hablar como no sea para una cosa muy urgente. Ella se quitó los alpargates con los pies, sin dejar de leer,

los tiró al suelo al lado de la cama y empezó a restregarse un pie contra otro como si los tuviera cansados. Después empezó a levantar una rodilla, poco a poco, hasta que la dobló del todo y se le quedó hueca la falda. Entonces yo fui corriéndome muy despacio desde la puerta hasta el sitio de enfrente de la cama, que desde allí se podía ver muy bien lo que Juanita estaba enseñando, y me fui acercando a los pies de la cama para verlo más de cerca. Se le veían todos los muslos y las bragas, que las llevaba amarillas, como las que lleva Rosario, que se conoce que todas las mujeres llevan siempre bragas amarillas y por eso Felisa repite muchas veces un dicho que dice que de color de canario tienes el culo, que ahora ya sé por qué lo repite tanto, y es porque es verdad.

Juanita se dio cuenta de que la estaba mirando, aunque yo, cuando ella bajó el libro para poder verme, volví la cabeza y me puse a mirar el armario, que la verdad es que no tenía nada que mirar porque estaba cerrado. Se puso a leer otra vez y entonces abrió más las piernas y fue levantando también la otra rodilla, que se le podía ver todo mucho mejor que antes. Así estuvo un poco de tiempo más y después se levantó, corrió el pestillo de la puerta, metió un papel arrugado por el ojo de la cerradura, que se conoce que es lo que hace cuando no quiere que los internos la vean desnudarse, y se echó otra vez encima de la cama. Me dijo, anda, ven aquí, acuéstate un rato conmigo, que te estás aburriendo ahí solo. Y yo fui y ella misma me desabotonó las sandalias y me hizo sitio en la cama, levantó otra vez las dos rodillas y se le bajó la falda hasta las ingles, y me miraba de reajo para ver que yo no paraba de mirarle los muslos. Entonces ella me cogió una mano y empezó a sobármela con las suyas y me dijo que la tenía muy fría porque todavía estaba temblando de miedo, que eso era mentira. Se desabrochó un botón de la bata y se metió mi mano por dentro de la pechera, y me dijo que allí metida la tendría más caliente, que eso sí era verdad. Después me cogió la otra mano, me arrimó más a ella y me dijo que mira, ponía en este sitio que ya verás como aquí se te pone más caliente todavía que la otra, y se puso la otra mano mía entre los muslos y cerró las piernas para que notara bien el calor.

—A ver si tienes fuerza para quitarla.

Pero cuando yo tiraba hacia afuera para sacar la mano, ella cerraba más las piernas y me la apretaba también poniéndome sus manos encima de la mía. Hacía como si me ayudara a hacer fuerza con el brazo para que yo pudiera sacar la mano, pero entonces me la apretaba más y me la ponía más adentro. Y así estuvo burlándose de mí hasta que se cansó mucho de hacer fuerza, porque se puso colorada y empezó a respirar muy fuerte. Entonces me dio tres o cuatro besos en la cara, que yo le notaba muy bien el labio partido, y me apretó mucho y con fuerza. Se puso los alpargates y me ayudó a abotonarme las sandalias, me alisó un poco el pelo con las manos y ella también se alisó el suyo, metió el libro otra vez debajo del colchón, me lavó las manos en la zafa del lavabo, cogió los libros míos que yo los había dejado en el suelo, me tomó de la mano y me bajó al patio.

Como Igualada estaba todavía allí, me llevó a mi casa, que él se vino detrás de nosotros, pero sin atreverse a romperme las muelas ni a hacerme nada. Por el camino me dijo Juanita que no le contara a nadie que ella me había calentado las manos para quitarme el miedo poniéndoselas donde se las puso, porque si lo contaba ya no me traería más a mi casa para que no me pegaran los chiquillos. Y yo le dije que no se lo diré a nadie, que te lo prometo, y ella me dijo que si era bueno y me lo callaba me calentaría las manos otra tarde.

Igualada no se fue hasta que me abrieron la puerta de mi casa y yo la cerré y me quedé dentro. Desde el balcón vi cómo se iba, todavía con aire de mala leche, y sin atreverse a ponerse la boina porque la tenía capada.

Después del domingo de ramos, que fue el día que perdimos el campeonato, viene en seguida el lunes santo y empiezan las procesiones de Semana Santa. El lunes santo sale la procesión de las colas, que se llama así porque los nazarenos llevan unas túnicas con unas colas que les arrastran por el suelo y que a mitad de la procesión ya van todas manchadas de tierra y de la arena que echan en la calle para que no se les resbalen las esparteñas a los nazarenos que cargan los pasos y de la cera que sueltan los cirios, que son unas velas muy gordas para que estén encendidas todo el tiempo que dura la procesión. Además, como los nazarenos llevan tapada la cara con la careta de tela que cuelga del cucurucho, muchas veces le pisan la cola al de delante y se la ensucian más todavía. Unos se aguantan y siguen andando sin decir nada ni protestar, pero hay otros que cuando les pisan la cola se cabrean y dicen a gritos palabras malas aunque vayan en la procesión. Dicen, por ejemplo, lleva cuidado, coño, que me estás pisando el rabo, y la bisabuela me enseña que soltar esas palabrotas en la procesión es una irreverencia muy grande y que un nazareno debe tener compostura y hacer penitencia y debe ir rezando el rosario detrás del Señor y de la Virgen en vez de hablar como los arrieros.

El lunes santo sale también un cristo que se llama el Cristo del Perdón, porque se conoce que va por la calle perdonando los pecados de todo el mundo y sobre todo de los nazarenos que van detrás de él, de los que cargan el paso y de los que le cantan saetas. Además de ese cristo, sale una Virgen de la Soledad, que lleva un manto negro muy largo y con mucho bordado, y el corazón fuera para que se le vea y que en vez de ser de sangre es de un color como si lo tuviera de oro, y lleva siete puñales clavados en él, tres por un lado y cuatro por el otro. Y sale otro paso con un gallo muy grande, que está al lado del Señor, y que me ha explicado la bisabuela que es el gallo de la pasión, el mismo que tuvo que cantar para que antes de que cantara San Pedro negara tres veces al Señor, que quiere decir que tuvo miedo de confesar que lo conocía y de que él era un apóstol, por si a los romanos y a los judíos les daba por crucificarlo a él también.

El miércoles santo sale la procesión de los coloraos, que ya sé que se escribe colorados, pero que nadie lo dice así, ni siquiera la bisabuela con ser tan leída y tan escribida, como dice Felisa cuando ella le echa un sermón por cualquier cosa o se

pone a darle la monserga. Los nazarenos llevan una túnica colorada, del mismo color de la sangre, porque para eso sacan un cristo que se llama el Cristo de la Sangre y que es el único que yo he visto en mi vida, ni siquiera en estampas, que va andando a pesar de tener ya las manos clavadas en la cruz. Tiene una grieta muy grande en el pecho, que es la que le hizo un soldado con la lanza, y de la grieta mana un chorro de sangre que parece de verdad, pero que me ha explicado la bisabuela que es una madeja de seda roja que se la ponen ahí para que parezca sangre. Debajo hay un ángel de los pequeños que tiene un cáliz en la mano para que la sangre, digo la madeja, no se caiga al suelo. En esa misma procesión sacan a la Dolorosa de Ruiz-Funes, que es una Virgen que no está en ninguna iglesia y que al terminar de pasar por las calles la guardan en la casa de los Ruiz-Funes, que tienen una confitería en la Trapería, cerca ya de Santo Domingo, y que cada vez que yo paso por allí me llaman para darme un caramelo o unas peladillas o una picardía y para preguntarme que cómo están la bisabuela y los demás de mi casa. Detrás del mostrador de la confitería hay un cuarto pequeño y allí van a hablar de política y de sus cosas y a tomar café con pasteles unos señores mayores, que son los que hacen los versos que van escritos en el papel de los caramelos que van dando los nazarenos. Algunas veces me hacen pasar allí y esos señores me preguntan cosas del colegio y me dicen que qué lástima que se haya muerto el abuelo porque era un hombre que valía mucho y que qué cosas diría de todo esto que está pasando si levantara la cabeza, que yo no sé cómo podría levantar la cabeza el abuelo si está muerto y metido dentro de la caja.

El viernes santo por la mañana sale la procesión del viernes santo por la mañana, que es la mía. El abuelo era el Secretario de la cofradía y el que más mandaba en ella y cuando se murió el abuelo le dijeron a mi tío que ahora que mandara él. Esa procesión es la que más pasos saca y la que los saca más bonitos porque son de Salzillo, que hacía muy bien los santos, y todas las demás procesiones le tienen envidia a la mía porque también quieren tener todos los pasos de Salzillo, pero ya no los pueden tener porque dice la bisabuela que Salzillo se murió hace mucho tiempo. Sacan un paso de la cena, que están todos los apóstoles sentados en una mesa y en medio está Jesús, que tiene a un lado a san Pedro y al otro lado a san Juan, que es el apóstol que más quería el Señor y que no lleva barba. Encima de la mesa ponen comida de verdad, un cordero asado y panecillos pequeños y uvas, que las tienen que guardar, yo no sé cómo, desde el verano pasado, y dátiles y piñas y de todo. Los nazarenos que lo llevan tienen que cargar con mucho peso, que dicen que cargan con más de cien quilos cada uno, que se necesita ser bestias, y cuando meten el paso en la iglesia, al terminar la procesión, se comen todo lo que han puesto antes en la mesa de la cena, aunque todavía no sea la hora de cenar, y con todo el peso que han llevado se podían comer a Pavía, como dice Felisa cuando uno tiene mucha hambre, que yo no sé quién es el Pavía ese, pero que Felisa lo dice. Y sale también la oración del huerto, que lleva una palmera y un olivo de verdad, y que hay un ángel grande tan bien hecho que no se sabe si es un hombre o una mujer, que en eso dice Vergara que se parece a

Jinoyito, porque es como una mujer, pero sin tetas.

Nuestro paso es el de la caída y se llama de la caída porque el Señor va con la cruz a cuestas y se ha caído al suelo de no poder llevar el peso y de tanto subir la cuesta del calvario, y hay uno que le tira de una cuerda para que vuelva a levantarse y el cirineo le ayuda a subir la cruz. Todos los años en jueves santo los mayores de mi casa tienen que ir a la iglesia a arreglarle la túnica a Jesús, que la lleva morada con bordados de oro, y a peinarle la melena, que la lleva muy larga, y hay un judío que le tira de los pelos al Señor para que se levante y se ponga a andar otra vez. Y también le ponen flores al trono del paso y le dan sidol a la lanza del soldado para que brille mucho al sol cuando pase por la calle.

Pero el paso principal de la procesión es nuestro padre Jesús Nazareno, que lleva también una túnica morada, pero que va de pie, porque ya se ha levantado, y la cruz es muy bonita, que tiene unas fundas de metal brillante en las puntas de los brazos que también hay que limpiarlas con sidol. A los pies de nuestro padre Jesús Nazareno ponen capullos de seda, que dice la bisabuela que se los ponen para que no se malogre la cosecha de la seda, y los nazarenos que cargan el paso van todos descalzos y adelantan los pies al mismo tiempo, y esos no pueden dar caramelos, ni habas, ni monas con huevo duro, ni pueden salirse del paso a mitad de la procesión para entrar en los bares y tomarse un carajillo.

El último paso que sale en esta procesión es el de la otra dolorosa, que lleva delante a san Juan, y que la sacan por la puerta cuando baja el primer rayo de sol y le da en la cara, y al darle el rayo en las lágrimas que le salen a la Virgen y le resbalan por la cara, parece que está llorando de verdad, y lleva los brazos abiertos porque se le ha perdido el hijo y parece que va buscándolo. Detrás de la Virgen no van hombres con cruces al hombro, porque tienen que ser todas mujeres, aunque vayan vestidas de nazareno, y en vez de cruces llevan cirios para alumbrarle a la Virgen, que yo no sé por qué tendrán que alumbrarle el camino a la Virgen si es completamente de día y se lo tengo que preguntar a la bisabuela, que ella lo sabrá.

En medio de la procesión, detrás del Jesús de la caída, van unos nazarenos que llevan unas trompetas muy largas, tan largas que llegan al suelo y les han tenido que poner ruedas para poderlas arrastrar por la calle, y unos tambores forrados con tela morada, igual que la de las túnicas, y tocan una música con la que le van sacando burla al Señor. Los que van con cruces a cuestas para hacer penitencia llevan túnicas que les llegan por los tobillos y van con la cara tapada para que no los conozca la gente y no se entere de que han hecho pecados y que por eso tienen que hacer penitencia o que han hecho una promesa por algo, para que no se les muera su madre, o su hijo, o cosas así. Algunos van descalzos como los que cargan con nuestro padre Jesús, y en vez de una, como casi todos, llevan dos o tres cruces, y yo vi una vez a uno que llevaba cuatro, que se conoce que había cometido un pecado aún más gordo

que el que yo hice con Juanita, o que tendría que pedirle al Señor una cosa muy difícil. En cambio, los que cargan los pasos llevan la túnica subida hasta más arriba de la rodilla porque se la remangan para hacerse un buche grande lleno de los caramelos, las habas y las monas con huevo que le dan a la gente que conocen y que está viendo la procesión. Y en vez de pantalones, llevan en las piernas unas medias muy gordas, sujetas con ligas como llevan las mujeres.

El viernes salen dos procesiones porque por la noche sacan la del entierro, y en ésa va un paso que se llama el paso de la cuna, y que es el sepulcro del Señor, que ya se ha muerto, y hay unos ángeles que sostienen la tapa de la caja, que es muy bonita, para que todo el mundo pueda ver al Señor muerto por última vez antes de enterrarlo, que después ya se ha hecho invisible y no se le puede ver aunque esté en todas partes.

Pero esto también me lo tiene que explicar bien la bisabuela porque luego, el domingo de resurrección, se le vuelve a ver, y es que sacan la procesión del resucitado y hay mucha gente que lo ve resucitar, y para los que no ven la procesión tocan mucho las campanas avisando de que ha resucitado el Señor, que también le tengo que preguntar a la bisabuela si ella cuando se muera va a resucitar igual que Jesús, y si va a resucitar el abuelo, y mi madre, y si voy a resucitar yo, o es que en este mundo nada más que se resucita cuando eres Dios.

En la procesión del resucitado sale un demonio, con rabo y tenedor, que va por en medio de la calle asustando a los chiquillos, y a mí este año se me acercó mucho y me quiso asustar haciendo como si fuera a pincharme con el tenedor, que es muy grande, y que no me pinchó porque yo me metí detrás de Felisa, y mi hermana también se escondió detrás de ella, que los dos nos llevamos el susto, y que yo pensé que a lo mejor se había enterado el demonio de lo de Juanita y de mis otros pecados, y mi hermana empezó a chillar y a decirle a Felisa que no dejara que el demonio me pinchara con el tenedor para llevarme con él al infierno, y Felisa le dijo que no me lo asustes más al crío y que se fuera a hacerle la puñeta a sus hijos, que yo no sabía que los demonios tuvieran hijos, que tendrán que estar casados con las demonias.

Se me olvidaba contar que en la procesión del viernes santo, por la mañana también salen niños vestidos de nazareno, con una corona de espinas y con una cruz pequeña, que van delante de los pasos por en medio de la calle y no en filas a los lados como van los nazarenos de verdad. Este año sacaron así a Jinojito, y con su flequillo y sus melenas, y la corona y la cruz que le dieron parecía más triste y más lila que nunca.

Yo lo vi pasar y lo llamé, y él me miró y luego bajó los ojos para no perder la devoción, que llevaba mucha. Después, otro día, le pregunté si es que había salido en la procesión por alguna penitencia que tenía que cumplir, y me dijo que no, que era por una promesa que había hecho su madre para que el Señor le concediera una cosa de su padre que ella le había pedido, y que era un secreto que no se lo podía contar a

nadie, ni siquiera a mí.

Pero el paso que más me gusta de todos los que salen en la Semana Santa es uno que lo sacan en la procesión del miércoles santo y que se llama el paso del Verrugo. El Verrugo es un judío que está robando habas mientras los romanos llegan y prenden al Señor para ponerlo en la columna con las manos atadas, y para coronarlo de espinas y darle los azotes hasta dejarlo con la espalda señalada por los latigazos, y luego todo lo demás hasta ponerlo en la cruz y dejarlo que se muera. Nosotros también robamos habas como el Verrugo. Cuando los de la clase nos vamos a los bancales de la huerta a robar habas tiernas, siempre me acuerdo del paso del miércoles santo, y una vez de ésas pasó una cosa que ahora que me acuerdo de ella me da mucha lástima.

Íbamos todos los de la clase, menos Galindo, que como es de la huerta dijo que él tiene en su casa muchas más habas de las que se puede comer, y tampoco se unieron el Jínjoles y Molina, el uno porque se ve que en su casa también tienen muchas habas, y el otro porque prefiere chupar pastillas juanolas. Jinojito se vino con nosotros para no aburrirse porque se quedaba solo, pero mientras íbamos a los bancales nos fue diciendo que eso de robar es una acción muy mala, que después tienes que confesarte de haberla hecho y que don Vicente dice que hay obligación de devolver las cosas que se roban, y las habas, una vez que las has echado en la caca o que te han pasado del estómago a la barriga, ya no las puedes devolver. Pero nosotros no le hicimos caso y Cutillas dijo que eso son beaterías de niño lila, y que él, por su parte, no pensaba devolver las habas que se comiera. Llegamos a un bancal y nos agachamos todos para que la cabeza no nos asomara por encima de las matas de habas, y empezamos a coger y comer. Comimos todos menos Jinojito, y más que ninguno Igualada y Cutillas, que se dieron un buen atracón. Jinojito seguía diciéndonos que eso que hacíamos está muy mal y que lo dejáramos ya, que habíamos robado mucho, y era verdad porque pelamos en un periquete seis o siete matas enteras.

—Calla, gilí —le dijo Cutillas—. Si tú no quieres comer, no comas, pero no nos des el pedo.

Igualada y los demás no dijimos nada, pero seguimos comiendo. Portales empezó a comer con más prisa para no quedarse atrás porque le daba envidia de Igualada y de Cutillas que se las comían más ligeros, y como estábamos entretenidos buscando las más tiernas, partiendo la vaina y echándonos las habas a la boca que hay que pillarlas en el aire porque al apretarlas con los dedos salen disparadas, el amo del bancal nos pilló descuidados. El que dio la voz de alarma fue Vergara.

—¡Que viene el amo! —nos gritó, y él echó a correr el primero y después de él todos los demás, porque cuando te pillan así lo mejor que se puede hacer es el sálvese el que pueda.

El único que se quedó quieto, sin atreverse a salir corriendo y agachado entre las matas, fue Jinojito. El amo del bancal empezó a tirarnos tormos y a llamarnos

ladrones y comadreja, pero cuando se dio cuenta de que allí se había quedado Jinojito, lo enganchó por el pescuezo y le dijo que vomitara allí mismo todas las habas que se había comido y que lo iba a destripar como a un conejo. Paramos de correr y desde lejos nos quedamos a ver lo que pasaba. Oíamos gritar al pobre Jinojito diciendo que él no se había comido ni un haba siquiera, que por eso no las podía vomitar, y que nos estaba diciendo que no las robáramos, que nos iba castigar Dios.

—¡Y una leche también les decías, que te crees tú que me vas a engañar haciéndote el boquimuelle, so chotacabras! —le contestó el huertano. Y mientras, le soltaba una mano de pescozones.

Después cogió un trozo de soga que llevaba enrollada y sujeta al cinto, y lo ató por las manos y por los pies al tronco de un albaricoquero. Jinojito lloraba y volvía a decir que yo no he comido habas, señor huertano, que se lo prometo, que yo no sé decir mentiras, y pedía auxilio y socorro como si se estuviera ahogando.

—Ahí te vas a quedar hasta que tu padre venga a por ti.

—Que mi padre no puede venir a por mí, que no vive con nosotros.

—Eso. Además de ladrón, hijo de puta —le dijo el huertano—. Pues que venga tu madre o tu abuela o tu tía, o que te desate María Santísima que baje del cielo. Como ya se había dejado a Jinojito bien atado al albaricoquero se vino entonces para nosotros, que estábamos allí mirando, y tuvimos que salir otra vez por pies y por en medio de los bancales mientras él nos gritaba que no me piséis las habas, cabrones. Cada uno se fue por su lado, menos Campillo y yo, que huimos juntos porque, como somos hermanos de sangre, tenemos que ayudarnos en todo, hasta en la huida, y Vergara, que se vino también con nosotros.

—Tendremos que hacer algo para rescatar a Jinojito —dijo Vergara.

Estábamos ya casi en la ciudad. Campillo y yo nos miramos y los dos dijimos que sí con la cabeza, y empezamos a andar, muy despacio para dar tiempo a que el huertano se volviera a su casa, por el camino que lleva al bancal. Se había hecho de noche, pero había buena luna, como la luna del viernes santo. Cuando llegamos cerca del albaricoquero vimos a Jinojito, que todavía estaba allí atado, llorando y llamando a su madre, pero con la voz floja, como si se hubiera cansado de gritar.

—Ven por mí, mamá, mamaíca. No me dejes aquí toda la noche, que me va a entrar el miedo.

—Vamos. Por el suelo, arrastrándonos —dijo Vergara. Nos tiramos al suelo panza abajo y, andando con los codos y con las puntas de los pies, que nos pusimos las blusas y los pantalones como las colas de los nazarenos del lunes santo, llegamos hasta donde estaba Jinojito. Allí, con las manos atadas, con la cara de tristeza y con las señales de las morradas y los pescozones, tenía mucho parecido con el Señor del paso del Verrugo y con todos los otros de la pasión. Vergara sacó la navaja de muchos usos que siempre lleva en el bolsillo y en un abrir y cerrar de ojos cortó los cordeles. Se echó a Jinojito a costaletas porque el pobre no podía dar un paso entre el miedo

que tenía y la costumbre que había cogido de estar atado, y cuando Vergara se cansó de llevarlo, me lo pasó a mí.

Cuando ya habíamos salido del peligro, empezamos a oler muy mal, que nosotros creímos al principio que nos habíamos arrastrado por el estiércol, pero en seguida nos dimos cuenta de que es que Jinojito se había escagarruciado y que le resbalaba la mierda por debajo de los pantalones, que nos había puesto a los tres de mírame y no me toques al llevarlo a costaletas. Y en eso no se parecía al Señor, que aguantó los azotes y que lo ataran a la columna y que lo clavaran en la cruz sin hacerse encima, y a lo mejor lo único que hizo fue llamar a su madre, pero por dentro para que nadie lo oyera.

Cuaderno octavo

Cachita, he recibido tu carta, que me la ha traído del pueblo el cartero en bicicleta. A mí ya me han comprado la mía, que es casi tan bonita como la de Jinojito, que yo me acuerdo mucho de él y me da lástima. ¿Te da también lástima a ti? Cuando volvamos del verano sí que querré ir al huerto de los dátiles y me sentaré contigo, pero si me prometes no hacerme tantas preguntas como me haces siempre. Yo también me baño todos los días, pero como aquí no hay mar me tengo que bañar en la balsa de la molineta, que es más pequeña que el Mar Menor y tiene el agua dulce y para hacer olas tienes que mover mucho las manos y los pies. Yo quiero que con los baños se te cure lo de la pierna, como dice el médico, que yo voy a rezar todas las noches para que se te cure y que puedas venirte conmigo a jugar por el huerto y te llevaré montada un rato en el cuadro de mi bicicleta. Me han pasado a la Preparatoria y el año que viene haré el ingreso, que dice don Fulgencio que a lo mejor puedo hacer ingreso y primero en el mismo curso si no me dejan examinarme el año que viene porque aún no tenga la edad. Ya te contaré lo que me regalan por mi santo, que falta poco tiempo para que llegue. Me puse malo y tuvo que venir el médico, porque me dio la tos y un atranque de higos de pala, y además me hice una descalabradura porque me caí de la bici, pero ya me he puesto bueno y ahora como mucho para reponerme y estar fuerte, que voy a ganar todas las carreras de bicis y a lo mejor hasta le puedo atizar un ladrillazo al chulo del Cutillas o a otro niño que se meta contigo. Yo te escribo a ti una carta más larga que tú a mí. Jaime. Ésta es la carta que le he contestado a Cachita, que no sé qué otra cosa podía contarle, porque no le voy a contar lo de Ángela ni lo de Rosario, y que la he echado en el buzón del estanco del pueblo, que además de ser estanco es bazar de juguetes y también venden cuadernos y lapiceros y yo me he comprado de las dos cosas porque se me están acabando los que me traje a Santo Ángel de escribir todas las tardes, y muchas veces escribo también por la noche en vez de dormir, que dice Felisa que me voy a desojar de escribir por la noche y que sabe Dios qué cosas me estará sacando de la cabeza para escribir tanto sin copiar de ningún sitio, y que se me van a hacer los sesos agua.

Por mucho que pregunté, que hice más preguntas que hace Cachita, me quedé sin enterarme bien del asunto y con tres palmos de narices, que eso fue poco después de venirnos a Santo Ángel.

—¿Tú sabes cómo nacen los niños?

—¿Yo? Yo no sé nada.

—¿Se lo preguntamos a la mamá?

—¿Para qué?

—Para enterarnos.

—Yo no quiero enterarme. Y tú no se lo preguntes, que a lo mejor le da por

pegarte con el espolsador.

—Pues yo sí quiero enterarme y me da lo mismo que me pegue con el espolsador.

—¿Pero para qué quieres enterarte?

—Para saberlo.

—¿Y para qué quieres saberlo?

—Pues para saberlo.

—Esas cosas ya las sabremos cuando seamos mayores.

—¿Y tú te figuras algo?

—¿Yo? Yo no me figuro nada.

—Pues ahora voy y se lo pregunto a la mamá. ¿Te vienes conmigo?

—¿Yo? Yo no voy a preguntarle nada de eso a la mamá.

—Pues que te zurzan.

—¿Lo ves como ya te están entrando las ganas de ser malo?

—Si soy malo, mejor. Y además, para que veas que no soy malo, cuando me lo diga te lo contaré a ti.

—¿A mí? Yo no quiero que me cuentes nada de eso.

—Pues que te zurzan otra vez.

—Bueno, pues que me zurzan.

Felisa estaba en la cocina preparando el hervido para la cena. Tenía un lebrillo pequeño encima de la mesa para ir echando las patatas, las cebollas y las bajocas, que tenía que ir quitándoles las hebras que tienen para que luego no se te enreden en los dientes.

—¿Te ayudo a desgranar los pésoles?

—Ahora no hay pésoles.

—Pues te ayudo a quitarle las hebras a las bajocas.

—Antes lávate esas manos.

—Bueno, me lavaré las manos. —Y lo hice en el fregador.

—Felisa, ¿es verdad eso de que tú me has visto nacer?

—Claro que te he visto nacer, rey mío.

—¿Y cómo nací?

—¿Que cómo naciste? Pues muy hermoso. Pesabas más de cuatro quilos y estabas hecho una preciosidad, que no había otro más precioso que tú en el mundo.

—No digo eso. Digo que por dónde.

—Pues por donde nacen todos los niños.

—¿Por dónde nacen todos los niños?

—¡Válgame Dios qué pregunta! Pues no pides tú poco. Parece que te ha hecho la boca un fraile.

—Digo que por dónde nací.

—Por... el correo.

—¿Por el correo?

—Sí. Te mandaron de París de la Francia.

—Eso es mentira.

—¿Por qué va a ser mentira? Tú qué sabes.

—Porque sí. Porque a los niños no los van a hacer en una fábrica. Y además en París no va a haber una fábrica tan grande que pueda hacer los niños de todo el mundo.

Y si no, dime cómo me encargaron a París.

—Yo que sé. Porque tu padre y tu madre escribirían la carta y harían el encargo.

—¿Cómo se escribe la carta y a quién se le da para que te manden un niño de París?

—Ay, hijo. Yo no lo sé. Yo no he escrito nunca ninguna carta de ésas.

—Pues escríbela y que te manden un niño.

—Nada de eso. Yo, contigo, ya tengo bastante.

—¿Y en qué vine yo de París? ¿En una caja de muñeco?

—No me acuerdo. Me parece que venías liado en un pañuelo.

—Eso es mentira.

—Pues si es mentira, no me lo preguntes.

—Es que quiero saberlo.

—Si quieres saberlo pregúntaselo a tu madre. O a tu bisabuela, que es doña Sabelotodo.

—Que te zurzan a ti también.

—Ya me zurcen bastante, vida mía. Desde que me levanto hasta que me acuesto me estáis zurciendo todos. Y tú, el primero.

—Yo no te zurzo. Yo te quiero mucho y te ayudo a desgranar los pésoles y a quitarles las hebras a las bajocas, y me lavo las manos antes, y cuando estoy malo me quiero pasar a tu cama.

—Eso sí que es verdad. Mira que si no me quisieras tú a mí, cariño de col. Pero yo te quiero más porque te quiero con toda mi alma, corazón.

—Entonces contéstame.

—Yo no sé contestarte, rey. Que te conteste tu madre. O te esperas a ser mayor y lo aprendes.

—¿Cómo se aprende eso? ¿Quién te lo enseña?

—Eso se aprende solo. Y si no lo aprendes solo, con lo hermoso que eres, no faltará quien te lo enseñe.

—O sea, que no quieres contármelo.

—Que ya te he dicho que te lo cuente tu madre.

Águeda estaba recogiendo las gallinas en el gallinero para que si venía la zorra por la noche no pudiera llevárselas y para que se pusieran a dormir, que se duermen

muy temprano, y por eso dice la bisabuela lo de acostarse a la hora de las gallinas.

—Águeda.

—¿Qué?

—Que quiero que me digas por qué nací yo.

—¡Jesús y qué pregunta! Porque estaba escrito.

—¿Dónde estaba escrito?

—En un libro que hay en el cielo donde están escritos todos los que van a nacer y todos los que se van a morir.

—Pero yo digo que cómo nací.

—Como todos los críos.

Águeda sacudía el delantal con las dos manos para que las gallinas entraran en el gallinero.

—¿Cómo nacen todos los críos?

—¡Jesús y qué preguntas! Porque los trae al mundo su madre.

—¿Y cómo los trae al mundo?

—¿Que cómo? Pues pariéndolos.

—¿Y cómo los pare?

—Como todo el mundo. Y como los animales.

—¿Por dónde los pare?

Guiñaba los ojos más de prisa que nunca.

—Los pare por la paridera.

—¿Qué es la paridera?

—El sitio por donde se pare.

—¿Y dónde está?

—Pues... donde tú quisieras saber.

—¡Porras fritas! Que tú tampoco quieres decírmelo.

—Ya te lo he dicho. ¡Hala!, déjame hacer la cena.

—Pues que te zurzan.

Mi madre estaba cosiendo en el vestíbulo. A un lado tenía el costurero y a otro lado tenía a mi hermana, que estaba haciendo cadeneta, y que seguramente se había ido allí a ver si yo me atrevía a preguntarle a mi madre cómo nacen los niños. Me senté en frente de ella en un sillón pequeño de mimbre que tengo para mí solo.

—Mamá, que digo que por qué nacen los niños.

Mi hermana se quedó sin respiración. Mi madre me miró un momento y se puso otra vez a coser.

—Los niños nacen porque si no nacieran se acabaría el mundo.

—No digo eso. Digo que cómo.

—Nacen muy pequeños. Tú naciste hecho una bola.

—Y además...

- Además naciste en cueros.
- Pero ¿de qué nací?
- De carne y hueso, como todo el mundo.
- Tampoco digo eso.
- Ya sé que no dices eso. Es que no quiero contestarte.
- ¿Por qué?
- Porque eres muy pequeño todavía.

Mi hermana me miraba como si yo fuera un héroe, el Cid Campeador o Guzmán el Bueno o alguien así. Y a mí eso me dio más valor. Después se aplicaba a la labor para que mi madre creyera que a ella no le interesaba la conversación.

- ¿A que es mentira que los niños vienen de París?
- De París o de donde sea, confórmate con saber que los trae la cigüeña.
- Eso es mentira.

Mi hermana se puso a temblar, y miró a la covacha de debajo de la escalera donde guardan el espolsador.

- No me faltes al respeto, descarado, que te vas a ganar unas nalgadas.
- Pero es que Cutillas dice que las mujeres se ponen gordas y después...
- No me interesa nada lo que dice el Cutillas ese, que debe de ser un golfo. Todo lo que nace en este mundo es porque Dios quiere. Y tú, también.
- Entonces Dios también ha querido que nazca Cutillas.
- Lo habrá querido, pero tú no le hagas caso.
- Es que las conejas también se ponen gordas, y tienen conejillos, y entonces se quedan flacas.
- Será de los disgustos que les dan los hijos. Y además, yo no soy una coneja.
- Y también les pasa a las burras.
- No digas más disparates. O te callas ahora mismo, o te encierro en la covacha.
- Es que yo quiero saberlo.
- Y dale Perico al torno.
- ¿Por qué no puedo saberlo?
- Porque eres pequeño.
- Por eso quiero saberlo ahora. Cuando sea mayor ya lo sabré y no tendré que preguntártelo.
- Cuanto más tarde lo sepas, mejor.
- Eso no es lo que me dices cuando tengo que aprenderme la circunferencia, y las divisiones, y los reyes de la Reconquista.
- Porque ésas son las cosas que deben aprender los niños.
- Entonces, ¿no me lo dices?
- Anda, no me des más la lata que tengo que terminar esto que estoy cosiendo. Si eres bueno, a lo mejor te lo digo el año que viene.
- ¿Y por qué no se lo cuentas a mi hermana, que me lleva dos años?
- ¿A mí? —saltó mi hermana—. Yo no quiero que me cuente nada. Ya te lo he

dicho antes.

—Deja en paz a tu hermana con esas cosas. Mira, cuando se termine el verano, te vas a confesar con el padre Azcárate y se lo preguntas a él. Y ahora desaparece ya de mi vista, curiosón.

—A lo mejor el padre Azcárate no lo sabe porque, como es cura, él no puede tener hijos.

—Sí que lo sabe. Y además sabrá cómo explicártelo mejor que yo.

—Pues que os zurzan a todas.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Estaba hablando solo.

—Pues a callar, que te vas a ir a la cama con el culo caliente.

Me fui refunfuñando a buscar a la bisabuela.

La bisabuela estaba en su cuarto, sentada en el sillón y rezando el rosario, que lo reza tres o cuatro veces cada día.

—Te tengo que preguntar otra cosa.

—¡Chis!... el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. ¿Qué pregunta tienes que hacerme? Vamos a ver.

—Que cómo nacen los niños.

—¿Conque ésas tenemos ya? Pues pronto empiezas, caballere. Antes aún que tu abuelo, que no me hizo esa pregunta hasta que tenía cumplidos los nueve años.

—¿Me lo vas a decir?

—Antes, dime lo que tú sabes, y yo te diré si es verdad o mentira.

—Mi hermana dice que ella no sabe nada y además, que no quiere saberlo.

—Ésa, claro.

—Felisa dice que a los niños nos traen de París de la Francia.

—Sí, hombre, como los perfumes. Ojalá fuera tan sencillo. Como ella no los ha tenido...

—Mi madre dice que a lo mejor me lo cuenta el año que viene, pero que tengo que esperar a ser más mayor para saberlo, o que se lo pregunte al padre Azcárate.

—¿Y no te ha dicho nadie algo más?

—Águeda dice que los niños se paren, pero yo no sé lo que es eso.

—¿Y nada más? Anda, haz memoria.

—Sí. Cutillas dice que las mujeres se ponen gordas y que después echan al crío por debajo de la barriga.

—Cutillas o como se llame es un grosero y un zafio. Pero algo de razón tiene. Mira, reza conmigo el ave María.

—Pero...

—Que reces.

Y yo empecé a rezar el ave María. Cuando llegué a eso de que bendito es el fruto

de tu vientre, Jesús, la bisabuela dijo:

—¿Lo ves? Los niños son como frutos que maduran en el vientre de su madre. Jesús maduró en el vientre de la Virgen.

—¿Y por dónde salen?

—El niño Jesús nació pasando por el vientre de su madre como el rayo de luz por un cristal, sin romperlo ni mancharlo.

—¿Y yo?

—Todos los niños deben intentar parecerse lo más posible al niño Jesús.

—¿Y ya no me explicas más?

—Hoy no. Otro día te explicaré más. Estas cosas hay que aprenderlas poco a poco para comprenderlas bien. Ahora dime si te acuerdas de cómo repartió el rey don Fernando primero su reino entre sus hijos.

—Sí me acuerdo. A Sancho le dio Castilla. A don Alfonso le dio León. A don García le dio Galicia. A doña Elvira le dio Toro. Y a doña Urraca le dio Zamora.

—Muy bien. Ves a la caja de plata, que ya sabes donde está, y coge una moneda de dos reales. Pero nada más que una, eh, no me hagas trampas, pillastre.

—¿Y ya está?

—Ya está. Colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

Me da el corazón que mi madre se había enterado de que yo tenía algún pecado de los gordos, o que se lo figuró, porque ella me conoce muy bien y muchas veces sabe lo que pienso aunque yo no lo diga, y dice que no es raro que me conozca tan bien después de tantos años que lleva soportando a la bisabuela, porque los dos somos iguales. O que lo supiera o que lo haya adivinado, el caso es que mi madre me dijo un día que se había acabado ya eso de que me confesara siempre con don Vicente, porque como está sordo como una tapia no se entera de ningún pecado de los que le digo, y que hiciera examen de conciencia bien a fondo porque el domingo de resurrección me iba a llevar a los jesuítas a confesarme con el padre Azcárate, y que además tenía que hacer, no la confesión corriente, sino confesión general, porque hay que hacer confesión general por pascua florida.

Me levantaron temprano por la mañana y me llevó mi madre a la iglesia de los jesuítas, que está en Santo Domingo, y que en el altar mayor tiene un Corazón de Jesús muy grande, mucho más alto que Primo Camera, y con un corazón que se le sale fuera de la carne y de la túnica y del manto, rodeado de una corona de espinas y chorreando sangre, que se lo está señalando con la mano para que todo el mundo se dé cuenta de que lo tiene así. En otros altares más pequeños hay estatuas de san Estanislao, que es un niño santo aunque es extranjero, y de san Luis Gonzaga, de san Ignacio de Loyola, que está muy calvo, y de san Francisco Javier, que lleva barba como el Berenjena. La iglesia de los jesuítas es la única que tiene confesonarios en los que se sabe quién es el cura que hay dentro, porque encima del confesonario

ponen una placa con el nombre de los padres, como hacen en sus casas los abogados y los médicos y los practicantes, y eso lo pueden hacer porque cada padre tiene su caseta particular. Por eso, te puedes confesar con el que tú quieras, con el padre Azcárate, con el padre Aramburo, con el padre Azcoitia o con el padre Cilaurren, que tiene nombre de futbolista del Atlético y que a lo mejor es su hermano, o su primo, o su tío, porque aunque se llame padre lo que no puede ser es su padre.

El sábado por la noche hice examen de conciencia, que se hace repasando todos los pecados, y mi madre me dijo que los escribiera en un papel para que no se me olvidara ninguno, pero a mí no me dio la gana de escribirlos para que no me pasara como a Jinojito, que nos enteramos todos de su confesión, y le contesté a mi madre que no me hacía falta escribir los pecados porque yo tengo muy buena memoria. Cuando terminé el examen de conciencia, que fue muy largo y que me di cuenta de que yo soy un pecador que peca mucho todos los días y que hago pecados muy diferentes, y no como la bisabuela, me dijo mi madre que también tenía que tener dolor de corazón y propósito de enmienda, y yo le dije que sí que los tenía, y después pensé que también debía confesarme de habérselo dicho porque era mentira, que a mí el corazón no me dolía nada y eso del propósito de la enmienda es muy fácil hacerlo, pero luego no puedes enmendarte por mucho que quieras o porque se te olvida en seguida.

Lo primero que me preguntó el padre Azcárate es que cómo me llamo; que cuántos años tengo; que si vivo con mi padre y mi madre; que si tengo hermanos y hermanas mayores y menores que yo; que cuánta gente más vive en mi casa; que si somos ricos o pobres o regular; que si era la primera vez que me confesaba con él; que cuándo había hecho la primera comunión; que quién me había dado el consejo de que acudiera a su auxilio espiritual, o sea, de que fuera a su confesonario; que con qué sacerdote me confieso siempre, que yo tuve que decirle que con don Vicente que está sordo; que a qué colegio voy; que por qué no me he hecho todavía de la congregación de los estanislaos como aspirante; que si sé ayudar a misa; que si había hecho alguna vez ejercicios espirituales, y que si iba a hacer confesión general. Yo no sé por qué quería saber tanta cosa y por qué me hizo tanta pregunta ni qué le importa a él saber cómo me llamo de apellido y cuánta gente vive en mi casa y si somos ricos o estamos a dos velas como el pobre Primitivo. Pero le contesté a todo, y en seguida empezó la confesión. Por cierto que ahora me da por pensar que voy a decirle a Cachita que se confiese con él, a ver quién de los dos gana el campeonato de las preguntas.

A cada cosa que le decía, él me preguntaba más, que confesándose así es muy difícil comerte los pecados o hacer como que se te olvidan, porque los que no le dices tú, te los va sacando él con las preguntas, que parece que ya los supiera antes de que se los digas. El padre Azcárate tiene la mala costumbre de agarrarte una oreja mientras te confiesas y a cada pecado que le dices te da un tirón, como si te la quisiera desarrugar y dejártela como las tienen los conejos. Cuando llegué al pecado

que cometí metiéndome debajo de la cama de la bisabuela y al que hice mirando por la ventana del Bar Gloria, empezó a tirarme más fuerte de la oreja y a preguntarme que si me había recreado en esas visiones obscenas. Yo le contesté que no sabía si me había recreado o no, porque debajo de la cama de la bisabuela me quedé dormido, y de la ventana del Bar Gloria me quitó mi tío de un pescozón y a la fuerza antes de que pudiera ver más cosas, que yo sí que quería verlas. Como al confesarle esos pecados se cabreó tanto, no me atrevía a contarle el que hice con Juanita la tarde de la pelea con Igualada, pero él me lo sonsacó haciéndome preguntas sobre lo mismo, hasta que se enteró de todo y se empapó bien empapado.

—Pero, ¿tú consentías?

Yo le dije que consentir sí que consentía, pero que también fue un poco a la fuerza, porque cada vez que yo iba a sacar la mano de allí, Juanita me la apretaba más fuerte y que me la tuvo agarrada mientras quiso como si me la hubiera cogido en un cepo de cazar pájaros o en una ratonera.

Como tardaba tanto tiempo en confesarme, yo volvía la cabeza de vez en cuando para mirar al sitio donde estaba mi madre, y la vi sentada en un banco con el rosario en la mano y pasando cuentas, y algunas veces ella miraba también al confesonario, y a mí me dio vergüenza de que mi madre supiera que tenía tantos pecados y que tuviera que hacer una confesión tan larga. Pero el padre Azcárate seguía preguntándome sin decirme que me podía ir ya bendito de Dios ni terminaba de ponerme la penitencia. Cuando se empapó bien de todo lo del pecado con Juanita, me dijo que los niños tenemos un tesoro que se llama la pureza y que hay mucha gente que quiere quitárnoslo, sobre todo las mujeres, que muchas veces se mete el demonio dentro de ellas para apoderarse de nosotros y mancharnos la inocencia, aunque ya se veía que a mí de inocencia me quedaba más bien poca, y para hacernos caer en la tentación. Me dijo también que la pureza es como una flor blanca muy hermosa que a todos los niños nos nace en el alma y que el pecado es como si esa flor se pusiera mustia o como si se pisara con una pezuña y se quedara machacada o se convirtiera en otra flor negra, horrible y pestilente, que debe querer decir apestosa, o sea, que echa mucha peste. Después me dio una estampa en color de san Luis Gonzaga, que es un santo con la cara muy pálida, como si estuviera convaleciente, con unos ojos muy grandes y que tiene un lirio en la mano, que me dijo que el lirio representa la flor esa de la pureza, y que le rezara mucho todas las noches para que me ayudara a librarme del demonio cuando se mete dentro de las mujeres, y que si alguna me decía que me acercara y que hiciera con ella lo que hice con Juanita, que yo entonces sacara la estampa y que al ver la estampa, la mujer y el demonio se irían para atrás; que tenía que arrepentirme de mis muchos pecados de todo corazón y prometerle al corazón de Jesús que está en el altar mayor y a la Virgen, que está más abajo, no volverlo a hacer, porque en ese momento la Virgen estaba muy triste por lo que había hecho y que no

quería saber nada de mí porque le daba vergüenza mirarme desde el cielo; que tenía que rezar en penitencia dos rosarios enteros y un padrenuestro y un avemaría especial para san Luis Gonzaga, y leer tres veces la oración que traía escrita la estampa por el revés; que volviera a confesarme con él al domingo siguiente o antes si volvía a caer en la tentación y hacer pecados de esos; que le dijera a Juanita que fuera también ella a confesarse a su confesonario, y que si había dejado de acusarme de algo y recibía la comunión en pecado, caía en sacrilegio, que es un pecado muy grande, igual que decir una blasfemia o pegarle a un sacerdote, que muchas veces no lo puede perdonar más que el obispo y otras veces nada más que el Papa.

Entonces yo me acordé de que no le había contado que le tiré un tirachinazo al señor obispo una tarde que se estaba paseando por el malecón para tomar el sol, que no quise comerme ningún pecado para no caer en sacrilegio, y él volvió a cogerme la oreja que ya me la había soltado, y me dijo que yo era de la misma piel del diablo y que tenía que estar endemoniado, y me dio un tirón tan fuerte que yo no tuve más remedio que quejarme y decir ¡ay!, que no sé si me oyó mi madre o los que estaban esperando a que terminara yo para poder confesarse ellos.

—No me tire usted tan fuerte, padre, porque además no le acerté al señor obispo con el tirachinazo, que le di a un cura muy gordo que iba con él paseándose, que yo creo que es el penitenciario de la catedral, y que como es tan culibajo, los chiquillos de mi colegio y otros de la calle y del derribo le llamamos el canónigo Follasuelos.

El padre Azcárate se cabreó todavía más y me dijo que no podía darme la absolución, que me la tenía que dar el mismo penitenciario, y que me fuera inmediatamente a la catedral a confesarme con él, y que le dijera que iba de parte suya, y que se lo contara todo sin dejarme nada. Me levanté y fui a arrodillarme al lado de mi madre, y me puse con las manos juntas como si estuviera rezando la penitencia, para que ella no se diera cuenta de que el padre Azcárate no había querido darme la absolución.

—Mamá, yo no puedo comulgar hoy.

—¿Por qué?

—Porque he bebido agua sin darme cuenta antes de levantarme.

—Sí, sin darte cuenta. Buena pieza estás tú hecho. Estás dejado de la mano de Dios. Ya estás diciendo mentiras, y eso que acabas de confesarte.

—Es verdad. Te lo prometo.

—Bueno, pues espérame aquí sin moverte rezando la penitencia, que voy a acercarme a comulgar yo y nos vamos a casa. No sé lo que voy a hacer contigo, hijo.

Cuando dejé a mi madre en casa, me fui solo a la catedral y busqué el confesonario del penitenciario que es un confesonario especial. Era el mismo cura que se paseaba por el malecón con el señor obispo, pero metido dentro de la caseta parecía más grande y mucho más gordo. Tenía una vara al lado y la sacaba para darles varazos en los hombros a los que terminaban de confesarse, si eran hombres, que si en vez de una vara tuviera una espada, parecería que los estaba armando

caballeros, como lo del espaldarazo que sale en el *Quijote*. La verdad es que los varapalos los daba flojos, que se veía que eran sin intención de hacerles daño, pero cualquiera sabe cómo me los daría a mí cuando le confesara lo del tirachinazo, que además le dio en todo el culo, y lo de Follasuelos, así que me di la vuelta con mucha prisa no fuera a ser que me reconociera y me mandara ir allí, y me fui a la iglesia de Santa Catalina que es donde confiesa don Vicente los domingos.

Con don Vicente me acusé nada más que de lo del tirachinazo, porque lo otro ya me lo había confesado con el padre Azcárate y no iba a ir diciéndoselo a todos los curas que encontrara, y porque además él conocía a Juanita y me daba más vergüenza de decírselo. Don Vicente sí que me dio la absolución y me dijo que no tenía que ir al penitenciario de la catedral, y que es que estos jesuítas se creen que saben más que nadie, y hasta me parece que le entró la risa porque sacó un pañuelo de yerbas y se lo puso en la boca al mismo tiempo que se le ponían los ojos como llenos de sangre, igual que si le hubiera dado un golpe muy largo de tos o se hubiera atragantado con un pedazo de carne, como me pasó a mí una vez que me hicieron comerme a la fuerza el estofado y la carne se me fue por el otro sitio y Felisa tuvo que darme muchos golpes en la espalda para que se me saliera.

Pasadas las procesiones viene la pascua florida y empiezan las fiestas de primavera. Dice la bisabuela que se puede cortar en el aire el olor a azahar y a mí todos los años me hacen un traje para que lo estrene. Sale el bando de la huerta y pasan por la calle carrozas que son como barracas o como ventorrillos de la huerta o como los patios donde se ponen los huertanos a sacar la hijuela de los gusanos de seda, que después sirve para ponerla en las cañas de pescar, porque es mucho más fuerte que ningún otro hilo, aún más que el bramante encerado que usamos para volar las birlochas.

Los huertanos que salen en el bando van vestidos de huertano, con zaragüelles y chaleco y esparteñas, y las huertanas van vestidas de huertana, con refajos bordados, su corpiño, su manteleta, su delantal de lentejuelas y su moño de picaporte, como el traje que le ha hecho mi madre a mi hermana para retratarla.

Salen también bodas huertanas, con sus novios y sus padrinos y el cura y el monaguillo, y parejas de novios sentados en la puerta de la barraca, que dice Felisa que están allí pelando la pava, aunque a la pava no se la ve por ninguna parte, y no sé por qué lo dirá, y mozos y mozas que bailan la parranda, y burros con aguaderas de esparto. Este año ha salido un burro con aguaderas, pero en vez de llevar en las aguaderas los cántaros de agua, llevaba dos críos pequeños, uno niño y otro niña, mucho más pequeños que yo, también vestidos de huertanos, que a la gente les daba mucha risa de verlos. La última carroza que va detrás de las que trae cada pueblo es la del Ayuntamiento y en ella va el Alcalde, que lleva en la mano una vara con unas borlas muy gordas, que es el perráneo del pueblo ese, que la bisabuela no dice

perráneo sino pedáneo, porque debe de ser más fino, y que echa bandos en verso y en lenguaje panocho, que es como cuando mis tías las de Lérida hablan en catalán, pero mucho más parecido al castellano y se entiende mucho mejor. En los bandos, los alcaldes hablan mucho de lo gordas que tienen las borlas, que no es menester que lo digan porque ya se les ve, y dicen palabras malas, como relecha, puñema, juné y otras así, y este año un alcalde, como ya ha entrado la república, ha dicho hasta pijo.

A la batalla de flores no me han dejado ir este año, porque dicen que ésa es una fiesta para los pollitos en edad de echarse novia y para las niñas casaderas, y los pequeños tenemos que ir de la mano de los mayores para que nos dejen entrar al parque, que es donde se hace, y en mi casa no podían llevarme de la mano los mayores por el luto del abuelo. Las carrozas de la batalla de flores no son como las del bando de la huerta, porque en ellas salen cisnes y pianos de cola, o unas copas de champán muy grandes, o palcos del teatro, o berlinas de caballos, o una góndola de esas que no las hacen más que en Venecia, que la bisabuela me enseñó una postal que le había mandado el abuelo desde allí y se ve que es la única ciudad del mundo que en vez de calles tiene acequias que se llaman canales. Y en las carrozas salen también salas de baile del rigodón, y nidos muy grandes de paloma y una caja de bombones con la tapa levantada y las palomas y los bombones son las niñas esas casaderas, y un costurero, y una carroza que es un barco, que siempre la mandan desde Cartagena y las niñas casaderas de allí van vestidas de marinero con blusas blancas y chalinas azules. Las niñas que van dentro de las copas de champán o del costurero o de la góndola les tiran pomos de flores a los pollitos que están en las tribunas, y también les tiran confetis y serpentinas, y así se divierten mucho, porque es como si hicieran una pedrea, pero sin hacerse daño.

La fiesta que más me gusta de todas las fiestas de primavera es la del entierro de la sardina. Todos los que salen en el entierro de la sardina se ponen unos trajes muy raros, cada uno de un color según la carroza donde salgan, y llevan en las manos hachas de sebo encendidas y bengalas que sueltan chispazos de todos los colores y se arma mucho follón porque los hombres que van subidos a las carrozas tiran puñados de juguetes a los balcones y a la calle, y todos se pelean por cogerlos, que si tienes suerte y no te aplastan puedes coger muchos. Estas carrozas no son ni como las del bando de la huerta ni como las de la batalla de flores, porque cada una lleva un gigante de cartón, que según me ha dicho la bisabuela representan los dioses del Olimpo, que son dioses falsos del tiempo en que todavía no había nacido el niño Jesús, y que por eso el entierro de la sardina es una fiesta pagana.

Los dioses falsos se llaman Vulcano, que está dando martillazos; y Mercurio, que tiene alas en los pies y en el sombrero; y Neptuno, que tiene un tenedor con tres pinchos y que va por el mar, porque es el amo de las aguas; o Eolo, que tiene la boca hinchada como si estuviera inflando una bufeta, porque es el rey de los vientos; o Hércules, que es el que tiene más fuerza de todos, y que dice la bisabuela que mató a un león y a un toro y a un jabalí; o Júpiter que dispara rayos con las manos como si

fueran flechas. También hay diosas, que ésas no sé si viven en el Olimpo, porque es un monte que no ha podido todavía subir nadie a él, y no sé si dejarán los dioses que suban las mujeres y que se llaman Venus, que sale desnuda del mar porque dicen que nació de las olas; o Minerva, que no me acuerdo de cómo va, y otra que no sé cómo se llama y que lleva una cosa en las manos para hacer música y que la bisabuela dice que es una lira. La última carroza del entierro es la de la sardina, que es una sardina muy grande que la llevan a matarla y que luego resulta que no la entierran, sino que la queman en la plaza de delante del puente viejo porque ya se ha acabado la cuaresma y ya se puede volver a comer carne, que en la cuaresma no se puede comer nada más que sardinas y otros pescados, pero sobre todo sardinas.

Para ver pasar el entierro de la sardina tengo que asomarme sin que nadie me vea a un balcón de mi casa, o subirme al terrado sin que se den cuenta, porque en lo alto de las carrozas van unas mujeres desnudas, que sólo llevan por encima un velo muy transparente, y dice mi madre que eso no lo pueden ver los niños como yo, que no sé lo que haría conmigo si se enterara de lo de Juanita y de lo de Ángela y de que algunas noches veo desnudarse a Rosario, y sobre todo de lo de la vez que le vi el culo a la bisabuela. Dijo Cutillas que este año no iban a salir mujeres desnudas en las carrozas porque el año pasado una mujer se quemó viva, y es que se prendió fuego a la carroza con la llama de las antorchas y de las bengalas, y los bomberos no pudieron bajarla y que se salvara de la quema porque iba atada para que no se cayera desde lo alto cuando echaba a andar la carroza, y no les dio tiempo a desatarla. Pero aunque no salgan mujeres desnudas tampoco me dejaban ir este año por lo del luto del abuelo, que no sé yo por qué razón el abuelo, que está ya en el cielo y lo puede ver todo desde allí, no le va a dar gusto que vaya yo a ver el entierro de la sardina y me divierta todo lo que pueda y coja algún puñado de los juguetes que tiran.

Se lo dije a Jinojito lo de que no me dejaban verlo, y Jinojito me contestó que me fuera a su casa a verlo pasar con él, porque, si no salían esas mujeres, ellos iban a ver el entierro desde los balcones de su casa, y es que en su casa no están de luto como en la mía, y que le preguntaría a su madre si podía decirme que fuera, y que yo le preguntara a la mía si me daba permiso para ir. El permiso me lo dio mi madre después de armar tres o cuatro pataletas y porque la bisabuela dijo que sí, que me dejaran, que el niño tiene que divertirse en las vacaciones para estudiar después con más aplicación y que la que más puedo sentir lo del luto soy yo, que es mi hijo el que se me ha muerto. Y mi madre dijo que se daba por vencida entre las pataletas mías y los discursos de la bisabuela.

La casa de Jinojito es muy bonita. También es muy grande y está llena de alfombras que te dejan pisarlas, y de vitrinas con abanicos y figuras de porcelana, que hay una colección de caballos con soldados encima, y de aparadores con bandejas de plata y de cuadros con barcos o con retratos, y de lámparas de la luz con muchos

cristales colgando. Jinojito vivía con su madre, con su abuela y con una chacha muy gorda, que fue su ama de cría, que le tuvieron que poner el ama porque su madre no podía darle de mamar, que se conoce que no tenía leche. En cambio, yo estuve mamando de la teta de mi madre hasta que tuve más de un año y dice Felisa que estaba tan gordo como ahora está mi hermana. La bisabuela me ha explicado que estuve mamando hasta que un día le di un bocado a mi madre y le hice sangre en el pezón, que casi se lo arranco, y entonces mi abuelo le puso acíbar a mi madre, que es una cosa muy amarga, para que al ir a chupar aborreciera la teta, y yo la aborrecí.

La madre, la abuela y el ama de Jinojito son las únicas personas del mundo que no le llamaban Jinojito sino José Luis, aparte de don Julio, que también le llamaba así al pasar lista. En casa de Jinojito me dieron de merendar una taza de chocolate con galletas maría y tostadas de pan y mantequilla, y un vaso de leche y después nos metimos a jugar al cuarto de los juguetes. Allí había de todo. Aparte de la bicicleta, que estaba en el zaguán, y del balón, que se había quedado sin él porque se lo dio a los mellizos Matías el día del lunes santo por la mañana, tenía una flauta de verdad, y no como ésas de caña pintadas con rayas coloradas que venden en las casetas de la feria, y una peonza maravillosa, que es como los trompos, pero mucho más grande y en vez de ser de madera es de metal pintado de colores, y no hay que tirarla al suelo rodeada del hilo porque da vueltas ella sola apretando para abajo el mango que tiene arriba, y al dar vueltas saltan chispas de luz por unos agujeros hechos en el metal. Tenía también un caballo de cartón, en el que puedes columpiarte porque los pies los tiene como los de una mecedora; y un adivino mágico, que le haces preguntas poniendo la pregunta que viene escrita en un cartón y él te contesta con una flecha que empieza a dar vueltas como la manecilla de un reloj, hasta que se para en la respuesta que contesta bien a la pregunta. Se le pregunta, por ejemplo, que en qué se parece un tren a una manzana, y él te contesta que se parece en que no espera; o le preguntas que cuántos botones tiene una guerrera de militar, y él te contesta que tantos como ojales, que a mí me parece que algunas veces no es así porque es muy fácil que a un militar se le pierda algún botón en la guerra, y entonces ya le quedan menos botones que ojales.

Y tenía patines, aunque no sabía mantenerse de pie encima de ellos y se iba agarrando a los muebles y a las paredes; y un patinete, que en eso sí es más fácil montar porque se pone encima de la tabla un pie solo y puedes llevar las manos en el manillar; y un diábolo, que a mí me parece que es un juguete de niña, y un aro, y un coche muy grande de bomberos con sus escaleras y todo, y un mecano, y una mesa de billar, y un traje para jugar a los indios, con una cinta de plumas para la cabeza y otro traje de Búfalo Bill, y un coche de pedales en el que cabíamos los dos; y muchos más juguetes que no me acuerdo ahora de ellos, y que es mejor que no me acuerde porque si me pongo a acordarme de todos se me puede acabar este cuaderno antes de que termine de decirlos. Pero no quiero que se me olvide decir que también tenía una casa de muñecas, mucho más grande que la que le regaló el abuelo a mi hermana, y que yo

le pregunté que de quién era, y él me dijo que era para que jugara su ama, que yo no me lo creí, y me parece que me lo dijo porque le daba vergüenza de confesarme que era de él y que le gustaba, como a las niñas, jugar con la casa de muñecas. Y yo supe que me estaba echando un embuste porque en seguida se puso a mirarse la punta de las sandalias como siempre que dice una mentira.

Nos llamaron para cenar, que nos dieron merluza cocida y que la chacha de Jinojito le había quitado antes todas las raspas, igual que hace Felisa conmigo, y menos mal que la bisabuela, antes de irme, me explicó cómo deben cogerse los cubiertos de pescado, porque en mi casa no los sacan nada más que cuando van invitados y entonces no nos dejan a los niños comer en la mesa del comedor, y allí en casa de Jinojito los pusieron, y yo ya sabía pinchar los pedazos de merluza empujándolos con la pala en vez de empujarlos con una corteza de pan como hago siempre.

Cuando empezó a venir por la calle el entierro de la sardina, nos salimos al balcón. La abuela y la madre de Jinojito se sentaron en uno y a nosotros nos dejaron en otro, al lado del suyo, con la chacha, que le dijo la abuela de Jinojito que tuviera cuidado de que no nos empináramos y nos fuéramos a caer a la calle. Nos tenían preparadas dos cestas atadas por las asas con una cuerda para echarlas por el balcón y que los hombres que iban en las carrozas pudieran llenarlas de juguetes. Pasaron muchas carrozas pero nadie nos echaba juguetes al balcón ni nos llenaba las cestas. Entonces, yo le dije a Jinojito que nos bajáramos a la calle, que allí sí que se podían coger juguetes, pero su madre no quiso porque dijo que iban a apretujarnos y que la gente nos podía machacar o que nos quemarían con las hachas y las bengalas, y que ya tendríamos juguetes cuando pasara la carroza en la que iba su sobrino, que ya es mayor y puede salir en el entierro de la sardina y en la batalla de flores, que debe de ser uno de esos pollitos que ya están en edad de echarse novia.

Llegó la carroza del primo de Jinojito, y le echamos los dos nuestras cestas mientras lo llamábamos a gritos. Él cogió la cesta de Jinojito sin hacer caso de la mía y se la llenó de juguetes, y a mí empezó a terminárame la paciencia y a entrarme el cabreo.

—No te preocupes —me dijo Jinojito—. Te daré la mitad y si quieres te los daré todos porque yo tengo muchos juguetes, que ya los has visto.

Y tiró de la cesta para subirla hasta el balcón. Pero entonces, un grandullón que estaba al lado de la carroza sin miedo a las chispas que echaban las bengalas, cogió la cesta y dio un tirón tan fuerte de la cuerda que se la arrancó a Jinojito de las manos y le hizo una despellejadura, y menos mal que no lo sacó del balcón por encima de la baranda. La chacha empezó a gritar y a llamarle granuja y ladronzuelo y sinvergüenza, pero la abuela le mandó que se callara. Yo no dije nada, por educación, pero me quedé pensando que se necesitaba ser lila para que te quitaran la cesta y que

si la hubiera tenido yo le doy al grandullón un mosqueo tirando del hilo que ni la huele. Pero ya no se podía hacer nada porque el mierda del grandullón había echado a correr calle abajo con todos los juguetes. Como la carroza ya había empezado a moverse, el primo de Jinojito ya no alcanzó a coger mi cesta. Nos tiró un puñado al balcón, pero cayeron a la calle sin que entrara ninguno en la casa. Y ya no nos dio juguetes nadie más.

Antes de que la chacha de Jinojito me tomara de la mano para llevarme a mi casa, él le preguntó a su madre si podía regalarme los patines porque yo no había podido coger ningún juguete del entierro de la sardina por su culpa, y porque él no sabía montar en ellos, y su madre dijo que si él quería dármelos, que bueno, que puedes regalárselos, hijo mío. Y la abuela le dijo que tenía un corazón de oro y que menos mal que no había sacado malos sentimientos, y que qué sería de ella si no lo tuviera a él en este mundo.

Y yo me fui con los patines de Jinojito, que me servían para correr por la glorieta como una flecha y hacer diabluras, como la de poner rabos, sin que pudieran cogermelos guardias del Ayuntamiento.

Cuaderno noveno

Lo único que me fastidia de doña Gertrudis es que al besarme me pincha en la cara con los pelos del bigote. Ella no se da cuenta y me besa siempre que me ve, pero yo me aguanto porque soy su preferido y eso tiene muchas ventajas, y además porque la quiero como si fuera una persona de mi misma familia. Doña Gertrudis es ya bastante vieja, casi tan vieja como don Fulgencio, el Director, que es su marido. Tiene el pelo blanco y se hace un moño muy grande, que se lo sujeta con horquillas largas y que le tapa todo el cogote. Está empeñada en que Juanita se peine también con moño porque dice que las mujeres que llevan el pelo corto son unas golfas, pero Juanita no le hace caso y se corta el pelo como si fuera un hombre, que la bisabuela dice que las que van así es que se peinan a lo garsón.

Doña Gertrudis está muy gorda, muy gorda, que le caen tres pliegues de carne por debajo de la barba y ni siquiera se los sujeta con una gargantilla negra, como hace la bisabuela para sujetarse las arrugas, y muchos otros pliegues los tiene por el cuerpo, y las piernas se le ponen hinchadas que parecen morcillas grandes, porque lleva medias de malla muy gruesa. También está empeñada en que Juanita lleve medias gruesas, porque dice que ir sin medias es un descoco y una provocación, y llevar medias finas es cosa de señoritas y ella es una criada, pero Juanita tampoco le hace caso y anda siempre en pernetas. A doña Gertrudis siempre se la encuentra uno sentada en un sillón porque apenas puede moverse y para levantarse del sillón tiene que apoyar la mano en un bastón y la otra en el brazo de una persona, que casi siempre es don Fulgencio o Juanita. Cuando soy yo el que le ayuda a levantarse, que le ayudo algunas veces, me pone la mano encima del hombro, que casi me lo hunde de tan fuerte como se apoya.

—¡Fuerza, galán! —me dice, y cuando ya se ha levantado me paga llenándome la cara de besos, que me la deja como si me la hubieran restregado con higos chumbos, y dándome apretones contra los pliegues de la barriga.

Anda arrastrando los pies, que siempre los lleva metidos en unas zapatillas de paño con una borla encima, y apoyándose en el bastón, que tiene un puño de plata con la cabeza de un perro, y un taco de goma en la punta para que no se resbale por el enlosado. Lo que no puede hacer es bajar las escaleras y solamente va del cuarto del mirador a su alcoba, y algunas veces entra también al despacho del Director cuando no está don Fulgencio, porque le gusta mirar los papeles de la mesa y saber lo que hay en los cajones.

Aunque tiene la cara grande y gorda, que parece la cara de la luna llena, a mí me parece que es guapa, aunque menos guapa que la bisabuela, sobre todo porque está siempre sonriéndome como si fuera tonta y mira a todos los niños del colegio poniendo ojos de mucho cariño, que los tiene azules y que cuando lo miran a uno parece que te están acariciando y entra en el cuerpo una especie de calor y de gusto como cuando te pones al lado de la salamandra de serrín en las noches de invierno.

Doña Gertrudis está casi siempre haciendo labor de punto, que sabe hacer chalecos y calcetines de lana para don Fulgencio; toquillas y mantones para ella, siempre negros; guantes y botas y gorros de dormir; bufandas y tapabocas que se las regala a los internos y al Berenjena. También sabe hacer labor de ganchillo, y hace fajas y bragas para los niños de la inclusa, y tapetes, aplicaciones y entredoses, aunque no los sabe hacer con tanto primor como mi madre, que ella misma dice que mi madre sí que es primorosa. Los muebles del despacho de don Fulgencio y del cuarto del mirador están llenos de tapetes de ganchillo de los que ella ha hecho, y también hace cubiertas para las camas, y además hace manteles de altar para la parroquia, sacramentales y roquetes de monaguillo, que siempre me manda a mí a llevarlos, y cuando llevo alguno el cura me da un escapulario, o una estampa de la Virgen de las Angustias, que tiene al Señor muerto encima de las rodillas, o una de san Sebastián con el cuerpo lleno de flechas, que se conoce que lo mataron los indios.

Otras veces, hace encaje de bolillos, que apoya el mundillo en una silla del comedor que tiene el respaldo muy alto, y yo me siento a su lado en una silla baja y me entretengo mucho viendo cómo se pasa los bolillos muy ligeros por entre los dedos y de una mano a otra, que a mí me parece que es una cosa muy difícil, sobre todo porque tiene los dedos muy gordos, y cómo va clavando los alfileres en la cinta de cartón verde con el dibujo para que se vaya haciendo el encaje. Muchas veces no tiene ni que mirar al bolillero porque se sabe de memoria la trampa para hacer la trenza de los hilos, y entonces se me queda mirando mientras hace la labor hasta que seguramente se le cansan los ojos de tanto mirarme porque se le saltan las lágrimas.

Doña Gertrudis no tiene hijos, ni nietos, ni bisnietos, ni siquiera sobrinos. Dice algunas veces que nosotros, o sea, todos los niños del colegio, somos como sus hijos, sobre todo los pequeños, y que es una lástima que nos hagamos grandullones porque conforme nos vamos haciendo grandullones le vamos perdiendo el cariño a ella y ya no entramos a verla al cuarto del mirador antes de salir al recreo o para despedirnos antes de irnos a casa. Yo sí que entro a verla todas las tardes a las seis cuando se acaba la clase, y entonces ella me da la misma merienda que preparan para los internos, que casi siempre es pan y sobrasada, y otras veces es pan y chocolate o pan y queso de bola. Muchas veces me quedo allí con ella y con Juanita hasta que se hace muy tarde, que al principio siempre iba Felisa a por mí, porque mi madre se asustaba creyendo que me había pasado algo, y ya no viene porque se quedan tranquilos y creen que estoy siempre con doña Gertrudis, y yo puedo irme a las pedreas, al derribo o al café Moderno para ver cómo el Berenjena se juega los cuartos al dominó.

Cuando me quedo con ella le ayudo a devanar las madejas de lana y del hilo para el ganchillo, que dice que le ayudo mejor que Juanita y también dice que le salen mejor los ovillos que cuando los hace con la devanadera. También le ayudo a buscar los cartones para el bolillero, que tiene cuatro carpetas llenas, y las agujas de ganchillo, que las guarda dentro de fundas de termómetro, y los moldes para hacer punto, que tiene muchos, unos finos y otros gruesos, y los finos son de acero mientras

que los gordos son de pasta de todos los colores. Si no están ni don Fulgencio ni Juanita me manda con el manojito de sus llaves abrir el aparador para que le lleve la botella de vino de Málaga, que es un vino muy espeso y muy dulce, como si fuera jarabe para la tos, y ella se bebe un vaso, que siempre deja en el vaso un sorbo para mí, que también me gusta. Después me hace guardar la botella y enjuagar el vaso en la pila del retrete para que nadie se dé cuenta de que hemos bebido vino de Málaga. Y luego me recuerda que esto es un secreto entre ella y yo, y que no se lo tengo que decir ni a don Fulgencio, ni a mi madre, ni a Juanita, ni a los demás niños, ni a nadie, y es que don Fulgencio dice que el médico no quiere que doña Gertrudis tome vino de Málaga, no sé por qué, y que será por esa manía que tienen los médicos de que uno no tome nada de lo que le gusta.

Otras veces me hace ir a la cómoda de su cuarto y abrir el último cajón de abajo, que es donde guarda la ropa de Pepito. Cuando le llevo la ropa empieza a probármela, y me pone un traje y después otro, y se me queda mirando mucho tiempo porque dice que me parezco mucho a él, y que así se hace la ilusión de que su Pepito no se le ha muerto. Encima de la cómoda hay un retrato de Pepito, y otro está colgado en el cuarto del mirador, y otro más lo tiene don Fulgencio encima de la mesa de su despacho en un portarretratos de plata que Juanita tiene que limpiar con sidol todos los sábados para que esté reluciente. Yo no veo que me parezca en nada a Pepito, y además estoy muy contento de no parecerme, porque en los tres retratos tiene la boca abierta y parece que está como pasmado, aunque también por otro lado parece bastante bruto. Es como si fuera un cruce muy raro entre Jinojito y Cutillas, siendo los dos tan distintos como son.

Pepito es un hijo de doña Gertrudis que se le murió el día en que cumplía los ocho años, que de eso debe de hacer ya mucho tiempo, por lo vieja que es doña Gertrudis y por lo vieja que está la ropa que me prueba. Se murió en el campo, de una coz que le dio una mula loca que se llamaba Doña Juana. La mula le pegó la coz en el pecho y Pepito empezó a sangrar por la boca y por la nariz. Don Fulgencio se fue corriendo a por el médico del pueblo, pero cuando llegaron Pepito ya se había muerto. La historia de la muerte de Pepito me la ha contado muchas veces doña Gertrudis, y siempre termina llorando o dándome besos y llamándome hijo mío. Nunca me dice qué es lo que le estaba haciendo Pepito a Doña Juana para que le sacudiera la coz, pero yo me lo figuro, porque siempre que doña Gertrudis me cuenta lo de la coz en el pecho termina diciéndome que no se me ocurra nunca meter un palo por el culo a las mulas, porque se ponen muy nerviosas y sueltan coces, y que lo mejor es que no me acerque a las caballerías. También dice doña Gertrudis que cuando Pepito ya estaba muerto, don Fulgencio mató a la mula con el fusil que le dejó un guardia civil del pueblo. Le metió cinco tiros en la cabeza, y doña Gertrudis quería que todavía le metiera más, pero el guardia civil no quiso porque dijo que la mula ya estaba muerta y que ya estaba bien con cinco tiros porque estaban tirando con pólvora del rey.

Este año ya no me vienen los trajes de Pepito, que cuando me los quiere probar se

desgarra la tela porque ya no quepo dentro, y yo me alegro de que no me vengan para que a doña Gertrudis no se le ocurra probármelos. En cambio me manda cada vez más al aparador y algunos días me da dinero para que vaya a comprar una botella de vino de Málaga, que se conoce que lo hace para que no se den cuenta de que la otra se acaba en seguida. Otras veces me manda con mucha prisa a avisarle a Juanita, que se pasa las tardes en su cuarto planchando la ropa de los internos y de la casa o leyendo en el libro pequeño que tiene debajo del colchón. Juanita baja los escalones de tres en tres, que apenas si yo puedo seguirla, porque ya sabe para lo que es, y es que tiene que ayudarle a doña Gertrudis a ir al retrete, y si tarda un poco la pobre se lo hace encima. Cuando se lo hace Juanita arma un escándalo y dice que está harta de lavar mierda y que se va a ir de aquella casa. Pero luego no se va, y doña Gertrudis se aguanta con lo que Juanita le grita, porque dice que así se desfoga, pero cuando chilla mucho le pide que tenga caridad y que no se arrepentirá del bien que le haga en esta vida porque ellos no tienen a nadie para dejarle los cuartos y que ya se acordarán de ella en el testamento, y entonces Juanita se pone mansa y empieza a ponerse empalagosa con doña Gertrudis haciéndole dingolondangos, que es lo que la bisabuela dice que yo hago cuando quiero sacarle una perra gorda o un real de níquel.

Se coge una tapadera de caja de zapatos y se llena de peladuras de patata, sobre todo de patatas nuevas que tienen el pellejo muy fino, y de hojas de lechuga y de geranio, y se deja mucho tiempo al sol para que se seque muy bien todo. Cuando las peladuras y las hojas están bien secas, se estrujan entre las manos y ya tenemos hecho el tabaco. Después se coge el papel de fumar y se le enrolla en un lapicero y se moja la tira de goma con la punta de la lengua para que se pegue, sin apretarlo demasiado para que se pueda sacar bien del lapicero, y ya tenemos el canuto de papel para los cigarros. Luego se le quita a mi tío, sin que se dé cuenta, la tolva de hacer los pitillos y dándole vueltas a la rueda se van llenando los canutos de papel de fumar y se les doblan las puntas con el mismo lapicero, igual que hace él para liarse los cigarros, y ya nos los podemos fumar. Si haces muchos, te sobran para cambiarlos por cromos o por tirachinas o por calcomanías o por cualquier cosa que quieran darte. También puedes fumar tacos de regaliz, que se les hace la boquilla para chuparlos despellejándoles la punta con una navaja, pero éstos son cigarros de niño, como los de chocolate, y no cigarros de hombre, como los que yo hago.

Campillo se viene a mi casa algunos jueves por la tarde y nos hacemos cigarros para los dos y para cambiarlos por algo. Las petacas de cuero para meter los cigarros y que no se nos deshagan en el bolsillo se las tenemos que comprar a Igualada, que se las trae de la talabartería de su padre, y también se trae bolsas de cuero para guardar las bolas, o se las podemos cambiar por alguna cosa que a él le guste, sobre todo por monas, por ensaimadas o por bocadillos. Campillo y yo también nos hacemos meriendas, que nos ayuda mucho Felisa, aunque siempre se pone a renegar de las

cosas que le pedimos porque las necesitemos para hacerlas. Por ejemplo, escaldamos almendras para quitarles la piel, que se les quita muy fácil cuando están escaldadas y las machacamos en el almirez y luego les añadimos azúcar y canela y un chorro pequeño de leche, y nos hacemos una pasta muy buena de comer que la amasamos con las manos hasta que se queda redonda como las bolas de coco o como las albóndigas de pavo o de bacalao.

Un día inventamos la manera de falsificar las bolas para jugar al gua o al cuadro, que me acuerdo de que dije en otro cuaderno que no quería que se me olvidara explicar cómo lo inventamos. Para eso tuvimos que romper dos juegos de la lotería, el suyo y el mío, que tienen en el bombo unos moldes de plomo donde se queda metida la bola de madera que lleva escrito el número al darle vueltas al bombo de alambre. También tuvimos que ir a la huerta a coger arcilla, que se encuentra a la orilla de las acequias cerca del fondo, y entonces amasamos la arcilla y cogiéndola entre los dos moldes de plomo se queda hecha la bola. Le pedimos a Felisa que nos dejara poner todas las bolas que hicimos, que fueron muchas, debajo del rescoldo de las cenizas de la hornilla de carbón, y ella nos dejó aunque se quedó renegando toda la tarde mientras se cocían. Cuando las bolas de arcilla ya se quedaron cocidas, las alisamos bien con papel de lija, porque se les quedó un reborde por en medio como si fuera el ecuador, y las pintamos con pintura de esmalte, que Molina nos trajo unos botes de la droguería de su padre, que le tuvimos que dar a cambio media libra de chocolate que Campillo cogió de su tienda y ocho albóndigas de almendra con azúcar y canela, porque ya se sabe que es muy goloso. Y les vendimos las bolas a los demás chiquillos del colegio, eso sí, mucho más baratas de lo que cuestan en los puestos que se ponen al lado de la glorieta, en la orilla del río.

Lo malo fue cuando se pusieron a jugar con ellas al cuadro. Vergara le pegó un capón a una con su bolo de acero y la bola nuestra se deshizo como un toro y se quedó convertida en tierra. Probó con otra y se deshizo igual. Entonces todos empezaron a pisarlas y en cuanto les ponían el pie encima se iban haciendo polvo. Todos dijeron que les devolviéramos las perras que les habíamos cobrado por ellas, y nosotros les contestamos que por aquí se va a Madrid. Cutillas se puso chulo y dijo que o le devolvíamos la perra gorda que nos había pagado o nos partía la boca y que nosotros éramos unos ladrones. Yo le contesté que entre los dos le íbamos a partir la boca a él y le íbamos a dejar el labio como el de Juanita, y Campillo le dijo que el ladrón lo será su padre, que bautiza el vino en la taberna. Vergara, el Jínjoles, Portales, Igualada y hasta Primitivo y Cabezón y todos se pusieron de parte del chulo del Cutillas, y el único que no nos pidió que le devolviéramos los cuartos fue Jinojito, que dijo que qué culpa teníamos nosotros de que las bolas se rompieran, que la culpa la tendría quien las había hecho. Entonces el acusica de Molina dijo que las bolas las habíamos hecho nosotros, que para eso queríamos los botes de pintura de esmalte de su droguería.

Cuando se descubrió la trampa nos rodearon todos, menos Jinojito, que dijo que

él nos lo perdonaba y se quedó mirando a ver qué pasaba, y ellos nos dijeron que venga, que soltáramos las perras. Pero las perras no las podíamos soltar porque ya nos las habíamos repartido entre Campillo y yo y nos las gastamos en comprar un juego de dados con su cubilete para jugar en la clase de don Vicente y un trompo cada uno y un mechero de mecha amarilla como el que tiene el Berenjena, para encender los cigarros. Y dijimos que les íbamos a devolver una leche, y que además ya no teníamos las perras. Cutillas dijo que a registrarnos y que nos sacáramos el forro de los bolsillos. Estábamos los dos en medio del corro y no podíamos sacarnos el forro porque en los bolsillos llevábamos los dados, el trompo y el mechero, que seguro que nos los iban a quitar si dejábamos que nos registraran.

Entonces Campillo le sacudió a Primitivo un directo al estómago, abrió el cerco y echó a correr para el derribo.

Y yo me aproveché de la sorpresa y salí cortando detrás de él. Buscamos un parapeto y empezó la pedrea. Aunque eran muchos más, nosotros pudimos aguantar un rato sin dejar que se acercaran, pero Cutillas nos rodeó por detrás y me atinó con un cantazo en toda la coronilla. Se me abrió la cabeza y empecé a echar sangre. Campillo, al verme, no tuvo más remedio que atar el pañuelo en la punta de una caña y sacar bandera blanca. Les dio su palabra de que los dos devolveríamos las perras y les entregó en prenda el cubilete con los dados, los trompos y los mecheros, y como la sangre no se me cortaba, entre Vergara y Campillo me llevaron a la casa de Socorro. Mientras me estaban curando allí, Campillo tuvo que ir a mi casa a avisarle a mi madre, que se lo dijo el médico, y al rato llegaron Felisa y mi tío que venían a por mí. Me liaron en una manta y me llevaron a la casa, y mi madre, al verme, dijo que yo era su mortificación y que la iba a matar a disgustos.

Se lo tuve que contar todo a la bisabuela para pedirle una moneda de dos reales y devolverles a todos las perras que les había cobrado por las bolas, que Jinojito no quiso que se las devolviera. La bisabuela me la dio, y me dijo que es mejor que estudie mucho para ganar dinero de abogado, como hizo el abuelo, en vez de meterme a hacer negocios como el de las bolas, porque lo que pasa es que casi todos los negocios resulta que son una estafa como la que yo había hecho. Y me dijo también que yo soy un niño muy imaginativo y que todo eso me había pasado porque la única persona de esta casa que se preocupa de que tenga la imaginación ocupada en otras cosas es ella.

Muchas noches me da por soñar, que Felisa dice que se sueña más cuando se cena cebolla. Ella también sueña, que me cuenta que se pasa viajando toda la noche. Una noche se va a su pueblo y habla con su madre; otra noche se va a Valencia, que se pasó allí un verano con una tía suya, casada con un guardia civil, y otra noche se va a Lérida, que estuvo una vez con mi madre en casa de mi abuela cuando mi padre se puso malo y yo era muy pequeño.

—Felisa, ¿dónde has estado esta noche?

—Esta noche me la he pasado en el tren. Yo te llevaba en brazos y tú ibas llorando, que te encanabas y no había manera de que te callaras y de que te durmieras, y todo el mundo que iba en el tren me miraba a mí como si yo tuviese la culpa, y el tren no terminaba nunca de llegar.

Lo que más veces sueño es que me caigo de un balcón muy alto o desde la torre de la catedral, que una vez subí hasta el sitio donde están las campanas, que las campanas tienen también nombre y una se llama Águeda como la casera de Santo Ángel, y no acabo nunca de caer y me quedo casi sin poder respirar, y cuando ya voy a tocar el suelo y a quedarme despanzurrado como se quedó el padre de Primitivo, entonces me despierto.

Otras veces sueño que me persigue un toro, que un día mi tío me llevó a los toros y otra vez fui con Felisa y con mi hermano y vimos a don Tancredo, que se queda quieto sin moverse y el toro no le embiste y nunca lo coge. Yo empiezo a correr delante del toro, pero entonces me entran temblores en las piernas, que se me paran y no puedo correr y me pongo a gritar sin despertarme y a llamar a Felisa. Y Felisa viene en seguida, que me oye llamarla aunque esté durmiendo y se despierta en cuanto me oye, y me dice que qué te pasa, rey mío, eso es que tienes una pesadilla, y me coge en brazos y me lleva a su cama y me acuesta con ella y me pasa la mano por la cabeza hasta que me duermo y ya no vuelvo a soñar otra vez.

Y una noche soñé también que se me moría mi madre, y yo la veía metida en la caja como cuando se murió el abuelo y nos pasaron a darle un beso y tenía las manos cruzadas y muy blancas que yo no paraba de mirárselas y los ojos cerrados, y yo me agarraba a ella y le quería descruzar las manos y le decía que resucitara como resucita el Señor el domingo de resurrección, y le prometía que si resucitaba iba a ser muy bueno y que haría todo lo que ella me mandara, y que iba a ser Santo como san Estanislao y como san Luis Gonzaga, y que no le quitaría más perras del bolsillo del delantal, y que yo quería que si no podía resucitar porque Dios no quisiera mandarlo que resucitara como él, que me enterraran con ella y me metieran dentro de la caja, y cuando iban a cerrar la caja dejándome dentro me desperté llorando. Entonces me fui corriendo a la alcoba de mi madre y me metí con ella en su cama y empecé a darle abrazos y besos. Ella me preguntó que qué te pasa, hijo mío, y por qué lloras tanto.

—Es que tú te morías y yo quería que me enterraran contigo.

Y ella me dijo muchas veces hijo mío de mi alma y que mal sueño has tenido, y no quiera Dios que me pase nada de eso porque qué sería de vosotros, y duérmete tranquilo que ya se te ha ido la pesadilla, y yo estoy aquí contigo para que no te vuelva. Pero yo tardé mucho tiempo en dormirme y ella estuvo llorando un rato, que le notaba yo las lágrimas en mi cara cuando ella me besaba.

Anoche soñé una cosa nueva, que no sé si me acordaré de todo para contarla bien. Vi a Jinojito que iba vestido de nazareno con su corona de espinas y con la cruz a cuestas, que se había caído al suelo como el Señor de la caída y Cutillas le tiraba de

una cuerda para que se levantara otra vez y siguiera andando. Jinojito llevaba bajada la túnica y estaba enseñando el hombro, que lo tenía en carne viva del peso de la cruz. De pronto le salieron unas alas muy grandes como las del ángel de Salzillo, que no se sabe si es hombre o mujer, y no paraba de decir muchas veces seguidas la oración a la llaga del hombro de Jesús, que se la enseñó el Señor a san Bernardo un día que se le apareció, y que dice la oración que esa llaga es la que más le duele de todas y que los hombres no lo saben, que yo me la sé de memoria porque es muy corta y la bisabuela la repite muchas veces porque dice que se ganan muchos días de indulgencia, que son los días que te libras de estar en el purgatorio quemándote y así te suben antes al cielo, que la bisabuela tiene una libreta donde lleva la cuenta de todas las indulgencias que gana y dice que tiene ya ganados más de tres mil años de indulgencia, y yo creo que no le va a dar tiempo a estar ningún día en el purgatorio.

Entonces Jinojito empezó a mover las alas y a subirse al cielo de pie y muy despacio, y me alargaba la mano para dármele y que yo me subiera con él, pero yo no se la daba porque quería quedarme aquí en la tierra con mi madre y con la bisabuela y con mi hermana y con Felisa. Yo iba vestido con un traje de Pepito de los que me prueba doña Gertrudis y me dolía mucho el pecho porque tenía una herida como si la mula me hubiera dado la coxa a mí, y echaba mucha sangre por la nariz. Él seguía subiendo hasta que yo no lo pude ver porque se perdió en el cielo como pasó con la birlocha. Y entonces me desperté, y estaba en el suelo, que me había caído de la cama. Seguramente de la fuerza que hice para no darle la mano a Jinojito y que no me subiera con él al cielo. Me metí otra vez en la cama y como ya entraba luz por el balcón porque estaba saliendo el sol, al mirarla, me acordé de la poesía de José Selgas que se llama «La cuna vacía». Y recitándola para mí solo, me quedé otra vez dormido.

Y le he dicho a Felisa esta mañana que ya no me dé más noches cebolla para cenar.

Ya me he enterado de todo, lo que pasa es que no voy a poder contárselo a nadie porque he dado mi palabra de honor, ni engaño a la Virgen, ni engaño al Señor, de no decirlo, para que no me pregunten que quién me lo ha contado.

Cuando la bisabuela o mi madre, o Felisa, o el padre Azcárate, me lo expliquen de otra manera, yo tendré que hacerme el tonto y decir, como hace mi hermana, que yo no sé nada de eso, que es lo mismo que le decimos muchas veces a don Julio cuando nos explica alguna cosa y nos pregunta después si la hemos entendido, y nosotros nos hacemos los tontos y le decimos que no, para que él siga explicándonos lo mismo y no empiece a explicar una cosa nueva.

Ángela ha venido a buscarme a la terraza de Levante, que hace tres días que no venía y yo no sabía el porqué y me daba rabia pensar que hubiera encontrado otro niño mayor que yo para irse con él a los pinos, a los olivos o a las higueras para hacer

pis juntos y tocarle la pilila.

—Hola.

—Hola.

—¿Nos vamos a buscar tesoros y luego a las higueras? —No.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Por algo será.

—Porque no tengo ganas.

—Eso es que no quieres juntarte conmigo. ¿Es que ya no quieres juntarte?

Yo no le contesté porque estaba con el cabreo por lo de no venir a buscarme, pero tampoco quería decírselo. Me puse a leer sin hacerle caso, que estaba leyendo un libro de Julio Verne donde sale el correo del Zar, que lo dejan ciego quemándole los ojos con un hierro ardiendo, pero que luego resulta que no le dejan ciego porque él se puso a llorar y el hierro se apagó con el agua de las lágrimas, y que yo no sé por qué dicen que los hombres no tienen que llorar, porque algunas veces, como en este libro, viene muy bien llorar, y si a mí alguna vez me quieren quemar los ojos con un hierro ardiendo como al correo del Zar, voy a ponerme a llorar, aunque sea hombre, más que llora mi tía Magdalena, que es la que llora más de toda la familia. Yo no quería hacerle caso a Ángela para que ella se diera cuenta de que estaba enfurruñado, pero sin decírselo con la boca. Entonces Ángela se sentó a mi lado y estuvo un rato así, viéndome leer y sin decirme nada tampoco. Me llamaron para merendar y ella me preguntó que si iba a volver, para esperarme allí, y yo le dijo que bueno, que volvería y que ella hiciera lo que le diera la gana.

Cuando volví, estaba allí todavía. Empezaba a oscurecer y me cogió de la mano y me dijo anda, vámonos a las higueras, y entonces le pregunté que por qué no había venido ayer, ni anteayer ni el otro día, que no quería preguntárselo, pero me salió de la boca sin querer.

—Si te vienes a las higueras, te lo cuento allí. Vente. Anda, levántate ya.

Al tirarme de la mano me notó la verruga.

—Aquí te ha salido una verruga. ¿Quieres que te la quite?

—¿Cómo me la vas a quitar? Atándome un hilo y tirando de las dos puntas, no, que dice mi madre que me sale sangre y donde te toca la sangre te salen más verrugas.

—Con un hilo, no. Te la quito restregándote crespinillo.

—Bueno.

Me llevó a los macizos del crespinillo, cortó una hoja y me restregó por la verruga el agua que soltaba.

—¿Ya está?

—Ya está. Dentro de dos o tres días ya verás como se te ha quitado.

—¿Y no duele?

—No duele nada, tonto.

Me tomó otra vez de la mano, pero en vez de llevarme a las higueras me llevó debajo de los sauces llorones, que hay cinco en Santo Ángel, los cinco juntos, y que te metes debajo y no puede verte nadie, porque a quien venga lo ves venir tú antes desde muy lejos. En vez de ponerse a hacer pis, se acostó en el suelo y me dijo que yo me acostara al lado de ella, y en seguida me bajo ella misma los pantalones y empezó a tocarme la minina y a mirármela por todos lados con mucha curiosidad. Y de pronto me dijo que tenía ganas de que llegara el verano que viene porque ya se me habría hecho más grande, que también yo tengo ganas de que se me haga como la de Cutillas, o, por lo menos, como la de Vergara.

—Si quieres, tócame tú también. Y te dejo que me mires. —Y se bajó las bragas, pero sin quitárselas del todo.

Yo me acordé de lo que me había dicho el padre Azcárate de que sacara la estampa de san Luis Gonzaga. Pero la estampa no la tenía allí, que la tengo guardada en el libro de misa con pastas blancas que me regaló la bisabuela cuando hice la primera comunión, y tampoco me parecía que dentro de Ángela se hubiese metido ningún demonio.

—¿Para qué quieres que te toque?

—Por lo mismo que tú querías que yo te toque a ti. Tú me lo dijiste, ¿no?

—Sí.

—Además, porque eso es lo que se hace.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo he visto.

—¿A quién se lo has visto?

—Se lo he visto a mi hermano, que se lo hace a la Carmela.

—¿Quién es la Carmela?

—Es la hija del casero del huerto de abajo. Por la tarde se van los dos a las oliveras de la Virgen y se ponen a tocarse el uno al otro.

—¿Y es por eso por lo que no has venido a buscarme?

—Claro, tonto. Porque yo me iba detrás de ellos, sin que me vieran, para aprender lo que se hace y hacerlo también nosotros.

—Entonces, bueno.

—Pero antes me tienes que jurar no decírselo a nadie.

—Jurar es pecado:

—¡Toma! También es pecado lo que vamos a hacer.

—Bueno, te lo prometo.

—No, que eso de que me lo prometes es poco.

—Te doy mi palabra de honor, ni engaño a la Virgen, ni engaño al Señor.

—Y diciendo eso, ¿tú ya no se lo dices a nadie?

—No.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Pues anda.

Yo me puse a mirarle desde muy cerca, que ya sé cómo es el pipí de las niñas, que es más difícil de saber que el de los niños, porque los niños lo tenemos por fuera, y las niñas lo tienen escondido por dentro, y para poder enterarme bien tenía que abrírselo con las dos manos, que ella me dejó hacerle todo lo que yo quise. Cuando ya me cansé de tocarle, le pregunté:

—¿Y ya está?

—No sé. Eso es lo que hacen mi hermano y la Carmela. Después se levantan y se van porque él quiere echarse encima de ella, pero ella no le deja y le dice que eso no, que o se conforma con tocarle por ahí o no vuelve más con él a las oliveras.

—¿Y por qué no le deja que se eche encima de ella?

—Porque si se echa tiene un crío.

—¿Cómo se tiene un crío?

—¡Anda! ¿Es que no lo sabes todavía?

—Bueno, que no lo sé bien.

—Pues que si él se pone encima de ella y le mete eso que tú tienes por lo que tengo yo, ella se queda preñada.

—¿Qué es quedarse preñada?

—Que se le pone gorda la barriga y luego tiene un crío.

—¿Siempre?

—Siempre, no. También pueden tener una cría.

—¿Por qué?

—Porque se hace así. Los animales también lo hacen así, pero se ponen por detrás en vez de por delante. Yo se lo he visto hacer a los perros, que se quedan enganchados mucho tiempo. Una vez mi padre tuvo que desenganchar a dos perros que se habían enganchado por ahí y les echó agua caliente porque no se desengancharon por muchos palos que les dio. También se lo he visto hacer a los cerdos y a los conejos. Los conejos tardan muy poco en desengancharse, que se cansan en seguida de estar el macho encima de la hembra.

—¿Y sabes también cómo salen los críos de la barriga?

—Tonto, claro. Por ahí mismo, por el mismísimo sitio.

—Pero por ahí no caben.

—Sí que caben, porque eso se estira mucho cuando hay que parir.

—¿Cómo se hace lo de parir?

—Oye, los señoritos no sabéis nada. Pues se hace echando el crío por ahí.

—¿Tú lo has visto?

—A una mujer, no; pero he visto parir a la vaca, que se le hace eso muy grande.

—¿Como cuando las gallinas ponen un huevo, que se les abre mucho el culo?

—Sí, igual, pero se les hace mucho más grande.

—Entonces, tú también has nacido así.

—Claro.

—¿Y yo también?

—Tonto, pues claro que sí.

—Entonces, tu padre tuvo que meterle a tu madre esto por ese sitio.

—Eso es lo que hay que hacer. Lo hacen por la noche, cuando se acuestan en la misma cama.

—¿Y mi padre también con mi madre?

—No lo sé. A lo mejor los señoritos lo hacen de otra manera. Pero ellos también se acuestan en la misma cama. Eso es que hacen lo mismo.

—¿Quieres que probemos nosotros?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque me quedo preñada y luego me desloma mi padre y me tengo que ir a servir a Barcelona. Te tienes que conformar con tocarme, igual que hace mi hermano con la Carmela, y con que yo te toque a ti.

—Déjame, anda. Aunque sea un poco nada más, como los conejos.

—Que no, que eso no. Eso no se puede hacer hasta que te casas por la iglesia.

—¿Por qué lo sabes tú?

—Porque es lo que le dice la Carmela a mi hermano.

A mí me dio rabia pensar que mi padre y mi madre hubieran tenido que hacer eso para que yo naciera, pero no sé explicar bien por qué me tiene que dar esa rabia de pensarlo. Cuando por la noche llegué a la casa para cenar, me fui a la cocina con Felisa, entrando por la puerta de atrás para que no me vieran los mayores, y no quise ir a ver a mi madre, y estuve pensando en eso hasta que me dormí. Yo no sé si es que me daba vergüenza de ver a mi madre. Ahora ya se me está pasando, pero todavía no se me ha pasado del todo.

Al volver de los sauces llorones, pasamos por al lado de los manzanos. Ángela cortó de la rama baja de un manzano, que se podía coger empinándose de puntillas, una manzana que estaba todavía verde, le dio un bocado y luego me la pasó a mí.

—Toma. ¿Quieres morderle tú también?

—Está muy verde.

—Sí, pero es que las maduras están muy altas y no llegamos.

—Bueno, dame.

Aunque estaba muy agria, nos la comimos, que a mí me parece que era una manera de que los dos supiéramos que habíamos hecho las paces y que volveríamos a los sauces a la tarde siguiente.

Hoy es mi santo y yo he caído en sacrilegio, que ojalá me tengan que llevar a Roma a confesarme con el Papa porque así lo conozco y puedo pedirle una

condecoración de verdad para don Pedro Boluda. Como dice Águeda que hay que hacer caso del refrán de que por Santiago y Santa Ana coge los higos por la mañana, yo me he levantado temprano a coger los higos, pero no me he podido comer ninguno porque me han dicho que tenía que comulgar. Ha venido el cura del pueblo a decir misa en el oratorio y no he tenido más remedio que confesarme con él, y no le iba a contar al cura del pueblo lo de Ángela, y lo de Rosario, porque las conoce a las dos y me ha dado vergüenza. Y además que como es un cura de pueblo, a lo mejor rompe el secreto de la confesión y se lo cuenta todo a mi madre y se me acaba la función, porque ya no me dejarían irme por las tardes con Ángela a los sauces llorones y le dirían a Rosario que cierre del todo las ventanas cuando vaya a desnudarse y a mirarse en el espejo. Tampoco es que me lo haya callado en la confesión pensando nada más que en mí, que lo que me da más miedo es que el padre de Ángela la deslome y se tenga que ir a Barcelona, que es todavía muy pequeña para meterse a servir. Por eso he tenido que comulgar sin acusarme de esos pecados y he caído en sacrilegio. Ni siquiera he podido decir que no podía comulgar por haber bebido agua sin darme cuenta, porque anoche le dijo mi madre a Felisa que no me entrara el vaso de agua que me dejan siempre en la mesilla. Y esta mañana me han recordado que no probara los higos antes de comulgar.

Felisa me ha regalado unas sandalias nuevas, que dice que en Santo Ángel las destrozo en seguida, y una pelota muy grande, la más grande que tenían en el bazar del pueblo, y mi madre le ha dicho que si se había vuelto loca, que se había gastado en el niño el sueldo entero de un mes. Pero Felisa le ha contestado que para qué quiere trabajar ella si no es para gastarse el sueldo en lo que le dé la gana y que lo que le daba la gana era comprarme las sandalias y la pelota, que no hay en el mundo otro tan precioso como yo. Y Felisa ha dicho además, que manos que no dais, ¿qué esperáis? La bisabuela me ha dado un duro de plata, que mi madre le ha preguntado que por qué razón a mí, que soy el más pequeño, me tiene que dar un duro por mi santo, y a mis hermanos, que son mayores que yo, les daba nada más que un pesetón. Y la bisabuela le ha dicho que ya me voy haciendo vieja, hija, y pierdo la memoria, y no me acuerdo bien de lo que doy a los niños de un santo para otro, y que ya que se lo he dado no se lo voy a quitar, y al fin y al cabo cada uno hace de su capa un sayo.

Y mi madre me ha regalado dos novelas de Julio Verne que aún no las tenía y me ha hecho ella misma de postre huevos a la nieve, que me he comido tres platos, y que no los hace nada más que tres veces al año, el día de su santo, que es también el de mi hermana porque es san José, el santo de mi hermano, que es san Juan, y el día de mi santo. El día del santo de la bisabuela no los hace, porque ese día se murió el bisabuelo, que se cayó de la silla después de comer cuando estaba en el Círculo Católico y se lo llevaron ya muerto a la bisabuela, y ella dice que no lo quiere celebrar ni deja que lo celebremos los demás. Pero como su santo es en verano también, porque se llama Laura, que mi madre y mis tíos, cuando hablan entre ellos, la llaman siempre doña Laura, que debe de ser por lo de la impertinencia, yo le regalo

una biznaga de jazmines que le hago yo mismo, y ella me la toma y me dice que Dios me pagará el cariño que le tengo, y además ella también me lo paga porque siempre me da a cambio alguna moneda de plata, pero me dice que no se lo diga a nadie.

—¿Ni al confesor?

—Ni al confesor, que eso no es pecado.

Además de los huevos a la nieve, mi madre me ha hecho, para quitarme de una vez el medio luto del abuelo, un delantal rojo que se abotona por detrás como un guardapolvo, y que lleva delante, en aplicación, un demonio negro con su rabo y su tenedor, como el que sale en la procesión del resucitado. Y como me ha mandado que me lo ponga hoy mismo, parece que le dé el corazón de que haya caído en sacrilegio y esté endemoniado como me dijo el padre Azcárate.

Jaime, he recibido tu carta, que es muy larga y que me ha gustado mucho. Si te sientas conmigo en el huerto de los dátiles, te prometo no volver a preguntarte nada y hablar siempre de lo que tú quieras y no de lo que quiera yo. También quiero ir contigo a la glorieta y que nos hagan un retrato al minuto para guardarlo en la caja de mis secretos, que lo pondré al lado de tu carta. Tú puedes subirte en el caballo de cartón que tiene el retratista y yo me pondré al lado del caballo como si tú fueras un capitán que vienes de la guerra y yo salgo a esperarte. ¿Vas a querer retratarte conmigo? ¿Es verdad que te vas a sentar a mi lado y que me vas a llevar en el cuadro de tu bici y que le vas a pegar un ladrillazo al chulo de Cutillas? ¿Vas a saber aprobar ingreso y primero en el mismo año? ¿Has pasado ya el sarampión? ¿Hay allí en Santo Ángel alguna niña para jugar contigo? ¿Qué vas a ser cuando seas mayor? ¿Has terminado la colección de los cromos? ¿Qué te han regalado por tu santo? ¿Sabes jugar bien a las tres en raya? ¿Sabes decir muy ligero y sin equivocarte, tres tigres comían trigo en un plato de trigo, un tigre, dos tigres, tres tigres? ¿Te hacen estudiar por la mañana antes de bañarte como me hacen a mí? ¿Te han quitado ya el luto por tu abuelo? ¿Sabes que mi abuela dice que tu abuelo bailó una vez con ella la pavana? ¿Sabes tú bailar la pavana? ¿Me vas a contestar pronto? Cachita.

Le he enseñado la carta a la bisabuela y le he dicho que me explique cómo se baila la pavana y que si hay obligación, por urbanidad, de contestar una carta que trae tantas preguntas. La bisabuela ha leído la carta y después ha levantado la ceja esa que levanta sola, sin levantar la otra. Me ha dado otra vez la carta y me ha explicado muy poco:

—Haz lo que quieras. Esto no es una niña. Es un catecismo.

Cuaderno último

Tú entras al aula y la pared de enfrente de la puerta es la de las ventanas, que tiene cuatro. Las ventanas dan a la calle, que es estrecha, pero que al lado hay otra más ancha que no tiene salida y es donde está el garaje del padre de Vergara y la carpintería del padre de los dos niños que van a la Graduada. Muchas veces, desde las ventanas, te puedes entretener viendo cómo arreglan las motos, las bicis y los coches en el garaje o viendo cómo cepillan los tablones en la carpintería, porque se salen a hacerlo a la puerta, que hay más luz y se está más fresco. Y más allá de la calle está el derribo donde jugamos a las bolas, al fútbol y al frontón. En frente de la pared de las ventanas está la pared de los mapas, que caben tres y que se cuelgan de la cuerda que llevan en una alcayata grande clavada en la pared. Don Julio tiene una vara con un gancho en la punta, que sirve para colgar y descolgar los mapas de la alcayata. Porque no es que tengamos tres mapas nada más. Hay otros, que don Julio tiene enrollados en el rincón de detrás de su tarima y que los cuelga según llevemos ese día la geografía de España, la de Europa, la de América y así todas, que damos hasta la de Oceanía. También tenemos mapas mudos, que no traen escrito ningún nombre y que dice Cutillas que son una cabronada, porque don Julio te señala en ellos los sitios con el puntero y tú tienes que adivinar el nombre de las cordilleras con sus picos más altos, el nombre de los ríos con sus afluentes o el nombre de los lagos, de los cabos, de los golfos o de las capitales. Y con esos mapas no tienes ayuda. Después están los dos mapas del mapamundi, que cada uno es un hemisferio, porque nosotros no tenemos bola del mundo, que la única que hay en el colegio está abajo, en la sala de estudio, y hay otra más pequeña en el despacho de don Fulgencio, pero ésa no es para nosotros y la quiere para él solo y no la deja.

La pared de los mapas es de yeso desconchado, que muchas veces se cae solo, y además está llena de raspaduras y de letreros, y que al que pillan poniendo un letrero en la pared se lleva unos cuantos palmetazos de don Julio, que dice que convertimos el aula en una porqueriza. En la pared de atrás no hay nada, que se conoce que la tienen así para que ninguno tenga que volver la cabeza, y en la que hay detrás de la mesa de don Julio está el encerado, que es muy grande y que tiene una repisa abajo donde se dejan las tizas y los clariones y el trapo de borrar, que al empezar el curso siempre ponen un cepillo grande que borra muy bien, pero que luego se pierde porque nos lo quitan los internos o los mayores de las otras clases.

Al lado de la tarima de don Julio está el cajón de los cuerpos geométricos, que son de madera pintada de blanco, y que hay un cubo, un cono, un cilindro, una pirámide, otra pirámide truncada, y todos los demás cuerpos, que se llaman de una manera o de otra según las caras que tienen. Por ejemplo, pentaedro si tiene cinco, octaedro si tiene ocho, dodecaedro si tiene doce, icosaedro si tiene veinte y poliedro si tiene muchas. Cutillas no se sabe nada más que el cubo, el cono y la pirámide, que son los más fáciles, y siempre se equivoca en el tetraedro, porque como el nombre

empieza por *te* se cree que es de tres caras y resulta que es de cuatro, que dice que ya se podía llamar cuatroedro, y que ese nombre se lo han puesto aposta para que él se equivoque siempre. Algunas tardes don Julio nos hace componer cuerpos geométricos con cartulina, que los hacemos pintando en un papel con el compás y los cartabones lo que él llama el desarrollo y dejándoles un reborde por fuera del dibujo para pegarlos por ahí con pegamín. El encerado sirve para escribir en él los problemas y para pintar ángulos y triángulos y circunferencias y todo lo demás, y también para que don Julio escriba frases con una trampa de ortografía que nosotros tenemos que descubrir que, por ejemplo, escribe hay ay un viejo que dice ahí, y nosotros tenemos que poner cada *ai* en el sitio que le corresponde, y también para que escriba oraciones y saber cuál es el sujeto y cuál el verbo y en qué voz viene, y cuál es el complemento directo o el indirecto y los demás complementos. El encerado también sirve para decirnos cosas unos a otros, que eso lo hacemos cuando entramos a clase antes que don Julio, y ponemos que Cutillas es un chulo, que Cabezón es Napoleón o que Jinojito es lila, y una vez puso uno que don Julio no se sabe las lecciones, que cuando don Julio lo vio dijo que si se enteraba de quién había sido le iba a hacer borrarlo con la lengua.

Al entrar al aula, se queda a la derecha la tarima y encima de ella la mesa de don Julio, que así está en alto y nos puede ver mejor a todos para que no nos pasemos el tiempo jugando y sin atender. Al lado de la tarima está el pupitre de los castigados, o sea, el confesonario, que es donde se sienta don Vicente los sábados por la tarde cuando termina de tomarnos de memoria el *Fleury* y se pone a confesar. A la izquierda se quedan todos los demás pupitres, que son de madera pintada de negro y tienen un cajón con la tapadera inclinada, que se abre hacia arriba y entonces aparece el cajón. Los únicos que pueden tener el cajón cerrado con un candado que pasa por dos cáncamos, uno atornillado en la parte de abajo y el otro en la tapadera, son Galindo y el Jínjoles, que como viven fuera de la ciudad se traen la comida al colegio para no tener que ir a comer a sus casas, y la guardan con el candado para que no se la quiten. El Jínjoles se aprovecha de eso y, además de la comida, se guarda también en el cajón todos los animales que se trae de la huerta.

En los pupitres caben dos niños y yo me siento con Campillo, que ya lo conté, porque nos pusieron por orden alfabético de los apellidos. Por encima de la tapadera del cajón, los pupitres tienen una tabla recta, con un agujero para meter el tintero, que es de plomo, y un rebaje largo para dejar los palilleros. Don Julio tiene una botella de tinta, muy grande, como las frascas de vino, y nos llena de tinta los tinteros cuando se nos acaba. En la madera de los pupitres también hay letreros, que los hacemos con navajas y punzones, y hay escritas palabras malas como en las paredes de los retretes y nombres de niños que no conocemos porque son los que pasaron por la cuarta en otros años, y también nombres de niña y corazones atravesados por una flecha como pintan los novios en las cortezas de los árboles del parque. Cutillas escribió el nombre de Cachita, con su navaja, en el pupitre de Jinojito, y debajo puso puta, y Jinojito,

cuando lo vio, empezó a llorar y se lo dijo a Vergara y entonces Vergara lo arregló poniendo delante de la palabra esa, con su navaja de muchos usos, Cutillas hijo de, así que ya no tenía nada que ver el nombre de Cachita con lo que viene debajo.

Don Julio tiene siempre encima de la mesa un vaso de agua y una Jarra llena, porque bebe mucha, y en verano saca a la ventana un botijo que tiene agua con anís, y de vez en cuando se echa un trago de la paloma esa, que sale por el pitorro del botijo un chorro blanco y se llena la clase de olor a anís. También tiene la palmeta y el puntero, y los libros de las lecciones que tocan ese día para saber si le contestamos bien a todas las preguntas, y *El Liberal*, y antes de irse lo guarda todo en un armario que tiene la mesa y que se cierra con llave, porque un día le echamos en la jarra de agua una rana que se trajo el Jínjoles, y en el botijo le echamos una cucaracha muerta que se trajo Zambudio, el Funerario, y que atrancaba el pitorro cada vez que don Julio se ponía a beber.

Aquella tarde se empeñó don Julio en que resolviéramos problemas de la regla de tres y no nos salía bien el resultado nada más que a Vergara y a mí, porque los demás sacaban mal la multiplicación y la división en cuanto en las cifras salía un 9. Entonces, don Julio nos puso a todos a cantar la tabla del 9 como si todavía estuviésemos en la segunda, a ver si eso nos daba vergüenza. En lo que más se equivocaban era en lo del 6 para arriba, porque hasta en el nueve por cinco, cuarenta y cinco, todos se lo sabían, pero después se hacían un lío y ya no se acordaban cuando era el cincuenta y cuatro, el sesenta y tres, el setenta y dos y el ochenta y uno. Cuando ya parecía que nos habíamos acordado todos de la tabla del 9, volvió don Julio a poner en la pizarra los problemas de la regla de tres.

Hacía ya mucho calor porque estábamos al final del curso y don Julio abrió todas las ventanas y la puerta para ver si entraba fresco y se hacía la corriente de aire, y no paraba de echarse tragos de la paloma del botijo y de secarse el sudor del cuello con un pañuelo, hasta que se lo ató por debajo de la camisa con un nudo delante y se lo dejó así. Por las ventanas abiertas entraban todos los ruidos de la calle, y se oía pasar las galeras y cómo pisaban los caballos en los adoquines, que parecía que estaban tocando una música de tambor. Se oía también el ruido de los martillazos en la carpintería y hasta el ruido que hacía el cepillo del carpintero sacándoles virutas a los tablones.

Primero pasó el que vende patatas asadas, que las lleva en una cesta larga y tapadas con una manta para que estén calientes, y que te las abre con los dedos por la mitad y les echa en medio la sal y la pimienta. Después, pasó la mujer que vende escobas y que grita el pregón de una manera tan rara que yo tardé mucho tiempo en adivinar que lo que dice es ¿queréis escobas?, porque pone el acento en la *a* y no separa las dos palabras. Al poco pasó el chambilero, que iba gritando al chambi helao, bombones y mantecao, chambi helao rico, y que tiene un aparato de metal

blanco en el que mete una pasta y después pone el helado empujándolo con la pala y pone otra pasta encima, y te da el chambi, que le tienes que pasar la lengua por los cuatro lados para que no chorree cuando se derrite. Pasó también el de las pelotas de coco, que va cantando una canción que dice un, dos tres, tres pelotas una perrilla, que son muy ricas, que son muy sanas las pelotillas americanas. Y con todos esos ruidos no había nadie que pudiera sacar bien el resultado de una regla de tres.

Y además llegó el organillo. El organillero se puso a tocar debajo mismo de las ventanas, y tocó primero «Mi caballo murió», que todos empezamos a tararearlo por lo bajo, y después tocó el «Adiós muchachos», que es un tango que se sabe entero mi madre, y entonces don Julio se asomó a la ventana y le dijo al organillero que se fuera con la música a otra parte, que aquello era un colegio y que los niños se distraían con la música del organillo. Y el organillero le dijo que no le salía de los huevos de irse, y que si quería que se fuera que le echara dos reales, y don Julio le dijo que los dos reales se los iba a echar su padre o su tía la tonta, y entonces el organillero le dio otra vez al manubrio y empezó a tocar «Allá en La Habana». Don Julio cerró las cuatro ventanas, pero entonces empezó a sudar más y ya tenía empapado el pañuelo del cuello, y la música se oía de todas maneras. Mandó a Igualada a llamar al Berenjena y cuando el Berenjena subió le dijo que echara de allí al organillero. Pero el Berenjena le contestó que mire usted, don Julio, que el organillero ese es gitano, y que esa gente lleva siempre la navaja en el bolsillo y tiene las manos muy listas y te pegan una puñalada en menos que canta un gallo, y que lo mejor es dejarlo, que ya se cansará.

—Eso es que tiene usted miedo.

—Mire usted, don Julio, no me suba la sangre a la cabeza, que eso no es miedo, pero no busque usted mi perdición porque ésa es mala gente, y si no, baja y lo echa usted, que es más joven que yo y está más fuerte, y a mí no me va a hacer caso.

Acababan de dar las cinco en el reloj de la catedral y don Julio dijo que se había terminado la clase y que nos podíamos ir con viento fresco, que no sabía yo dónde íbamos a poder encontrar viento fresco, que no corría por ninguna parte. Guardó el botijo, después de echarse un trago, el libro de los problemas de la regla de tres y la palmeta, y se metió *El Liberal*, doblado, en el bolsillo de la chaqueta y se fue el primero de todos hecho un basilisco.

Cuando llegamos al derribo empezó la discusión para ver lo que hacíamos. Igualada quería que apedreáramos al gitano del organillo, pero Molina, Manzano, Cabezón, Portales y Primitivo dijeron que si íbamos a hacer eso, que ellos se largaban para su casa. Con Jinojito tampoco se podía contar, porque dijo que luego de apedrear al gitano escapábamos todos a correr, como hicimos cuando robamos las habas, y que el organillero sacaría la navaja que llevaba en el bolsillo y seguro que lo mataría nada más que a él.

Vergara propuso que jugáramos a enterrar botes de carburo, que luego estallan y suben desde dentro de la tierra como si fueran morterazos, pero Molina dijo que la semana pasada un bote de carburo se llevó la mano de un niño, que lo habían llevado a su botica a curarlo, y que el niño se ha quedado manco para toda su vida. Campillo dijo que jugáramos al fútbol o al frontón, pero los demás contestamos que para eso hacía mucho calor. Campillo contestó que si es que queríamos jugar al pin, pin, margarín, como las niñas, o a saltar a la comba a eso de al pasar la barca, me dijo el barquero las niñas bonitas no pagan dinero. Y entonces Cutillas dijo que fuéramos a bañarnos a la acequia de la Torre de la Marquesa, y empezó a correr el primero con toda la banda detrás. De seguro que Jinojito no se habría venido si no es porque Cutillas lo agarró por el pescuezo y lo llevaba en volandas. Vergara y Campillo corrían detrás de ellos y luego iban Igualada y el Jínjoles y Galindo. Yo corría todo lo que podía para no quedarme atrás, y no me quedé, aunque parecía que se me iban a salir los pulmones por la boca, como dice Felisa cuando ve que corro muy ligero. Primitivo sí que se quedó atrás, que en vez de ponerse colorado de tanto correr como nos poníamos los demás, se le puso un color de cera que parecía que le iba a dar la angustia, y nos daba gritos para que le esperáramos. Detrás iba Portales. Cabezón iba todavía más atrás, que parecía que se le iba a caer la cabezota porque no podía llevarla quieta encima de los hombros, como si fuese un cabezudo de los que salen en las fiestas. Y el último venía Manzano, que tiene que correr con las piernas abiertas para que no se le rocen los muslos.

Por fin llegamos todos a la acequia y ahí estaba ya Cutillas, respirando muy ligero y con Jinojito todavía cogido del pezcuezo para que no se le escapara, porque quería volverse. La acequia venía alta y con bastante corriente y yo creo que a todos nos daba susto de meternos aunque ninguno se atrevía a decirlo para que no le llamáramos manteca y monflorita. A mí me dio por acordarme de la hija de don Diego, el médico, que se cayó al río cuando estaba en el parque jugando al aro, porque se le fue el aro por la cuesta de la orilla y ella empezó a correr detrás y no se pudo parar y se cayó al agua. Se la llevó la corriente y se pasaron dos días sin saber nada de ella, y luego la sacaron ahogada cerca de Guardamar, que es donde el río tiene su desembocadura. Desde entonces mi madre me tiene dicho que no se me ocurra bañarme en el río, ni en las acequias, ni en ningún sitio, nada más que aquí en la balsa de Santo Ángel. De todas maneras, empecé a desabotonarme la blusa, sin mucha prisa y mirando cómo se desnudaban los demás, para no ser el primero y tener que meterme cuando todavía no hubiera ninguno dentro de la acequia, pero para no quedarme tampoco el último, porque en seguida diría alguno eso de que el último, de Lorca, que por cierto no le he preguntado todavía a la bisabuela por lo que se dice. Jinojito era el único que no había empezado todavía a desnudarse y estaba allí, carleando como los perros, con más susto que nunca. Los ojos se le habían abierto mucho y se le habían puesto saltones, que parecía que se le iban a salir, y se le habían pintado unas ojeras mucho más grandes y moradas que las que tenía todos los días.

En medio de nosotros, estaba encogido y callado y mirándonos a todos con cara de mucha lástima como pidiéndonos sin hablar que le dejáramos irse.

Cuando ya estábamos todos en cueros empezamos a mirarnos unos a otros y a reírnos. A Cabezón se le había quedado el cuerpo más pequeño en comparación con la cabeza, porque así desnudo parecía que la tuviera todavía más grande, y Manzano parecía más gordo y mucho más igual al hombre de goma del anuncio de Michelín. Cutillas se meó en la acequia y luego se sacudió la pilila muchas veces para que viéramos lo grande que la tiene, y entonces Vergara le desafió a ver si podía mear echando el chorro en la otra orilla y sin que se cayera en el agua, como él hacía, y Cutillas dijo que eso también lo sabía hacer él, pero que ahora no podía porque ya no tenía más ganas de mear. El chorro de Vergara llegaba de una orilla a otra haciendo un arco por encima de la acequia, y como brillaba el sol, parecía un arco iris pequeño porque daba reflejos de colores. Hasta que se le acabó el chorro, y entonces ya cayó dentro de la acequia. Molina se le acercó a Vergara y le preguntó que cómo hacía para echar el chorro tan alto y tan lejos y que cómo había que cogerse el pito para hacerlo. Vergara se lo enseñó y entonces Molina quiso cogérsela a Vergara para aprender. Pero Vergara le dijo que eso de tocarle a otro la picha es de maricas y que si se la tocaba le soltaría un trompazo que lo tiraba a la acequia de cabeza haciendo el salto mortal. Y Molina se conformó con probar con la suya, que no pudo echar el chorro más allá de la mitad de la acequia. Y los demás también probamos, pero no pudo pasar ninguno.

—Eh, que el lila este no quiere desnudarse —nos dijo Cutillas.

Jinojito no se había quitado nada, ni siquiera los tirantes de las sandalias. Nos pusimos en corro alrededor de los dos, de Cutillas y de Jinojito. El pobre Jinojito tenía los dedos agarrados tan fuerte a los botones donde se sujetaba los tirantes que no podían desnudarlo ni Igualada y Cutillas juntos, que son los que tienen más fuerza. Aunque no estaba llorando, que no había soltado ni una lágrima, ni gritaba tampoco, se le puso la cara de angustia que se le pone a Primitivo cuando le entran las ganas de vomitar y nos miraba a todos, sobre todo a Campillo, a Vergara y a mí con los ojos de besugo, que le dice siempre don Fernando. Pero a ninguno de los tres nos entró la lástima, porque además se hubieran reído de nosotros los demás si salimos a defender a Jinojito.

Igualada y el Jínjoles lo cogieron por los brazos. Vergara y yo le sostuvimos los pies, que daba unas patadas como si se hubiera vuelto loco de repente, y los demás empezaron a quitarle las sandalias, los tirantes y la blusa. A todos nos entró la risa cuando le vimos la chambra de lana blanca con ribetes de cinta azul que llevaba debajo de la blusa, y que era como las que llevan las niñas, y él nos dijo que no nos riéramos de eso, que aunque era verano tenía que llevar la chambra porque su abuela decía que él tenía mucha facilidad para coger los catarros y la chambra le recogía el sudor y no se le mojaba la blusa, que luego se le secaba en el cuerpo y se ponía malo. También nos dio risa cuando le vimos las bragas de punto que llevaba, sin bragueta, porque nosotros, que muchos éramos menores que él, llevábamos ya calzoncillos

como los hombres. Lo dejamos en cueros y le soltamos los pies y las manos, y Cutillas le cogió la ropa y se la puso en la cruz alta de un árbol para que no pudiera cogerla y tuviera que quedarse allí porque no se iba a ir a su casa en pelota. Al verse desnudo, Jinojito se llevó las dos manos ahí para tapársela y Portales dijo que eso lo hacía porque la tenía más pequeña y más fina que los demás. Pero él no dijo nada y se quedó con los hombros encogidos y mirando al suelo, como a punto de morir de vergüenza.

Igualada dijo que a Jinojito todavía lo desnudaba su chacha por la noche para acostarlo, porque no sabía desnudarse solo. Vergara le gritó que se quitara ya las manos de ahí, que parecía una niña en medio de un corro de niños y se le notaba en la voz que estaba empezando a coger el cabreo aunque no se sabía por qué. Y Cutillas se le acercó con la pilila en la mano y le dijo que si quería que la midieran a ver todo lo que le sacaba. Jinojito decía que no con la cabeza y miraba la acequia cada vez con más temblor.

El primero en tirarse fue Cutillas y nos dijo que no tuviéramos miedo, que allí se hacía pie, pero apenas podía tenerse derecho por la fuerza que traía la corriente y el agua le llegaba casi hasta la boca, que tenía que ponerse de puntillas para que no le tapara las narices. Nos dijo que le echáramos a Jinojito, que él lo recogería, y los demás lo cogimos por las manos y los pies y lo tiramos a la acequia. Cutillas pudo cogerlo antes de que se lo llevara la corriente y le ayudó a empinarse para que pudiera respirar. Jinojito se le agarraba al cuello, que parecía que lo iba a estrangular, y se le pusieron los ojos todavía más saltones que antes. En seguida nos tiramos todos, y nos dejábamos llevar por la corriente y luego nos agarrábamos a las matas de la orilla y volvíamos andando al mismo sitio. Después nos pusimos en fila en medio de la acequia y Cutillas soltó a Jinojito, que iba manoteando y pataleando por encima del agua, hasta que lo recibía otro y así iba hasta llegar al último. Una vez se le escapó de las manos a Manzano, que parece que las tiene de trapo, y Vergara se tuvo que tirar y cogerlo nadando hasta que lo pudo llevar a la orilla. Y entonces lo sacamos, porque yo les dije lo de la hija de don Diego, el médico, y nos dio miedo de que se nos ahogara igual que ella y de que se lo llevara la corriente.

Se tapó otra vez con las dos manos y le pidió a Campillo, diciendo muchas veces por favor y que si quería que se lo pediría de rodillas, que le alcanzase su ropa. Y a Campillo se le ablandó el corazón y se la alcanzó, que le tuve yo que hacer un estribo con las dos manos para poner el pie y que pudiera llegar a la cruz alta del árbol. Para vestirse, Jinojito se volvió de espaldas, que todavía le duraba la vergüenza, y cuando terminó, empezó a andar muy despacio como hacía siempre que le entraba la lástima. Y se fue solo. Antes de irse se acercó a Campillo y a mí y nos dijo adiós.

Los demás nos bañamos un rato más y cuando ya quedaba poco sol nos pusimos a tomarlo en cueros para que se nos secara el cuerpo antes de ponernos la ropa.

Al día siguiente no fue al colegio, ni al otro tampoco, y Molina, que es de su misma calle, dijo que tenía que estar malo porque de su casa mandaban a por medicinas a la botica de su padre. Cuando Molina le dijo eso a don Julio al pasar lista, don Julio llamó al Berenjena y le mandó a decírselo al director. Don Fulgencio le debió de decir al Berenjena que se acercara a casa de Jinojito a ver qué le pasaba, porque le vimos desde la ventana salir del colegio y en vez de tomar la calle del Trinquete donde está la taberna, se fue para el otro lado, por donde se va a la casa de Jinojito y a la botica del padre de Molina.

Al tercer día entró don Fulgencio en la clase y todos nos pusimos de pie, como siempre que entra el director, pero sin hacer ruido ni mover los pupitres. Estábamos asustados y no nos atrevíamos a preguntar nada ni a don Julio ni a don Manuel, ni siquiera nos atrevíamos a hablar de Jinojito entre nosotros mismos. Don Fulgencio nos dijo que Jinojito había agarrado un catarro muy fuerte, que tenía que estar en la cama, porque corría el peligro de que se le convirtiera en una pulmonía. Pero que Dios querrá que no sea nada grave y vosotros seguir estudiando que quedan muy pocos días para el final del curso y a ver cuántos pueden pasar a la Preparatoria, porque esta clase parece un bancal para plantar calabazas. Ninguno nos reímos con lo de las calabazas, ni siquiera Cutillas, que tampoco se rió cuando don Julio le dijo a Cabezón lo del barbero y la bicicleta, y se quedó mirando el pupitre sin levantar los ojos de él como si de pronto Dios le hubiese tocado en el corazón y se hubiera hecho santo.

Al cuarto día entró otra vez don Fulgencio, el director, y se quedó mirándonos un rato a todos sin decir nada. Estábamos levantados, que no nos había dicho que podíamos sentarnos, con las manos apoyadas en los pupitres y con los ojos fijos en los libros y en los cuadernos.

—Tú y tú, venid conmigo.

Levantamos todos las caras porque no sabíamos a quién llamaba.

—Sí, tú y tú —y entonces nos dimos cuenta de que estaba señalándonos a Campillo y a mí.

Campillo y yo nos miramos de reojo y ninguno de los dos se atrevió a preguntar que adónde vamos, don Fulgencio, y nos fuimos con él sin despegar los labios. Al pasar por la puerta del mirador oímos la voz de doña Gertrudis que llamaba a don Fulgencio. Entró él y nosotros nos quedamos en la puerta, que no la había cerrado el director. Entonces doña Gertrudis le dio a don Fulgencio un escapulario de la Virgen de las Mercedes, y le dijo a don Fulgencio que se lo llevara de su parte a Jinojito para que se lo pusieran en el pecho y que la Virgen hiciera un milagro.

—Es el mismo que le pusimos a Pepito. A ver si la Virgen quiere hacer ahora la merced que no quiso concedernos a nosotros.

Y por eso supimos que íbamos a casa de Jinojito. Don Fulgencio cogió el escapulario, que doña Gertrudis lo había liado en un papel de seda blanco. Campillo,

entonces, me miró y se llevó el dedo a los labios como para decirme que me estuviera callado y no dijera nada de lo que pasó en la acequia si alguien nos preguntaba algo, y como en aquel momento se volvió don Fulgencio, él se puso a meterse el dedo en la nariz, que sería lo único que se le ocurrió para disimular, y que don Fulgencio le dio un manotón.

—No hagas perdigones, puerco.

Nos tomó de la mano, después de hacer que Campillo se limpiara bien el dedo en el pañuelo, y echó a andar sin hablar nada. Llegamos a casa de Jinojito y nos abrió el ama gorda, que llevaba los ojos con ribetes colorados, seguramente de tanto llorar. Pasamos a la sala y don Fulgencio se sentó en un sillón y nos dijo que nosotros nos quedáramos de pie, y al poco rato entró la madre de Jinojito.

—He venido yo mismo a preguntar cómo sigue el niño, señora. Y éstos han querido venir conmigo. Bueno, querían venir todos, porque todos quieren mucho a su hijo, que es tan bueno con sus compañeros, pero yo he dicho que vinieran sólo dos en representación de la clase.

—Ay, don Fulgencio, está muy malo, muy malo. Cada vez tiene más fiebre y está peor. Muchas gracias, hijos míos. A éste ya lo conozco —dijo señalándome a mí—. Es muy amigo de José Luis y me habla mucho de él.

—Sí. Me regaló los patines el día del entierro de la sardina —dije, sin atreverme a mirarla.

—Ya me acuerdo, hijo mío. Él es muy generoso y te quiere mucho. Bueno, os quiere mucho a todos.

—¿Se puede entrar a verlo un momento, señora? A lo mejor eso lo alegra.

—Ahora no se puede, don Fulgencio. Se le ha declarado la pulmonía y hay junta de médicos.

Entonces don Fulgencio puso cara de lástima y le dio el escapulario de doña Gertrudis a la madre de Jinojito y le dijo que la Virgen lo curará y lo protegerá con su manto, y que se mejore pronto, y ya verá usted como Dios quiere que todo pase y al año que viene le vemos haciendo el ingreso en el instituto.

—Dios lo quiera, don Fulgencio, Dios lo quiera, porque ya ve usted que si se lo lleva me quita todo lo que tengo y me quedo sola en el mundo. Adiós, hijos, rezar mucho para que José Luis se ponga bueno, que el Señor le hace mucho caso a las oraciones de los niños, que sois criaturas inocentes.

Y nos dio un beso muy fuerte a cada uno y se metió adentro, mientras metía mucho la cabeza entre los hombros y se ponía en la nariz un pañuelo mojado que llevaba en la mano.

—Te tengo que preguntar otra cosa que no me sé, bisabuela.

—¿Qué cosa es ésa? Veamos.

—Que qué es junta de médicos.

—Pues junta de médicos es cuando se llama a cuatro o cinco médicos para ver si entre todos encuentran el remedio para salvar a un enfermo que está muy grave. ¿Para quién han hecho esa junta de médicos?

—Para Jinojito.

—Ya te he dicho muchas veces que está muy feo poner motes a los compañeros.

—Bueno, para José Luis. Es que me sale siempre decir Jinojito. Lo digo sin querer.

—¿Qué es lo que tiene?

—Su madre dice que se le ha declarado la pulmonía. ¿Sabes tú lo que es eso?

—Por desgracia lo sé muy bien, vida mía. El Señor ha querido que conozca muchas enfermedades graves. De pulmonía se murió tu tío José Luis, que tenía dieciocho años y era un mocetón guapo y alto que iba vendiendo salud. Y era la alegría de esta casa y un torbellino de simpático y estaba siempre contento y gastando bromas a todo el mundo, y a mí no pasaba día sin que me gastara una. Ahí lo tienes, en ese retrato que está encima de la cómoda.

También es casualidad que mi tío José Luis, que se llamaba igual que Jinojito, se tuviera que morir de pulmonía. Yo ya conocía por el retrato a mi tío José Luis, aunque no me había dicho nadie que se hubiera muerto de eso. Y lo conocía también por todas las cosas tuyas que hay en el baúl del desván.

Cuando me encierran en el desván para dejarme allí castigado, que me encierran muchas veces y que aquí en Santo Ángel me encierran en la covacha de debajo de la escalera del vestíbulo, yo abro con una horquilla el baúl del tío José Luis y me pongo a registrarlo. Allí están sus libros, que hay novelas de amor que yo todavía no entiendo lo que dicen, y cartas atadas con cintas, y cosas para fumar, como pitilleras y mecheros, y muchas otras cosas. Allí encontré yo la boquilla de muchos pedazos, metidos unos dentro de otros, y que se sacaban y se hacía muy larga, y que fue la que me aposté el día de la pelea de las birlochas. Y también encontré una postal del abuelo, en relieve, que tiene una fila de retretes y que se pueden abrir las puertas, que son de cartón, y se ve dentro a señoras y señores haciendo caca, y que debajo hay un letrero que dice agua de Cestona y sus efectos. Y también está en el baúl la ropa del tío, que hay chalecos, y corbatas, y cuellos tiesos y botines.

—A tu abuelo no había quien lo consolara —seguía hablándome la bisabuela—, y a tu abuela le costó la vida, porque en seguida le dio lo del tumor en la cabeza y se quedó impedida y luego ciega hasta que se murió también.

Y yo me acordaba del sillón de la abuela, que también lo tienen en el desván y que está tapado por abajo como si fuera un armario, y tiene como una ventana que se abre, que dice Felisa que es para sacar el cubo que metían allí, y en el asiento tiene un agujero grande en forma de redondel para que la abuela pudiera hacer sus necesidades sin levantarse del sillón y que no le pasara lo que le pasa a doña Gertrudis. La bisabuela me seguía contando que cuando yo nací la abuela ya estaba ciega y que decía que me pusieran encima de ella y ella me tocaba con las manos por

todas partes y decía que yo era un niño muy hermoso y que qué castigo le había mandado Dios porque no podía verme.

Y a mí, con todo lo que me estaba contando la bisabuela y con lo que me acordaba de Jinojito, me entraron las ganas de llorar y empecé a soltar el llanto arrodillado delante de la bisabuela y metiendo la cara en su falda, mientras ella me acariciaba la cabeza y me decía que no te acongojes tanto, hijo mío, que tiempo te queda para sufrir en este mundo, y la culpa la he tenido yo por contarte estas cosas, pero es que la vida te va trayendo tristezas y ya me ves a mí, que he tenido cinco hijos y no me queda ninguno, que ya podía haberme llevado Dios con él en vez de dejarme aquí sin ellos, y me consuelo teniéndote a ti, que eres toda mi vida y que muchas veces me hago la ilusión de que eres tu mismo abuelo que ha vuelto a ser niño. Y ella también se puso a llorar y así estuvimos un rato.

Después me dijo, anda lávate los ojos en mi lavabo, y ella se secó la cara con el pañuelo y empezó a darse polvos de arroz, para que nadie se diera cuenta de que habíamos estado llorando como hace siempre la tía Magdalena, que llora por cualquier cosa sin importancia.

El quinto día era sábado. Por la tarde llegó don Vicente, y después de preguntarnos los dones del Espíritu Santo, que yo me los sé de corrido, pero que muchos no los entiendo y tendré que preguntarle a la bisabuela lo que significan, se sentó en el confesonario. Pero ninguno quisimos confesar, seguramente por no tener que acusarnos del pecado que habíamos hecho con Jinojito, que yo no sé bien si será pecado, pero que me parece que sí. El domingo estuve en misa con mi madre y después me fui solo y me puse a pasar muchas veces por delante de la casa de Jinojito, pero sin atreverme a subir para preguntar que cómo estaba.

El lunes por la mañana entró otra vez en la clase el director y todos nos callamos tanto que se nos oía la respiración. A mí se me quedó el silencio que se hizo pegado mucho tiempo a la garganta como si fuera una pastilla de café con leche, que casi no podía despegar la lengua del paladar. Don Fulgencio nos dijo que Jinojito se había muerto, que los ángeles se lo habían llevado al cielo porque era tan bueno como ellos, que rezáramos por lo bajo un padrenuestro, un avemaría y un réquiem, que a la tarde lleváramos todos dos pesetas para comprarle una corona de flores y que estuviésemos en el colegio a las cuatro en punto para ir al entierro, que era a las cinco. Y que nos fuéramos a casa porque se suspendía la clase como una señal de duelo.

Ninguno se quiso quedar a jugar en el derribo, aunque estaban allí los mellizos Matías, que yo creo que no teníamos gana de hablar de que Jinojito se había muerto, y cada uno se fue por su lado, hasta Galindo y el Jínjoles, que cogieron sus bicicletas porque como era tan temprano les daba tiempo de ir a su casa a comer y además que tenían que traer las dos pesetas para la corona. Pero antes de desperdigarnos nos quedamos todos mirando a Molina, aunque no le dijimos nada, pero me parece que él

se dio cuenta muy bien de que teníamos miedo de que nos acusara a don Fulgencio o a la madre de Jinojito o a quien fuera de lo que había pasado la tarde del baño en la acequia de la Torre de la Marquesa, y Vergara lo miró mucho a la cara mientras se le cerraban fuerte los puños, y a Cutillas se le veía por primera vez en los ojos una mirada como pidiendo algo por favor.

En mi casa tampoco quise decir nada ni hablar con nadie y cuando nos llamaron para comer cogí la cuchara y el tenedor con tan pocas ganas y no haciendo más que picar la comida en el plato sin llevármela a la boca, que mi madre me preguntó que qué me pasaba.

—Nada. Que no tengo gana.

—Algo te pasará.

—Eso es que se habrá impresionado con la muerte del niño ese de su clase —dijo la bisabuela.

—Tengo que llevar esta tarde al colegio dos pesetas para comprarle entre todos una corona.

Mi madre dijo que bueno, que no comiera si no tenía apetito y le mandó a Felisa que me hiciera un ponche, y a mí me dijo que me daría las dos pesetas para la corona.

A las cuatro estuvimos todos en el colegio, menos Manzano, que luego nos dijo que en su casa no le habían dejado ir al entierro de Jinojito porque como se le habían muerto dos hermanas se ponía malo de ver un entierro. En cambio, Primitivo sí que fue, aunque se le habían muerto su padre y su madre, pero le dijo a don Fulgencio que su abuela no había podido darle las dos pesetas para la corona de flores y que no podía dar nada más que dos reales. Y se le puso la cara de angustia, que yo no sé si era por lo de Jinojito o por la vergüenza que le dio decir lo de las dos pesetas.

Don Fulgencio, don Vicente y don Julio iban delante, y detrás íbamos todos nosotros en dos filas. Campillo y yo íbamos juntos. Nos habían puesto ropa limpia, y yo me acuerdo de que mi madre me dijo que me pusiera el pantalón azul marino, la blusa blanca con el corbatín también azul, los calcetines blancos y los zapatos de charol negros.

Cuando llegamos estaba ya en la puerta de la casa de Jinojito el coche de los muertos de los niños, que es blanco, y no como el de los mayores, que es negro, y los caballos también son blancos. Y había mucha gente que entraba y que salía. Subimos a la casa detrás del director y de don Vicente y de don Julio, y todos llevábamos la cabeza baja y andábamos mirándonos las puntas de los pies como hacía Jinojito siempre que se iba de un sitio con la lástima o que decía una mentira. Don Fulgencio dijo, hablándonos bajo, que si alguno no quería entrar a verlo que se quedara esperándonos en la sala, y nosotros no dijimos nada, pero entramos todos. Al entrar en el cuarto donde estaba la caja entre las cuatro velas, toda la gente que había se apartó un poco para dejarnos sitio y yo oí que una señora le decía a otra que nosotros éramos sus compañeros, que eso de ser compañeros debe de ser muy importante en un entierro. La abuela y la madre de Jinojito estaban sentadas al lado de la cabecera

de la caja que también era blanca, con otras señoras, y estaban vestidas de negro y tenían las dos un rosario y un pañuelo en las manos. Cuando la abuela nos vio llegar, le entró un ataque de llanto y se la tuvieron que llevar a otro cuarto sosteniéndola por los brazos.

Don Vicente se acercó el primero a la caja y le echó la bendición a Jinojito. Después se puso de rodillas y todos nos pusimos también así, y entonces rezó fuerte tres padrenuestros, tres avemarías y un réquiem. Mientras rezábamos, a mí me dio por pensar que la Virgen de las Mercedes tampoco había querido hacer la merced que no le hizo a doña Gertrudis, y que qué razón pueden tener los ángeles para llevarse al cielo a los niños y para dejar las cunas vacías como en la poesía de José Selgas. Claro que la bisabuela dice que a Jesús le gusta mucho estar siempre rodeado de niños y que por eso les dijo a los apóstoles que dejar que los niños se acerquen a mí. Y también me dio por pensar si los ángeles estarán en el cielo en cueros vivos y que si dejaban en cueros a Jinojito para jugar con él, le iban a entrar las vergüenzas de que lo vieran así todos, Jesús y San José y la Virgen y los Santos y sobre todo los ángeles, que no se sabe si son niños o niñas.

Nos levantamos y nos fuimos acercando muy despacio para asomarnos a la caja y verlo. Zambudio, el Funerario, se acercó tanto a la caja y empezó a mirarlo desde tan cerca y con tanta curiosidad que don Julio lo tuvo que coger por los hombros y ponerlo detrás de los demás para que no mirara tanto. Y Molina se mordía mucho los labios, que se conoce que no quería que se le salieran de la boca las palabras para acusarnos de lo que habíamos hecho con Jinojito en la acequia.

Jinojito estaba acostado dentro de la caja, con los ojos cerrados y con unas ojeras que le llegaban hasta más abajo de las narices. Le habían puesto el traje de la primera comunión, que era un traje de marinero, y la chalina azul le caía sobre el pecho muy mustia y parecía, más que nunca, una mariposa muerta. Tenía las manos cruzadas como si fueran a retratarlo después de comulgar y estaba muy pajizo. Debía de haber empezado a morirse por las sienes, porque allí tenía unas manchas suaves de color lila, como las malvas del abanico de raso de la bisabuela. Parecía que tenía el llanto aguantado, como cuando le daban pescozones Cutillas y el Jínjoles desde el pupitre de detrás, para no romper a llorar y que no se diera cuenta don Julio. Y a mí me pareció que también hacía fuerzas para sonreírse, como si nos estuviera viendo que estábamos allí y quisiera decirnos que no tener miedo, tontos, que no he dicho nada.

Cuando ya nos íbamos, la madre de Jinojito salió con nosotros del cuarto y nos dio un beso a cada uno y preguntó que quién era el niño que se llamaba Primitivo.

Y Primitivo se adelantó un poco y dijo yo, con una voz tan floja que apenas si se le oyó y se puso más amarillo aún de lo que estaba. Y entonces la madre de Jinojito le dijo que se podía llevar la bicicleta que estaba en el zaguán, porque José Luis, antes de morirse, le había dicho que se la quería regalar a él si él se ponía bueno, y que si se

moría que se la diera ella. Primitivo empezó a llorar y dijo que le daba vergüenza de llevarse la bicicleta y entonces la madre le Jinojito le dijo que fuera a llevársela dentro de tres o cuatro días, cuando se le pasara la vergüenza, o que le dijera dónde vive para mandársela ella, porque no quería dejar de cumplir ese último capricho de su hijo. Y que también le había dicho su hijo que nos repartiera a los demás todos sus juguetes, y que ella se los mandaría a don Fulgencio para que cada uno cogiera el que más le gustara, que yo cogí la casa de muñecas, que la guardé en el desván para poder mirarla algún rato sin que nadie me vea, y que ninguno quiso llevársela. Y después la madre de Jinojito le dijo a don Fulgencio que se quedaran él y don Vicente, si querían, para ir al entierro, pero que don Julio nos llevara a los niños al colegio para ahorrarnos esta tristeza a las criaturas.

Se está acabando el verano. Ya estamos en las cabañuelas, y un día hace mucho viento y la molineta se pone a dar vueltas como loca, y Miguel dice que eso es que el marzo del año que viene va a ser muy airoso; y otro día llueve, y no se puede salir al huerto ni a la terraza de Levante a esperar a Ángela hasta que no para, pero después nos podemos ir a buscar caracoles por las matas, que hay muchos por los hinojos, y Miguel dice que el abril va a ser lluvioso; y otro día hace calor, y dice que el verano entrará antes de tiempo; y otro día descarga la tormenta y Miguel sabe que el agosto que viene será muy tormentoso, que menos mal que en la casa de Santo Ángel tenemos un pararrayos muy alto, que es el más alto de todas las casas de por aquí y no tenemos peligro.

Los membrillos están ya casi maduros y va a empezar en seguida la feria de septiembre, que es lo que espera mi madre para mandar que nos volvamos a la ciudad, y la bisabuela empieza a decir que no se vaya olvidar el echar su bañera en el carruaje de las maletas. Las almendras se han puesto secas y se pueden descortezar, y Miguel y Salvador las tiran al suelo pegándoles varazos a las ramas, pero mucho más fuertes que los que les pega el penitenciario de la catedral a los que van a confesarse con él. Las naranjas de grano de oro empiezan a madurar y a ponerse de color amarillo. Mi madre me ha hecho un jersey de pico para ponérmelo por las tardes encima de la blusa porque dice que ya refresca mucho y que no quiere que coja un catarro con el cambio de tiempo. Ya me he leído las dos novelas de Julio Verne que me regalaron por mi santo y dice mi madre que ahora tengo que empezar a pensar en los libros de la Preparatoria para estudiar mucho desde el primer día y que pueda aprobar el ingreso, si es que me dejan examinarme en el instituto sin haber cumplido los diez años. En cuanto llegue a la ciudad tengo que ir a Santa Catalina a confesarme con don Vicente y él me dirá si me puede dar la absolución por haber caído en sacrilegio o tengo que ir a confesarme con el señor obispo o con el Papa, que si pasa eso no sé cómo se lo voy a decir a mi madre. No le he contestado a Cachita, que ya la veré, cuando vuelva, en la glorieta o en el huerto de los dátiles, y todavía no sé si me voy a retratar con ella montado en el caballo como un capitán. Me he guardado el duro que me dio la bisabuela por mi santo para comprarle a mi hermana un muñeco

cuando pongan las casetas de la feria, a ver si encuentro uno igual que el que se llamaba Jinojito, y un bote de crema para Felisa, porque en el invierno se le agrietan las manos de tanto fregar. Tengo todos los cuadernos que he escrito escondidos en la covacha de debajo de la escalera del vestíbulo, que he escrito diez y no se me han hecho los sesos agua como decía Felisa que se me iban a hacer, y que me los voy a llevar para esconderlos en el desván y que nadie me los encuentre.

No quiero contar más cosas porque ya no tengo ganas de escribir más y porque se me ha terminado el último cuaderno, que estos renglones los estoy escribiendo en el revés de la cubierta y si escribo con lápiz no se entiende bien la letra y si escribo con pluma se me corre la tinta.



JAIME CAMPMANY (Murcia, 10 de mayo de 1925 - Madrid, 13 de junio de 2005).

Estudió Derecho, Filosofía y Letras en Murcia. En Madrid estudió la carrera de Periodismo. Fue colaborador en *Línea* y *La Verdad*, de Murcia, redactor de *La Hoja del Lunes*, *Juventud*, *Ateneo* y *La Hora*, y redactor de RNE (1955-1977). En 1953 ingresa en *Arriba*, diario de la Falange Española, siendo redactor entre 1957 y 1961, donde tuvo la sección denominada *La pajarita de papel*. Más tarde sería director del mismo (1970-1971). Corresponsal en Roma de la agencia PYRESA del Movimiento Nacional (1964) y más tarde director de la misma (1966-1970). En 1974 fue designado Presidente del Sindicato Nacional del Espectáculo. Durante esa época, en febrero de 1975, los actores iniciaron la negociación de un nuevo convenio que desencadenó una huelga de los artistas; algunos fueron encarcelados. Otros artistas fueron reprimidos durante su mandato, como Joan Manuel Serrat, que fue expulsado de la Agrupación Sindical de Circo, Variedades y Folklore del Sindicato Provincial del Espectáculo, de Barcelona, puesto que las declaraciones del cantautor podrían perjudicar al resto de los artistas españoles que «sólo deben actuar en una línea apolítica. Conforme a esto es loable proponer sanciones según el régimen disciplinario, a los artistas que atenten a la idoneidad profesional».

Dirigió *Carta de España* (1974-1975) y fue columnista habitual en *ABC* desde 1977 hasta el mismo día de su fallecimiento por infarto en 2005. También tuvo columnas en *Informaciones*, *La Vanguardia* de Barcelona y *Hoja del Lunes* de Madrid. Firmaba a veces sus artículos con una pajarita de papel. Fue colaborador en las revistas *Blanco y Negro*, *Gaceta Ilustrada* y *Sábado Gráfico*, y dirigió la agencia Beta Press en 1980.

Fundó en 1985, y dirigió hasta el año 2000, la revista *Época*. Ejerció como profesor de la Escuela Oficial de Periodismo y dictó cursos Internacionales en Santander. Fue consejero nacional de Prensa y miembro de su comisión permanente. Era un habitual columnista no sólo en el diario *ABC* sino también en tertulias radiofónicas (RNE, Onda Cero, últimamente la COPE). Tuvo la columna de Escenas políticas en *ABC*, y la denominada Episodios Nacionales en el semanario conservador *Época*, del que fue fundador y director. Se casó con Concepción Bermejo y tuvo tres hijos; Emilio Campmany, Beatriz Campmany y la poetisa Laura Campmany.

Poseía una aguda inteligencia, mucha ironía y humor, un léxico amplio y variado y una gran inventiva verbal. A veces escribía artículos rimados, bien como romances, bien como raps. Sus columnas, en las que hacía gala de un estilo marcadamente satírico, eran tan admiradas por sus seguidores como denostadas por sus detractores que lo consideraban muy ofensivo como ocurrió, por ejemplo, cuando calificó a la huelga general del 20 de junio de 2002 como «de los gandules, que así prolongan su largo y subvencionado descanso». En ese sentido estuvo varias veces procesado por ilícitos relacionados con el honor, aunque más por su etapa al frente de *Época* que por su columna de *ABC* y en temas más cercanos al corazón que a la política por sus informaciones sobre Alberto Alcocer o Marta Chávarri. Fueron también conocidas sus discrepancias con el historiador Javier Tusell, el periodista Juan Luis Cebrián y el también columnista Eduardo Haro Tecglen.

Obtuvo más de ciento diez premios, entre los que destacan el Jacinto Polo de Medina de poesía por su libro *Alerce*, 1943, el Mariano de Cavia (1965) por su artículo "César o nada", necrológica sobre otro gran periodista, César González Ruano, el Premio Extraordinario de la Fiesta de las Letras de Barcelona, el Nacional de Crítica de Teatro, el de Cuentos de la revista "Juventud", el Premio nacional extraordinario de periodismo (1966), el premio Jaime Balmes (1969), el premio Víctor de la Serna (1978), el premio Luca de Tena (1978) y el Premio González-Ruano (1984).